

HÉLÈNE BERR

Diario

PREFACIO DE PATRICK MODIANO



Lectulandia

«Uno de esos libros que persiguen al lector hasta su último suspiro. La ardiente empatía de Hélène Berr es digna de la filósofa Simone Weil, y aparece como precursora de los trabajos de Hannah Arendt en su análisis del engranaje del exterminio, las responsabilidades colectivas y las responsabilidades individuales» (Antoine Perraud, *La Croix*).

«El Diario de Hélène Berres a la vez el diario de una joven judía bajo la Ocupación, de una sensibilidad y una calidad literaria excepcionales, y un poderoso documento histórico» (S. Veil, *L'Express*).

«Este texto es uno de esos testimonios que sobrevivieron milagrosamente a su autor. Dedicado a su prometido y conservado actualmente en el Memorial del Holocausto, se trata de un documento excepcional sobre el día a día de una estudiante judía en el París de la Ocupación. Por la profundidad del análisis, la calidad literaria y la sombría lucidez..., la respuesta de Hélène al tema de la deportación es una de las más desgarradoras que se puedan leer» (Thomas Wieder, *Le Monde*).

Lectulandia

Hélène Berr

Diario: 1942-1944

ePub r1.0

Titivillus 25.04.2019

Título original: *Journal*
Hélène Berr, 2008
Traducción: Jaime Zulaika
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

PREFACIO

por Patrick Modiano

Una joven camina en el París de 1942. Y como desde la primavera de este año experimenta una inquietud y un presentimiento, en abril ha comenzado a escribir un diario. Desde entonces ha transcurrido más de medio siglo, pero en cada página estamos, con ella, en el presente. Acompañamos días tras día a aquella muchacha que se sentía tan sola en el París ocupado. Su voz es tan próxima, en el silencio de aquel París...

El primer día, la tarde del martes 7 de abril de 1942, va a buscar al número 40 de la rue de Villejust, a la garita de la portera de Paul Valéry, un libro que ha tenido la audacia de pedir al viejo poeta que le dedique. Llama y un fox terrier se le abalanza ladrando. «¿El señor Valéry no ha dejado un paquetito para mí?». En la guarda, Valéry ha escrito: «Ejemplar de la señorita Hélène Berr», y debajo: «Al despertar, tan suave la luz y tan hermoso este azul vivo».

Durante todo este mes de abril y el mes de mayo, leyendo el diario de Hélène Berr, parece que París, alrededor de ella, esté en armonía con la frase de Valéry. Hélène frecuenta la Sorbona, donde se prepara para obtener un título de inglés. Acompaña a un «chico de ojos grises» al que acaba de conocer en la Maison des lettres de la rue Soufflot, donde escuchan una cantata de Bach, un concierto para clarinete y orquesta de Mozart... Camina por el Barrio Latino con este chico y otros compañeros. «El bulevar Saint-Michel inundado de sol, lleno de gente», escribe. «Desde la rue Soufflot hasta el bulevar Saint-Germain, estoy en un territorio encantado». A veces pasa el día en los alrededores de París, en una casa de campo en Aubergenville. Aquel día transcurrió «de manera perfecta, desde la salida del sol, lleno de frescor y de promesa, luminoso, hasta la tarde tan suave y serena, tan tierna, que me ha bañado hace un rato, cuando he cerrado los postigos». Se advierte el gusto por la felicidad en esta chica de 20 años, el deseo de dejarse deslizar por la suave superficie de las cosas, un temperamento a la vez artístico y de una gran lucidez. Está impregnada de poesía y literatura inglesas y sin duda

habría llegado a ser una escritora de la delicadeza de Katherine Mansfield. Al leer las cincuenta primeras páginas de su diario, casi olvidamos la época atroz en que vive. Y, sin embargo, un jueves de aquel mes de abril, después de una clase en la Sorbona, se pasea con un compañero por el jardín de Luxemburgo. Se detienen al borde del estanque. Le fascinan los reflejos y el chapoteo del agua bajo el sol, los veleros de los niños y el cielo azul: el que recordaba Paul Valéry en su dedicatoria. «“Los alemanes van a ganar la guerra”, le dice su condiscípulo. “¿Qué será de nosotros si ganan los alemanes?” “¡Bah! No cambiará nada. Siempre existirán el sol y el agua...” Me sentí obligada a decir: “¡Pero no a todo el mundo le dejan disfrutar del sol y del agua!”. Por suerte, esta frase me ha salvado, no quería ser cobarde».

Es la primera vez que alude a los tiempos sombríos en que vive, a la angustia que le es propia, pero de una forma tan natural y púdica que se adivina su soledad en medio de esta ciudad soleada e indiferente. A finales de la primavera de 1942 sigue paseando por París, pero el contraste entre la sombra y la luz se vuelve más brutal, la sombra gana terreno poco a poco.

El mes de junio de 1942 comienzan para ella las penalidades. El lunes 8 debe llevar por primera vez la estrella amarilla. Siente que su gusto por la felicidad y la armonía es incompatible con la negrura y la horrible disonancia del presente. Escribe: «Hace un día radiante, muy fresco... Una mañana como la de Paul Valéry. También es el primer día en que voy a llevar la estrella amarilla. Son los dos aspectos de la vida actual: el frescor, la belleza, la juventud de la vida, encarnada por esta mañana límpida; la barbarie y el mal que representa esta estrella amarilla». Sèvres-Babylone: Barrio Latino. Patio de la Sorbona. Biblioteca... Los mismos trayectos de siempre. Acecha las reacciones de sus compañeros. «Notaba la congoja y el estupor de todos». En la estación de metro École militaire, el revisor le ordena: «Ultimo vagón», el obligatorio para los viajeros que portan la estrella amarilla. Hélène nos expresa los sentimientos que le inspira esta estrella. «Estaba decidida a no llevarla. Lo consideraba una infamia y una prueba de obediencia a las leyes alemanas. Esta noche todo ha vuelto a cambiar: no llevarla me parece una cobardía con respecto a quienes la lleven». Y al día siguiente, en su soledad, se imagina que alguien le pregunta: «¿Por qué llevas esa estrella?» Ella responde: «Para poner a prueba mi valor».

Luego, el 24 de junio, sin subir el tono, deja constancia de la prueba que acaba de afrontar y que será determinante para ella. «Quería escribir esto anoche... Esta mañana me obligo a hacerlo porque quiero acordarme de todo». Se trata de la detención de su padre, entregado por la policía francesa a

los «asuntos judíos» de la Gestapo, y después transferido a la prefectura de policía antes de ser internado en Drancy. Motivo: no llevaba su estrella amarilla cosida a la chaqueta. Se había contentado con sujetarla por medio de corchetes y automáticos, con objeto de ponérsela más fácilmente en todos sus trajes. Al parecer, en la prefectura no distinguen apenas entre los judíos «franceses» y los judíos «extranjeros». Raymond Berr, el padre de Hélène, ingeniero de minas, ex director de los establecimientos Kuhlmann, condecorado con la cruz de guerra y la legión de honor al mérito militar, y que es una de las ocho personas de su «raza» que se benefician del artículo 8 de la ley del 3 de octubre de 1940 («Por decreto individual adoptado por el Consejo de Estado y debidamente motivado, a los judíos que, en los ámbitos literario, científico, artístico, hayan prestado servicios excepcionales al Estado francés, se les podrá eximir de las prohibiciones estipuladas en la presente ley»), está sentado en un banco de madera, vigilado por policías. Hélène y su madre han obtenido la autorización para verle. Le han quitado la corbata, los tirantes y los cordones de los zapatos. «El agente, para tranquilizarnos, nos explicaba que era una orden porque ayer un detenido había intentado ahorcarse».

Se ha producido entonces una rotura en el ánimo de Hélène Berr, entre la vida apacible de estudiante que llevaba y la visión de su padre vigilado como un criminal en una oficina mugrienta de la prefectura de policía. «Un abismo infranqueable», escribe. Pero el tono del diario no cambia, no hay acatamiento ni *pathos* alguno. Las frases siempre tan breves nos revelan de qué madera está hecha esta joven. El internamiento de su padre en Drancy le infunde la conciencia de todo lo que oscurece y envenena el París del verano de 1942 y que, sin embargo, sigue siendo invisible para los que están absortos en sus preocupaciones cotidianas o para los que han elegido cerrar los ojos. Hélène, en cambio, los mantiene abiertos de par en par. Una joven tan artística, tan delicada, habría podido desviar la mirada en un reflejo de protección o un gesto de pavor, o incluso refugiarse en zona libre. Ella, por el contrario, no se escabulle y, en un movimiento espontáneo, se solidariza con el sufrimiento y la desgracia. El 6 de julio de 1942 se presenta en la sede de la UGIF para que la contraten como asistente social voluntaria en los servicios de internados del campo de Drancy y del de Loiret. Todos los días estará en contacto con las familias desmembradas por las detenciones y será testigo directo de todo el horror cotidiano, el del «Vél d'Hiv», el de Drancy y el de las partidas al amanecer en los trenes de mercancías de la estación de Bobigny. Uno de los responsables de la UGIF le dijo a ella y a sus dos

amigas: «¡No se os ha perdido nada aquí! Si queréis mi consejo, marchaos». Pero ella se queda. Ha cruzado la raya con un impulso irreversible.

Su valentía, su rectitud, su corazón límpido me recuerdan el verso de Rimbaud:

“ Por delicadeza
he perdido mi vida.

Presintió el carácter fatídico de su iniciativa. Escribe: «Vivimos hora tras hora, ya no semana tras semana». Escribe también: «Tenía un deseo de expiación, no sé por qué». Pensamos en la filósofa Simone Weil y determinadas páginas del diario de Hélène, este diario que ella considera una carta dirigida a su amigo Jean, el chico de «ojos grises» del Barrio Latino, y del que ni siquiera sabe si lo leerá algún día. El diario recuerda a veces las cartas desgarradoras de Simone Weil a Antonio Atarés, por la misma época. Sí, Simone Weil habría podido escribir esta frase de Hélène: «Las amistades que se han forjado aquí, este año, tienen la impronta de una sinceridad, una hondura y una especie de ternura grave que nadie podrá conocer nunca. Es un pacto secreto, sellado en la lucha y las penalidades». Pero, a diferencia de Simone Weil, Hélène Berr es sensible a la felicidad, a las mañanas radiantes, a las avenidas soleadas de París que se recorren con la persona amada, y la lista que confecciona de sus libros de cabecera no incluye a ningún filósofo, sino a poetas y novelistas.

Su diario se interrumpe durante nueve meses. Lo reanuda definitivamente en noviembre de 1943. Su hermosa letra perfilada, tal como se ve en el manuscrito, se ha vuelto aguda, irregular. Nada más sugerente que ese interludio de silencio de nueve meses que nos revela la extrema gravedad de lo que ha visto y sentido. Anota: «Han detenido a todos mis amigos de la oficina». Un leitmotiv se repite en su pluma: «Los demás no saben...» «La incomprensión de los demás...» «Tampoco puedo hablar porque no me creerían...» «Hay demasiadas cosas de las que no se puede hablar...». Y esta brusca confidencia: «Nadie sabrá nunca la experiencia devastadora que he vivido este verano».

Y también: «En este momento vivimos la historia. Bien orgullosos podrán estar quienes la reduzcan a palabras. ¿Sabrán que una línea de su disertación encubre sufrimientos personales?» Tras este largo silencio, su voz es cada vez más clara, pero a partir de aquí nos habla desde más lejos, casi tan lejos como Etty Hillesum en sus *Cartas desde Westerbork*. No ha franqueado aún el último círculo del infierno. En esta ciudad por la que camina la emocionan siempre algunos signos amistosos y relajantes: la puertecita de las Tullerías,

las hojas sobre el agua, toda la belleza luminosa de París... Va a la librería Galignani a comprar *Lord Jim* y el *Viaje sentimental*. Pero cada vez con más frecuencia, gracias a las breves indicaciones que nos da, comprendemos también que la atrapan bruscamente los agujeros negros de la ciudad, las zonas malditas cuyos nombres de calles vuelven a aparecer en su diario. Rue de la Bienfaisance. Allí, en sus despachos, serán detenidas las asistentes sociales como ella y su amiga Françoise Bernheim. Hélène Berr escapará por azar a esta redada. Rue Claude-Bernard. Un patronato de niños y adolescentes donde los siniestros policías de los «asuntos judíos» registrarán y saquearán las maletas confiscadas a quienes partían deportados. Rue Vauquelin. Una residencia de chicas que serán detenidas y deportadas justo antes de la liberación de París. El centro de la rue Edouard-Nortier, en Neuilly. Hélène lo frecuenta para ocuparse de los niños, llevarles de paseo y, cuando están enfermos, a los Enfants-Malades, rue de Sèvres, o al hospital Rothschild, rue de Santerre. Entre ellos, el pequeño Doudou Wogryb, «de sonrisa radiante», la pequeña Odette, el pequeño André Kahn, «al que yo cogía de la mano, uno de mis niños de Neuilly que adoro», y el de 4 años del que ni siquiera se sabía el nombre... La mayoría serán deportados el 31 de julio de 1944.

Una tarde quise recorrer estas mismas calles para comprender lo que podría haber sido la soledad de Hélène Berr. La rue Claude-Bernard y la rue Vauquelin no están lejos del jardín de Luxemburgo y en el lindero de lo que un poeta llamaba el «Continente Contrescarpe», una especie de oasis en París, y cuesta imaginar que el mal se infiltrase hasta allí. La rue Édouard-Nortier está cerca del bosque de Bolonia. Sin duda había tardes en 1942 en que la guerra y la ocupación parecían lejanas e irreales en estas calles. Salvo a una joven llamada Hélène Berr, que sabía que se hallaba en lo más profundo de la desdicha y la barbarie: pero era imposible decírselo a los transeúntes amables e indiferentes. Por tanto, escribía un diario. ¿Tenía el presentimiento de que muy lejos, en el futuro, lo leerían? ¿O temía que ahogasen su voz como la de millones de personas exterminadas sin dejar rastro? En el umbral de este libro, ahora hay que callarse, escuchar la voz de Hélène y caminar a su lado. Una voz y una presencia que nos acompañarán toda la vida.

Diario de Hélène Berr

*Esto es mi diario.
El resto se encuentra en Aubergenville.*

1942

Martes, 7 de abril
4 horas

Mardi 7 Avril 1942
4h

Je reviens de chez la concierge de Paul Valéry - Je me suis enfin
décidé à aller chercher mon livre - Après le déjeuner, le soleil
brillait ; il n'y avait pas de menace de giboulée - J'ai pris le 42
jusqu'à l'Etoile. En descendant l'avenue Victor-Hugo, mes appréhensions
ont commencé - Au coin de la Rue de Villegust, j'ai eu un moment
de panique. Et tout de suite, la réaction: je suis qui je sers
les responsabilités de mes actes. There's no one to blame but you -
Et toute ma confiance est revenue. Je me suis demandé comment
j'avais pu avoir peur - La semaine dernière, même jusqu'à ce
moment, je trouvais cela tout naturel - c'est maman qui m'a
rendue intimidée, en me montrant qu'elle était très étonnée
de mon audace. Autrement je trouvais cela tout simple - toujours
mon état de demi-vie. J'ai sonné au 40 - un
fox-terrier s'est précipité sur moi en aboyant - la concierge
appelée. Elle m'a demandé d'un air méfiant: qu'est-ce que
c'est - J'ai répondu de mon ton le plus naturel: "C'est
que M. Valéry n'a pas laissé un petit paquet pour moi" (Tout
de même, de loch, je m'étonnais de mon aplomb, mais de très loin)
la concierge est entrée dans sa loge "à quel nom?" -
"Mademoiselle Ben." Elle s'est dirigée vers la table - je
sais d'avance qu'il était là - Elle a fouillé et m'a
tendu mon paquet dans le même papier blanc - J'ai dit
"merci beaucoup!" - puis aimablement, elle a répondu: "à votre
service". Et je suis repartie, ayant juste eu le temps de voir
que mon nom était inscrit d'une écriture très nette, à l'encre
noir sur le paquet. Une fois de l'autre côté de la porte
je l'ai défilé - sur la page de garde, il y avait écrit

Primera página del Diario, martes 7 de abril de 1942, p. 17.

© Memorial del Holocausto - Col. Job.

Vuelvo... de casa de la portera de Paul Valéry. Por fin me he decidido a ir a buscar mi libro. Después de comer, el sol brillaba; no había amenaza de chubasco. Tomo el 92 hasta l'Etoile. Al bajar la avenida Victor Hugo han empezado mis aprensiones. En la esquina de la rue de Villejust, he tenido un momento de pánico. Y de inmediato la reacción: «Tengo que asumir la responsabilidad de mis actos. *There's no one to blame but you* [Sólo puedes culparte a ti misma]». Y he recobrado toda mi confianza. Me he preguntado cómo había podido tener miedo. La semana pasada, incluso hasta este momento, esto me parecía totalmente natural. Es mamá la que me ha intimidado al mostrarme que estaba muy asombrada de mi audacia. De lo contrario me parecía muy normal. Siempre mi estado de semiensueño. He tocado el timbre del 40. Un fox terrier se abalanza sobre mí ladrando, la portera le llama. Me pregunta con aire desconfiado: «¿Qué desea?» Le respondo con mi tono más natural: «¿El señor Valéry no ha dejado un paquetito para mí?» (No obstante, *a distancia*, yo me asombraba de mi aplomo, pero desde muy lejos.) La portera ha entrado en su garita: «¿A qué nombre?» «Señorita Berr». Se ha dirigido hacia la mesa. Yo sabía de antemano que estaba allí. Ella rebusca y me entrega el paquete, envuelto con el mismo papel blanco. Le digo: «¡Muchas gracias!». Muy amable, me responde: «A su disposición». Y me he ido, con el tiempo justo de ver que mi nombre estaba escrito con una letra muy clara, en tinta negra, sobre el paquete. Lo he deshecho en cuanto he llegado al otro lado de la puerta. En la guarda, había escrito con la misma letra: «Ejemplar de la señorita Hélène Berr», y debajo: «Al despertar, tan suave la luz y tan hermoso este azul vivo», Paul Valéry.

Y el júbilo me ha inundado, una alegría que confirmaba mi confianza, que armonizaba con el sol alegre y el cielo azul completamente límpido por encima de las nubes algodonosas. He vuelto a pie, con un pequeño sentimiento de triunfo al pensar lo que dirían los padres, y la impresión de que en el fondo lo extraordinario era lo real.

* * *

Ahora espero a Miss Day, que viene a merendar. El cielo se ha oscurecido de repente, la lluvia fustiga los cristales; se diría que es grave, ahora mismo ha habido un relámpago y truenos. Mañana tenemos que ir de picnic a Aubergenville con François y Nicole Job, Françoise y Jean Pineau, Jacques Clére. Al bajar la escalera de Trocadero, pensaba en mañana con alegría; al fin y al cabo habría muchos claros. Ahora mi alegría se ha ensombrecido.

Pero el sol volverá a salir. ¿Por qué este tiempo es tan inestable? Es como un niño que ríe y llora a la vez.

* * *

Anoche me dormí después de haber leído la segunda parte de *El monzón*. Es magnífico. A medida que avanzo descubro la belleza de este libro. Anteayer era la escena entre Fern y su madre, las dos viejas. Anoche era la inundación, la casa de los Bannerjee y los Smiley. Tengo la sensación de vivir entre estos personajes. Ransome es ahora un viejo conocido, es muy atractivo.

* * *

La excitación de mañana ha ocupado la noche. No era un desbordamiento, sino una especie de alegría subyacente que a veces olvidabas y que volvía suavemente a ratos. Los preparativos eran como para un viaje. El tren sale a las ocho y treinta y tres. Hay que levantarse a las seis cuarenta y cinco.

* * *

Miércoles, 8 de abril

Vuelvo de Aubergenville. Hasta tal punto saciada de aire libre, de sol brillante, de viento, de aguaceros, de cansancio y de placer que ya no sé dónde estoy. Sólo sé que he tenido una crisis depresiva antes de cenar, en la habitación de mamá, sin causa normal o visible, pero cuyo origen era la tristeza de ver que se acababa este día maravilloso, de separarme completamente de su atmósfera. Nunca he podido acostumbrarme a que las cosas agradables tengan fin. No me esperaba esta crisis de desesperación. Creía haber olvidado estas chiquilladas, pero me ha ocurrido sin que me diera cuenta, sin que tampoco intentara combatirlo. Y además al volver he encontrado una carta de Odile y otra de Gérard^[1], ésta malvada, hiriente. Se burla de mí, de mi carta. Ya no me acuerdo de qué se trataba, pero pensaba que él me entendería. Voy a responderle en el mismo tono.

* * *

Los ojos se me cierran aunque no quiera. El día desfila a jirones por mi mente embrutecida, vuelvo a ver la partida en la estación bajo un chaparrón y un cielo gris; el viaje en tren con las bromas alegres, la impresión de que todo iba a salir bien este día, el primer paseo por el jardín con la hierba mojada,

bajo la lluvia, y la brusca aparición del pequeño campo, la partida de *deck tennis* antes de comer, la mesa de la cocina y el almuerzo muy animado y divertido, y luego todos han ayudado a fregar los platos, Françoise Pineau los secaba metódicamente, Job los ponía en su sitio, con la pipa en la boca. Jean Pineau ordenaba un tenedor o un plato al mismo tiempo y se reía cada vez que le atrapábamos, abriendo los brazos con aire evasivo; el paseo por la carretera de la meseta, a pleno sol, el chubasco recio y breve, mi conversación con Jean Pineau, el regreso al pueblo, donde nos hemos encontrado con Jacques Clére, el paseo hasta Nézel, bajo un cielo límpido, y un horizonte cada vez más amplio y luminoso, la merienda simpática con el chocolate sin azúcar e insípido, el pan, la mermelada; la sensación de que todos éramos felices, el regreso con Denise y las dos Nicole^[2] apretujadas sobre una banqueta para que Job se pudiera sentar con nosotros, mis mejillas ardiendo; la hermosa cara de Jean Pineau enfrente de mí, con sus ojos claros y sus rasgos enérgicos, las despedidas en el metro y las sonrisas que expresaban el placer sincero y franco del día. Todo esto me parece a la vez extrañamente cercano y extrañamente lejano. Sé que se ha acabado, que estoy aquí, en mi habitación, y al mismo tiempo oigo las voces, veo los rostros y las siluetas como si estuviese rodeada de fantasmas vivos. Es porque el día no es ya del todo presente y no es aún pasado. La quietud a mi alrededor bulle de recuerdos y de imágenes.



«Regreso al pueblo, donde nos hemos encontrado con Jacques Clére, el paseo hasta Nézel, bajo un cielo límpido, y un horizonte cada vez más amplio y luminoso, la merienda simpática con el chocolate sin azúcar e insípido, el pan, la mermelada; la sensación de que todos éramos felices».

Diario, miércoles 8 de abril de 1942, p. 20.

© Memorial del Holocausto - Col. Job.

* * *

Jueves por la mañana, 9 de abril

Me despierto a las siete. Todo se embrollaba en mi cabeza. La alegría de ayer, la decepción de anoche, el estado de *unpreparedness* [incapacidad de reaccionar] en que me encuentro para el día de hoy, no habiendo previsto nada anteayer para más allá de este día, mi irritación contra Gérard que, si la razono, desaparece porque en el fondo tiene razón en burlarse de mí; la cara seria y apasionada a la vez de Jean Pineau en el tren; el pensamiento de que Odile se ha ido definitivamente, en el momento justo en que había una plenitud y nuestra amistad empezaba a ser más profunda. ¿Qué voy a hacer sin ella ahora?

* * *

Sábado, 11 de abril

Esta noche he tenido unas ganas tremendas de mandarlo todo a paseo. Ya estoy *harta* de no ser normal; harta de no sentirme ya libre como el aire, como el año pasado; harta de sentir que no tengo derecho a ser como antes. Me parece que estoy atada a algo invisible y que no puedo apartarme de ello a mi antojo, llego a odiar esa cosa y a deformarla.

Lo peor es que ante mí misma me siento totalmente libre e igual, pero ante los demás, mis padres, Nicole, el propio Gérard, estoy *obligada* a interpretar un papel. Porque a pesar de todo lo que pudiera decirles seguirán convencidos de que mi vida ha cambiado. Cuanto más tiempo pasa, más se agranda el abismo entre estos dos mundos. Está el yo que ahora aspira con todas sus fuerzas a volver a ser lo que antes era, lo que sería si nada hubiera ocurrido; y el yo que los demás piensan necesariamente que me ha reemplazado. Quizá este último yo sea un producto de mi imaginación. No, no lo creo.

Cuanto más tiempo pasa, más se deforma la situación para mí. ¿Por qué la considero ahora un malestar del que huyo casi con la cabeza gacha?

Por eso esta noche, cuando al volver encuentro la carta en que Gérard me anunciaba que ya no nos veríamos hasta el otoño, he llorado, por primera vez desde hace meses. No porque estuviera apenada, sino porque estoy realmente harta de este malestar sordo. Estoy tan harta de esta situación falsa, falsa con respecto a él, con respecto a mis padres, con respecto a Denise, Nicole, Yvonne. Esperaba que al menos su visita lo aclararía todo. Pero que todavía tenga que vivir así toda la primavera y todo el verano... Y no se lo puedo explicar a nadie. Al levantar la cabeza he sentido ganas de lanzar un desafío a no sé qué, me he dicho que me vengaría; que lo pasaría en grande, sin remordimientos, puesto que es así; y luego he ocultado la noticia bajo el revoltijo de la vida actual, para «pensarlo mañana», porque sabía muy bien que era una mala noticia.

Tengo perfecta conciencia de que lo deformato todo, incluso a mí misma, ¿de dónde viene esto?

Al principio: el análisis me lleva siempre a esta misma conclusión, que no puedo decidir *nada* antes de volver a verle y conocerle mejor.

Todo el mundo está de acuerdo en admitir esto; sólo que lo que no creo que los padres comprendan es que esta conclusión se haya convertido para mí en absoluta y sin reservas; que no sepa *en absoluto* nada de lo que ocurrirá; que no quiero absolutamente ninguna solución, que espero, como si fuera el resultado de un partido que yo no jugase.

Esto procede sin duda de mi incapacidad para aceptar una situación no definida. Me gusta analizarla, quizá para liberarme y ser otra vez normal. Esto se parece mucho al fastidio que me causa todo trastorno de la vida habitual. Denise diría que soy «casera».

Por tanto, desde que he llegado a esta conclusión espero este partido que se ha convertido en algo totalmente indiferente y exterior; es lo único que aguardo.

Lo malo es que a pesar de todo es una tensión que a la larga se vuelve insoportable. Por eso no he podido soportar la idea de que tuviera que prolongarse.

Por eso ha llegado a horrorizarme toda esta historia y la caricaturizo casi voluntariamente. En el fondo no quiero cambiar; es inevitable que se produzca un cambio en cosas de este estilo. Pero el cambio tiene que ser brusco, y sobre todo inundado de alegría, como debe estar cuando todo está bien.

Esta noche, si quisiera, podría arrojarme sobre mi cama y llorar, y decir a mamá que quiero aferrarme con todas mis fuerzas a lo que yo era antes. Y

mamá seguramente me consolaría y yo me dormiría con el sabor de las lágrimas y también con la calma de la paz. Pero mamá entonces se preocuparía un poco más en la habitación de al lado.

Y ni siquiera sé si yo podría hacer esto. Sería *self-pity* [autocompasión], y me he vuelto dura conmigo misma, porque creo que nada es más necesario en este momento. Es solamente por esto: porque no sería la dignidad la que me impidiese hacerlo. La dignidad con mamá sería un crimen. Tampoco es porque yo fuera a exhibir y explotar una emoción o un sentimiento que en el fondo no experimentase, para llegar a este resultado inevitable: volverlo *cheap* [lastimoso]. Porque todo lo que yo dijese sería totalmente sincero y cierto. Pero no quiero apenar a mamá. Esta misma tarde papá ha recibido un aviso de expoliación^[3] y mamá carga con todo esto y lo oculta todo.

It sufficeth that I have told thee [Me basta con haberte hablado de ello], mi hoja de papel; ahora todo va mejor.

* * *

Pensemos en otra cosa. En la belleza irreal de este día de verano en Aubergenville. El día ha transcurrido de manera perfecta, desde la salida del sol, lleno de frescor y de promesa, luminoso, hasta la tarde tan suave y serena, tan tierna, que me ha bañado hace un rato, cuando he cerrado los postigos.



«Belleza irreal de este día de verano en Aubergenville. El día ha transcurrido de manera perfecta, desde la salida del sol, lleno de frescor y de promesa, luminoso, hasta la tarde tan suave y serena, tan tierna, que me ha bañado hace un rato cuando he cerrado los postigos».

Diario, sábado 11 de abril de 1942, p. 24.

© Memorial del Holocausto - Col. Job.

Esta mañana, al llegar, después de haber pelado las patatas, me he escapado al jardín, segura del placer que me esperaba. He reencontrado las sensaciones del verano pasado, frescas y nuevas, que me aguardaban como unas amigas. La luz fulminante que emana del huerto, el alborozo que acompaña a la subida triunfal en el sol matutino, el júbilo, renovado a cada instante, de un descubrimiento, el perfume sutil de los arbustos en flor, el zumbido de las abejas, la aparición repentina de una mariposa de vuelo vacilante y un poco ebrio. Yo *reconocía* todo esto con una alegría singular. Me quedé soñando en el banco allá arriba, dejándome acariciar por aquella atmósfera tan suave que me derretía el corazón como si fuese de cera; y a cada momento percibía un esplendor nuevo, el canto de un pájaro que se ejercitaba en los árboles todavía pelados y al que aún no había prestado atención, y que de pronto poblaba el silencio de voces, el arrullo lejano de las palomas, el piar de otros pájaros. Me divertí observando el milagro de las gotas de rocío sobre la hierba; girando un poco la cabeza las veía cambiar su color del diamante al esmeralda y después al oro rojo. Una de ellas incluso se convirtió en rubí, parecían faros pequeños. De golpe, al echar hacia atrás la cabeza para ver el mundo al revés, vi la armonía maravillosa de los colores del paisaje que se extendía ante mí, el azul del cielo, el azul tenue de las colinas, el rosa, el negro y los verdes neblinosos de los campos, los pardos y los ocre tranquilos de los tejados, el gris apacible del campanario, todos ellos bañados en una suavidad luminosa. Sólo la hierba fresca y verde a mis pies ponía una nota más cruda, como si fuera el único ser vivo en aquel paisaje de ensueño. Me dije: «En un cuadro, este verde resultaría irreal, con todos esos coloridos de pastel». Pero era auténtico.

* * *

Miércoles, 15 de abril

Escribo aquí porque no sé con quién hablar. Acabo de recibir una carta casi desesperada, llena de amargura y de desaliento. Mi primer sentimiento al leerla ha sido casi de triunfo, al ver que él también estaba como yo. El segundo ha sido de terror, al ver que no puedo accionar a mi antojo el gatillo de mis propios sentimientos sin que otro ser humano sufra.

Hay frases que me han estremecido —su camino diverge del mío..., vamos derechos a un callejón sin salida...— porque he tenido la brusca sensación de que confirman intuiciones vagas y oscuras que yo siempre había tenido.

Y ahora tengo miedo.

¿Qué hay que hacer? Los dos estamos afligidos. Pero no podemos compartir la pesadumbre como podrían hacerlo otras dos personas, porque si trato de consolarle le diré únicamente que soy como él, ¿y eso no le producirá más congoja? Si pongo ternura en mi respuesta, mentiré o será sentimentalismo.

Al mismo tiempo tengo la impresión de tener delante a un desconocido, un carácter de hombre, y que no poseo ninguna experiencia, y que no sé cómo actuar con él.

Mamá es la única que podría ayudarme. Pero sé que pensaría en papá, que me citaría analogías en el caso de papá, y no comprenderá por qué me retraigo cuando pone a Gérard en el lugar de papá. Yo no puedo verlo como algo similar.

Él me habla con entusiasmo de mis cartas. Por eso su camino diverge del mío. Pero ¿no comprende que si le envío «descripciones de paisajes» es porque no puedo hablar de otra cosa, de mis sentimientos, que no son seguros como los suyos? Pero esto tampoco puedo explicárselo.

A ratos se apodera de mí una desesperación sosegada. Pienso: siempre he sabido que no estábamos hechos el uno para el otro. Yo lo sentía y me asustaba cuando veía que los demás preveían otra cosa; tengo algo de hindú en mi temperamento.

¡Dios mío! ¿Qué hay que hacer? ¿Qué voy a responder?

El final de su carta es cínica. Pero ni siquiera me afecta. ¡Si él lo supiera!

¿Por qué la vida se ha vuelto tan complicada?

Miércoles, 15 de abril

He trabajado todo el día, para huir. He conseguido olvidar. Tres horas después, emergía de un mundo lejano y me ha parecido que todo esto volvía a carecer de consistencia.

He trabajado también toda la tarde, pasando a máquina mi capítulo sobre Bruto. El sol era tan fuerte que he cerrado las contraventanas. Fuera, era la coronación del verano.

Salgo a las cuatro, de lleno en el calor veraniego —extraña sensación—, voy a la Sorbona, a la sesión Escarpit. Esto me recordaba el período de exámenes del año pasado, y sin embargo me siento más libre, más errante, menos agobiada.

Terminé *El monzón* antes de dormirme. Pero he dormido muy mal.

Jueves, 16 de abril

Esta mañana he ido a la Sorbona para despejarme un poco. He sufrido una decepción porque esperaba ver a Sparkenbroke^[4]. Pero le he visto esta tarde; he llegado demasiado pronto, naturalmente. He subido un instante a la biblioteca y al bajar oigo a alguien cantando a voz en grito en la escalera. Era Escarpit, que estaba abajo con su novia. Cantaba, probablemente porque estaba contento; contento de su felicidad, de su trabajo. Es un chico maravillosamente equilibrado. A pesar de no ser *muy* culto, refleja salud moral, intelectual. Me paro en seco al pie de la escalera al reconocerle. Él se ríe sin azorarse lo más mínimo, yo me río, su novia se ríe. Una ola de simpatía me ha invadido.

Espero en el patio, charlando con Charlotte Brontë, la chica que se ha especializado en Charlotte Brontë. Es muy agradable. Posee también esa cualidad indefinible de los estudiantes que veo, la de hacerte sentir que te aprecian.

La clase de Cazamian incluía una disertación de un chico que tiene un aire astuto y chistoso sobre el lirismo de Shelley. No la he seguido muy bien, pero *sentía* que lo que él decía estaba lleno de ardor y de poesía. El elogio de Cazamian ha confirmado mi intuición. Pero yo no tenía paciencia para escuchar. Me he ido a las once y cuarto. He ido a secretaría a que me renueven el carné y he vuelto.

Después de comer voy con mamá en coche a la consulta del doctor Redon, que me ha cortado algunas láminas de piel del dedo para expulsar la invisible gota de pus, y luego bajo el bulevar Saint-Michel inundado de sol, lleno de gente, recobrando mi alegría familiar, maravillosa, al acercarme a la rue Soufflot. A partir de aquí, hasta el bulevar Saint-Germain, estoy en territorio encantado.

Por eso apenas me asombra que, al dejar a mamá en la parada del S, me tope de narices con Jean Pineau. Me estrecha la mano; yo retiro mi dedo enfermo sin que él se dé cuenta. Tenía la cara toda rosa, ¿quizá por el placer del encuentro? No tengo ni idea. Yo estaba encantada. Pero sólo después me he percatado de lo maravilloso de este encuentro. Él me coge el libro —el Hugo von Hofmannsthal— que en realidad yo quería enseñar a Sparkenbroke. Él ha estado brusco, pero alegre, imposible de definir. Nos separamos casi de inmediato, él subía el bulevar y yo iba al Instituto. Eran las tres y diez, yo tenía pensado asistir a la clase de Delattre.

Entro en el anfiteatro y veo a Sparkenbroke en su palco. Me siento en mi sitio habitual, al lado de una chica gruñona. Delattre hablaba de todos, yo no

le escuchaba, miraba mi sombra en el sol. A y media, hay el barullo que precede a la explicación del texto, mi vecina pasa por delante de mí para salir. Me levanto para dejarla pasar y veo que Sparkenbroke me hace señales que querían decir: «¿Te quedas?». Le respondo que no, y hemos salido al sol. Me ha invadido un extraño alivio. No haberle visto me habría frustrado mucho, es el único resplandor de luz en este infierno en que vivo, el único modo de aferrarme a mi vida normal, de evadirme.

El dice: «¿Vamos al Luxemburgo?» Miro el reloj, Françoise Masse venía a merendar. Pero no lo he dudado. El vuelve al anfiteatro a recoger su cartera y nos marchamos. El extraño paseo por las calles conocidas que ya no reconocía, como si de golpe fueran distintas, la rue de l'École-de-Médecine, la rue Antoine-Dubois, la rue de Médicis. Él hablaba de su proyecto de escribir un *Chantecler* y *Pertelope*, su voz me parecía negligente, sus entonaciones, mi timidez habitual, y poco a poco se ha restablecido la normalidad. En el Luxemburgo nos paramos al borde del estanque, donde navegaban decenas de veleros; sé que hemos hablado, pero sólo conservo un recuerdo de la fascinación que ejercía sobre mí el centelleo del agua bajo el sol, el ligero chapoteo y las ondas que rebosaban de alegría, la curva graciosa de los pequeños veleros bajo el viento y, por encima de todo, el gran cielo azul tembloroso. A mi alrededor había una multitud de niños y de adultos. Pero lo que me atraía era el agua centelleante. Incluso cuando yo hablaba, veo ahora que era ella la que ocupaba mi mente. Sin embargo, tenía ganas de discutir, porque Sparkenbroke me decía: «Los alemanes van a ganar la guerra». Le he dicho: «¡No!» Pero no sabía qué otra cosa decir. Sentía mi cobardía, la de no defender ya ante él mis creencias; entonces he reaccionado y exclamo: «Pero ¿qué será de nosotros si ganan los alemanes?» El hace un gesto evasivo: «¡Bah! No cambiará nada» —yo *sabía* de antemano que él me respondería esto—. «Siempre existirán el sol y el agua...» Yo estaba tanto más irritada porque en el fondo de mí misma, en aquel instante, sentía también, delante de la belleza, la vacuidad suprema de todas estas discusiones. Y sin embargo sabía que cedía a un hechizo maligno, renegaba de mí misma, sabía que me reprocharía esta cobardía. Me sentí obligada a decir: «¡Pero no a todo el mundo le dejan disfrutar del sol y del agua!». Por suerte, esta frase me ha salvado, no quería ser cobarde.

Porque ahora sé que es una cobardía, no tenemos derecho a pensar sólo en la poesía en la tierra; es una magia, pero sumamente egoísta.

Después él empieza a hablar de los veleros, de los árboles de Aubergenville, de sus juegos de infancia, mi malestar ya había pasado. En la

verja encuentra a un compañero, yo me alejo y poco después veo a Jacques Weill-Raynal, con el que hablo un momento. Spark se ha reunido conmigo y salimos. Dice: «Es curioso, cuando yo me encuentro a un amigo, usted encuentra a otro». Luego, más tarde, me dice que no le gustaría encontrarse a su mujer; como él siempre me había hablado con desenvoltura, he intentado decirle, con el mismo tono: «¿Por qué? ¿Se enfadaría?» Pero él me ha dicho entonces que ella esperaba un hijo y que estaba bastante nerviosa.

Entonces algo se ha oscurecido, es ese algo que seguía amenazando con alterar la atmósfera límpida, tan extraña y tan maravillosa, ese algo que, de golpe, me haría ver todo desde el punto de vista de «las demás personas», porque ahora sé que no debo continuar, aunque su mujer no tenga en absoluto motivos para estar celosa, podría dolerle. Y si yo supiese que le dolía, quizá eso cambiaría todas mis ideas y toda la belleza ideal de nuestro trato. Ahora algo ha terminado.

Al bajar el bulevar Saint-Michel, él hablaba de sus amigos, todos ellos casados y padres de familia. Le digo: «Sí, todos los chicos se casan jóvenes». Y la conversación ha seguido por ese terreno. En un momento dado digo: «En el fondo no es difícil casarse, lo difícil es encontrar la verdadera felicidad...». Ahí he buscado las palabras, titubeando. Él ha respondido: «Yo nunca he creído en eso». Le respondo, con fuerza: «Yo todavía creo, y no quiero que me quite mis ilusiones». He tenido de pronto una sensación de aislamiento. En el fondo él también era muy diferente de mí. Al final del bulevar Saint-Michel hablamos de nuestra filosofía de la vida, me dice que para él todo es interesante, cualquier cosa... «Para mí no, no soy una diletante, busco lo bello, lo perfecto, separo las cosas bellas de las otras. Tengo aún una escala de valores, no he llegado todavía a la fase en que todo se vuelve digno de interés». Luego hablamos de que el pensamiento es incomunicable, de la transmisión del pensamiento. Me deja en la boca del metro, yo estaba deslumbrada por el sol. Me dice: «Vendré mañana». Yo dudo; de repente sentía la inutilidad de verle, más bien ya no encontraba en mí el deseo de volver a verle; le digo. «Creo... que también vendré». Se ha marchado. De pronto me doy cuenta de que *yo no* tenía ni dinero ni billetes de metro. Sólo podía hacer una cosa: correr tras él. Caminaba despacio, como reflexionando. Le alcanzo y le explico riendo lo que me pasa. Él ha esbozado su sonrisa maliciosa y ha sacado un taco de billetes. De repente todo ha vuelto a ser como antes.

Pero esta noche siento que esto también me abandona, que hay una discordancia aquí. Y lo único que me parece puro, sano y fresco en esta

jornada es el encuentro con Jean Pineau.

Y, sin embargo, todavía soy joven, es una injusticia que se trastorne todo lo que es límpido en mi vida, no quiero «tener experiencia», no quiero llegar a hastiarme, a desengañarme, a envejecer. ¿Qué me salvará?

He hablado mucho, mucho tiempo con Françoise Masse. Le he enseñado mis libros, mi título académico. En algunos momentos yo tenía conciencia de la desesperación que me acechaba. Cuando ella me ha dicho que Georges le había escrito que Gérard era cada vez más misántropo, me ha herido en lo vivo, porque estoy en carne viva. ¿Por qué Françoise venía a confirmarme que yo ahora había arrastrado a otro, que mis actos no sólo me afectaban a mí, que ya no era libre? Porque la libertad, incluso en el sufrimiento, es un consuelo.

* * *

Domingo, 19 de abril
12 horas

Acabo de escribir esta carta. Me siento lavada por un acceso de lágrimas. Y mi dedo me causa un sufrimiento físico que no le agradezco.

He ido hace poco a la rue de la Chaise. Redon me hace una incisión muy pequeña, porque me dolía muchísimo. Dice que no es nada.

* * *

Esta tarde he trabajado vagamente en mi capítulo de *Antonio y Cleopatra*. Pero toda mi desesperación de anoche había desaparecido. Lisette Léauté, que por supuesto se había equivocado de domingo para la orquesta, viene a charlar conmigo en mi habitación; yo estaba despeinada, sin medias, pero a los Léauté todo esto les importa poco. Ha sido muy agradable.

Después he ido a reunirme con Denise en casa de los Job. Breynaert, ella y François tocaban el trío de Schumann. Poco después llega Sennizergues, el compañero de Job y Daniel. La merienda ha sido suntuosa, había un helado maravilloso. Me marchó a las cinco y media para ir a casa de Francine Bacri; el metro sofocante, pegajoso. En casa de los Bacri estaba su padre en bata, Jeanne Audran y sus padres y una amiga de Francine que conozco de vista, con su madre. Hablamos de política, cómo no.

* * *

Lunes

Al acostarme anoche, tuve de nuevo la sensación de que tenía el dedo atrapado en la pinza de una langosta. Sólo he dormido a base de aspirinas.

Pero qué extraño: este dolor físico me da la impresión de concentrar en sí toda mi maldad y mi malestar moral. Me libera, es saludable. Corresponde a un gran cambio. No sé si quiero a Gérard o no; pero todos los pensamientos malvados sobre él han desaparecido de mi cabeza. Cuando pienso en él es casi como en una cosa sagrada que ya no quiero tocar.

* * *

Paso toda la mañana terminando la redacción del capítulo sobre *Antonio y Cleopatra*. Después de comer vuelvo con mamá a ver a Redon, tenía el dedo muy feo. Me ha puesto cuatro inyecciones para anestesiarlo. No me ha producido una sensación muy agradable. Cuando me he levantado para ir a sentarme en la consulta, esperando a que transcurrieran los diez minutos de inmovilización necesarios, estaba toda aturdida. Cuando ha empezado a hacerme la incisión era como si estuviera a diez kilómetros de mí; no he mirado, pero mamá miraba y a juzgar por sus muecas he comprendido que no era muy bonito. En un momento dado he visto que levantaba cosas con una tenacilla. Pero mi dedo no me pertenecía.

Voy luego a la biblioteca a cumplir mi guardia^[5]. Por supuesto, he despertado mucha curiosidad. Pero Vivi Lafon ha sido tan encantadora que le estoy muy agradecida. Me han cuidado como a un bebé. Han venido Nicole y Denise. Me ha dolido mucho cuando ha pasado el efecto de la anestesia, pero después se ha calmado.

Después de cenar, desde la cama dicto a Denise el comienzo de mi capítulo. Pasamos una velada muy agradable, incluso casi excelente.

Martes, 21 de abril

Esta mañana seguimos tecleando y dictando. Denise me dice que está muy bien. Estoy muy contenta y tengo miedo a la vez. Después he ido a la Sorbona. Jas viene a comer. He pensado que estallaría en la comida, de tanto como mamá ha discutido con él.

Por la tarde lucho contra el sueño y el entumecimiento. ¿Es porque amenaza tormenta? ¿Es por lo del dedo? Odile se reiría si estuviera aquí: porque hoy es martes. Todo el año el martes ha sido un día desperdiciado. Pero Odile no está. Me duermo trabajando encima de la mesa, tengo muchas

ganas de volver a empezar. No tengo valor de releer *Coriolano*; he ido a la rue Saint-Dominique para que me arreglen el estuche del violín. Tomo té con la esperanza de despejarme. Pero no hay nada que hacer, estoy completamente embotada.

Miércoles, 22 de abril

He recibido dos cartas.

Paso toda esta semana: por la mañana redactando mi trabajo, por la tarde perdiendo el tiempo, por la noche deplorando mi trabajo, después de cenar tecleando horrorizada por mi incapacidad para expresarme. Por la mañana me despierto a las siete y toda mi frescura intelectual, que reservaba para poder trabajar, desaparece cuando me levanto.

Vivo como en un mal sueño, ya no sé en qué día estoy, no sé cómo ha pasado el tiempo.

Viernes, 24 de abril

Voy a comer a casa de Jean y Claudine, es el único punto luminoso de esta semana. Me quedo con ellos hasta las cuatro, *tocando* el violín. Jean leía dos capítulos de mi trabajo, está más simpático que nunca. Sin embargo, me intimida un poco, y siento que yo lo intimido a él. Pero es maravilloso.

He vuelto aquí, y como de costumbre, en medio de la tarde, estoy completamente desconcertada. Vuelvo a salir a las seis para ir a ver al doctor Redon. En el bulevar de Montparnasse, en medio de esa multitud sentada en las terrazas de los cafés, o que circula ruidosamente, tengo una sensación de soledad y de melancolía horrible. Sólo me recupero al ver los árboles espléndidos del Petit-Luxembourg.

Sábado, 25 de abril

He recibido una carta de Gérard, parece trastornado. De repente hay algo grave entre nosotros. ¿Cómo acabará esto? Sólo pienso en él con una especie de ternura extraña.

Comida en La Reine Pédaque. Hemos ido a Aubergenville. Denise se queda porque había invitado a Jean Vigué y su mujer.

Las lilas estaban en flor, la hierba está ya alta, pero me he prohibido disfrutarlo porque ahora me encuentro idiota, desde que he comprendido hasta qué punto había podido fastidiar a Gérard con mis descripciones.

Domingo, 26 de abril

Orquesta: Job, Breynaert y su hermana, Françoise Masse, Annick Bouteville. Denise ha tocado su concierto de Mozart y nosotros la acompañamos; dirigía François.

* * *

Lunes, 27 de abril

En la biblioteca vuelvo a ver al chico de ojos grises; para mi gran sorpresa, me propone que vaya a escuchar discos el jueves; hablamos de música durante un cuarto de hora. Seguíamos hablando cuando llega Francine Bacri para darme el resultado de la lectura de mi trabajo. Sé su nombre. Se llama Jean Morawiecki. Antes de saberlo, yo le encontraba un aire eslavo, el de un príncipe eslavo. Es una lástima que tenga la voz que tiene.

Como mamá toma esta invitación con la mayor naturalidad del mundo, de pronto me ha parecido totalmente natural y le he escrito para aceptarla.

Martes, 28 de abril

He ido a tocar un dúo con el señor Lyon-Caen. Después he ido a merendar a casa de Miss Day. He aceptado estas dos invitaciones en mitad de la semana para *escapar* al martes. Y lo consigo. En principio, porque la visita a los Lyon-Caen me daba a la vez miedo y placer, en todo caso era una novedad. Además, sólo he comprendido lo que había hecho al aceptar la invitación cuando he recorrido a pie el camino que hice sola el jueves y después con Gérard el domingo. Entonces he comprendido que iba a casa de *sus* padres, a casa de él, y de repente he tenido miedo. Y además siempre me entra un poco de melancolía al subir su escalera y esperar a que me abran.

Pero todo ha salido muy bien. El señor Lyon-Caen es absolutamente estupendo. Cuando ha entrado en la habitación apenas me atrevía a mirarle porque de repente la forma general de su cara me ha recordado la de Gérard. Pero después me he dado cuenta de que no se le parecía y que podía mirarle sin emoción. Tiene un aspecto e incluso unos gestos sumamente juveniles. Al principio me parecía temerario tocar con un señor de esa edad al que no conocía. Por suerte estaba Françoise. Después la música me absorbe y no he vuelto a pensar en ello. Cuando merendamos con la señora Lyon-Caen y Claude, mi malestar había desaparecido; estaba visitando a gente que era como los demás.

Miércoles, 29 de abril

Me despierto temprano, después de haber soñado con Gérard. Hasta que me levanto sigo pensando en él y me siento muy feliz. No he intentado analizar el sentimiento, era desconocido y nuevo. Sabía que esta mañana recibiría una carta.

La he recibido, no decía gran cosa, sobre todo no entiendo la alusión del final.

El día entero, por primera vez desde hace mucho, he sido, en un sentido, suya. ¿Es definitivo? ¿Es una ilusión?

Paso por delante de la facultad de Derecho al volver de llevar un paquete para el señor Boissérie al Henri-IV. Y pienso, con una especie de nostalgia, que si él estuviese ahora ahí, yo me sentiría con derecho de ir a esperarle a la salida de la universidad. En otra época, por el contrario, habría preferido que me tragase la tierra a *pensar* siquiera en dirigirme hacia allí. Para mí habría sido el colmo de la «Era-Ingratitud»; y, por otra parte, nunca hubiera reunido el valor de hacerlo. Si supiera que pienso en él desde hace tanto tiempo: ¡era el año de la guerra! ¡Cómo ha cambiado todo!

Jueves, 30 de abril

He pasado una tarde maravillosa.

Me incomodaba mucho ir a escuchar discos con ese chico absolutamente desconocido. Pero en cuanto le veo llegar al patio del Instituto [de inglés], donde yo lo había citado, mi incomodidad desaparece. Todo era muy sencillo. Nos lleva, a mí y a un compañero suyo que conozco de vista, muy feo pero muy simpático, a la Maison des lettres, en la rue Soufflot.

Hemos escuchado discos hasta las seis y media. Al principio teníamos al lado a un estudiante que tocaba Chopin sin parar, lo que nos incordiaba. Pero después hemos tenido paz. He oído un quinteto de Jean-Chrétien Bach, el comienzo de la *Octava sinfonía*, que yo había pedido y que ha sido glorioso, una cantata de Bach, dos preludios de Bach y la *Oda fúnebre* de Mozart, un fragmento magnífico.

Ha sido muy divertido: me sirven té y tostadas; el té era imbebible, pero el detalle me ha conmovido.

Vuelvo con Jean Morawiecki: vendrá el domingo y traerá un cuarteto de Beethoven.

En casa reina la efervescencia. Los amigos de mamá acababan de marcharse, papá de llegar, Nicole y Denise estaban muy excitadas, Auntie

Ger [la tía Germaine].

El señor Périlhous viene a cenar; después, prueba mi violín. Tocamos a dúo el concierto de Bach y una sonata. No hace más que repetir que somos un encanto de niños. No sé si sabe lo que pensamos de él.

Domingo

Día extraordinario. Pero no he hecho nada.

Por la mañana voy a llevar lilas a la abuela y a Françoise Masse. La mañana era tan bonita, tan soleada, con los castaños en fiesta y el cielo azul, que olvido todo remordimiento y me abandono a la belleza de alrededor. He tenido que quedarme en casa de los Lyon-Caen a charlar con la señora. Esto siempre me incomoda mucho.

Viene a comer la señora Lévy. Después se hacen los preparativos de la merienda.

François no viene a tocar. Annie había traído un viola; un chiquillo muy silencioso, pero agradable. Ensayamos la *Sinfonía concertante* de Mozart, era demasiado difícil. Breynaert llega a la mitad; tocamos el concierto de Bach con dos violines, pero me exaspera porque tocaba fuerte todo el tiempo.

A las cuatro paro. A las cuatro y media llaman a la puerta y abro. Eran François y Jean Morawiecki. Creo que Jean ha conquistado a todo el mundo.

Es tan extraordinario pensar que estaba allí, este chico al que apenas conozco, que conocí en la Sorbona y del que el lunes no sabía ni el nombre. Hay algo de maravilloso en esta historia.

Me fastidia que ahora todos le encuentren un aire eslavo. No quiero que sea por eso por lo que me parece simpático. Me parece simpático, sin más, por sí mismo. No había ninguna sofisticación, ninguna afectación por mi parte. Él había traído el Corelli y el *Cuarteto decimoquinto*, durante el cual Spandrell se mata en *Contrapunto*. El *Heilige Dankgesang*. Todas las ventanas estaban abiertas, el sol entraba a raudales, el milagro de la claridad se ha producido, yo tenía la sensación de que todos estaban hechizados.

Lunes, 4 de mayo

¡Qué noche! He soñado toda la noche. Esta mañana, al despertar, cuando pienso en el sueño, en todo lo que podía implicar bruscamente, gimo.

Y ahora me acuerdo de que esta tarde, con Jean Morawiecki, al que no conocía la semana pasada, he leído el poema de Heine «Lloré en sueños». Y

todo me ha parecido extrañamente hermoso, pero de una belleza trágica, en la que había lágrimas.

Porque otra vez paso la tarde con él: yo sabía que volvería a verle, él me lo había dicho ayer, pero yo estaba segura. Llegó hacia las tres y media. Y se instaló al fondo de la biblioteca. Durante una hora he trabajado sin parar. Me moría de ganas de hablar con él. Pero a eso de las cuatro y media se levanta y viene a dejarme su cartera mientras se va a hacer compras. En realidad, no se ha ido y se ha quedado allí hasta las seis menos cuarto.

Y esta noche me embarga una extraña tristeza. ¿Me estoy dejando arrastrar por un mal camino? ¿Me estoy volviendo loca y apasionada?

¡Creo que con Gérard me habría perdido todo lo que debe de ser tan hermoso, el despertar, la floración espléndida, poco a poco, profunda, silenciosamente! Hay algo demasiado normal y sin embargo soy yo la que rebaja así la cosa. ¿Un día destruiré estas páginas porque habré elegido a Gérard?

¿Qué va a ser de mí? No sé adónde voy ni lo que ocurrirá mañana.

Jueves, 7 de mayo

He visto hoy a Jean Morawiecki, en la clase de Delattre. Después de clase vamos a la rue Odéon y luego al Luxemburgo; hasta las cinco me quedo sentada en un banco debajo de los castaños de la gran alameda. Allí había sombra y silencio. A pleno sol el calor era insoportable.

Él estaba más pálido que de costumbre. No soportaba el sol. ¿Estará enfermo?

Creo que he descubierto lo que es. Su padre debía de tener un cargo en una embajada. Hoy me ha dicho que en Barcelona su padre recibía a todas las personalidades de paso. (A propósito de Paul Valéry. El domingo había dicho que no se había quedado nunca más de tres meses en la misma ciudad. Su distinción, su refinamiento, son esencialmente aristocráticos.)

En este momento oigo su voz, su voz un poco alta, con inflexiones ligeramente afectadas. Cada vez que le miraba él volvía la cabeza.

Nos invita el jueves próximo, a Denise y a mí, a escuchar discos de música rusa.

Noche del sábado, 9 de mayo

Creo que hoy he enloquecido.

Estaba completamente exaltada. Le he dicho a Nicole cosas que nunca debería haberle dicho.

Y sin embargo, incluso antes de cenar, me parecían reales. Este encanto me parecía real, sabía que en adelante estaría ahí, esperándome en cada esquina.

Pero esta noche estoy tan cansada que lo veo todo a través de un velo espeso; ya no siento nada, no comprendo siquiera cómo he podido trastornarme tanto, estoy fría, me encuentro estúpida.

Ha habido la carta de Gérard, el almuerzo con Simone, el cuarteto de Beethoven y la conversación con Nicole en el alféizar de la ventana, con una vista aérea de los castaños en flor. ¿Qué he dicho? ¿Qué he pensado hoy? ¿Mañana se repetirá el mismo drama?

Creo que voy a dormir.

Domingo

Todo lo trágico de ayer ha desaparecido. No comprendo lo que me ha pasado. Nunca voy a abandonarme así. Día en Aubergenville. Tormentoso, sofocante. Después de comer estaba tan exhausta que me he dormido sobre el banco de piedra de allá arriba. Me tentaba demasiado.

Jueves, 14 de mayo

Tras la historia de ayer, estaba a la vez abatida y sobreexcitada como al día siguiente de un baile.

Termino mi trabajo a trancas y barrancas. Este día de Ascensión tenía un aspecto indefinible de domingo. Papá en casa, el recuerdo de ayer, todo ello creaba una atmósfera rara.

No he tenido apenas tiempo de prepararme para esta tarde, y así era mucho mejor. Teníamos una cita; Denise y yo delante del Instituto. El Barrio Latino estaba vacío como un domingo. J. M. [Jean Morawiecki] nos esperaba con un compañero; recibo un vaso de agua en la cabeza, lanzado desde el hotel de enfrente. Nos dirigimos a la Maison des lettres. El bulevar Saint-Michel estaba atestado. Le cuento a Morawiecki todo lo que ocurrió ayer, parecía un sueño. Encuentro menos incredulidad que la de Sparkenbroke ayer. Está sin duda más cerca de mí que Spark. La Maison estaba en principio cerrada, pero el amigo de Morawiecki, Molinié, el de la otra vez, tenía la llave y nos ha abierto, con otra chica que ya estaba la última vez. El sitio entero para nosotros. Primero escuchamos el *Cuarteto decimocuarto* de Beethoven,

que yo prefiero, creo, al *Decimoquinto*. Después le toca el turno a la música rusa, *Príncipe Igor*, zíngaros, música popular, Chaliapine; yo estaba entusiasmada, nos sirven una merienda deliciosa, chocolate con leche espumoso, y J. M. ofrece cigarrillos egipcios y rusos. Era excesivamente agradable.

Nos acompaña en metro hasta Sèvres-Babylone. Esta noche, como siempre, yo añoraba la tarde. Y además ya no comprendo nada de esta semana. Con el suceso de ayer y la sobreexcitación de las últimas horas de redacción para el examen. Mañana será parecido. Quizá todo vuelva a la normalidad el lunes.

Miércoles, 20 de mayo

Acabo de recibir la visita de Francine de Jessay. Hacía tres años que no la veía.

Me ha alegrado mucho; y no ha habido el menor roce, ni siquiera a pesar de nuestro desacuerdo sobre el desenlace final de la guerra.

Se ha vuelto arrebatadora; es en verdad la única compañera de clase a la que me agrada volver a ver. Regresa a Limoges el lunes, por desgracia.

Su visita ha revivido un montón de recuerdos de la academia^[6].

Jueves, 2 horas

Estoy haciendo una cosa muy dura.

No sé muy bien qué fuerza absurda me empuja a actuar así de repente. Sí, ya sé, la brusca constatación de que no debo continuar porque haría sufrir a J. M. Hasta ahora todo esto me parecía maravilloso, no hay otra palabra para expresar lo que sentía. Y luego vino la crisis de la semana pasada, que pasó enseguida y que me ha obligado a interrogarme de vez en cuando, a ver más allá. Y más allá he visto, entre lo desconocido, breves «exhortaciones», negaciones. No sé si estas cosas son verdaderas o siguen siendo productos de mi imaginación. No sé si es verdad que él no está hecho para mí, que sólo ha sido una crisis pasajera, porque me falta perspectiva. Pero lo siento vagamente y obedezco sin rechistar.

Pero me doy cuenta de que es duro. Duro no porque me niegue, sino porque no quiero por nada del mundo causarle la menor pena. Debe de ser muy sensible, como Jacques, como una chica casi; y sé la importancia que una chica puede conceder a la mayor nimiedad. Y luego también veo que lo que hago es un pequeño sacrificio. Debo tener el valor de ir hasta el final y

renunciar, en consecuencia, al encanto de todo esto, renunciar a lo que hacía los lunes agradables, y los jueves también.

Y por momentos me sobresalto, indignada. Y me digo: ¿por qué el esfuerzo de dramatizarlo todo?

Pero una voz responde: hay que hacerlo, yo no dramatizo, ese chico sufrirá: creo que no hay nada ordinario y sencillo.

Soy imparcial: lo que hago no es un sacrificio por Gérard, quiero situarlo en el plano de la justicia.

Pero soy como Bruto. Y *fall back on instinct* [me remito a mi instinto], en el fondo me mueve el pensamiento de que pertenezco a Gérard y que por tanto haría sufrir a este chico. Y no quiero.

Tenía que verle esta tarde a las tres y media. No había forma de eludirlo, porque me traía el Bottin. Pero esta mañana, al volver de secretaría, me lo encuentro en la rue des Écoles. Estaba segura de que me lo encontraría, he sentido alivio. Así no tendría que volver expresamente por él a las tres. Pero me oprimía *lo que yo sabía de mi decisión*. Tenía la sensación constante de herirle. Ha vuelto a las once y media al Instituto. Y se ha sentado enfrente de mí. No sé por qué se me ha ocurrido darle el programa de los cursos de interpretación. Ha dicho que iría, no creo que haya especificado que mañana. Pero es demasiado reservado y educado para decirlo. Me pregunta a qué hora suelo ir yo. Y conozco su estilo, creo que irá.

Entonces decido no ir yo. Me fastidia, con independencia de todo lo demás, porque el programa me interesaba. Pero no quiero ir, sé muy bien el efecto que le hará la música, y quizá a mí también. Y no quiero verle demasiado a menudo.

Pero como todo esto es muy complicado, huyo de casa y hago muchas compras para pasar la tarde.

Menos mal que tengo *Beowulf*.

7 horas

Vuelvo tan abatida como para llorar.

Ha pasado lo siguiente. Hago compras por todo París. Artisanat, biblioteca americana, rue de Passy para los zapatos, un par, etc. Llego a casa de la abuela a las cinco. Allí encuentro a Jean-Paul en el salón con Nicole, y eso me calma. Pero después, mientras merendamos, Nicole me pregunta si iba al concierto mañana, y he comprendido que ella sí iba. Entonces se reabre algo en carne viva. Creo que había una especie de celos al pensar que los demás le verían, porque él está bien. Me produce el mismo efecto cuando Nicole me

dice que Jean-Paul había preguntado el nombre del «guapo muchacho rubio». Me parecía que ella hablaba ya de algo del pasado. Pero al mismo tiempo una voz que hablaba con los dientes apretados me prometía que si salía victoriosa de esta lucha yo estaría purificada: de qué, por qué, lo ignoro. A ratos me pregunto por qué tan de repente y voluntariamente he renunciado.

La crisis la ha desencadenado mi enfado ante la deshonestidad del zapatero al que yo le había encargado que pusiera suelas de goma a los zapatos de madera que acababa de comprar. Me había hecho pagar treinta francos por el exterior. Cuando vuelvo a buscarlos por la noche me reclama treinta francos por poner las suelas. No sé calar a la gente, me he marchado sin los zapatos, ya no tenía dinero pero sí ganas de llorar.

Tomo el metro en La Muette, un metro hasta los topes, caliente, pegajoso, maloliente. Y ya sólo tenía una idea en la cabeza, con tal de que hubiera una carta de Gérard en casa. En mitad de la tarde, exactamente al pasar por la rue Chernoviz, el porvenir se aclara súbitamente porque he pensado en él durante un largo rato.

Pero cuando llego a casa encuentro una carta de Vladimir y una de Jean-Pierre Aron, que en su dramatismo lírico era el colmo de lo grotesco. A pesar de todo he escrito a Gérard. Quizá no hubiera debido.

Cuando vuelve mamá, le cuento la historia de mis zapatos. Me ha calmado de golpe hablar de cosas materiales. De momento estoy mejor. Pero aún tengo que pasar el día de mañana.

Viernes, 22 de mayo

No estaba en el concierto. Lo primero que pienso es: «Habrà que empezar de nuevo». Lo segundo: un alivio tremendo.

* * *

Pasar la tarde es bastante duro; sin contar con que he vuelto de la boda de Pierrette Vincent a las dos y cuarto y que me encuentro toda endomingada este día desordenado.

Me quedo en la boda, con Francine. Era una seguridad y una garantía contra la banda Lemerle, Viénot y compañía; me sentía a salvo. Además, Pierrette me gusta mucho; su marido es estupendo. Y el ambiente era simpático.

Sábado, 23 de mayo

Mañana: estoy en el Instituto a las nueve. Encuentro a Jacques Ulmann, Roger Nordmann (a cuyo hermano acaban de fusilar)^[7] y Françoise Blum, su novia, a la que reconozco vagamente. Me hacen un relato tan historiado del acontecimiento de la semana pasada que no lo reconozco. En el Instituto tropiezo con los enceradores, el sábado no abren hasta las diez. Abajo encuentro a un estudiante con el que nunca he hablado. Pero ha sido muy amable y hemos buscado juntos, yo una traducción de *Coriolano*, él una gramática anglosajona. A las diez subimos y me enfrasco en *Beowulf*.

El trío de música no ha salido nada bien. Job y yo estábamos entumecidos. Jean ha venido cinco minutos. A las cinco vuelvo a trabajar aquí en *King Horn*. Durante la cena estaba desesperada por no haber hecho nada.

Sigue sin llegar correo. Otra vez empiezo a exasperarme como hace varios meses.

Domingo

Comida en Auber [Aubergenville], con Job, Jean-Paul y Jacques Monod. Jean-Paul es encantador y no me cansan sus visitas, Monod es grosero y pelmazo.

El día ha sido agradable pero me he aburrido, añoraba algo terriblemente.

Lunes de Pentecostés

Estaba lanzada impetuosamente en *King Horn* cuando papá me llama: «Morawiecki al teléfono». Estaba tan lejos de todo esto que no me ha producido la menor impresión, ¿o he resuelto el asunto? Él quería saber si la biblioteca estaba abierta, ¡qué pretexto! Después hay un silencio que he tenido que romper lamentándome sobre el anglosajón. Le he invitado para el 7.

Pero es raro que me haga tan poco efecto.

Sábado, 30 de mayo

Esta mañana, por primera vez desde que trabajo sin parar, estoy desalentada antes de empezar. Estaba casi segura de recibir una carta esta mañana, lo había soñado por la noche, soñado que recibía dos cartas, una que contenía no sé por qué una discusión sobre Blake y otra que no conseguía leer. Esta certeza me había hecho aceptar con buen humor el alboroto de la alerta nocturna, me había levantado de excelente humor. Y sin embargo hace tantos días que mi esperanza se ve frustrada que algo en el fondo de mí misma

me decía que no habría nada. Esperaba simplemente poder burlarme de esta duda.

Pero no ha llegado nada y me enfrasco en mi trabajo para no pensar en la decepción.

Domingo, 31 de mayo

Me he quedado sola en París para trabajar. Es curioso que no esté nada nerviosa este año respecto al trabajo.

Como en casa de la abuela, donde otra vez estaba Decourt. Claudine me horroriza con sus comentarios sobre ayer. Catherine Viénot le parece fascinante, etc. Jacques piensa exactamente lo contrario, cosa que me agrada. Vuelvo a las tres y trabajo en una gramática anglosajona hasta las siete y media.

Por un momento he creído que mi ignorancia me haría enloquecer. Pero sólo era una falsa alarma, no llego a inquietarme. Y utilizo mi trabajo como un refugio.

Lunes, 1 de junio

Rehecho el Ancien Rivoli por la mañana. Mamá viene a anunciarme la noticia de la estrella amarilla^[8], y la rechazo diciendo: «Hablares de eso más tarde». Pero yo sabía que había algo desagradable *at the back of my mind* [me preocupaba confusamente].

He vuelto de la Sorbona completamente atontada. He intentado trabajar, aun estando de bibliotecaria. Y he cumplido mi turno no sé cómo y sin darme cuenta de lo que pasaba. A las tres aparecen J. M. y Nicole y Jean-Paul, que no tenían la clase de Pons. Yo estaba en una *glorious muddle* [tremenda confusión].

Al volver encuentro una carta a lápiz de Gérard, sin interés y ni siquiera muy cariñosa. Pero tampoco me enfado por esto.

Jueves, 4 de junio

Ya no sé dónde estoy.

He tenido una *wild morning* [una mañana loca]. Los padres y Denise se han ido a las seis a Auber. Yo les había pedido que me dejaran quedarme para ver los exámenes de mis compañeros.

En primer lugar, a las seis me despiertan la luz y el calor.

Desayuno sola y salgo a las nueve, libre como el aire, en la mañana clara

y todavía fresca. Primero voy a correos para enviar el libro de Sparkenbroke, lo que me recuerda el año pasado, y de repente todo me parece pasado. No lamento nada, pero cuando lo pienso siento una vaga nostalgia.

Después tomo el metro hasta Odéon. En el Instituto los exámenes ya habían empezado. Me sentía vieja con toda mi experiencia de ayer. En la entrada del Instituto me encuentro con Vivi Lafon. Me dice cosas tan fabulosas sobre la estrella que me tranquiliza.

Es tan encantadora y cariñosa que para mí ella encarna el alma del Instituto. Subo con ella desde la sala de estudio y vuelvo a bajar para ver examinarse a los demás; charlaba con una compañera cuando llega J. M. Se para, por supuesto, y hablamos en la escalera durante una hora o casi. Luego he ido con él a Didier y al librero de la rue Soufflot; ha exasperado a los comerciantes, y casi a mí también.

Después vuelvo al Instituto, subo a ver a Vivi Lafon y me marcho tras una conversación con Jean.

J. M. me acompaña hasta el metro. Quería que fuésemos al concierto de esta tarde. Por eso buscaba un periódico. Cuando he visto su intención le he dicho que no podía.

Vuelvo aquí para bajar a comer con la señora Lévy. Ahora voy a casa de la señora Jourdan^[9].

Es muy curioso; sólo el epíteto *wild* [loco] puede aplicarse a este día. Puesto que estoy ocupada no tengo tiempo de sentir tedio. Y esta noche vuelvo al Instituto para ver mis notas.

* * *

Hacía un calor abrasador cuando he salido, y tomo el 92. En casa de la señora Jourdan encuentro a [...], con el que hablamos de la cuestión de la insignia^[10]. En aquel momento yo estaba decidida a no llevarla. Lo consideraba una infamia y una prueba de obediencia a las leyes alemanas.

Esta noche todo ha vuelto a cambiar: no llevarla me parece una cobardía con respecto a quienes la lleven.

Pero si la llevo quiero estar muy elegante y muy digna, para que la gente vea lo que es. Quiero hacer lo que sea más valiente. Esta noche creo que es llevarla.

Sólo que ¿adónde nos llevará eso?

Voy a casa de la abuela y allí encuentro a la señorita Detraux. La abuela me da un broche precioso y un sobre. Cuando llega Jean, Nicole de pronto me

lo ha contado todo. He comprendido por qué ayer ella estaba tan «estúpida». Me quedo horrorizada.

Y luego la agitación, que recordaba tanto la del 14 y el 15 de mayo, suplanta al dolor.

Menos mal que la abuela es sorda.

Tomo el metro a las cinco y media con Jean hasta La Motte-Picquet. En el Instituto espero una hora charlando con Maurice Saur y Paulette Bréant. Las notas no han salido hasta las siete. He visto llegar a Cécile Lehmann, a la que ayer creí ver de negro. Me saluda y con su hermosa mirada azul y franca, sin temblar, me dice que su padre ha muerto en el campo de concentración de Pithiviers^[11]. No sé si los demás que había allí se han emocionado igual que yo. He sentido que estaba de pronto delante de un dolor inmenso, inevitable, inconsolable. Todos los martes, por la mañana, cuando la veía, le pedía noticias de su padre. Este hecho mismo hacía que yo lo viera ante todo vivo. Esta desgarradura brutal, la injusticia inmensa de este fin, es atroz: sobre todo porque a esta chica la quiero mucho.

No tenía ningunas ganas de alegrarme cuando todos mis compañeros vienen a felicitarme. Pensar en esta muerte me obsesionaba y transformaba todo lo demás en absolutamente inexistente.

Lunes, 8 de junio

42 Lundi soir.
 Mon Dieu, je ne croyais pas que ça serait si dur.
 J'ai eu beaucoup de courage toute la journée. J'ai porté la tête haute,
 et j'ai si bien regardé les gens en face qu'ils détournaient les yeux.
 Mais, c'est dur.
 Où ailleurs la majorité des gens ne regarde pas. Le plus proche d'un de
 rencontrer d'autres gens qui l'ont. Le matin je suis parti avec Ramon
 - deux jours dans la rue nous ont montrés des choses en disant: "Voyez?
 T'as vu? Tuif." Mais la rue s'éclaircit normalement. Place de
 la République nous avons rencontré M. Simon qui s'est arrêté et est des-
 cendu de bicyclette. J'ai repris toute route le matin jusqu'à l'Étoile.
 A l'Étoile on est, ~~deux~~ celle-ci c'est l'Artisanat cherché malheur.
 puis j'ai repris le q. les jeunes hommes et une jeune fille attendaient. J'ai
 vu la jeune fille me montrer à son compagne. Puis la jeune
 indistinctement j'ai vu la tête - en fait, peut-être - j'ai entendu
 "c'est d'accord". Dans l'air, il y avait une plume, une
 meurt probablement qui m'avait déjà soulevé avant le matin et
 qui s'est relevée plusieurs fois pour saigner - un monsieur cher
 me fixait - je ne pouvais pas deviner le sens de ce regard - mais
 je l'ai regardé fixement.
 Je suis repartie pour la bonne - dans le métro encore une femme
 fuyait dans la cour. Cela a fait faillir les larmes à mes yeux. Je
 suis pourquoi - Au quartier latin, il n'y avait pas grand monde.
 Je n'ai rien eu à faire à la Bibliothèque - jusqu'à ce que
 t'arrives, ~~et~~ j'ai été dans la cuisine de la salle, où
 deux baises laissent échapper une larme brève. A quel-
 leus Jean Roussin et autres - c'était un soulagement de l'air.
 D'ailleurs devant le pupitre et se retiennent jusqu'au bout, et
 l'autre, et même sans rien dire - ~~et~~ si j'étais une demoiselle
 cherchant des billets pour le mariage de Mercredi, Nicole Garbino est
 temps -
 quand tout le monde a eu quitté la bibliothèque j'ai été navrée et je
 me suis montée l'œil. Mais je ~~ne~~ ne pouvais pas le regarder en
 face - je l'ai ôté et j'ai mis le bouquet brûlé qui la ferait à ma
 boutonnière - lorsque j'ai levé les yeux, j'ai vu qu'il avait été
 frappé en plein cœur - je suis sûre qu'il ne s'attendait de rien - je
 craignais que toute notre amitié ne fût soudain brisée, amoindrie
 par cela - Mais après - nous avons marché jusqu'à leurs Babylone. Il a
 été très gentil. Je me demande ce qu'il pensait -
 au revoir
 Paris

Diario, lunes 8 de junio de 1942, p. 55.

© Memorial del Holocausto - Col. Job.

Es el primer día en que me siento realmente de vacaciones. Hace un día radiante, muy fresco después de la tormenta de ayer. Los pájaros pían, una mañana como la de Paul Valéry. También es el primer día en que voy a llevar la estrella amarilla. Son los dos aspectos de la vida actual: el frescor, la belleza, la juventud de la vida, encarnada por esta mañana límpida; la barbarie y el mal, representados por esta estrella amarilla.

* * *

Ayer hicimos un picnic en Auber. Cuando mamá entró en mi habitación a las seis y cuarto (se marchaba temprano con papá y Denise), me abrió las contraventanas. El cielo estaba luminoso, pero con nubes doradas de mal agüero. A las siete menos cuarto, sola en la casa matinal, me precipité descalza al saloncito para ver el barómetro. El cielo se ensombrecía rápidamente. El trueno retumbaba. Pero los pájaros nunca habían cantado tan fuerte. Me levanté a las siete y media y me lavé de los pies a la cabeza. Me puse la bata rosa, me sentía libre como el aire, con las piernas desnudas. Mientras desayunaba caía la lluvia, la atmósfera seguía estando muy cargada. Bajé a la bodega a buscar vino, poco faltó para que me perdiera.

Me fui a las ocho y media. Sólo tenía una idea fija: llegar a la estación sin percance. Porque ayer entraba en vigor la ordenanza. Aún no había nadie en la calle. Respiré en cuanto estuve en el vestíbulo de la estación Saint-Lazare. Aguardé un cuarto de hora. El primero que llegó fue J. M., llevaba una chaqueta de tesor blanco que le daba un aire de actor americano. Estaba muy guapo. Después llegó Françoise, llena de entusiasmo. Cuando le pregunté: «¿Qué tal?», me respondió: «Mal», y me paré en seco, porque no tiene costumbre de responder así. Entonces me explicó, a su manera rápida, desviando los ojos como siempre hace cuando habla de su padre, que seguramente le habían enviado a Compiègne^[12] a desescombrar una estación bombardeada por los ingleses, Cologne. No sabía qué decir.

Durante este tiempo, Molinié había llegado y salió dos veces a hacer recados para su madre (rue de la Pépinière). Los Pineau llegaron después y Claude Leroy, y por último Nicole. Esperamos a Bernard hasta las nueve y media. Después fuimos a reunirnos con los demás (Nicole, Françoise y los Pineau, que habían subido al tren). Hubo los titubeos habituales respecto a los asientos. Acabé sentada en un extremo con Molinié y en el otro estaban los Pineau y Claude Leroy, y en medio Nicole, Françoise y Morawiecki. Llovía torrencialmente y el cielo estaba gris y bajo. Pero algo me decía que iba a despejarse.

En Maisons-Laffite se apeó mucha gente y yo y Molinié fuimos a reunirnos con el grupo central. En la estación siguiente, Jean Pineau se había sentado a mi lado. Tuve la sensación de que aún no le había visto. Bruscamente volví a descubrirle.

Después de este día le he comparado con J. M. y finalmente, aunque le haya visto poco, el vencedor es él. Todo el mundo está prendado de él, incluso los padres, de su energía y su valor moral; es curioso, es el único

chico del que se puede decir que *moralmente* posee una esencia rara. Lo que se transparenta de él es la energía y la rectitud.

Noche del lunes

Dios mío, no creí que sería tan duro.

He tenido mucho valor durante todo el día. Llevo la cabeza alta y miro a la gente tan de frente que desvían la mirada. Pero es duro.

Además, la mayoría de las personas no miran. Lo más penoso es encontrar a otras personas que la llevan. Esta mañana salgo con mamá. Dos críos en la calle nos señalan con el dedo diciendo: «¿Eli? ¿Has visto? Judío». Pero todo lo demás ha sido normal. En la Place de la Madeleine nos encontramos con el señor Simón, que se para y se apea de la bicicleta. Vuelvo sola en metro hasta l'Etoile. En l'Etoile voy al Artisanat a buscar mi blusa y luego tomo el 92. Lo esperaban un chico y una chica, y he visto que ella me señalaba a su acompañante. Después han hablado.

Instintivamente levanto la cabeza —a pleno sol— y oigo: «Es repugnante». En el autobús había una mujer, probablemente una *maid* [sirvienta], que me había sonreído antes de subir y que se vuelve varias veces para sonreírme; un señor elegante me miraba fijamente; yo no podía adivinar el sentido de su mirada, pero se la he devuelto con orgullo.

Vuelvo a salir para la Sorbona; en el metro, otra mujer del pueblo me sonríe. Se me saltan las lágrimas, no sé por qué. En el Barrio Latino no había mucha gente. No he tenido nada que hacer en la biblioteca. Hasta las cuatro, holgazaneo, sueño en el frescor de la sala, donde los estores bajados filtraban una luz ocre. A las cuatro entra J. M. Ha sido un alivio hablarle. Se sienta delante del pupitre y se queda hasta el final, charlando, y hasta sin decir nada. Sale media hora a buscar entradas para el concierto del miércoles; entretanto llega Nicole.

Cuando todo el mundo ha salido de la biblioteca, saco mi chaqueta y le enseño la estrella. Pero no he podido mirarle a la cara, me la quito y me pongo el ramillete tricolor que la sujeta a mi ojal. Cuando levanto los ojos veo que a él le ha llegado al alma. Estoy segura de que no lo sospechaba. Temí que toda nuestra amistad se hubiese desplomado de repente, debilitada por esto. Pero después vamos andando hasta Sèvres-Babylone y ha estado muy agradable. Me pregunto qué pensaría.

Martes, 9 de junio

Hoy ha sido aún peor que ayer.

Estoy derrengada como si hubiese dado un paseo de cinco kilómetros. Tengo la cara tirante por el esfuerzo que hago todo el tiempo para retener las lágrimas que brotan sin saber por qué.

Esta mañana me he quedado en casa para practicar el violín. Con Mozart lo he olvidado todo.

Pero esta tarde todo ha vuelto a empezar, a las dos tenía que ir a buscar a Vivi Lafon a la salida de las opos [oposiciones para catedrática de inglés]. Yo no quería llevar la estrella pero acabo llevándola y mi resistencia me parece una cobardía. Primero ha habido dos niñas en la avenida de La Bourdonnais que me han señalado con el dedo. Después, en el metro de l'Ecole militaire (cuando me apeo, una mujer me dice: «Buenos días, señorita»), el revisor me dice: «Ultimo vagón.»^[13]. Así que era verdad el rumor que circulaba ayer. Ha sido como el brusco cumplimiento de un mal sueño. El metro llegaba, subo al primer vagón. En el cambio he subido al último. No había insignias. Pero retrospectivamente han aflorado a mis ojos lágrimas de dolor y de rebeldía, me he visto obligado a fijarlos en algo para retenerlas.

Llego al patio grande de la Sorbona a las dos en punto, creo divisar a Molinié en el medio, pero como no estoy segura me dirijo al vestíbulo al pie de la biblioteca. Era él, que venía a buscarme. Me habla muy amablemente, pero su mirada se desvía de mi estrella. Cuando me miraba lo hacía por encima de este nivel y parecía que nuestros ojos dijese: «No le prestes atención». Acababa de pasar su segundo examen de filosofía.

Después nos separamos y voy al pie de la escalera. Los estudiantes dan vueltas, aguardan, algunos me miran. Pronto, Vivi Lafon baja y una de sus amigas llega y salimos al sol. Hablábamos del examen, pero yo notaba que todos los pensamientos giraban en torno a esta insignia. Cuando ha podido hablarme a solas, me ha preguntado si no temía que me arrancasen el ramillete tricolor, y a continuación me ha dicho: «No puedo ver a la gente con eso». Lo sé bien; hiere a los demás. Pero si ellos supieran qué crucifixión representa para mí. He sufrido allí, en aquel patio soleado de la Sorbona, en medio de todos mis compañeros. De repente me parecía que yo no era ya la misma, que todo había cambiado, que me había vuelto extraña, como si me encontrara en medio de una pesadilla. Veía a mi alrededor a figuras conocidas, pero notaba la congoja y el estupor de todas. Era como si llevara en la frente una marca al rojo vivo. En los escalones estaba Mondoloni y el marido de la señora Bouillat. Todos tenían un aire estupefacto cuando me *han visto*. Y además estaba Jacqueline Niaisán, que me habla como si no pasara

nada, y Bosc, que tenía un aspecto molesto, pero al que le tiendo la mano para que se encuentre a gusto. Yo estaba natural, superficialmente. Pero vivía una pesadilla. En un momento dado, Dumurgier, al que yo le había prestado un libro, ha venido a preguntarme cuándo podría devolverme mis notas. Tenía un aire natural, pero me ha dado la sensación de que lo adoptaba adrede. Cuando por fin veo salir a J. M., no sé qué me ha ocurrido, un alivio brusco al ver su cara, porque él sabía y me conocía. Le llamo; él se vuelve y sonríe. Estaba muy pálido. Después me dice: «Perdone, no sé muy bien dónde estoy». He comprendido que estaba totalmente perdido y agotado. Pero sonreía, de todos modos, y al menos él no parecía haber cambiado.

Al cabo de un momento me ha preguntado si no tenía nada especial que hacer. Me ha dicho que vendría a recogerme al patio, que iba a buscar a Molinié. Vuelvo hacia el grupo de Vivi Lafon, Marguerite Cazamian y otra pequeña que es encantadora. Poco después me llevan con ellas al Luxemburgo. No sé si J. M. ha vuelto. Pero era mejor que no le esperase. Para los dos: yo estaba nerviosísima y él habría creído que yo iba a buscarle. En el Luxemburgo nos sentamos a una mesa a tomar unos vasos de limonada y naranjada. Estaban encantadoras: Vivi Lafon, la señorita Cochet, que se ha casado hace dos meses, la pequeña cuyo nombre no conozco, y Marguerite Cazamian. Pero creo que ninguna comprendía mi sufrimiento. Si lo hubiesen comprendido habrían dicho: «Pero, entonces, ¿por qué la lleva?»^[14] Quizá les sorprende un poco ver que la llevo. Pero también hay momentos en que me pregunto por qué lo hago, y sé, por supuesto, que lo hago para poner a prueba mi valor.

Me he quedado sentada un cuarto de hora al sol con Vivi y la señorita Cochet y luego he vuelto al Instituto con la esperanza de ver a Nicole y a Jean-Paul; me sentía un poco abandonada. Pero aunque no haya visto a Nicole en el Instituto, de pronto he sentido confianza; es evidente que mi entrada produce cierto efecto, pero como todos lo conocen no le ha molestado a nadie. Estaba allí Monique Ducre, tan agradable, que me habla un largo rato, adrede: conozco sus ideas; el chico que se llama Ibalin se vuelve entonces (estaba buscando una nota) y se sobresalta al verme, pero se acerca claramente y se mezcla en la conversación: hablábamos de música. El tema importaba poco, lo esencial era dejar constancia de la amistad silenciosa que nos unía.

También Annie Digeon ha estado encantadora. Al volver paso por la estafeta para comprar un sello y otra vez tenía un nudo en la garganta, y cuando el empleado me sonríe y me dice: «Vamos, es usted aún más agradable así que antes», siento que me voy a deshacer en lágrimas.

Tomo el metro, el revisor no me ha dicho nada. Y he ido a casa de Jean. También estaba Claudine. Si ella no hubiese estado habría podido hablar un largo rato con Jean. Pero estaba ella, introducía un *blight* [intervenía] en todos los temas y yo no me aventuraba más lejos, sabiendo que ella nos contradiría. La visita que habría podido ser deliciosa acaba pesándome y vuelvo aquí, sin la insignia.

Ahora, al contar mi jornada a mamá, me he visto obligada a precipitarme dentro de mi cuarto para no llorar, no sé lo que tengo.

J. M. ha telefoneado aquí hacia las tres y media para decir que me esperaba a las diez menos cuarto mañana; ha tenido que volver a buscarme. Tiene una actitud muy elegante y le estoy muy agradecida, o mejor dicho es lo que yo esperaba de él.

Miércoles, 10 de junio

Voy al concierto de Trocadero esta mañana. No la llevaba^[15].

Cuando he llegado llovía y hacía frío. Veo a Nicole y a J. M. hablando en lo alto de la escalera. Simone llega poco después. Pero en definitiva hemos estado separados. Es la primera vez en mi vida que voy a un concierto sola con un chico.

Es maravilloso que te cuide otra persona, por ejemplo cuando me ha sostenido la chaqueta para que yo me la ponga, no estoy acostumbrada. Me da una sensación de refinamiento, casi de lujo.

Francine Bacri viene a merendar.

Jueves, 11 de junio

Hemos ido a Auber.

Salimos a las siete en el tren de Mantés. Pasamos la mañana recogiendo fresas y cerezas.

Estábamos los cuatro, muy contentos, quizá con el sentimiento de estar todos juntos por una vez, todo lo que queda aquí de la familia. Y también como un descanso.

Volvemos en el tren de las dos.

Voy con mamá a casa de la abuela a buscar las fotos. En París había salido el sol, hacía mucho calor. Las fotos eran excelentes. Vuelvo tan contenta como si tuviera alas.

Viene a merendar la señorita Fauque. Le doy mi primera clase de inglés. La autoridad me venía poco a poco.

Recibo en el correo de las cinco dos cartas de Jacques, una de Vladimir y una de Gérard.

Viene a cenar Annie Léauté. Después de cenar, hacemos compotas charlando de tonterías.

Viernes, 12

Me levanto de mal humor, me he portado mal con mamá. Me ha pedido las cartas de Jacques. He debido de responderle *snappily* [con un tono cortante], sin querer. Y todo se ha agravado.

Después, en el momento de salir, voy a despedirla con mi insignia encima del bolsillo. Lo cual le ha herido, por supuesto. Me ha dicho que me la ponga en otra parte. Me exasperaba tener que ponérmela. Me la arranco y me la pongo sobre el impermeable. Ella me dice entonces que me la vuelva a poner. Nos crispamos mutuamente y salgo dando un portazo.

Atravieso todo el Champ-de-Mars para tomar el metro en La Motte-Picquet (para comprar un pastel en La Petite Marquise). Los boches hacían allí ejercicios, las órdenes parecían gritos de animales.

Tomo el metro hasta Odéon. Después paseo por el Barrio Latino. Voy a la biblioteca, donde Maurice Saur, mientras me hablaba, buscaba visiblemente mi estrella. Estaba molesto. Compró un Mallarmé en la rue Gay-Lussac y a las once voy a esperar a la salida de las oposiciones. Cuando no salía nadie he visto a J. M. cruzando el patio. Se ha vuelto y me ha visto. Al final me acompaña hasta aquí. He hablado durante todo el trayecto, nunca he hablado tanto. Ya no recuerdo lo que he dicho.

He visto también a Sparkenbroke, que me parece ligeramente desaliñado con el pelo tan largo. No le reconocía. Al lado del otro tenía un aire afeminado. Había algo que chocaba.

Esta tarde ha venido Françoise Masse; hablamos durante una hora y luego vamos a la sala Gaveau, al curso de interpretación de Marguerite Long-Jacques Thibaud. Teníamos una cita a las cuatro con Françoise y Jean Pineau. Allí estaban Nicole y Denise. Teníamos un palco. El concierto ha sido fantástico.

Volvemos a pie. Antes de separarnos de los Pineau, en la avenida Bosquet, mantenemos una gran conversación. Sensación maravillosa, reconfortante, de tener amigos *de verdad*, que te quieren y te comprenden. Nunca hasta ahora había tenido esta sensación. Al estrecharnos la mano, Jean Pineau dice: «En todo caso ustedes son chicas estupendas, sí, sí, maravillosas». Era algo que le salía del alma, una idea subyacente en todas

nuestras conversaciones y que crea esta atmósfera única. Yo estaba tan agradecida que he cruzado sin saber lo que hacía.

Cuando repaso esta semana advierto que planea por encima un cielo sombrío, ha sido una semana de tragedia, una semana trastornada, caótica. Pero al mismo tiempo hay algo exaltante en pensar en la comprensión maravillosa que he encontrado en los Pineau, en J. M. Hay belleza mezclada con la tragedia. Una especie de belleza fortalecida en el corazón de la fealdad. Es muy extraño.

* * *

Sábado, 13 de junio

En música, hemos interpretado el *Cuarteto n.º 4* de Beethoven, un trío de cuerdas de Beethoven. He tocado toda la tarde y por la noche estaba rendida.

Domingo, 14 de junio

Aubergenville con Simone y Françoise.

Estábamos todas muy nerviosas. En particular, Nicole y yo habíamos recuperado el humor tonto y maravilloso de los viejos tiempos; no sé por qué, nos viene sobre todo al fregar los platos. Lo llamamos nuestra euforia.

Comemos cerezas «galón». Digo bobadas. Pincho a las demás a propósito de Jean Pineau y de Jean-Paul. Estábamos totalmente *cracked* [chifladas]. Pero era fabuloso.

Lunes por la noche, 15 de junio

La vida sigue siendo extrañamente sórdida y extrañamente hermosa. Ahora me ocurren a mí las cosas que siempre creí reservadas para el mundo de las novelas.

Por ejemplo, esta noche, al volver de la Sorbona, topo con Jean Pineau en la avenida de La Bourdonnais. Se para, intercambiamos algunas palabras, él conservaba su hermosa mirada franca y su sonrisa siempre dispuesta a transformarse en risa. Tenía en la mano un ramo de flores. De repente me dice: «¿No quiere mis flores?», y las acepto. Las tomo. Una vez las tengo, me quedo estupefacta y horrorizada de lo que acabo de hacer. Pero él insiste: nos reímos los dos y nos separamos con un buen apretón de manos.

En la biblioteca leo hasta las tres *Crimen y castigo*, que ahora me conmueve. En un momento dado se abre la puerta y he sabido, con una calma

extraordinaria, que era J. M. el que entraba. Se queda un instante y luego sale a telefonar. Lo raro es que no encontramos nada que decirnos. Me traía libros. Empieza diciéndome: «Veamos, ¿qué día era?...», y busca durante cinco minutos; acaba por decirme que la noche del viernes había telefonado a mi casa para pedirme que fuera a festejar el final de los exámenes con él y con Molinié. Bernadette no me había dicho nada.

Hacia las cinco, de pronto tiene muchas cosas que hacer. Hablaba con Mondoloni. Y se marcha sin que yo haya podido hablarle, murmuro algo inconexo cuando se despide y me lo hace repetir tres veces para al final no escucharlo. Ha dicho en inglés. «*Vis crowded now*» [hay mucha gente ahora], y se va.

El llamado Stalin (que sabe) se queda hasta el final, quizá para celebrarlo: yo tenía la estrella guardada en el bolsillo. Tomamos el metro Nicole, Jean-Paul, Suzanne Bénézech y yo. En la rue de l'École-de-Médecine me encuentro con Gérard Caillé, que vuelve con nosotros. Es un chico muy guapo, pero lo sabe. Coquetea.

En casa encuentro dos cartas de Odile.

Martes, 16 de junio

Un día raro. Voy a Aubergenville con Nicole a buscar al cerdo. Hemos pasado una mañana con nuestra «euforia». Ha sido fantástico.

Y heme aquí de nuevo en casa a las cuatro, con un cesto pesadísimo, tomando una taza de té, de muy buen humor. Por ninguna razón concreta.

De pronto recuerdo que no he pensado en Gérard desde hace mucho tiempo y que puedo olvidarle fácilmente.

Y se me ha encogido el corazón pensando que esto ocurre justamente cuando se ha ido a las mesetas. Y adonde me había pedido que le escribiera a menudo. La distancia me parece triple; empiezo a vivir de otra manera. ¿Cómo he llegado a olvidarlo todo de este modo? Hay momentos en que entreveo posibilidades trágicas. Pero el resto del tiempo soy inconsciente.

Es evidente que no le quiero como debe quererse.

Cómo puedo escribir esto tan fríamente.

Por suerte me he esforzado en ser sincera. ¿Qué saldrá de todo esto? No puedo pensar más allá del día siguiente.

* * *

Miércoles, 17 de junio

Nunca he oído nada como lo de esta mañana.

El concierto ha sido *espléndido*.

Tampoco nunca podré oír el adagio del *Concierto en mi* sin sentir un poco ganas de llorar. Me cuesta recuperar el equilibrio. Sólo lo consigo durante mi paseo por el Barrio Latino, buscando Tucídides para Jacques. Voy a Gibert, a Didier, a la rue Soufflot, al bulevar Saint-Michel.

Y curiosear libros restablece la normalidad.

Termino el día en casa de la abuela.

* * *

Claude Mannheim murió ayer, después de dos meses de sufrimiento. No debe de haber desesperación más profunda, más inconsolable que la de perder a tu marido cuando eres joven. Denise se queda sola con dos hijas pequeñas. ¿Qué significará la vida para ella ahora?

* * *

Jueves, 18 de junio

Artisanat, Methey.

Duermo un cuarto de hora después de comer. Eso me ha recordado Bergerac.

Pierre Detoef viene a las dos y media.

La tarde en casa de Jean. Pero no le veo, o apenas. Primero viene Denise Sicard. Después Claudine quiere que toque. Luego llega la señora Simón y toco con ella.

He tenido que irme a las seis y media para la clase de la señorita Fauque.

Vienen a cenar los Brocard y la señora Lévy.

Jueves

¿Estaba loca hasta ahora y ahora veo claro?

¿Estoy loca en este momento?

Esta noche he recibido cuatro cartas de Gérard. No puede saber lo que me ocurre. Tiene confianza, confía a pesar de mi frialdad. No sabe lo demás. Aguarda nuestro encuentro. Hace tres semanas yo habría entrevisto en ello posibilidades de felicidad. Esta noche me produce simplemente una sensación muy dolorosa.

No sé si tengo razón.

Hace un mes estaba desorientada. Ahora, algo en mi interior se orienta en otra dirección, porque he intentado vivir normalmente, como si nada existiera. Y mira lo que ha ocurrido.

Yo creo que estaba escrito. Tenía que ocurrir. Desde el principio me pregunté si no me habría comprometido porque no conocía a nadie más. Nadie, ni siquiera mamá, ha comprendido mi inquietud. Sí, quizá Yvonne, pero está tan lejos.

Durante una semana he intentado luchar. Pero ¿de qué sirve? Si esto debía suceder, no puedo, no debo impedirlo.

No sé si lo otro es seguro, sólo sé que me ha hecho comprender de golpe que la primera vez no había afectado a nada mío.

O, mejor dicho, sólo a mi cabeza. No se puede amar con la cabeza y la razón.

¿No le amo de otra forma porque no le veo? He aquí toda la cuestión.

Siempre he pensado que en Gérard había algo que me faltaba.

¿Me equivoco o estoy en lo cierto?

Si él estuviese aquí y si no hubiera nada entre nosotros, yo podría elegir libremente. Pero el simple hecho de estar comprometida me atormenta y quizá me impide ver con claridad.

No puedo negar que estoy comprometida. Pero no sé cómo lo he hecho. Todo procede de que me gusta demasiado escribir cartas.

Habría que empezar todo de nuevo. Ahora no veo en absoluto el porvenir.

Esta noche me duermo llorando. Había hablado con mamá. Había venido a darme las buenas noches. Se había entretenido en el cuarto. Sabía que ella esperaba. Se lo he dicho y después lo he lamentado, porque he deformado mi pensamiento, porque no sé si pienso lo que digo, porque es desleal decir falsedades, porque no quiero que se ocupen de mí, porque esto naturalmente me ha hecho llorar.

Y esta mañana, al despertarme, descubro la disputa ya preparada en mi cabeza. Además, estoy vacía, como después de un acceso de llanto.

Releo las cartas de anoche. A mi pesar, me conmueven. Pero produciéndome una sensación dolorosa, como si algo estuviese ya perdido; acabado.

¿Cómo he llegado a dejarle que me escriba así sin yo amarle? Cuando leo, me digo que pierdo algo maravilloso.

Y cuando reflexiono resurge el viejo dualismo.

He respondido.

Una carta deshilvanada, decepcionante, desalentadora.

Cuando comienzo recuerdo de pronto el placer con que escribía antes. Me ha parecido que algo se había roto, estaba paralizada.

Antes yo debía de estar ciega. No habría debido escribir así, sin estar segura de mis sentimientos.

Pero ¿es verdad que todo se ha aclarado? ¿O es ahora cuando estoy ciega? Y si de verdad todo se ha aclarado, ¿no voy a encontrarme delante del desierto?

Singleness of mind [sentimiento de soledad].

* * *

El señor Boissérie viene a comer.

Música en casa de los Lyon-Caen. Yo estaba nerviosísima y completamente atontada. Françoise se ha dado cuenta.

Cuando Lyon-Caen se ha ido, me quedo a charlar con Françoise, me sentía mejor. Vuelvo a buscar a mamá en casa de la abuela.

Me olvido el bolso en rue de Longchamp.

Sábado 20

Vuelvo a buscar el bolso. Françoise se había olvidado de dárselo a la portera. Subo; llamo tres veces. Esta puerta se había vuelto familiar y casi hostil, no me gustaba. No había nadie. Al volver, encuentro al señor Lyon-Caen que regresaba; vuelvo a subir, él registra en vano la habitación de Françoise. Yo tenía una vaga conciencia del lado cómico de la situación; los dos solos en aquel apartamento, yo, casi una asidua. Pero no tenía ganas de reírme.

Vuelvo sin el bolso, en metro, hasta Saint-Augustin. Desde allí voy andando a casa de Galignani. Compro los poemas de W. de la Mare.

En música estaba de un humor de perros, pero ni siquiera podía hacer un esfuerzo para cambiarlo.

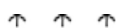
Y además Denise, cuyo sufrimiento me desespera. Sufre ella también; aunque no lo dice. Pero yo lo sé.

Miércoles, 24 de junio

Quería escribir esto anoche. Pero estaba demasiado aturdida y no habría podido hacer el esfuerzo.

Esta mañana me obligo a hacerlo porque quiero acordarme de todo.

↓ ↓ ↓



La primera vez que me despierto y veo la luz de la mañana a través de las contraventanas, me viene la idea repentina de que papá no tendría esta mañana su desayuno normal, que no llegaría a la mesa del desayuno para tomar sus pedazos de pan tostado y servirse el café. Me ha causado una pena inmensa.

Sólo era la primera vez, poco a poco (me he adormilado varias veces) llegaban otros pensamientos que me ayudaban a comprender lo que había ocurrido, el ruido de las llaves en su bolsillo, los postigos que él abría en su habitación, yo le aguardo siempre para levantarme, porque va a encender el gas. En esos momentos caigo en la cuenta. En este momento mismo no lo comprendo bien.



Fue ayer, más o menos a esta hora. Yo había salido dos veces por la mañana. Una primera al barrio, para ver si encontraba requesón para la comida: venía Simone. La segunda había cogido el 92 hasta l'Etoile para ir al Artisanat, y de allí fui a la biblioteca americana. Como debía volver con papá, pensé que era demasiado pronto y me entretuve en la rue de Téhéran.

Al llegar a la rue de la Baume^[16], encontré a toda la familia Carpentier de pie delante de la portería, les saludé y apenas me respondieron. Tenían un aire preocupado y no insistí; sin embargo, hice unas carantoñas al perro, pero ante el mutismo de la señora Carpentier entré en el vestíbulo sin decir nada. Haraud me siguió, y me pareció algo raro que entrase conmigo; pero cambié de opinión, pensando que tendría algo que hacer allí. Lo que también disipó mis sospechas fue que cuando dije: «Hace bueno aquí», él respondió: «Sí, hace fresco», con la mayor naturalidad del mundo. Pero cuando empecé a subir la escalera me siguió. Otra vez se me despertó la curiosidad. Le pregunté si papá estaba allí y me dijo que no. Después me acordé de que su respuesta había sido bastante confusa. Me decía que fuese a ver al señor presidente. Yo dije: «Papá va a volver». Él contestó que sí pero no sé si sabía muy bien lo que decía. En lo alto de la escalera vi a Carpentier que hace de bedel a esta hora; volví a preguntar si papá estaba allí. Me respondió: «No, pero si la señorita quiere ver al señor presidente». Entonces mi curiosidad se transformó en aprensión y vi que Carpentier y Haraud se miraban. Todo aquel misterio me ponía nerviosa. Y sin embargo, como no quería dramatizar, rechazaba todas mis sospechas con una facilidad extraordinaria. Pero cuando

Carpentier me abrió la puerta del señor Duchemin me dije: «Ahora ya estoy lista», y no rechacé nada. Duchemin se levantó y le dije: «¿Qué pasa?»

Él comenzó diciendo: «Bueno, Hélène, he visto a su padre esta mañana y me ha dejado este mensaje». Yo no había comprendido una palabra de lo que él decía y de lo que seguía diciendo (después tuve que volver a preguntárselo todo), pero había comprendido que habían ido a detener a papá. De repente me di cuenta de que no escuchaba una palabra de lo que él decía. Al entrar, me había producido estupor su cara. Sabía que sufría un eccema, pero estaba verde, con barba de dos días; apestaba a Junoxol. Capté, con todo, que quería llevarme a casa en automóvil, que quería informar a mamá. También conservé el papel. Era una hoja de papel Kuhlmann. Me acuerdo de que incluso llevaba la fecha, las nueve y media del 23 de junio, y la letra clara de papá decía: «Un inspector de policía me lleva a la rue de Greffulhe y de allí al Servicio alemán», y a continuación una línea separada: «No sé por qué».

Debajo: «Puede que no sea para detención o internamiento». «He avisado a Marie», y debajo: «Mi mujer no está informada, porque no conozco el curso del asunto. Afectuosa y respetuosamente».

Todavía lo veo, aquel papel.

Después Duchemin cerró el tintero, dobló algunos papeles y partimos. En el coche conseguí reconstruirlo. Pero sobre todo lo reconstruye el relato que él le hizo a mamá: a las nueve y media, cuando llegó al despacho, encontró a un inspector de policía que se llevaba a papá. Papá no pensaba verle y por eso le había escrito aquella nota.

Yo estaba envuelta en una especie de bruma, no hablaba. Duchemin intentó dos veces romper el silencio pidiéndome noticias de Yvonne, felicitándome por mi título. Hacía un tiempo magnífico. Yo no entendía muy bien toda aquella belleza de París una mañana radiante de junio. Siempre hace bueno en las catástrofes.

Cuando hubo que subir los cuatro pisos, me preguntaba cómo se lo diría a mamá; los tres primeros los subí un escalón tras otro, pero el último de dos en dos, para llegar la primera —Duchemin resoplaba un poco—; nos abrió Louise, vi vagamente que se extrañaba mucho de ver entrar a Duchemin sin que yo hubiera dicho nada. Mamá escribía en su escritorio del saloncito. Entré y le dije: «Mamá, ha venido el señor Duchemin... Creo... que han detenido a papá...». En ese mismo momento entraba Duchemin y yo ya no tenía nada más que decir. Mamá se había levantado bruscamente. Después volvieron a sentarse y Duchemin contó toda la historia. Así me enteré. Cuando todo estuvo claro en mi mente, fui a informar a Denise, que practicaba al piano. La

noticia tuvo el efecto de una bomba, Denise se incorporó, yo quería acabar lo antes posible, hablaba casi en monosílabos, me acuerdo de que ella suspiró o gimió y que yo la sujeté. Después entramos en el saloncito.

Duchemin se había levantado para irse. Mamá se quedó sentada en su butaca. Se pasaba la mano por la frente, repitiendo: «No siento nada, no siento nada». Yo conocía aquella sensación. Sólo que ella ya lo había comprendido, mientras que yo seguía sin asimilarlo. Mamá telefoneó a Auntie Ger.

Hacia las doce y media sonó el teléfono, era la voz de un desconocido. Comprendimos al instante: el inspector de policía que había detenido a papá, yo descolgué el otro auricular. Producía un efecto extraño oír la historia contada por una voz desconocida. La confirmaba, le daba un sello de autenticidad. Hasta entonces podría no haber sido más que una cosa que nos pertenecía, quizá incluso que no existía en realidad. A partir de aquel momento supimos que había sucedido realmente. Tenía algo de irremediable.

El inspector afirmó que papá podría haber sido liberado si hubiese llevado bien cosida la estrella, porque el interrogatorio en la avenida Foch había transcurrido bien. Protesté. Mamá también; explicó que la había sujetado por medio de corchetes y automáticos para poder ponerla en todas las prendas. El otro siguió afirmando que aquello había sido la causa del internamiento: «En el campo de Drancy están cosidas». Así que esto nos recordó que lo llevaban a Drancy^[17].

* * *

Recordaría aquella comida durante mucho tiempo. Estaba Simone. Guardábamos silencio. Lo extraordinario era que yo tenía hambre y comía con apetito. Mamá telefoneó a la señora Lévy para que subiese. Cuando ella se sentó y mamá le comunicó la noticia, no la miré porque pensé que mi mirada le molestaría. Estaba sentada a mi lado. Pero a través de la cara de Denise vi que se había puesto muy pálida. Denise dijo: «Va a ponerse mala». Reprochamos en silencio a mamá que no le hubiese ahorrado la noticia a la señora Lévy. Pero quizá pensábamos en ahorrársela porque nosotros mismos sentíamos aún muy poca cosa.

Lo que también recordaría fue la efervescencia de la casa después de la comida. Parecía que nos íbamos de viaje. Andrée había acudido durante el almuerzo, trayendo dos panes. En la habitación de Miss Child [la institutriz inglesa], había cosas desperdigadas por todas partes. La señora Lévy se había sentado en una butaca; delante tenía la bandeja del café. En su habitación,

mamá seleccionaba la ropa blanca con Andrée. Simone se había marchado disparada a buscar jamón a su casa. Yo no me quedé mucho tiempo, porque tenía una lista de cosas que recoger en la tienda de Tiffereau. Esperé diez minutos en la rue Montessuy. El sol daba de lleno en la acera y, a pesar del toldo bajado, sudaba a mares. Piafaba de impaciencia. La paz de la una reinaba en la calle. Cuando Tiffereau llegó, por la calle, al principio no le reconocí, se lo conté todo; y después de un silencio me dijo: «Veamos, no la sitúo muy bien, ¿usted es...?» «La señorita Berr». «Ah, es lo que pensaba». Entramos en la tienda y me sirvió metódica, lentamente. Yo contenía mi impaciencia. Me fui con las manos llenas, el termo cuyo tapón había cambiado, un cepillo de dientes, pasta dentífrica, alcohol de menta. Cuando llegué a casa, casi todo había terminado. Había llegado Auntie Ger y también Nicole, pero sólo me di cuenta después.

Fue Haraud el que nos llevó a las tres. Nunca París había estado tan bonito, de nuevo existían los muelles, el Louvre y el Sena. Me acordé de una vez en que toda esta belleza me había afectado, en contraste con las circunstancias trágicas. Fue el 16 de mayo de 1940, cuando fuimos a buscar a toda prisa a la señorita Lesieur, el día del avance de Laon^[18]. Aquello ya había acabado, había pasado. En aquel entonces, el futuro era aún indescifrable. Ahora era conocido, había acontecido. Y afrontábamos de nuevo un porvenir desconocido. Doce días después, otro pedazo de futuro que perdió su privilegio de misterio y de ignoto, y que se reveló sórdido y triste.

El automóvil se detuvo cerca del mercado de las flores. Nos apeamos con las maletas. Y empezó una especie de peregrinación. Yo llevaba el *Rucksack* [la mochila] y las mantas, Denise el cesto. En la puerta de la prefectura nos paró un agente: mamá recitó su libreto, pero era la primera vez y me produjo un escalofrío... «Es para ver a un interno que parte a Drancy. Nos han dicho que traigamos esto...» Yo, por el momento, había aceptado mi papel plenamente. Recorrimos innumerables escaleras, pasillos desnudos con puertecitas a derecha y a izquierda, yo me preguntaba si serían celdas y si papá estaría dentro; nos enviaban de un piso a otro. Había en los pasillos hombres de cara patibularia, o eso imaginaba yo, y empleados sentados a mesas pequeñas, todos muy correctos. El saco pesaba. A mamá le costó subir al último piso. Para mis adentros me decía: «Sube, acabará enseguida». Era un pequeño calvario.

Tras algunas idas y venidas por un largo pasillo al que daban puertas de cristal, nos introdujeron en la habitación n.º ?, en todo caso la de los extranjeros, porque el agente había dicho por teléfono: «Quinto piso. No, es

francés. El tercero». Pero papá no estaba en el tercero. Era una habitación anónima, con una especie de barra tras la cual había varios empleados. Había una puertecita de madera en aquel semitabique. A la derecha se abría otra puerta ante la cual se apostaba un agente, un joven menudo, moreno. Tenía aire de comprender. Por esa puerta entró el empleado llamando a Berr cuando indicamos el motivo de nuestra visita.

En cuanto entró papá, me pareció de pronto que la tarde se reincorporaba automáticamente a aquel pasado tan reciente en que estábamos todos juntos y todo lo demás era sólo una pesadilla. Fue en cierto modo una tregua, un claro antes de la tormenta. Cuando pienso en ello ahora, advierto que fue una bendición. Volvimos a ver a papá *después* de la primera fase de la tragedia, después de la detención. Nos la contó. Vimos su sonrisa.

Le vimos marcharse con la sonrisa. Lo sabemos todo y tengo la sensación de que así estamos todavía más unidos, que se ha ido a Drancy aún más estrechamente ligado a nosotros.

* * *

Ha entrado con su sonrisa radiante, tomándose la situación en broma: no llevaba corbata y al principio eso me impresiona, ya le habían desvestido en dos horas. Papá sin corbata; tenía ya aspecto de «detenido». Pero ha sido algo fugaz. Uno de los empleados, disculpándose, le dice que va a devolverle la corbata, los tirantes y los cordones de los zapatos. Todos se reían. El agente, para tranquilizarnos, nos explicaba que era una orden porque ayer un detenido había intentado ahorcarse.

Vuelvo a ver a papá vistiéndose con parsimonia en la sala. Al principio le habían dado la corbata de un tal Rosenberg, papá conocía ya el nombre de los demás detenidos. Habían hecho amistad, yo le he pedido detalles sobre ellos y algo inexpresable me ha reconfortado. Tenía la sensación de que papá les había estudiado con un desapego divertido, y que le parecía muy gracioso; de esta forma no sólo había conservado la calma, sino su *sense of humour*. El corazón se me ha llenado de una gratitud alegre. Pero todo esto es inexplicable.

Sólo me acuerdo de algunos episodios de esas dos horas. Al principio estaba sentada en un banco de madera enfrente de papá y mamá, que le recosía la estrella a papá. Denise desahogaba su indignación contra el agente, que la apoyaba con simpatía. Yo tenía la boca cerrada. Trataba de comprender la situación. En aquel momento, mejor dicho, la entendía perfectamente y el presente ocupaba mis pensamientos.

Parecía que esperáramos a un tren. Pero estábamos mucho más tranquilos. El ambiente era casi jubiloso. Lo había creado la actitud de papá. A ratos yo tenía vagos presentimientos del futuro inmediato, de lo que seguiría a aquellas dos horas. Pero aquello, en el fondo, apenas tenía sentido.

Charlábamos con los empleados, con el agente. Había un hombrecillo muy atildado, con bigote y un aire *concerned* [preocupado], que parecía sacado de un libro de Dickens, un personaje parecido a Chillip. Nos recomendaba prudencia a Denise y a mí. Estaba sinceramente consternado por lo que había sucedido y era muy respetuoso. El más joven de los empleados se columpiaba sobre el portillo y no parecía aburrirse. Había algo cómico en esta escena en que el detenido era papá y las autoridades se mostraban llenas de respeto y simpatía. Nos preguntábamos qué hacíamos todos allí.

Pero es porque no había alemanes. El pleno sentido, el sentido siniestro de todo aquello no lo veíamos porque estábamos entre franceses.

Olvido anotar todos los detalles facilitados por papá sobre su detención, es todo lo que he sabido y no sabré más hasta volver a verle. Le llevaron, en efecto, a la rue de Greffulhe y de allí a la avenida Foch, donde un oficial (yo entendí un soldado) alemán se lanzó sobre él cubriéndole de injurias (*schwein* [cerdo asqueroso], etc.) y le arrancó la estrella diciendo: «Drancy, Drancy». Es todo lo que oí. Papá hablaba de un modo bastante entrecortado, debido a todas las preguntas que le hacíamos.

Hubo un momento en que he percibido una mayor animación. La puerta que daba al pasillo se abría y cerraba sin cesar. Por último, un agente ha dicho bastante alto: «Tratan de comunicarse con el detenido por las grietas de la pared». Entonces un empleado dice: «Déjelas entrar, son la madre y la novia». Yo hasta hoy nunca había puesto los pies en una cárcel. Cuando capto la situación descrita en estas pocas palabras, me vuelven de golpe a la memoria todas las escenas de la comisaría de policía de *Crimen y castigo*, o más bien una sola, una escena generalizada. Me pareció que toda la novela transcurría en una sala de la comisaría.

La puerta se abre y entran tres mujeres: la madre, una mujer gorda, rubia y vulgar, la novia y otra que debía de ser la hermana. Traen al detenido, un joven muy moreno de una belleza un poco salvaje; era un judío italiano, acusado de tráfico ilícito^[19], creo. Todos se sientan en el banco de madera de enfrente. A partir de ese momento algo trágico gravita en el ambiente. Al mismo tiempo nosotros, los cuatro juntos, estábamos tan alejados de aquella pobre gente que ya no lograba concebir que papá también estuviese detenido.

Viernes, 26 de junio

Mañana. Biblioteca.

Mis amigas han sido encantadoras. Silvia Sebaoun me da una pena tremenda. Pero es demasiado orgullosa para que le ofrezcas ayuda. Debe de estar en la miseria. Informo de la noticia a muchos compañeros. Al final, repaso una lección, Cécile Lehmann viene hacia las once, muy bonita de negro. Hablo con ella. Empleo una palabra desafortunada al decir que lo pagarán, y ella me responde: «Sí, pero los muertos no revivirán». Y he comprendido la crueldad de mi frase. Llega Stalin y se lo digo. Se sienta al oírlo. Se queda hasta el final y se marcha conmigo. Apenas le conozco, pero realmente tiene muchos detalles.

Mamá estaba bien hoy. Quizá porque había dormido. Intento hacer las pequeñas cosas que papá hacía para que, al estar pendientes, no despierten demasiados recuerdos: abrir las contraventanas de mamá por la mañana, cerrarlas por la noche, abrir el gas cada día.

Duermo de pie toda la tarde. Voy a llevar un paquete a casa de la señorita Detraux y de allí, cruzando el Luxemburgo, al Instituto. La belleza y el frescor de los grandes árboles, los juegos cambiantes de las manchas de sombra, todo rebosaba una calma relajante, que no borraba la tristeza, pero la comprendía.

Después, en el metro recocado y maloliente, voy a la rue de la Bienfaisance a llevar la carta. Poco me ha faltado para llorar de rabia porque he tenido que preguntar tres veces el número.

Después he ido a la rue Raynouard. De repente, en el metro, al ver a todos aquellos hombres, me acuerdo de papá, su distinción y elegancia. Y me percató de que todo lo que mi vida de máquina quería decir ahora, que todo lo que significaban los acontecimientos de estos últimos días, era que aquel papá ya no estaba.

Voy luego a la rue Raynouard para enterarme de que en casa había una carta de papá. Vuelvo a buscarla. Mi fatiga había desaparecido. Cuando leo la suscripción [inscripción], «Berr Raymond, matrícula 11.943, Campo de Drancy», no lo entiendo: por momentos había destellos de comprensión. Lo leo y releo al regresar para convencerme de la realidad de todo esto.

Mamá estaba allí cuando llego. Ha llorado al leerlo. Nos quedamos hasta las siete y media a causa de las visitas.

Llamada de teléfono a Amiral Vriacos. Denise había encontrado la manera de meterse un hueso de cereza en una oreja, y todas nos reímos. La señora Lévy estaba allí.

Viernes por la noche, 11.15 horas

Esta noche ha habido un momento en que he empezado a entender. A entender la tristeza espantosa de lo que ocurre. No ha sido preparando la tarta para papá. Sin embargo, allí me asaltan pequeños recuerdos, las visitas de papá a la cocina, su forma de oler los pasteles que hacíamos. Pero esto no me apenaba; al contrario, hacía su presencia más viva y alejaba cada vez más la comprensión de la situación actual.

Pero ha sido releendo pasajes de su carta, las frases que empiezan por «mis hijitas», la descripción de lo que había hecho en veinticuatro horas. Al principio esto no me había entristecido, por la alegría que me daba saber lo que hacía en el campo. Pero captaba el vacío de esta existencia nueva, el significado de estas preocupaciones materiales. A primera vista crees que se organiza una vida nueva; luego comprendes lo que quiere decir esa vida.

Y, sin embargo, mirando esta carta, yo no lograba percibir la realidad: esta letra de papá sólo me recuerda las cartas que nos escribía cuando estaba de viaje. Hace poco le he visto en las cartas que enviaba a Jacques e Yvonne, y donde hablaba sobre todo de Aubergenville. No conseguía emparentar esta letra con su sentido, con el sentido de sus palabras.

Y ahora, de nuevo, ya no comprendo.

Sí, de golpe, en la oscuridad: advierto que entre el papá de aquí y el que allá ha escrito esta carta, empieza a abrirse un abismo infranqueable.

Mañana del sábado, 27 de junio

Esta mañana la señora Lévy ha recibido una carta de su marido^[20] que le ha cedido el reverso a papá.

Papá parece mucho menos alegre que ayer (escribió esto ayer). Habla de la vida monótona. Todos lo hemos notado, pero nadie se atreve a hablar al respecto salvo mamá, y procuramos negar o decir que es natural. Mamá comenta que él pedía prendas de lana. Lloro al copiar esta carta.

Hacemos el primer paquete encima de la mesa del comedor. Después, para quedarme con mamá, mando a paseo todo lo que tenía que hacer esta mañana. Telefono a los Pineau para decirles que papá había conocido al normalista. Denise sale a llevar el paquete. Yo copio la carta de ayer para Jacques. Pero me veo obligada a saltar continuamente pasajes que le harían daño.

Telefono a la señora Agache para comunicarle las noticias. Me ha respondido la enfermera diciendo que no podía molestarla porque la cosa

andaba muy mal. El mundo sólo es sufrimiento. ¿Por qué ha tenido que sonar el teléfono en una casa donde agonizaba alguien? Cuelgo muy rápido, creyendo que así borro la llamada.

Él, en efecto, ha muerto esta mañana.

7.30 horas

Ya no comprendo nada de nada. El ritual de las tardes de sábado se cumple tan bien que vuelvo a zambullirme en la vida normal y creo que todo lo demás es una pesadilla. Han venido a merendar Detoef y su mujer, Annick y su primo Legrand, Job, Nicole y Breynaert. Llega el correo, hay dos cartas de Odile y otras dos de Gérard. Todo es normal. Ya no sé dónde estoy. Tengo la sensación de despertarme después de una mala noche y de encontrar la realidad sosegadora.

Sin embargo, hasta las ocho estaba en plena pesadilla; esta mañana la cosa iba mal. Después de comer copio la carta de papá para Yvonne (en este momento, esta frase casi carece de sentido para mí). Llega Job y se queda con Denise en el despacho. Los Legast estaban con mamá, he entrado, les acompaño, creo que la señora Legast lloraba, porque no me ha dicho adiós.

Después me reúno con los demás. Poco a poco, hablando con Job, la conversación, la atmósfera recobran el aire habitual. Terminamos formando un pequeño trío. Yo le había pedido a mamá que me dejara una línea en la carta a papá. Cuando ha entrado con ella, la realidad se me escapaba de nuevo y no reconocía ya el valor de esta carta.

No obstante, esta noche debía preocuparme por las cartas de Gérard. Pero en este asunto hay en mí algo muerto. Ya no respondo, en sentido figurado. Ya apenas me produce un placer de curiosidad recibirlas. ¿Es porque he decidido no hacerlo? ¿O es que de verdad me he alejado de él? Sinceramente no creo que sea debido a lo otro, aunque lo haya pensado a menudo esta semana. Estoy apagada.

Mamá acaba de entrar, mi embotamiento de maleficio va a cesar.

Lunes, 29 de junio

Ya no hay nada fijo por la mañana cuando te levantas. Pero siempre hay algo inesperado que hacer.

Esta mañana recibo una carta de Gérard, no la n.º 1, una con fecha anterior. Me debato un momento y después olvido.

Voy a llevar una carta a la señora Duc en casa de Thérèse. Me recibe su asistenta; ¡me ha jurado que los rusos me vengarían!

Al volver andando por la avenida de La Bourdonnais, pensaba, creo, en mis zapatos. He tenido la súbita conciencia de que un señor venía hacia mí y me ha distraído de mis pensamientos. Me tiende la mano y me dice con una voz fuerte: «Un católico francés le estrecha la mano..., ¡y después, el desquite!». Le digo gracias y me voy, empezando a asimilar el encuentro. Había otras personas en la calle, bastante lejos. Me han entrado casi ganas de reír. Y sin embargo ha sido un gesto elegante. Debía de ser alsaciano; tenía tres cintas en el ojal.

En la calle estás continuamente obligada a fingir, salir es una prueba.

* * *

Al recoger la leche en el lechero me golpeo en la frente con todas las fuerzas con la persiana de hierro, y me hago daño. Cuando salgo después de comer, la avenida estaba envuelta en una belleza tan apacible, tan resplandeciente, que me dejo acunar un momento.

En la biblioteca, J. M. llega hacia las cuatro. Le esperaba. También ha venido Jean-Paul. Al volver vamos andando hasta Sèvres-Babylone.

Françoise Masse me dijo ayer que de las ochenta mujeres deportadas de Tourelles^[21] la semana pasada, había una, por ejemplo, a la que deportaban porque su hijo de 6 años y medio no llevaba la estrella. Entre ellas se encuentra la hija de una médico a la que conocen tanto J. M. (ella vive en Saint-Cloud) como Françoise. La han condenado a trabajos forzados a perpetuidad. Parece que los demás son de cerca de Cracovia.

* * *

El domingo nos vamos a Aubergenville Denise, Nicole, Françoise y yo. En el último minuto, mamá no ha venido porque quería ver al señor Aubrun. Era mejor que no viniese. Habría sido una prueba demasiado dura para ella.

Consigo no pensar. En principio hablamos mucho durante el trayecto. Y al recoger las frambuesas he pensado en otra cosa en la que no puedo evitar pensar. Teníamos, por supuesto, una sensación de vacío, y yo me juntaba continuamente con Denise aquí y allá para dirigir las operaciones de la recogida, para ayudarla. Pero no hablamos de lo que sentimos.

Nos quedamos entre los frambuesos toda la tarde. Al principio habríamos podido creer que era una simple expedición de semana, sin los padres. Pero en el fondo de nuestra conciencia estaba el recuerdo de los sucesos recientes.

Cuando vuelvo a pensarlo, me percaté de que estábamos completamente aisladas en los frambuesos y que el resto del jardín seguía haciendo su vida aparte, la que debe de hacer cuando no estamos aquí. Ya no consigo comunicar con él, sentir que me ama y que me acoge. Se ha vuelto casi indiferente. Es culpa mía, porque ya nunca hago mi ronda cuando llego. Y además siempre venimos deprisa y corriendo.

Los rosales estaban en flor, las rojas y las rosas. Me han recordado el *garden-party*.

He intentado ocupar el lugar de papá. Para que Denise no piense en él. Tiro del remolque, cargo los paquetes.

Antes de marcharnos nos despedimos de los Hup. Lo sabían todo, pero no habían dicho nada a sus hijos. Al hablar con la señora Hup, veo de pronto que la cara se le tuerce, para no llorar, en una mueca de dolor. Ha sido horrible. Pero sólo dura un instante. Su marido^[22] ha venido a ayudarnos a recoger cerezas. Hemos hablado de lo que habría que hacer por papá. Los proyectos siempre tienen un lado material que te ocupa la mente.

En el tren de regreso estábamos inundadas de zumo de frambuesas. Además yo había roto un huevo, que se escurría. Cedemos los asientos a unas mujeres con sus bebés. En la estación, nos esperaban Andrée, su marido y Louise. Ha sido bastante reconfortante. Y al mismo tiempo, cuando reflexionabas sobre esta sensación, sabías que ocultaba algo triste.

Martes, 30 de junio

Anoche hubo cañonazos, una alerta durante la cual no se oyó nada. Recordé vagamente que por la tarde habíamos dicho que los ingleses ya no venían. J. M. había dicho que no vendrían. Mamá me ha hablado de su habitación y he respondido..., teníamos la misma idea, la idea de papá. Me ha sorprendido en la noche, como nunca hace de día. De día, la vida forma una costra por encima del pensamiento.

Esta mañana, papá ha enviado su lista de ropa. Mamá lee la lista llorando, porque pide muchos jerséis y prendas gruesas. Cuanto más leía más se le cascaba la voz, era desesperante. Nombra una cosa que no consigo entender; después me entero de que era polvo insecticida. Se señala la cabeza. Comprendo.

Bajo de inmediato donde la lechera. Pero no tenía nada.

Esta tarde iré a Aubergenville a buscar el traje gris que ha pedido papá. ¿Comprenderé el sentido de este viaje? De momento no lo logro. No es culpa mía, no logro darme cuenta. Sé que papá está en Drancy. Sé que la semana

pasada había un papá vivo, sonriente, activo. No puedo conciliar las dos cosas.

Jueves por la noche, 2 de julio
23.15 horas

Cuando cierro los postigos de mi habitación, un relámpago atraviesa el cielo. El cielo amenaza otra vez esta noche. Después de todo este día de tormenta, de aguaceros, de estruendos lejanos y de tensión nerviosa. Un día hecho para su desenlace de esta noche. Quiero escribir estas líneas antes de dormir. Porque sé que a pesar de todo voy a dormirme; y que mi cuerpo vencerá a mi mente como siempre.

¿Qué ocurre? Primero, justo en el momento de sentarnos a la mesa, la llamada de Duchemin. Respondo y le paso el teléfono a mamá. Ella hablaba con tanta precisión y calma que me quedo estupefacta cuando después nos ha dicho: «Liberarán a papá a condición de que se vaya». Yo aún no había aceptado la idea; me ha sorprendido ver que mamá sí lo había hecho; porque nos ha preguntado qué haríamos en su lugar.

Irse. Es el vago presentimiento que he tenido desde esta semana. La respuesta a esta idea ha sido una brusca sensación de aniquilamiento. Y después de rebeldía. Esta noche, tras reflexionar un poco, pienso que hay egoísmo en mí, que no quiero sacrificar mi felicidad, porque todo lo feliz que he conocido está concentrado en esta vida de aquí. Pero puedo decírmelo; puedo forzarme a hacer el sacrificio. Queda otra cosa.

Queda sacrificar el sentimiento de dignidad, aceptar ir a reunirse con los que se han ido.

Queda sacrificar el sentimiento de heroísmo, de lucha que se experimenta aquí.

Queda sacrificar el sentimiento de igualdad en la resistencia, aceptar que te separen de los demás franceses que combaten.

Pero frente a esto está papá. No hay que dudar. Parece que al comienzo de la semana ha habido un gran temor de que se lo llevaran más lejos. No hay que dudar y este asunto ni siquiera se discute. Es un chantaje odioso, y hay muchas personas que se alegrarán. Personas que creen que lo hacen por buen corazón y caridad, y que en el fondo no se darán cuenta de que están contentas de no tener que preocuparse por nosotros, y de no tener que compadecernos siquiera; otras que creerán que han encontrado la solución ideal para nosotros y que no comprenderán que para nosotros es un desgarramiento tan grande como para ellos, porque no se ponen en nuestro

lugar y consideran que estamos naturalmente destinados al exilio. Pero todo esto son ideas. Y puedo ahuyentarlas diciéndome que sólo son ideas. Pero no es todo. Hay también *imposibilidades*, pensamientos que te llegan y te sobresaltan porque son verdaderas imposibilidades: abandonar a mamá y Auntie Ger. Actitud con respecto a los otros internados. Abandonar a la señora Lévy.

Ha subido justo después de la llamada telefónica. Estaba muy nerviosa. De repente explota. Tenía que decirnos algo que le habían dicho. Estaba a punto de estallar, estallar no en sollozos sino en palabras y en nerviosismo. Se trata de una ordenanza para el 15^[23] de encerrar a todos los judíos en campos de concentración. Ha debido de darle vueltas en su soledad y en la atmósfera tormentosa de este día. Durante toda la noche sigue rumiando este pensamiento mientras nosotras tres pensamos en lo otro. Dos corrientes mentales se cruzan o se codean silenciosamente. Me daba escalofríos pensar que la nuestra nos aislaba del destino común. Y me consolaba casi pensando en la miseria de la vida en la zona libre. Tenía un deseo de expiación, no sé por qué.

Después de la cena el cielo se vuelve a nublar. Y el trueno ha estallado con estrépito encima de nosotras. Pero poco a poco la señora Lévy se sosegaba. Estaba serena cuando se ha marchado. Esta noche mamá medita venganzas contra los cobardes que han aceptado ese trato y prepara lo que le dirá a la gente. Pero a mí ahora me acecha el sueño, me aprieta las sienes y ya no me acuerdo de mis pensamientos. Mañana por la mañana veré más claro. No creo en la realidad de esta noche. Ya pueden decirme lo que quieran.

Mañana del viernes, 7 horas
3 de julio

Despierto con una sola idea clara: es una cobardía abominable la que quieren que cometamos. ¿Qué otra cosa cabía esperar de los alemanes? A cambio de papá, nos quitan lo que más apreciamos: nuestro orgullo, nuestra dignidad, nuestro espíritu de resistencia. No cobardía. Los demás creen que disfrutamos con esta cobardía. ¡Disfrutar! Dios mío.

Y en el fondo se alegrarán de no tener ya que admirarnos y respetarnos.

También para los alemanes es un trato ventajoso: que papá esté en la cárcel indigna a demasiada gente. Les hace una mala propaganda. Papá excarcelado y reanudando su vida es un obstáculo y un peligro para ellos. Pero que papá desaparezca en zona libre y que el asunto se vuelva muy

tranquilo, muy insulso, es lo ideal. No quieren héroes. Quieren hacerlos despreciables, no quieren despertar la admiración por sus víctimas.

Pero si es así juro que seguiré molestándoles con todas mis fuerzas.

Hay en mí dos sentimientos que vienen a ser más o menos lo mismo, aunque de distinto tipo: el primero es el sentimiento de la cobardía cometida yéndose, una cobardía que nos han impuesto, cobardía con respecto a los otros internados y a los pobres desgraciados; y el del sacrificio de la alegría de luchar, que es el sacrificio de la felicidad, porque además de la felicidad de este heroísmo existen las compensaciones de la amistad, de la comunidad en la resistencia.

En el fondo me sitúo en un doble punto de vista: para mí, partir no es una cobardía, puesto que es un sacrificio enorme y allá sería infeliz, pero no puedo pedir a los demás que piensen como yo. Para los demás es una cobardía.

Viernes

Toda la mañana ha sido rara. De entrada, el cielo seguía oscuro y pesado. En las casas hacía un calor húmedo y sofocante. Salgo de casa con retraso (me tocaba ser bibliotecaria) porque había esperado el correo. Llevaba dos cartas de Gérard que he leído en la calle. Al llegar al Instituto, donde ya había grupitos en el patio, Albus me dice que no había biblioteca durante los exámenes orales. Toda mi mañana vacía de golpe. Subo a la biblioteca abriéndome camino con dificultad entre los estudiantes amontonados en la escalera. Hacía tanto calor allá arriba que he bajado. En el primero, Ch. Delattre examinaba de filología, asomo la cabeza por la puerta, no sabía si él me había visto y me parapeto detrás del batiente. Pero oigo un paso autoritario en la sala y era él. Me saluda, comprende de inmediato que la carpeta que yo tenía debajo del brazo contenía mi trabajo. Me pregunta qué tal voy. Le digo: «Lo mejor posible». Se disponía a volver a la sala, pero vuelve y dice: «¿Es cierto que han detenido a su padre?». He contado otra vez toda la historia. Me escuchaba con aire inquieto. Después me deja y entra en la sala.

Bajo y me quedo casi una hora apoyada en la pared, esperando a Nicole. Me sentía aislada en medio de los estudiantes de licenciatura desconocidos. Sin embargo conocía a algunos, que vienen a hablar conmigo. Charlo bastante rato con Monique Duert. Hacia las diez llega Jean-Paul. Estaba encantada de ver por fin a alguien de mi grupo de amigos. Estaba nervioso como un gato a causa de este oral. Le acompaño donde Landré, sala 1, para calmarle. Se

inscribe para la tarde. En una de mis numerosas subidas y bajadas veo a Sylvère Monod, muy amable, y a Annie Digeon, encantadora. Cuando se indigna por algo, separa las aletas nasales y la nariz, que es muy chiquita, se le hincha de cólera. Cuando hablo de ella a Jean Pineau, me dice: «Tiene un aspecto muy dulce». Es verdad. Arriba, encuentro por fin a Nicole, que se había reunido con Jean-Paul. Entonces me marchó. Eran las once. Vuelvo aquí. Estaban mamá y Denise. No había habido más noticias. Pero la historia de anoche no tenía nada de ultimátum. Estábamos las tres vacías por nuestra lucha de la víspera. Voy a la cocina a hacer galletas para la merienda. Louise se ha ido y Bernadette lo hace todo. Estamos más unidas que nunca.

Boisserie llega al mismo tiempo que Duchemin. Este —he escuchado un instante detrás de la puerta— se muestra muy optimista, habla con una importancia tanto mayor porque tiene el aire de pasarla por alto, de «De Brinon»^[24], «al que han recurrido», etc.

A Boiserie le aterra la noticia. La comida ha sido silenciosa. Después, Denise y yo teníamos sueño. Pero he resistido heroicamente. Hacia las dos y media voy a casa de Mathey. Hacía un calor terrible. Françoise Masse viene hacia las cinco. Merendamos en mi habitación. Después toco una sonata de Mozart.

Olivier Debré^[25], rapado por una novatada de taller, viene hacia las siete, al mismo tiempo que Annie.

Mamá baja después de la cena. Denise estudiaba alemán en el despacho de papá. Yo leía la vida de Dostoievski. Mamá vuelve hacia las diez. La velada no había terminado. Vuelve a plantearse la cuestión del campo de concentración. Como siempre en momentos así, mezclamos lo jocoso con lo serio, haciendo bromas que al final prevalecen e impiden comprender la seriedad del problema. Todo lo cual se termina en la cocina, primero comiendo guisantes fríos, que son mi pasión, y con una conversación en el cuarto de baño de Denise sobre los méritos respectivos de J. M., que a Denise no le gusta, y de Jean Pineau.

Escribo todos estos pequeños detalles porque ahora la vida se ha estrechado, estamos más unidos y estos pormenores adquieren un interés enorme. Vivimos hora tras hora, ya no semana tras semana.

Sábado

Dannecker^[26] ha ordenado la evacuación del hospital Rothschild. Todos los enfermos, los operados de ayer, han sido trasladados a Drancy. ¿En qué estado? ¿Con qué cuidados? Es atroz.

Vienen Job y Breynaert. Job no quiere oír hablar de partir. Tocamos *El quinteto de la trucha*, muy bonito.

Domingo

Aubergenville con toda la familia Bardiau. Recogemos frutas todo el día, un calor espantoso. Ha habido tormenta toda la noche.

Lunes, 5 de julio

Esta mañana llega la segunda carta de papá. Describe su vida, una de sus jornadas. Son lamentablemente vacías. Por la mañana, a las siete, despierta, y pone al lado un signo de interrogación porque no debe de dormir mucho. Lista a las ocho. (El otro día, un tal Muller, que estaba enfermo, se queda en la cama por una vez, denunciado, y Dannecker, durante su visita, sube derecho donde él, le encuentra acostado con un pijama demasiado bonito, y hace que le deporten, 58 años.) De las ocho a las diez, paseo, oscilación. Papá emplea palabritas humorísticas, pero que en estas circunstancias son desgarradoras. Más adelante habla de las *pota-toes* [patatas]. Aún le oigo pronunciar la palabra en Aubergenville. Es a la vez consolador, porque nos hace sentirnos muy próximos, y angustioso. A las once y media sopa, y a las diecisiete treinta. Luego se ocupan del menú de la comida. La tarde es lo que más largo se hace, porque no quiere dormir la siesta para guardar el sueño para la noche. Juega a las damas, al dominó, al bridge. Papá, que nunca jugaba a nada, que mientras que Jean y los demás jugaban partidas de dominó en el saloncito de Auber, trabajaba impasible en su mesa. Pasan la velada charlando. Manda noticias de Basch, de Maurice, de Jean Bloch. Cuenta su visita al dentista, compañero de dormitorio. Hay que acostumbrarse a dormir con los ronquidos y sin postigos; hasta ahora era ciego para el claro de luna. Hay en su carta algo que me produce una congoja inmensa, un pequeño detalle. Escribe: «Podéis enviarme grosellas. Las he visto en paquetes que llegan aquí». ¿Por qué esto me da ganas de huir a todo correr? Hay algo infantil en esa frase.

Y todos los días deben de pasar así. Dice que no se da cuenta de que ya ha pasado una semana. Y yo, que soy libre, que voy a donde se me antoja, que tengo algo distinto que hacer todas las horas y todos los días, que no tengo siquiera tiempo de pensar.

Esta letra de papá, hecha para redactar discursos, cartas de negocios o noticias de sus viajes, está siempre ahí, precisa, limpia, clara, intelectual, para

describir una vida reducida, recluida, una vida de preso de derecho común.

No somos conscientes de la enormidad de esta injusticia, la infamia de este trato, porque es demasiado grande, porque también nos hemos habituado a esperar cualquier cosa.

Papá dice que Basch tiene la moral bastante baja. Está encerrado allí desde hace seis meses, seis meses; ya ha debido de esfumarse toda esperanza de que esto acabe. ¿Cómo puedes conservar el deseo de vivir?

Papá vive para nosotros. Debe de pensar en nosotros día y noche. Para mí es casi un desconocido. Es extraño, y quizá esté mal decirlo. Pero papá, ese papá que mamá conoce, es muy reservado. Sólo algunas frases de sus cartas lo dejan entrever. Algo dentro de mí, cuando he leído la de esta mañana, me dice que existía entre él y yo un pacto indisoluble.

Martes por la mañana, 6 de julio

Las inquietudes vuelven a acumularse poco a poco como nubes negras. Es asombrosa la facultad que tengo de olvidar y no pensar.

Esta mañana recibo una carta de Gérard. Cuanto más avanza esto, más tengo la sensación de un desprecio doloroso; sé de antemano algo que él no sabe y que no quiero decirle; tengo la impresión de haber interpretado mi papel. Porque me gustaba escribir. Y sin embargo nunca me he comprometido.

Sólo que yo creía quedarme siempre en la superficie de las cosas; y el simple hecho de que yo siga escribiendo lo ha profundizado todo para él.

Me gustaba que me escribiera «mi pequeña Hélène». Ahora olvidarlo me molesta porque tengo la sensación de que él se apodera de mi intimidad, o, cuando me acuerdo de que me gustaba y que incluso le pedí que lo escribiera, me parece una fórmula carente de sentido, una expresión indiferente.

* * *

En *La princesa* de Tennyson, el príncipe padecía una extraña dolencia: de repente, el mundo se tornaba fantasmal y perdía su sustancia.

Soy como él, toda esta historia es real, viva, acabo de hablar de Shakespeare en una carta a Gérard, apenas aludía al tema de nuestra intimidad, yo pensaba que él me conocía bien, que su inteligencia estaba hecha para entender lo que yo escribía, y de pronto me doy cuenta de lo que está *underlying* [subyacente]. Y todo se vuelve vacío y horroroso.

Es lo que debe ocurrir cuando sólo la cabeza y no el corazón está comprometida.

* * *

Vamos Denise, Nicole y yo a la rue de Téhéran^[27] a inscribirnos en el patronato. A todas nos ha entrado la risa tonta, pero creo que era una especie de *exhilaration*, de exaltación. Katz nos dice: «¡No se os ha perdido nada aquí! Si queréis mi consejo, marchaos». A lo que respondo, incluso antes de que él termine: «No queremos irnos». Entonces él dice: «En ese caso, es absolutamente necesario ocuparos».

Nos expiden un certificado bastante desagradable^[28]. Nicole no cesa de enfurecerse diciendo que es una concesión a los alemanes. Yo lo considero el precio que hay que pagar por quedarse aquí. Es un sacrificio, porque detesto todos esos movimientos más o menos sionistas que les siguen el juego a los alemanes sin darse cuenta de ello: y, además, va a llevarnos mucho tiempo. La vida se ha vuelto muy extraña.

* * *

Después de comer —estaba la señora Lévy—, llama Françoise Pineau para invitarnos el sábado, y Claude Leroy, que viene a verme muy cortésmente hacia las tres y media.

Aguardo toda la tarde a Cécile Lehmann, que no viene. Meriendo con Nicole, que volvía muy nerviosa de casa de Jean. Después voy a casa de Hudelo. Denise ha dado la clase en mi lugar a Jeanne Fauque, concierto citas a la misma hora y pienso que la cosa se arreglará sola. Ya he perdido la facultad de razonar. Tengo un reumatismo en un ojo, es fastidioso de curar.

* * *

Después de la cena, hago pasteles para Jacques.

Las gemelas han terminado yéndose. Marianne quiere y Emmeline no quiere. Debe de ser bonito.

Jueves, 9 de julio

Duermo mal esta noche. No es de extrañar, después de una velada semejante. Había ido a pasar el día a Auber con Nicole y Françoise. Recogimos frambuesas y grosellas en el silencio del jardín. Era una actividad

apacible y descansada, aunque hubiésemos llevado nuestras ideas con nosotras. Nos entendemos perfectamente; Françoise se va la semana que viene y tengo la sensación de que no volverá. Tengo la sensación de que se produce lo irrevocable, no sé si volveré a ver a alguna de las personas que me dejan.

Al volver aquí encuentro a Gisèle esperándome. Había una buena confusión. La señora Périllhou estaba en el saloncito. Françoise y Nicole me habían ayudado a cargar con los paquetes. Uno tras otro llegan el señor y la señora Jacobson, la señora Léauté, Mathey, la pequeña protegida de mamá. Había que despedir a Nicole y Françoise, seleccionar las frutas, asimilar lo que Gisèle me decía. También ella se va; y está desesperada. La sensación de «fin del mundo» revoloteaba a mi alrededor. Al mismo tiempo, una carta de Gérard me esperaba fuera y no conseguía leerla; bajo con Gisèle para ir a casa de Tiffereau y en el camino he podido leerla. Era muy triste. Pero yo no tenía el tiempo de pensar.

Lo he hecho después, cuando Mathey se hubo ido [sic]. La balanza estaba de nuevo horizontal anoche. Antes de dormirme me pregunté bruscamente por qué no aceptaba todo lo que se me ofrecía, por qué no me abandonaba. En mi semiconsciencia casi cedí. No encontraba mis motivos del día, que esta mañana reviven. El problema se vuelve agudo y quiero convencerme de lo contrario: él me escribe que sus proyectos dependen de mí. Y no quiero; quiero ser libre, no quiero que otros dependan de mí.

* * *

Voy a buscar las fotos y se las llevo a Katz.

Tarde en casa de Budé, por Jacques. Compro Suetonio y Wordsworth (para mí). Paso por el Instituto, no había nadie, estaba muerto; había atravesado todo el Luxemburgo, ahora lleno de recuerdos.

De casa de la abuela voy a ver a la señora Fauque, donde encuentro a Denise.

Encuentro una carta de Gérard del 22 que me aproxima mucho a él. ¿Es la verdad o no?

Viernes, 10 de julio

En el biblioteca no he tenido nada que hacer. Casi he terminado *La paz de las profundidades*. Es notable.

Nicole viene a buscarme.

La señorita Detraux come en casa.

Nueva ordenanza hoy para el metro. Por otra parte, esta mañana, en l'Ecole militaire, me disponía a subir al primer vagón cuando de pronto me he dado cuenta de que las palabras brutales del revisor se dirigían a mí: «Usted allá, el otro vagón». Corro como una loca para no perderlo, y cuando me encuentro en el penúltimo vagón me brotan lágrimas de los ojos, lágrimas de rabia y de reacción contra esta brutalidad.

Los judíos tampoco tendrán ya el derecho de atravesar los Campos Elíseos. Teatros y restaurantes reservados^[29]. El anuncio está redactado con un tono natural e hipócrita, como si fuese un hecho consumado que en Francia se persiguiese a los judíos, un hecho corriente, reconocido como una necesidad y un derecho.

Cuando lo pienso, la sangre me hierve de tal manera que vengo a esta habitación para calmarme.

Visito la galería Charpentier con Bernard y Nicole. Bernard nos lleva a merendar a su casa.

Sábado, 11 de julio

Música. Después llegan los Pineau, Françoise Masse y Legrand. Tocamos *El quinteto de la trucha*. No he podido recibirlos como quería. Hacia las seis y media llegan... la corsetera y la señorita Monsaingeon. Cuando vuelvo al salón era demasiado tarde. Todos se iban. Los Simón después de cenar.

Domingo, 12 de julio

Auber, con la señora Lévy.

Lunes, 13 de julio

J. M. en la biblioteca. Ha vuelto aquí a pie conmigo sin esperar los resultados de la oposición.

Martes, 14 de julio

El día es gris y bochornoso. Ya no sé dónde estoy. Acabo de escribir tres cartas malvadas, me pregunto si todos mis «escrúpulos» son reales y si no estoy estropeando mi felicidad.

Me pregunto también si no es lo otro lo que me vuelve malvada. Estoy más dividida que nunca. He recibido tres cartas más esta mañana. Ahora, cada

una es un tormento, porque plantea la cuestión con mayor agudeza. Le reconozco el derecho de ser brutal y de guardarme rencor. Lo que me extraña es que no lo haya sido con más frecuencia.

¿No me *despertaré* una mañana sabiendo que todo esto eran quimeras y que he perdido mi posibilidad de ser feliz?

Miércoles, 15 de julio
23 horas

Algo se prepara, algo que será una tragedia, *la* tragedia quizá.

El señor Simón llega esta noche a las diez para avisarnos de que le habían hablado de una redada pasado mañana, veinte mil personas. He aprendido a asociar su persona con catástrofes.

Día que comienza con la lectura de la nueva ordenanza en casa del zapatero, y que termina así.

Hay una ola de terror que se apodera de todas las demás personas desde hace algunos días. Es como si los SS hubieran tomado el mando de Francia y el terror debiera continuar.

Todos nosotros desaprobamos quedarnos, silenciosamente. Pero cuando abordamos la cuestión, esta desaprobación se expresa en voz alta: ayer, la señora Lyon-Caen; hoy, Margot, Robert, Simón.

Sábado, 18 de julio

Reanudo hoy este diario. El jueves creí que la vida se detendría. Pero ha proseguido. Se ha reanudado. Anoche, después de mi jornada de biblioteca, se había vuelto tan normal que ya no creía en lo que había ocurrido la víspera. Desde ayer ha cambiado otra vez. Cuando he vuelto, hace un rato, mamá nos ha anunciado que había mucha esperanza para papá. De un lado está su regreso. Del otro, la partida para la zona libre^[30]. Cada cosa encierra una prueba. La partida, no sé por qué, me produce una sensación casi de desespero. Volvía tensa para la lucha, unida con los buenos contra los malos, había ido a ver a la señora Biéder, esa desventurada madre de ocho hijos cuyo marido ha sido deportado; vive en el faubourg Saint-Denis. Denise y yo nos quedamos un cuarto de hora con ella; al salir, yo estaba casi contenta de haberme zambullido en el verdadero sufrimiento. Me sentía claramente culpable, notaba que había algo que yo no *veía*, era esta realidad. Se han llevado a esta mujer, su hermana que tiene cuatro hijos. La noche de la redada se había escondido, pero la desgracia quiso que bajara donde la portera en el

momento en que el agente iba a buscarla. La señora Biéder es como un animal acorralado. No teme por ella. Pero tiene miedo de que le quiten a sus hijos. Se han llevado a niños que todavía gateaban. En Montmartre ha habido tantas detenciones que las calles estaban bloqueadas. El faubourg Saint-Denis casi se ha quedado vacío. Separan a las madres de los hijos^[31].

Anoto los hechos, apresuradamente, para no olvidarlos, porque *no hay* que olvidar.

En el barrio de la señorita Monsaingeon, una familia entera, padre, madre y cinco hijos, se suicida con gas para escapar a la redada.

Una mujer se arrojó por la ventana.

Parece ser que han fusilado a varios agentes por haber avisado a la gente de que huyera. Les amenazaron con campos de concentración si no obedecían. ¿Quién va a alimentar a los internados de Drancy ahora que han detenido a sus mujeres? Los pequeños no volverán a ver nunca a sus padres. ¿Cuáles son las consecuencias lejanas de lo ocurrido la noche de anteayer, de madrugada?

La prima de Margot, que se marchó la semana pasada, y de la que sabíamos que había fracasado en su tentativa, fue capturada en la línea [de demarcación] y encarcelada; después de haber interrogado a su hijo de 11 años durante dos horas para obtener la confesión de que era judía; ella tiene diabetes, al cabo de cuatro días muere. Se acabó. Cuando estaba en coma, la monja de la cárcel la hizo trasladar al hospital, era demasiado tarde.

En el metro me encuentro con la señora Baur, siempre espléndida. Pero estaba muy abatida. No me reconoce de inmediato. Parecía asombrada de que siguiéramos aquí. Siempre tengo ganas de mostrarme orgullosa cuando respondo a esto. Me dice que tendríamos mucho que hacer en la rue de Téhéran. Tampoco me oculta que iba a llegar el turno de las francesas. Cuando me ha hablado de Odile, me ha parecido que estaba infinitamente lejos.

Pero hay que partir, partir y abandonar la lucha, el heroísmo para encontrar la banalidad, el agotamiento. No, yo haré algo.

El pueblo es admirable. Parece que había muchas pequeñas obreras que vivían con israelitas. Todas deciden casarse para evitar la deportación de sus maridos.

* * *

Y además está la simpatía de la gente en la calle, en el metro. Está la buena mirada de los hombres y las mujeres, que te llena el corazón de un

sentimiento inexplicable. Está la conciencia de ser superior a las bestias que te hacen sufrir, y de estar unidos con los hombres y las mujeres auténticos. Cuanto más se amontonan las desgracias, más profundo es este lazo. Ya no se trata de distinciones superficiales de raza, religión o rango social —nunca he creído en ellas—: está la unión contra el mal y la comunión en el sufrimiento.

* * *

Quiero quedarme aún, para conocer a fondo lo que ha sucedido esta semana, lo quiero para poder predicar y sacudir a los indiferentes.

Al decir esto pienso en *Brand* de Ibsen, que empecé anoche. Y al pensarlo me remito a J. M, que me lo prestó.

Sé también, y no trato de ocultármelo, que no quiero irme a causa de él. Sé que no me apetece volver a ver a Gérard. Esta semana sólo he pensado en una cosa: en volver a verle. Le vi el lunes; el jueves por la mañana me escribió una carta para informarme del resultado de su recado para papá^[32]. Le respondí inmediatamente. En el momento en que cerraba la carta, Denise subió de la lechería y me dijo, jadeando: «Ya está, se han llevado a todas las mujeres y los niños, no se lo digas a mamá», pero yo lo contaría con detalle; añadí una posdata a mi carta para comunicarlo. Me pregunté si sería como *El último día de un condenado a muerte*, de Hugo. Había algo de exaltante en aquel sentimiento; porque yo no comprendía del todo qué quería decir la hipótesis de la catástrofe.

Y además ayer, después de toda la jornada interminable del jueves y la mañana echada a perder de ayer, fui al Instituto. No sabía si él iría. A ratos me decía que tenía el presentimiento de que no iría. Y me ponía huraña. Comprendí que aquella biblioteca era él. Por suerte estaba allí Monique Ducret, reconfortante. Al principio, yo estaba todavía *in a braise* [en la bruma], aturdida por mi extraña noche y mal adaptada a la normalidad. Poco a poco, la atmósfera tranquila y familiar me invade. Hacia las cuatro J. M. seguía sin llegar. En un momento dado entra Mondoloni; y no sé por qué, he albergado esperanza. Alguien me obstruía el paso, pero al volverme he reconocido de espaldas su caucho [impermeable] y su pelo. De repente me siento tranquila. Hemos estado un largo rato sin hablarnos. Yo estaba ocupada y él también. Y sigo estando muy intimidada, porque le esperaba. Me ha parecido que toda la pesadilla de ayer se disipaba. No sé qué habría sido de mí si él no hubiera venido.

No me avergüenza nada escribir todo esto. Lo hago porque es la verdad; no me hago ilusiones. Probablemente he adquirido la costumbre de verle, y

como los días que paso con él son las únicas cosas hermosas de la vida no quiero que me falten. El martes estuve completamente dividida y torturada, después del lunes y durante y después de la visita a la rue de Longchamp. El miércoles por la mañana sólo pensaba en ver a J. M. No me esforzaba en poner a prueba la solidez de esta idea.

8 de la noche

Nueva ordenanza, la novena: prohibición de entrar en las tiendas, excepto entre las tres y las cuatro de la tarde (horas en las que todas las tiendas están cerradas).

Mamá acaba de telefonear a la señora Katz. Hay un traslado masivo de Drancy mañana por la mañana; para tranquilizarnos: ningún antiguo combatiente francés^[33], solamente extranjeros (incluidos combatientes) y mujeres. Les envían niños desdichados de todas partes, de Belfort, de Montceau-les-Mines.

Françoise, que viene esta noche, nos dice que en el Vél d'Hiv, donde han encerrado a miles de mujeres y de niños, hay algunas que dan a luz, niños que gritan y todo esto tumbados en el suelo, custodiados por los alemanes^[34].

Hemos tocado música, como de costumbre. Parece increíble ver a François todavía aquí. Se ríe continuamente y se lo toma todo a chirigota. En el fondo es plenamente consciente. Pero ese valor tiene algo de loco y de trágico. Estamos sobre una cuerda floja que se tensa cada hora un poco más.

Hacia las siete, Françoise Pineau viene a traer los textos de Nórmales^[35] que había pedido Jacques. Tenía un aspecto normal, pero presiento que no ha podido decir lo que quería. Me dice muy deprisa que nos harían cualquier recado, que su madre se ocuparía del avituallamiento.

Noche del domingo, 19 de julio

Otros detalles.

Una mujer que se ha vuelto loca lanza a sus cuatro hijos por la ventana. Los agentes actuaban de seis en seis, con linternas eléctricas.

Boucher da noticias del Vél d'Hiv. Hay doce mil personas allí encerradas, es el infierno. Muchos muertos ya, las instalaciones sanitarias atascadas, etc.

Noticias de papá anoche.

Desde hace dos días, encerrados en su 1,50 m². Ha visto escenas atroces. Eugène B. postrado miserablemente con reumatismo general.

* * *

Paso la mañana con los Pineau. Voy a buscar a Françoise a las nueve y cuarto y tomamos el metro juntas. Llovía a cántaros. Muestra una calma y una serenidad que te refrescan.

Jean nos esperaba en la Nórmaie. Asisto a un examen de historia, otro de francés y otro de filosofía. Al principio estaba muy intimidada. Parecía el bachillerato. Pero el hecho de que Jean Pineau me invitara a ver algo que le incumbía me intimidaba. Algunos estudiantes con gafas. Pero la escuela esta vacía, aparte de los opositores y los que se presentan. Volvemos andando. Recorremos todas las calles que me gustan, desembocamos en la plaza del Panteón nebulosa, mojada, pero aún más atrayente.

Crussard se me cruza en bicicleta. Sólo le he reconocido después, pero podría haberse parado.

Me equivocaba al exaltarme hablando de los horrores de aquí y de mi horror de la zona libre. Porque Jean me dice casi en voz bajísima: «Por eso es duro para un chico como yo, de 21 años, no hacer nada. Me subleva». Conozco su idea, tengo miedo de que muera joven de una muerte gloriosa. Su esencia es lo caballeresco. Es magnífico y al mismo tiempo me llena de tristeza. No puedo definir mi sensación.

* * *

Las amistades que se han forjado aquí, este año, tienen la impronta de una sinceridad, una profundidad y una especie de honda ternura que nadie podrá conocer nunca. Es un pacto secreto, sellado en la lucha y las penalidades.

* * *

He vuelto a las doce y media. Mamá y Denise tenían los ojos rojos. No he preguntado de qué se trataba, esperaba a que me lo dijeran. Denise lloraba por llorar: hacía bien. Pero la causa indirecta era la noticia de que realmente tendremos que irnos. Mamá ha ido a ver a René Duchemin esta mañana; él siempre ha estado tranquilísimo y optimista; pero hoy ha dicho que habría que pensar en irse.

Esto es más o menos lo que sucedió el jueves:

Los obreros franceses se niegan a partir a Alemania, Laval ha vendido entonces a los judíos polacos y rusos, pensando que nadie protestaría. Los obreros, sublevados, están aún menos dispuestos a partir. Hay todavía un tercer contingente de judíos (turcos, griegos, americanos) y después serán las francesas.

* * *

6 horas

Estoy vacía, no entiendo nada de este día.

Después de comer hemos ido a la rue Claude-Bernard^[36].

Nos han duchado. Al salir, yo olía tan bien que merecía no tener nada contra lo que luchar. Durante todo el trayecto he pensado en esto. Caminábamos juntas. Yo debía de tener una expresión hosca. Mis meditaciones desembocan en la decisión de escribir una carta al señor Lefschetz. Antes paso por el Instituto, donde la señorita Moity me dice, de parte de Cazamian, que no lleve mi chaqueta a la biblioteca, y de parte de Denise Keuchelievitz, que ella se marchaba^[37]. En otras circunstancias esto me hubiese trastornado un poco. Pero tenía la sensación de vivir una pesadilla, y que todo había cambiado, todo el decorado familiar del Barrio Latino y el Instituto, y me daba igual.

Martes por la noche, 21 de julio

Otros detalles obtenidos de Isabelle: quince mil hombres, mujeres y niños en Vél d'Hiv, en cuclillas de tan apretujados, se pisan unos a otros. Ni una gota de agua, los alemanes han cortado el agua y el gas. Caminan en una charca pegajosa y viscosa. Hay enfermos desalojados del hospital, tuberculosos con la pancarta «contagioso» colgada del cuello. Las mujeres dan a luz. Ningún cuidado. Ni un medicamento ni una venda. Sólo se entra allí al cabo de mil gestiones. Por otra parte, las ayudas terminan mañana. Es probable que los deporten a todos.

La señora Carpentier vio el jueves en Drancy dos trenes de mercancías^[38] donde habían hacinado como animales, sin paja siquiera, a mujeres y a hombres para deportarlos.

* * *

La señorita Fauque pasa al momento. No tiene tiempo de dar la clase. Lo prefiero. Una clase habría restablecido la normalidad de hace quince días.

Ella lo sabía todo; por ella he sabido que una mujer había dado a luz en el bordillo de la acera, en el bulevar Saint-Michel, que un hombre a cuya mujer se llevaban había querido seguirla y que el alemán había sacado un revólver y otras personas habían conseguido llevárselo, entre cuatro.

* * *

Mañana del miércoles, 22 de julio

Recibida una carta de papá. Es de los días 12, 13, 14. Acabo de copiarla para Duchemin. Mamá no podría leerla sin llorar. Se trataba de una partida. Al releerla, vivo un día con él, copio aquí la última media página, escrita el 12 por la noche, con una letra un poco temblorosa. Hasta aquí había descrito su vida:

«12 de julio, 21 horas. Me entero de que un largo desplazamiento es posible, hasta probable. Sabed que vuestras imágenes y pensamientos, mi querida mujer, mis dos queridas pequeñas Denise y Hélène, mi gran querida Yvonne y su adorable Máxime, el querido Daniel y mi querido pequeño Jacques, no me abandonan ni me abandonarán nunca. Pase lo que pase, haré lo que sea necesario para resistir, y espero que el buen Dios me permitirá volver a veros. Mi querida Antoinette, sé que tendrás la fuerza y la fe de superar esta prueba, que sabrás guiar e inspirar a nuestros hijos. Y vosotros, mis queridos hijos, sé que seguiréis íntimamente unidos, apoyándoos mutuamente pase lo que pase. También estoy seguro, mi Antoinette, de que tomarás, para ti y para nuestros dos Denden y Lenlen [Denise y Hélène], las decisiones que las circunstancias exijan. No dudo de que Kuhlmann, por el que me he sacrificado, hará por vosotros, a los que tanto he protegido, todo lo que sea necesario, y tengo plena confianza en Duchemin, y llegado el caso en sus colegas.

»13 de julio, 19 horas. Si es posible y tiempo (??) todavía, intentad añadir al próximo paquete el abrigo marrón y su forro, así como dos tubos de gardenal.

»13 de julio, 20 horas. Desde las once, las noticias son diferentes. Henri me dice que hasta nueva orden se queda con Paul. Esto muestra lo urgente que es el éxito del viaje de Hup, porque a Henri no le tranquiliza la añada a falta de una^[39].

»14 de julio, 11 horas. Nada nuevo. Excelente noche, a pesar de la alarma, después de la anterior muy mala. Mañana ocupada por un trabajo ligero. Os beso a las tres, y también a los ausentes, con toda mi alma y toda mi corazón. Papst».

Esta mañana voy con mamá a la rue de la Bienfaisance a llevar cosas para esos desventurados. En el puente de l'Alma me encuentro con Jean Pineau, y en la rue de Miromesnil al señor Eissen; la señora Katz y la señora Horwilleur me piden que vaya a ayudarlas esta tarde, y en todo caso por las mañanas.

Por fin encuentro algo que hacer que me impedirá ser demasiado egoísta. Estoy contenta.

Desde el miércoles pasado, me parece que ha transcurrido un año.

* * *

Jueves, 23 de julio

Trabajé de dos a cinco y media ayer, y de nueve a doce esta mañana en la rue de la Bienfaisance. Papeleo. Pero soy casi feliz de sumergirme en esta realidad atroz. Anoche, al llegar a casa de Nicole y al contar lo que yo había oído, estaba *flop* [sonada]; allí se habla de deportación como una cosa banal. Según lo que he creído entender, hay en Drancy mujeres y niños. Todos los días parten, deportados. Han vaciado el Vél d'Hiv y enviado a todo el mundo a Beaune-la-Rolande.

Las mujeres que trabajan allí son admirables. La señora Horwilleur, la señora Katz y las demás. Están derrengadas, pero se sobreponen. Todo el día es un desfile ininterrumpido de mujeres que han perdido a sus hijos, de hombres que han perdido a sus mujeres, de niños que han perdido a sus padres, de personas que vienen a pedir noticias de sus hijos y mujeres, y de otras que vienen a ofrecerse para acogerlos. Algunas mujeres lloran. Una se desmayó ayer. No veo estas cosas porque estoy en la sala contigua. Pero capto fragmentos.

Anoche llegó un tren entero de niños de Burdeos y Belfort; trenes como para las colonias de vacaciones, pero es horrible.

Hay en Drancy mujeres en camión.

Una niña ha venido a decirnos que se habían llevado a su padre y su madre, ya no tenía a nadie.

A mi lado, Françoise Bernheim telefona constantemente a los hospitales para pedir información de niños cuyos padres y hermanos y hermanas han sido detenidos.

Al salir de la rue de la Bienfaisance voy a ver a la señora Baur, es encantadora y está llena de juventud.

Viernes, 24 de julio

Mañana: rue de la Bienfaisance. Trabajo mucho, con Françoise Bernheim. Clasifico los objetos que envían esos desgraciados^[40], anillos, llaves, tijeras; había incluso unas tijeras de sastre; sastres: quizá alguien que había partido pensando que le harían trabajar en su oficio. En medio de todos estos paquetes más o menos mal hechos había una cajita blanca y muy limpia; no sé por qué, he tenido la intuición de que era de papá. En efecto, eran sus gafas, que mandaba para reparar.

La señorita Detraux.

Biblioteca por la tarde. Me devuelve a la normalidad. Viene J. M., Jean-Paul, y también Nicole. J. M. me regala *Los hermanos Karamazov*, qué ironía.

Me voy a las cinco para ir a casa de Nicole, adonde iban los Pineau. He invitado a J. M. el domingo. Hasta Sèvres-Babylone me pregunté si lo haría. En el momento en que estaba decidida a no hacerlo, la cosa surgió a pesar de todo, yo estaba lanzada. Estaba contenta de que lo irremediable hubiera sucedido. Ha aceptado de inmediato.

Domingo noche, 26 de julio

La vida es extraordinaria. Esto no es un aforismo. Esta noche me siento exaltada. Tengo la sensación de vivir en una atmósfera de novela, no puedo explicarlo. Es un poco como si tuviera alas. Ayer fuimos Denise y yo a casa de J. M., en Saint-Cloud. Habíamos pasado una tarde maravillosa en la biblioteca, con las ventanas abiertas sobre el jardín zumbante de sol y sin embargo infinitamente tranquilo, escuchando discos. Denise tocó. Estaba Molinié y otro chico muy simpático.

Después de cenar, a las nueve, J. M. telefona para decir que no vendría hoy, sus padres han debido de montarle una escena, no sé por qué.

Me sentí realmente frustrada, es más, me afligió más de lo que nunca lo ha hecho un asunto parecido. No he dormido esta noche. Mi pesar era espontáneo e irresistible. Pensaba que el día se había estropeado. Había decidido que estaría triste.

Pero gracias a Jean Pineau ha sido un día *espléndido*, sin que nada haya cambiado. Él me saca de mí misma, de tan delicado y caballeresco que es. Después de merendar, sentados en la escalinata, mantenemos una gran conversación. Me dejo ir, sin temer siquiera que estuviese mal. Con él todo es normal y fácil. Y no me he embrollado ni dividido. Estoy encantada. Hay algo embrujado en mi vida actual. Lo agradezco de todo corazón.

Lunes, 27 de julio

Trabajo en la rue de la Bienfaisance esta mañana.

Noticias de papá. Habla de espectáculos desgarradores y alucinantes. Desde el 16, prohibición de salir. Paul habla del infierno de Dante. ¡Compiègne, en comparación, les parece un paraíso! Sigo el primer curso para cuadros; yo estaba en lucha sorda desde el principio. Lefschetz^[41] ha dado un curso sobre la cuestión judía que me pone en un estado de desesperación creciente, hablando de la nación judía y diciendo, lo que es cierto, que no sabíamos por qué éramos perseguidos, porque habíamos perdido nuestras tradiciones, predicando el gueto. No, yo no pertenezco a la raza judía. Si pudiéramos vivir en los tiempos de Cristo... Sólo había los judíos y los idólatras, los creyentes y los ignorantes. De ahí debe partir todo razonamiento. Esas personas tienen la mente estrecha y sectaria. Y lo que es grave en este momento es que justifican el nazismo. Cuanto más se apretujan en un gueto más se les perseguirá. ¿Por qué hacer Estados dentro de los Estados? Ha recordado este principio de la Revolución Francesa, que sólo admitía el judío como individuo y no el judaísmo como raza. Pero es el único principio que se sostiene. El judaísmo es una *religión* y no una raza. Además, para distinguir a los judíos no hay más remedio que hablar del principio religioso.

Todas estas discusiones me hacen perder la cabeza. No tengo la mente lo bastante clara para seguirlas. Sólo sé que no comparto esta opinión y que su razonamiento falla desde la base.

Al salir del curso vamos a la rue des Ursulines, a casa de los Léauté. Es cautivador. Tan bonito, que he sentido un auténtico malestar antes de dejarme arrastrar a una readaptación del «ambiente Léauté», que me parece algo de otro tiempo.

Recibo carta de Odile, de Françoise Masse y de Gérard. La única a la que me apetece contestar es a Françoise, es la única que comprende.

Gérard me ofende con sus burlas. Siento una especie de hostilidad en él, y en mí también. Esto acabará mal.

Martes, 28 de julio

Esta mañana circulaba el rumor de que los maridos y los padres de las mujeres que trabajan en la UGIF serán liberados. Creo que todos estaban estupefactos por mi falta de entusiasmo, incluida la señora Katz.

Rue Claude-Bernard, simpático, aprendo juegos al aire libre; al marcharme, paso por casa de la señora Jourdan, que acababa de salir. Al volver aquí, intento leer *Los hermanos Karamazov*. Estaba tan cansada que me quedo dormida. Luego me sentía completamente extraviada.

Después de cenar descifro la *Segunda sonata* de Schumann con Denise.

Miércoles, 14 horas, 29 de julio

Después de una mañana en que no hago nada concreto en la rue de la Bienfaisance, de las doce a las doce y quince corro como una loca. Cuatro de los señores de la UGIF han sido liberados, entre ellos Rey, me veo obligada a rendirme a la evidencia. Pero no puedo dejarme contagiar por el entusiasmo de estas señoras, porque pienso que es una injusticia, pienso en los otros que tienen tanto e incluso más derecho a la libertad. Pero me obligo a parecer contenta porque si no me tomarían por ingrata. Corro a la rue de Téhéran, a la rue de Lisbonne, para expedir y validar un certificado de André Baur^[42]. Tenía muchísimo calor; volaba por las calles. Quizá las señoras Katz y Franck han tomado esto por entusiasmo.

De vuelta aquí encuentro a mamá, que ha tenido una mañana horrible. Acababa de recibir a una pobre mujer de la que papá se ocupaba y que había sido recibida como un perro por el señor Lemaire. Mamá sollozaba al pensar en toda la obra de papá que se encontraba desorganizada.

Cumplo el deber de visitar a la señora Lévy para darle las pocas noticias que había conseguido obtener de la señora Rey. Su reacción ha sido la que yo esperaba, más amarga aún de lo que creía; yo la justificaba y consideraba que era casi un reproche personal.

Jueves, 30 de julio

Rue Claude-Bernard esta mañana.

Mathey, abuela.

Música con Job por la tarde.

Viernes, 31 de julio

Rue de la Bienfaisance por la mañana.

Biblioteca por la tarde.

Ha venido J. M. También ha aceptado la invitación del domingo. De inmediato. Desde el principio, no me atrevía a invitarle. Luego, de pronto, me obligo a hacerlo, me ha salido a mi pesar, le digo: «Dime, ¿quieres venir el

domingo?» Ha respondido al instante: «Con mucho gusto». Me acompaña hasta Sèvres-Babylone.

Sábado, 1 de agosto

Por la tarde en casa de los Job, un calor excesivo. Sólo esperaba el día siguiente.

Al volver, recibo un neumático [correo expreso] de Jean-Paul, que no viene. Me quedo consternada. Todo salía mal. El barómetro bajaba, la máquina cosía mal, mi falda no estaba terminada. Estaba segura de que todo fallaría.

Noche del lunes, 3 de agosto

No sé realmente en qué me he convertido, pero he cambiado de arriba abajo. Vivo en una mezcla extraña de recuerdos de ayer y de hoy. Desde el viernes no ha habido días ni noches, por la noche no he dormido; o más bien, al cabo de tres noches, me despierto después del primer sueño, pienso en él y ya no puedo volver a dormirme. No estoy cansada, incluso soy muy feliz en estas noches raras.

Cuando le he visto esta tarde, me pregunta si he dormido bien; le contesto: «No, muy mal, ¿y usted?» Sabía de antemano que él también. Me parecía que no nos habíamos separado y que él también lo sabía. Todo parecía natural. Me ha dicho que había soñado conmigo en Eustacia. Eustacia, Eyden Heath, la meseta ventosa ayer en Aubergenville, el cielo negro hoy por encima de la cúpula del Instituto, las calles mojadas y relucientes, y todo el tiempo mi felicidad segura, constante, magnífica; tengo casi la sensación de tener alas. Ni siquiera pienso en él como en una persona distinta. Se ha convertido en una idea vaga, la causa de mi dicha.

Ayer, en Aubergenville, fue el día más hermoso de mi vida. Pasó como un ensueño. Pero un ensueño tan feliz, tan transparente, tan puro y tan *unmixed* [sin mezcla] que no he conocido el pesar, ni siquiera el temor de verlo desvanecerse.

* * *

Miércoles noche, 5 de agosto

Acabo de escribir a Gérard. En respuesta a sus dos cartas del lunes. Ha sido terriblemente duro. He aplazado esta carta todos los días y todas las

horas. Sobre todo porque no estaba lo bastante lúcida. Anoche me invadió la enfermedad del sueño, me acosté a las ocho y media y me dormí al instante. La otra razón es mucho más grave: huía de esta respuesta porque no *sabía* qué responder. Porque no lo he pensado, y sé que tengo delante algo muy, muy grave. No sé qué responder: 1.º porque no alcanzo a comprender que las cosas hayan llegado a este punto; 2.º porque tengo miedo de ser una hipócrita a causa de lo otro, y sin embargo esta noche consigo apartarlo por completo. No me veo en absoluto como una persona falsa e hipócrita porque haya logrado olvidar momentáneamente lo otro.

O bien, cuando pienso que es una ruptura, comprendo que estoy muy encariñada, a mi pesar. Este lazo se funda en esta correspondencia de todo el invierno.

O bien, en el otro extremo, le veo como a un extraño, veo todo como algo sobre lo que no tengo la menor influencia, y me percato casi con terror de que la última decisión se ha tomado fuera de mí.

Y después recaigo en mi inconsciencia habitual.

Mañana del jueves

Había dos cartas en el correo esta mañana: una del banco y un sobre un poco abultado para mí. Estaba segura de que era esto.

Una carta encantadora, la mitad en inglés, la mitad en francés, divertida, y que concluía con un poema de Meredith. Pero después de haberla leído me temblaban todos los miembros. Tengo un comienzo de explicación con mamá antes de salir hacia rue Claude-Bernard, y otro poquito después de comer. Me repite sin cesar que me forjo mi desgracia, que lo presiente, que se me sube a la cabeza. Me daba aprensión volver a casa. Pero por la noche, en mi cama, hablamos con calma; todo termina con *giggles* [risitas], le he enseñado la carta y mi respuesta, y de pronto la atmósfera se ha vuelto ligera, cariñosa y reconfortante; desde entonces sólo he conversado conmigo misma. No encuentro ya la felicidad perfecta del domingo; no tengo recuerdos de ese día, porque no he vuelto a rememorallo. Pero tengo miedo de que el domingo vuelvan a aflorar.

Viernes, 7 de agosto

Ultimo curso en rue Claude-Bernard.

Merienda con los Job en casa de Nicole.

Carta de papá esta mañana, me ha parecido tristísima. Quería transcribir algunos pasajes, pero mamá la ha cogido. Piensa constantemente en Aubergenville, cuánto lo ama, sabe de qué árbol procede cada fruta que le enviamos. Al final de la carta le atormenta la pregunta de si hizo bien en quedarse. A su vez le asaltan esos problemas sin solución, en los que viene a cuestionarse la validez de los principios morales, por ejemplo el de quedarse. La gente no comprende por qué nos hemos quedado. No tenemos el derecho de no querer huir. ¿Pero es huir escapar de una suerte inevitable? Yo todavía estoy convencida. Sólo que únicamente tu conciencia lo aprueba.

Sábado, 8 de agosto

Tarde vacía, por una vez. Leo *El eterno marido* y después voy a casa de Gilberte.

Los cuatro han salido, y no papá, como yo pensaba. Apenas me he alegrado. Pero ha debido de ser una frustración terrible para él.

Martes, 11 de agosto

Ayer por la mañana, no me lo esperaba realmente, otra carta; esta vez toda en inglés. Había también un edelweis.

Toda la mañana pienso en la tarde, sin prever lo más mínimo lo que yo diría ni qué ocurriría.

Y ha ocurrido, casi inmediatamente, a pesar de los silencios; de la rue de l'Ecole-de-Médecine subimos hacia l'Ecole de pharmacie y después bajamos no sé por qué calles, y venimos andando aquí. Yo estaba tranquila y casi vaciada de ideas. Pero es difícilísimo hablar, yo no sabía qué contestar. Lo maravilloso es que no hay ninguna molestia, sólo la dificultad de expresarse. Aquí merendamos en la mesita escuchando la *Sonata a Kreutzer*. Es extraño, yo ya no tenía nada que decir. No lograba asimilar lo que había ocurrido entre nosotros. Al pensarlo sentía oleadas de gozo y de orgullo. Se ha puesto al piano, sin hacerse de rogar, y ha tocado Chopin. Después yo he tocado el violín. Todo era muy simple y muy fácil. Le he acompañado hasta el puente de l'Alma en un atardecer dorado. Al volver recibo una reprimenda de mamá por esto último. Pero por la noche, después de marcharse la señorita Monsaingeon, de Pérez, que se había quedado hasta las once, me habla con tanta dulzura y amabilidad que me he quedado completamente reconfortada.

Casi no he dormido, por supuesto. Pero da lo mismo.

* * *

Visito a la abuela. Veo a Thérèse.
Termino mi carta al volver.

* * *

Miércoles, 12 de agosto

Las Léauté a merendar (Gilberte, Annie).
El señor Périlhou.
El señor Simón.

Jueves, 13 de agosto

No voy a la rue de la Bienfaisance, me quedo aquí a escribir cartas y a leer.

Job y Breynaert; terminamos con el *Primer trío de cuerdas* de Beethoven. Muy bonito.

Viernes, 14 de agosto

Ha aceptado mañana.
Visito a la abuela. Veo a Marie-Louise Thyll, la amiga de Nicole.

Viernes, 14 de agosto

He recibido mi carta.

* * *

Una carta desgarradora de papá. Termina diciendo: «Sin embargo, creía que la astuta Lenlen me sacaría del agujero». Así que ha tenido confianza. Pero yo no la tenía. Él contaba conmigo.

Habla de las escenas que ve, separaciones, partidas, abandonos de equipajes. Olor pestilente.

Hay que sacarle de allí. No es de los que resistirán.

Sábado, 15 de agosto

Segundo día en Aubergenville.

Tenía miedo de que al repetir todo se echase a perder, tenía miedo también de que después de lo sucedido, sólo el lunes pasado, el milagro de la

vez anterior no se reprodujese.

Partimos con la señora Lévy un día radiante. Hasta la estación he tenido *miedo*. Una aprensión que me formaba un nudo brusco en la garganta y me oprimía el corazón.

Viajamos de pie durante todo el trayecto. Poco a poco desaparece esta horrible timidez.

Al llegar empezamos por pelar las patatas, luego voy con J. M. a recoger frutas en el huerto de arriba. Cuando lo recuerdo tengo la sensación de un sortilegio. La hierba empapada de rocío, el cielo azul y el sol que hacía centellear las gotas de rocío, y la alegría que me inundaba. El huerto siempre me ha producido esta impresión. Pero esa mañana yo era plenamente feliz.



«Voy con J. M. a recoger frutas en el huerto de arriba. Cuando lo recuerdo tengo la sensación de un sortilegio. La hierba empapada de rocío, el cielo azul y el sol que hacía centellear las gotas de rocío, y la alegría que me inundaba. [...] Esa mañana yo era plenamente feliz»

Diario, sábado 15 de agosto de 1942, p. 123-124.

© Memorial del Holocausto - Col. Job.

Después de comer vamos a dar un paseo por la llanura, hacia Bazemont.
Pero toda la tarde me obsesionaba la hora, la sensación de que aquello iba a terminar. Le llevo a visitar la casa justo antes de marcharnos.

El viaje de vuelta ha sido maravilloso. En la estación, me pregunta muy rápido si me vería el lunes; desprevenida, acepto. Esto me daba, por otra parte, un punto luminoso muy próximo, pasado mañana.

Domingo, 16 de agosto

Nuestra primera salida con los niños^[43]. Vamos a Robinson.
El día ha sido fatigoso, los niños adorables y muy afectuosos.

Lunes, 17 de agosto

A las tres y media, Instituto. Estaba todo de blanco. Nos paseamos por el bulevar Henri IV y volvemos aquí por los muelles.

Cuando se ha ido, he tenido miedo porque era demasiado bonito e irreal.

Martes, 18 de agosto

Veo a la abuela.

Miércoles, 19 de agosto

Me quedo sola toda la tarde en casa, lo que no me sucedía desde hace dos meses.

Calor tórrido.

Hago un poco de mi blusa. Pero estaba tan obsesionada por mis pensamientos que intento leer, *Los hermanos Karamazov* y después Meredith. Para terminar, toco el violín.

Jueves, 20 de agosto

Carta de papá. Está totalmente desmoralizado.

¿Qué hacer?

Vienen Cécile Lehmann y los Pineau. Cuando Jean Pineau se ha ido he pensado que no le vería a su regreso. Pero el tiempo ha pasado, de todos modos.

Viernes, 21 de agosto

Rue de la Bienfaisance. Ayudo a Suzanne a recibir a la gente. Es lamentable, porque a todos les han capturado en la línea. Eso significa la deportación inmediata. Qué cantidad de sufrimientos para cada una de estas

personas. Y es desgarrador cuando desembalamos los paquetes enviados y ven los anillos o los relojes de oro de su madre o su padre.

Todos los niños de Beaune han sido trasladados a Drancy para ser probablemente deportados. Juegan en el patio, repugnantes, cubiertos de llagas y piojos. Pobrecillos.

Sábado, 22 de agosto

Nos enteramos del chantaje innoble para papá^[44].

Voy a casa de los Breynaert.

Domingo, 23 de agosto

Salida, La Varenne.

La salida se estropea. No ha habido manera de que los críos obedecieran.

Después de comer, les cuento *Rikki-Tikki-Tavi*. Había un pequeño corro. Mis preferidos. Herbert también escuchaba. Yo estaba muy *nervous* [tensa] al principio. Pero al final estaba muy contenta porque uno de los niños, con los ojos todavía inciertos, repetía maquinalmente: «¡Otro, madame, otro!»

* * *

Lunes, 24 de agosto

Nicole me había dicho que llevase a Jean M. a su casa. Recibía a los Pineau y a Job. Al salir de aquí yo no sabía lo que haría. Le encuentro en la biblioteca. Veo a Sparkenbroke. Verle llegar me produce una impresión extraña. Estaba muy guapo. Pero me ha parecido que hacía siglos que le había conocido. Cuando le pregunto qué es de su vida, me dice: «Voy a ser padre». Había una molestia extraña, y me alivia marcharme.

Subimos andando hasta la casa de Nicole. Ha sido muy simpático. Pero yo no estaba contenta de este día.

Martes, 25 de agosto

Voy a la rue Raynouard.

Jueves, 27 de agosto

Job, música; también viene Breynaert. Périlhou llega al final de la velada.

Viernes, 28 de agosto

Rue Raynouard, donde he estado sola con la abuela.

Después en casa de Cécile Valensi. Encuentro el ambiente de otro tiempo charlando de inglés y de música. Pero siento una sensación casi dolorosa, porque me parece que es un pasado lejano. Y sin embargo sólo fue en junio.

Sábado, 29 de agosto

Voy a llevar el paquete a casa de la señora Schwartz. Rue de la Tour-d'Auvergne, una bonita calle vieja que era amistosa y hospitalaria.

Por la tarde, con un calor pesado y húmedo, vamos a casa de los S., casi un ambiente de Aubergenville, porque Auntie Ger y el tío Jules estaban allí. Hemos tocado, Denise y yo. Era un sábado raro, pero agradable.

Por la noche, Olléon se queda hasta las ocho. Me cuenta la detención de los Rosovsky, la escena me ha perseguido, su recuerdo me ha atormentado. Veía la velada, con aquel hombre y aquella mujer, rusos blancos, *resignados a que les detuvieran*, tras haber confiado un niño a Olléon; la mujer, una rubia encantadora, pero enferma y exangüe, tendida sobre el diván, con los ojos abismados; el hombre, al que intentaban hacer que bebiera para que cambiase de opinión; y después... Drancy, la deportación, la mujer muriendo sin duda en el camino.

Mamá vuelve sobreexcitada porque se ha enterado de que los «indeportables» partían hacia Pithiviers.

Está aún más cambiada desde hace una semana. Delgada, nerviosa y como una niña.

Nosley viene después de la cena. La atmósfera se había calmado un poco.

Domingo, 30 de agosto

Mi hermoso domingo. Me recuerda a *Un hermoso domingo inglés* de Kipling.

Aspiraba a pasar el día en Aubergenville, al cabo de quince días.

Estaban Jean Pineau, Job y Lancelot of the Lake^[45]. El milagro se reproduce. ¿Por qué iba a cesar? En el huerto luminoso, arriba, después de comer en la llanura al viento, y el regreso en tren.

* * *

Pero al volver ha habido una lucha entre los recuerdos embrujados que me invadían y la tristeza de la carta de papá, de nuevo totalmente desmoralizado.

Lunes, 31 de agosto

Han detenido a André May y a su mujer. Probablemente les han denunciado. Cuando estaban en la estación.

La cantidad de gente que está en Drancy por haber intentado cruzar la línea. Papá ha visto llegar a los Thévini, primos de los Schwartz, que habían venido a Auber, a la boda. Era la segunda vez que papá les veía. Es trágico. La generala Lévy.

Y los polacos y polacas innumerables cuyas familias vienen a rue de la Bienfaisance. Esta mañana había un hombre que apenas hablaba, pero que me ha preguntado si no «habían mandado las pertenencias del pequeño». Se trataba de un niño de 4 años muerto en el campo de Pithiviers.

Martes, 1 de septiembre

Yo había dicho que quería ver a J. M. hoy, para que la semana sea menos larga. La tarde ha sido maravillosa. Hacemos el gran recorrido de París por el Carrusel, los Campos Elíseos y la avenida Marceau. Me causa un placer inmenso pasearme con él por la avenida de los Campos Elíseos. Volvemos aquí a tomar sirope de frambuesas y escuchar el final de la *Quinta*.

Había recibido por la mañana una carta de Jean Pineau que me daba cierto miedo comprender.

Miércoles, 2 de septiembre

La excursión con el grupo de Claude-Bernard que yo temía ha salido bien. Eramos siete, dirigidos por Casoar, simpático. Yo estaba muy contenta. Le pongo a Casoar un pantalón corto de gimnasia. Yo estaba un poco alocada, pero a Nicole le ha parecido que me sentaba muy bien. Pasamos el día en Montmorency, gimnasia, socorrismo, juegos y mímica.

Jueves, 3 de septiembre

Viene Job. Trabajamos en el *Triple concierto*.

Viernes, 4 de septiembre

No voy a la rue de la Bienfaisance. Lo había decidido antes, para leer *El libro de los lobeznos*. Pero empleo la mitad de la mañana en responder a la carta de J. M.

Sábado, 5 de septiembre

Salida con los ocho sextenos^[46]. Robinson.

Agradable, pero estaba reventada.

El pequeño Bernard me cuenta su historia, tartamudeando con su voz infantil. Su madre y su hermana han sido deportadas, y me suelta esta frase que parecía tan vieja en su boca de bebé: «Estoy seguro de que no volverán vivas». Tiene aspecto de ángel.

Domingo, 6 de septiembre

Aubergenville.

Job, recogida de moras.

Un hombre se ha suicidado en la habitación vecina a la de papá.

Lunes, 7 de septiembre

He recibido noticias a través de la señora Rey. Es un tal Metzger, francés. Detenido con su mujer y su hija porque no habían abandonado La Baule. La mujer y la hija han sido deportadas; él, que se queda en Drancy (63 años), torturado por los remordimientos, se ha seccionado la carótida.

Recibimos esta mañana a una mujer muy joven, cuyo padre fue deportado hace seis meses, la madre hace uno y su bebé de 7 meses acaba de morir. Se ha negado a trabajar para los alemanes, aunque este gesto habría podido reportarle la liberación de su madre. Los he admirado y, sin embargo, por momentos dudo casi del valor absoluto de los principios morales, porque todos los desfiguran o responden a ellos mediante la muerte.

* * *

Tenía cita a las tres con J. M. en la biblioteca. Estaba llena de gente. Se había sentado al fondo, enfrente de Mondoloni. He tenido la sensación de salir de otro mundo. Veo a André Boutelleau, Eileen Griffin, Jenny. Nos vamos los dos por la rue de l'Odéon, después a casa de Klincksieck, a casa de Budé; y, al volver aquí, merendamos con Denise escuchando el concierto de Schumann y la sinfonía de Mozart. Pero las horas pasan demasiado deprisa.

Me asomo al balcón; desde hace dos días, hace un tiempo radiante de otoño. El cielo tiene una luz tan dulce que te llena de nostalgia. Tenía ganas de alcanzar lo inalcanzable. Todo es tan irreal y hablamos tan poco de la cosa verdadera que, a ratos, creo que no hay nada.

Le acompaño al metro. Pero hoy había algo que no marchaba, no tan bien como el martes, es inexplicable.

Ha venido Olléon.

Martes, 8 de septiembre

Me ha asaltado una crisis de dudas y miedo, pero me he sentido mejor después de pasar por la casa de Nicole. Y bien al volver de casa de Josette, donde encuentro un poco del ambiente Sorbona, con ella y con una de sus amigas que trabaja en Gallimard, Madeleine Boudot-Lamotte^[47], y que conoce a Chardonne^[48] y a André Boutelleau. Josette, además, siempre me levanta el ánimo.

Termino *Daphne Adeane*. Este libro me produce un extraño malestar, porque tengo miedo de encontrar en él mi historia, *creo demasiado en los libros*. Es un bello libro, además, aunque no bastante desarrollado.

Miércoles, 9 de septiembre

Cuando vuelvo de mi jornada en Clamart, Denise me abre la puerta anunciándome el nacimiento de Yves. No he *asimilado* la noticia. No puedo concebir que haya un hombrecillo más en la tierra, un hijo de Yvonne. Todo esto sucede tan lejos de nosotras. No puedo imaginármelo.

Jueves, 10 de septiembre

Me acuerdo del nacimiento de Máxime en Blois. Lloro al verle. Si buscase en mi diario encontraría la página. Hace ya dos años de esto, es increíble.

No tengo tiempo de pensarlo. Ya no pienso, están los días y las noches, con los sueños que son sólo una continuación de la realidad.

Ya ni siquiera llevo este diario, no tengo ya voluntad, sólo anoto los hechos más destacados para acordarme.

Mamá ha conocido los detalles de la ejecución del joven Pironneau^[49]. Era el día del gran desfile, le llevaron a las siete, junto con otro, en el coche celular con los féretros. No había nadie para fusilarles; esperaron hasta las tres

de la tarde a que un «voluntario» fuera a fusilarlos, obligando a uno a presenciar la muerte del otro.

* * *

Mañana del viernes
11 de septiembre

Sueño con Yvonne esta noche y al levantarme tenía la sensación de haberla visto, como si de repente hubiera pasado un día con ella. Ahora ha vuelto a marcharse, pero la impresión perdura.

No esperaba correo, la razón me decía que era imposible. Y, sin embargo, cuando han llamado al timbre, *a wild flame of joy* [una loca llama de alegría] se enciende en mí. Me decía: «No, no espero», y esperaba. Me decía: «Tendré que recordarme que no esperaba», y no obstante tenía en el fondo un poco de esperanza. Y todo se ha iluminado cuando he visto el sobre.

Es la carta que escribió el sábado pasado y que no quería enviar porque era demasiado larga.

Cuando acabo de leerla, siento como si me levantaran unas alas, todas mis facultades de sentir y de amar se duplican.

Después queda un recuerdo muy dulce y al mismo tiempo exaltante, que me convence otra vez de que soy distinta, que no quiero tocarme como si algo desconocido llamease en mí.

Y después recaigo, como toda esta semana, en la duda y la desconfianza de mí misma.

* * *

Después de haber vagado toda la tarde (bulevar Saint-Germain, la Sorbona, cité Condorcet), voy al templo para el Rosch-Haschana. El oficio se celebraba en el oratorio y sala de casamientos, pues el templo había sido destruido por los doriotistas^[50]. Era lamentable. Ni un joven. Sólo viejos, el único representante de «antano» era la señora Baur.

Sábado, 12 de septiembre

Nicole y yo vamos a Aubergenville con Jean-Paul y J. M. En el momento de salir, la inquietud de mamá ha estado a punto de amargarme la alegría.

Hacemos el viaje de pie. Hacía un tiempo maravilloso. Si hubiéramos ido de paseo al llegar habríamos visto la bruma levantarse de la tierra.

Paseamos después de comer (una comida con foiegras y Chartreuse y cigarrillos americanos).

Ha habido una tormenta magnífica y he vuelto empapada.

Ya no puedo escribir este diario porque no soy totalmente dueña de mí misma. Así que me limito a anotar los hechos exteriores, sólo para acordarme.

Domingo, 13 de septiembre

Con treinta y cinco niños a Saint-Cucufa, día caluroso y cansado. Laure no estaba.

Jean-Paul cumple su palabra y hacia las cuatro le vemos aparecer en nuestro claro, estupefactas.

Lunes, 14 de septiembre

Las cosas son más bellas cuando no las he previsto. Toda mi vida me acordaré de esta tarde tan llena. Voy con él a Saint-Séverin, luego vagamos por los muelles, nos sentamos en el jardincito que hay detrás de Notre-Dame. Había una paz infinita.

Pero el guarda nos expulsa, a causa de mi estrella. Como estaba con él no he notado esta herida y seguimos caminando por los muelles.

Al final, la tormenta que amenazaba estalla. Es la tormenta lo que recordaré, el ruido de las cataratas de lluvia que bañaban los peldaños de las Tullerías, el cielo nublado y los relámpagos rosas, me habría quedado siglos así.

Martes, 15 de septiembre

Auntie Ger se ha roto la pierna. Me entero cuando llego a la rue Raynouard, donde esperaban a Redon. Se ha ido a la rue de la Chaise esta noche.

Miércoles, 16 de septiembre

Día en Robinson con Casoar, sin Nicole.

Mucha gimnasia.

José, una de las chicas que vienen con nosotros, tenía miedo de que la detuvieran porque ahora toca detener a los belgas.

Tampoco estábamos muy seguras de que pudiéramos ir a Seine-et-Oise, después de las detenciones del otro día.

Papá había escrito una carta desesperada. Habla de no volver a vernos. Mamá le había hablado de J. M. No pone objeciones, pero hace como si todo esto estuviese acabado y lejos de él.

Jueves, 17 de septiembre

Rue de la Bienfaisance.

Vuelvo a hacer un poco de alemán y música con Job y Breynaert.

Recibo la etiqueta de J. M.

Viernes, 18 de septiembre

Al volver de la rue de la Bienfaisance esta mañana (Roger estaba allí), mamá había llorado. Papá ha enviado un neumático esta mañana diciendo: «Gestiones urgentes fructifican. Los Élyane Hébert [judíos franceses] empiezan a partir». He tenido vagas aprensiones toda la mañana, allí decían que se equivocaban quedándose en Drancy, que se los llevarían para completar los convoyes de deportados.

Detienen a los belgas y a los holandeses: ¿José? Creo que todo va a reanudarse como en junio.

El doctor Charles Mayer ha sido detenido porque llevaba la estrella demasiado arriba... Una de las señoras exclama: «¡¡¡Esto prueba de verdad su mala fe!!!» Creer que van a respetar las leyes que han promulgado, sabiendo que son leyes ilegales de cabo a rabo y fruto de su capricho, leyes que son simplemente un pretexto para detener, es su única finalidad, su objetivo no es legislar ni reglamentar.

Domingo, 20 de septiembre

Nunca hasta ahora había tenido presentimientos. Toda la semana planean vagamente sobre mí. Ayer supe por qué. Ayer por la mañana, en la rue de la Bienfaisance, el ambiente estaba agitado. Había mucho que hacer, yo tenía que irme a las once y media para ir a buscar la carta a la avenida de R. Cuando hablo del neumático de papá, todas han dicho: «Sí, lo sabemos (que empiezan a deportar a los franceses de Drancy)». Sólo había mensajes pidiendo con la máxima urgencia certificados o ropa de abrigo. A las doce menos cuarto yo seguía allí. Llega Katz. Yo tenía que preguntarle algo. Él hablaba con su mujer. Se vuelve y me dice: «Avisad a todos los que tienen familiares en Pithiviers de que traigan prendas de abrigo, etc., hasta las diez

de mañana». Comprendo con horror que esto quiere decir «deportación masiva de Pithiviers».

Esta mañana, al salir, el portero me había anunciado que a raíz de un «atentado» toda la población sería castigada y hoy no podría salir desde las tres hasta la noche, ciento dieciséis rehenes han sido fusilados y habrá «deportaciones masivas».

Así pues, era esto.

6 de la tarde

Me sorprendo deseando que este día termine y que el tiempo pase; y de pronto me doy cuenta de que no hay *nada* que esperar y todo que temer del porvenir, del día siguiente.

Hay momentos en que mi conciencia de la desgracia inminente se atenúa. Hay otros en que se agudiza.

R. ha descrito a Denise cómo se realizaba una deportación. Los rapan a todos, los estacionan entre las alambradas y los amontonan en vagones de ganado, sin paja, precintados.

* * *

Todo se prepara y todo espera, como para el último acto de una obra de teatro. Han trasladado a Pierre Masse el viernes de la Santé a Drancy^[51]. Parece ser que ha dicho que él sabía lo que significaba. Así que todos están agrupados, preparados, para este horror, para este acontecimiento que va a traducirse en el silencio angustioso, el exilio lejano y un sufrimiento de cada hora a partir del momento en que se produzca.

* * *

Un día extraño. Todo el mundo está encerrado en su casa. En los cuartos del servicio, arriba, la gente mira por la ventana. Un ventarrón barre las nubes a través del cielo azul.

* * *

Durante la comida viene una señora; salió de Drancy ayer, venía a traer noticias del señor Lévy, que muestra una abnegación magnífica. Se ocupaba de los niños que estaban en el campo y se paseaba con ellos. El campo tiene que quedar vacío el miércoles. ¿Con qué lo llenarán ahora?^[52]

En ocho días, esta mujer que no ha comido nada y ha dormido sobre paja, ha visto cosas horribles. Traslados, dos chicas detenidas al mismo tiempo que ella, deportadas el miércoles pasado con un vestido estampado y zapatos de tela.

* * *

Esta mañana salgo a las nueve y media a buscar a Françoise Pineau para ir con ella a recoger la carta a casa de la señora Cohn. Hemos recorrido la rue de Sèvres.

Subo aquí y vuelvo a bajar para echar al correo una carta de mamá a Jacques. Abajo encuentro a Denise, veo que había llorado porque había leído la nota de papá (la carta de la señora R.). Geisman ha dicho que iban a deportar a *todos*.

No he podido leer bien la nota de papá, porque mamá sollozaba tan fuerte que no me dejaba concentrarme. De momento no consigo llorar. Pero si la desgracia tiene que llegar, tendré bastante congoja, una congoja permanente.

Era un adiós, es una ruptura desgarradora de todo lo que hacía feliz nuestra vida.

Ayer por la mañana, al levantarme, comprobé que nunca me había sentido tan bien, me sorprendía esta sensación.

Pero todo ha cambiado de pronto. Sólo podía ser una ilusión. J. M. debía venir por la tarde; sobre esta tarde pesaba una opresión inexpresable. Pero me lo habría reprochado si hubiese estado contenta. Los minutos pasaban y los veía huir. Olléon ha venido y se queda tres cuartos de hora. Además había una especie de barrera entre nosotros, que ni siquiera ha disipado la merienda los dos solos en la mesa con el mantel azul. No había nada que hacer. Pero no tiene importancia, no tengo derecho a estar contenta.

* * *

Mañana es Kippur. Hoy estamos vacías como si hubiéramos ayunado.

21 de septiembre
Noche del lunes, 11 horas

Papá vuelve mañana al mediodía.

A las nueve, esta noche, han venido los Duchemin^[53], he entrado en el salón, me besan diciendo: «Es mañana al mediodía».

Yo estaba tan hundida en el baño de miseria, tan obsesionada por la idea de lo que iba a ocurrir en la noche del martes al miércoles, de la espantosa espera, que no he tenido ni un destello de alegría. Sólo he pensado en los otros. He tenido la sensación de una injusticia. Y nunca podría llamar alegría a esto.

Mañana del martes
22 de septiembre

Durante la noche me acostumbro sin duda a la idea. Ahora pienso en todo lo que representa el regreso de papá, en lo que debe de suponer para mamá, ¿qué dirá él cuando lo sepa? Esta noche aún no sabía nada, ha tenido que pasar todavía horas de angustia y de desesperación final.

Cuando vuelvo, a las seis de la tarde de ayer, yo también estaba desesperada. Ya no tenía sentimientos, sino simplemente el recuerdo sin contornos de estos días sombríos. No ayuné. Había decidido hacerlo, pero al lavarme no sé qué impulso me movió a renunciar a mi propósito y a ir a ayudar a la rue de la Bienfaisance, lo decidí en un segundo. Ya no me acuerdo de mi estado de ánimo entonces; pero sé que en el metro estuve a punto de llorar varias veces al pensar en toda esta miseria. Todo el día hemos trabajado como si fuera *después* del juicio final, sentíamos que algo irrevocable estaba hecho. Estaba la señora Schwartz, ella ayunaba, la señora Katz y la señora Horwilleur. Aparte de esto, la casa estaba vacía y desolada; vuelvo a mediodía con la señora Horwilleur en metro. Mamá estaba en casa y en ese momento he sabido el gesto final y muy hermoso de Duchemin. La señora Lévy comía con nosotras.

Noche del martes, 22 de septiembre

Papá está aquí, en casa. Va a hacer seis horas que está, va a dormir aquí. Vamos a pasar la velada con él. Está aquí, recorre el salón de un extremo al otro, con aire ausente. Pero ha cambiado tan poco físicamente que reconforta mirarle.

Cuando ha llegado he tenido la sensación de que los dos fragmentos de vida se ensamblaban de golpe, exactamente, y que todo lo demás no existía. Alabado sea Dios, esta impresión no ha durado, porque me producía un malestar extraño, porque no quiero olvidar. No ha durado porque sé que papá ha visto, porque estoy sumergida en el sufrimiento ajeno, porque nadie puede olvidar lo que ha ocurrido y lo que ocurrirá esta noche y mañana.

* * *

Hace un momento estaba aquí la señora de Jean Bloch: no hemos querido decirle que su marido y Basch, y los trescientos que no partieron de Pithiviers el domingo han llegado a Drancy esta mañana para partir en el convoy de mañana; estaban en las alambradas hoy. Va a volverse loca. Habla con una voz maquinal, monótona. Sé por experiencia (lo escribo aquí, nadie lo verá) lo que puede ser su estado nervioso, sólo que llegará a la locura. Al escucharla tienes una sensación de desgracia irreparable, sin fondo, sin nombre, sin consuelo. Noto que para ella ya no existimos, sólo somos fantasmas en su mundo, nos separa una barrera inmensa. Cuando se ha ido, sé que se iba con su fardo de dolor helado, tétrico, una desesperación donde ya no hay un destello, una huella de lucha.

* * *

Cuando repaso los sucesos de este día, estoy, sin embargo, totalmente lúcida y consciente; a menudo, en sueños, llego a decirme que estaba consciente. Pero me he despertado de ese sueño. Es lo mismo. Incluso esta mañana tenía mi verdadera conciencia normal cuando corro primero a casa de los Franck, luego para la señora Cahen a casa de K, a buscar prendas de lana para sus sobrinos que partirán quizá mañana, llevarlas a la rue de Chaumont, volver a la UGIF a trabajar. Pero desde el regreso de papá, después de todas estas visitas, Maire, Duchemin, L, Chevy, Frossard, Nicole, Job, después de mi curso en la UGIF, sólo tengo esta supraconsciencia que es anormal.

* * *

Cuando vuelvo aquí, encuentro rosas de té de Jean. En mi pensamiento se ha convertido en Jean cuando he recibido estas flores. Lo primero que he pensado ha sido: «¿Cómo lo ha sabido?» Luego he comprendido que no lo sabía. Y que las flores eran una comunión mental. Y me he conmovido hasta lo más hondo. Cada vez que pienso en ello me invade la dulzura, es la única cosa dulce de este ambiente. Y, es extraño, una dulzura de la que gozo sin reservas porque no me parece ilegal, no parece perjudicar a todo lo trágico de este día.

* * *

Noche del miércoles
23 de septiembre

A todos nos obsesiona el traslado de esta mañana. Basch y Bloch han partido, se acabó.

Esta deportación tiene algo mucho más horrible que la primera, es el fin de un mundo. ¡Cuántos vacíos a nuestro alrededor!

Por poco pierdo mi aplomo hoy, me notaba naufragar, llegar a un punto en que ya no me controlo; empiezo a conocer esta sensación. Pero no es el momento de abandonarme a esto. Me ha asaltado al volver de casa de André Baur, donde habíamos llevado a papá. Es muy pesimista. Después he ido a casa de la señora Favart y a la Casa del Preso. Al volver aquí, encuentro al enviado de Decourt, que a punto está de volverme loca; me hace hablar del futuro, ahora que me encontraba en un estado anormal. Todo lo que me decía, lo que me preguntaba parecía venir de otro mundo al que yo ya no volvería. Dentro de mí suena una especie de campana cuando oigo hablar de libros, de profesores de la Sorbona.

* * *

Todo el día también intento *leer* la carta de J. M. como en un sueño en que la carta que lees se te escapa siempre. Aún no lo he asimilado.

* * *

Esta noche, en la cocina, hacíamos un pastel para Yvonne. Hace tan poco tiempo era para papá. Papá que está aquí. La vida ha seguido siendo igual desde *antes* de su detención y no puedo creer que hayan pasado tres meses.

Estoy demasiado cansada para escribir esta noche.

Me paro.

Jueves, 24 de septiembre

Por fin alcanzo el objetivo que siempre parecía retroceder. Nos encontramos en el Instituto. Toda la pesadilla se ha desvanecido y no he podido reencontrar la atmósfera de estos últimos días.

Al volver aquí merendamos con Job y Denise en nuestra habitación. Las visitas nos echaban de todas partes.

Sábado, 26 de septiembre

Viene a buscarme aquí. Escuchamos un disco, merendamos y vamos a dar un paseo por la avenida Henri-Martin. Ya hacía frío.

Domingo, 27 de septiembre

La Varenne con los lobeznos. Ha llovido y está nublado todo el día.

Lunes, 28 de septiembre

Simón viene a merendar. Tocamos juntos.

Martes, 29 de septiembre

Madeleine Blaess y Josette.

Miércoles, 30 de septiembre

La señorita Jourdan.

Merienda con los Job en casa de Nicole. Cantan *Véronique*.

Jueves, 1 de octubre

Caminamos durante dos horas; todo empieza por una conversación en la rue Guynemer y se termina en el metro

Alma. A partir de los Invalides yo hablaba como en un sueño. No veía a nadie en la calle, sin embargo animada.

Viernes, 2 de octubre

En la consulta de Redon para que me abran un panadizo.

Job aquí, no toco el violín y dedico toda la tarde a preparar el paseo por París al día siguiente.

Sábado, 3 de octubre

Nicole y yo teníamos cada una cuatro niños que pasear por París de las nueve a las once. Mi trayecto era Palais-Royal — rue Claude-Bernard. Les he mostrado el Louvre desde todas sus fachadas. Me entusiasmaba yo misma. Desde el puente des Arts, miro cómo el sol perfora la bruma gris, como una promesa de júbilo.

La tarde, en el local, ha sido bastante larga. Me voy antes del final para oír a Jean Vigué, que se iba cuando yo he llegado.

Domingo, 4

Maravilloso.

Paso la mañana escribiendo mi carta.

Por la tarde, tras una reunión oscura en la rue Vauquelin^[54], subo aquí con Nicole. Escuchamos el cuarteto y yo hojeo mi San Jorge. Acompaño a Nicole, apenas menos entusiasmada que yo.

Lunes, 5 de octubre

Reanudo mis funciones de bibliotecaria. Pensé que no lo haría nunca. Me ha devuelto la serenidad.

Igual que hace tres meses, me pongo a esperar la llegada de J. M. Cuando lo recordaba tenía una sensación de triunfo. A partir de las tres empiezo a tener miedo y a estar muy decepcionada. Pero a las cuatro menos cuarto él entra y la alegría y la calma me invaden. Yo miraba a todos los demás estudiantes para ver si sabían algo. Pero nadie lo sabe y eso es lo maravilloso.

Después, cruzando los grandes bulevares, le acompaño hasta la estación Saint-Lazare. Estaba oscuro, y las calles llenas de gente. Un baño de vapor nos envolvía. Al ponerse el sol había resplandores amarillos y morados. Recuerdo extraño: estos bulevares superpoblados, el cielo tan bajo y tan gris.

Me ha dado los discos de *La vida y el amor de una mujer*.

Martes, 6 de octubre

Estoy a las tres en casa de Delattre.

Me desaconseja todo, y después de mi visita empiezo a comprender que me ha decepcionado.

Después, en casa de los Léauté con Nicole y Job. Job había olvidado su música. En lugar de tocar, jugamos partidas de ping-pong.

Por la noche confecciono un ejército de cabezas de gato para Denise. Organizo sin que ella lo sepa un *tea-party* para su fiesta. Invito a los Léauté, los Pineau, Job, los Vigué.

Miércoles, 7 de octubre

Paso la mañana haciendo recados para Denise en el barrio. Pero mi corazón *sang whithin* [estaba alegre]. Nunca me ha puesto tan eufórica la idea de volver a verle tan pronto, he recobrado sensaciones de otra época, casi sensaciones de «antes del baile». Pero además con una alegría purificada e inexpressable.

Después de haberlo ordenado todo aquí me voy a la Sorbona. Al subir la

escalera del metro, me vuelvo y le veo. Hemos ido a la rue de l'Odéon, luego al comité del libro, donde he estado muy *hot and bothered* [de lo más nerviosa].

Job ya estaba allí cuando hemos entrado.

Cuando vuelve Denise, todo el mundo se había escondido detrás de las cortinas y los muebles, salvo Annie, y salen todos juntos diciendo: «Feliz cumpleaños».

Jueves, 8 de octubre

Rue Raynouard, Simone viene a merendar. Yo esperaba el día siguiente.

Viernes, 9 de octubre

Nos habíamos citado en el metro Palais-Royal. Yo he llegado demasiado pronto.

Vamos a Dalloz a comprar libros, después vamos andando a la estación Montparnasse y de allí a casa. Estaba cansada de andar. En casa él quería escuchar los *Lieder* de Schumann. Pero la música sonaba casi inútilmente. No la escuchaba.

Sábado, 10

He estado como perdida todo el día; no he ido a la rue de la Bienfaisance esta mañana, me habría parecido una profanación. Pero callejeo toda la mañana. Por la tarde, Job viene a tocar un trío.

Domingo, 11

Reunión en Lamblardie^[55]. Se va a formar una segunda banda con Berthe, Nicole y yo. Pero al mediodía nos hemos ido. Los pobres niños estaban tristísimos.

El sol brillaba cuando nos marchamos del orfelinato; de pronto se me ocurre una idea que me inunda de alegría, iba a telefonarle y decirle que tenía la tarde libre.

Pero la reflexión apaga mi júbilo. Cuando me acercaba a casa, llovía. Caigo en una especie de torpor del que incluso ignoraba la causa. Fumo dos cigarrillos, practico el concierto de Beethoven y después voy a la rue Raynouard, donde me congelo en el cuarto de Nicole, a pesar de los recuerdos que evoca.

Jueves, 15 de octubre

No logro repasar el comienzo de esta semana. No he tenido conciencia de los días. Sólo han sido una sucesión de esperas. La noche del domingo creía que aún me quedaban dos largos días de espera. Debíamos ir a Aubergenville el miércoles. Los dos solos. Mamá no había puesto reparos, aunque yo no pensaba que se hubiera dado perfecta cuenta.

Pero la tarde del lunes, cuando de pronto mi tarea de bibliotecaria me estaba pareciendo pesada, aburrida y larga, él viene. No debía venir, teniendo su examen de derecho al día siguiente. Yo estaba jubilosa. No hemos podido hablar durante un rato. Un instante, mientras yo estaba en la biblioteca, él subió sin hacer ruido. Después se sentó delante de la mesa. Luego vino por fin, a ordenar los libros conmigo. Nunca ha cerrado tan tarde la biblioteca. Yo había perdido la noción del tiempo entre sus anaqueles oscuros.

Al volver, Louise me dijo que el señor Lévy había vuelto. Por primera vez, conocí unos instantes de gozo completo y puro.

El martes fui a buscarle después de su examen; me senté a pasar el tiempo durante una hora en el patio del Instituto. Estaba solitario y triste. Por suerte, hacia las cinco me encontré con una compañera. Me devolvió el valor. Le encontré en la rue de l'Odéon. ¡También llevaba una hora haciendo tiempo! Caminamos mientras la puesta de sol doraba todo el viejo París. Era un bellissimo atardecer de primavera. Nos recostamos en el muelle, cerca del puente des Arts. Todo se estremecía, las hojas de los álamos y hasta el aire. Cuando volví sola, el paseo de la Reine estaba oscuro, la noche ya se había aposentado allí aunque el cielo estaba todo rosa.

La noche del martes al miércoles fue interminable.

El miércoles fue maravilloso. Esta noche no me reconozco, por la mañana yo era algo nuevo y esperaba seguir siéndolo. Pero me he convertido en la antigua Hélène. Para mí, la ausencia es una maldición.

Jueves

Al despertar, la realidad me parece tan hermosa como ayer. Toda la mañana ha sido extraña y maravillosa, no he podido quedarme en la UGIF. Me escapo a las once y media, como si me persiguiera el diablo, y vuelvo aquí para escribir.

Por la tarde voy a la biblioteca a ver a Cazamian, propongo tesina sobre Keats.

Viernes, 16 de octubre

Voy con Nicole a comprar zapatos y una bufanda, y luego visita a la rue Raynouard.

Sábado, 17 de octubre

J. M. viene hacia las tres y media. Merendamos con papá, mamá y Job, era ligeramente crispante. Después ha venido a esta habitación, le he acompañado al metro.

Domingo, 18 de octubre

Reunión en la rue Vauquelin con Berthe y las demás, esto a la larga me aburría profundamente.

Por la tarde tocamos con Job en casa de los S. También estaban las gemelas.

Lunes, 19 de octubre

La biblioteca estaba sombría y fría. Sensación de soledad. No ha venido, y percibo de antemano cómo será cuando él ya no esté. Recibo una breve visita de André Boutelleau, y otra de Nicole y de Jean-Paul. Vuelvo aquí vacía y derrengada, por poco me duermo antes de cenar.

Martes, 20 de octubre

Tenía una cita en la facultad de Derecho para ver sus notas. Pero se ha equivocado de día. Estaba molesto, había algo en su *mind* [humor] que ha echado a perder el día. Vamos a la orilla del Sena cerca del puente des Arts, al lado de dos pescadores. Después le acompaño a casa de su sastre, en la avenida de l'Opéra, y luego a la estación. En la multitud de la estación de pronto tengo miedo de perderle. En ese momento él me abraza. No pude explicarle por qué le agradecía tanto este simple gesto.

Miércoles, 21 de octubre

Ha telefoneado para decirme el resultado mientras yo estaba en la rue Raynouard, le he llamado después de cenar.

Jueves, 22 de octubre

Merienda de locos. Estaban al mismo tiempo Simón, los Lévy, la señora de Roger Lévy, la pequeña Biéder, yo ya no daba abasto.

Viernes, 23 de octubre

Wood y Day vienen a merendar, merienda inglesa, con el último tarro de *Dundee marmalade*. Ha sido muy agradable.

Sábado, 24 de octubre

Por la mañana corro de la Sorbona a la rue de Téhéran, donde espero a Nicole y luego a Berthe.

A las tres voy a buscar a J. M. a la estación. Algo no iba bien. ¿Era el cielo gris y bajo? ¿Era yo? ¿Era esta especie de melancolía tétrica que me invade y me repliega en mí misma? ¿Era la decepción de no poder verle a solas, a causa de la presencia de Job? Hemos tocado, yo tenía la sensación de no haberle visto y de que estábamos a mil leguas uno de otro. Tengo una buena crisis antes de la cena.

Domingo, 25 de octubre

Salida fallida con los niños. Rue Vauquelin. No pensaba que estaría ocupada por la tarde. Cuando he tenido que dejar a los niños al mediodía, estaba segura de que el día acabaría mal. Rechtmann andaba rondando por los pasillos después de la escena de la mañana.

Vuelvo muy desalentada. Los Pomey habían venido a comer. Job y Breynaert vienen a tocar. La señorita Herbault viene a jugar al bridge.

Lunes, 26 de octubre

Biblioteca. Sabía que él no vendría y sin embargo esperaba. Esta esperanza venía del cielo, pues de hecho ha venido. Ha llegado a las cuatro y media y todo se ha iluminado; como había otra bibliotecaria me marché a las cinco. Él pasaba el examen oral al día siguiente. Caminamos bajo la lluvia por la rue de Rennes y le llevo hasta el metro Invalides; anochece, yo pensaba en el día siguiente, tenía una cita en la facultad de Derecho.

Martes, 27 de octubre

Me equivocaba al regocijarme demasiado, porque me he apenado por él, le han suspendido. Aunque no se lo esperaba. La primera vez que voy a la facultad, a las diez y media, me dice que vuelva tres cuartos de hora más tarde. Voy a registrarme^[56] y vuelvo. Aguardamos el resultado; yo no podía creerlo, no quiero pensar más en ello. Porque siento su tristeza, cuando le veo salir de la sala.

Volvemos en silencio, bajo la lluvia, cogidos de la mano, es lo único que podía hacer por él. A la una, las calles estaban vacías bajo la lluvia. París era nuestro.

Y, a pesar de nuestra tristeza, el paseo silencioso bajo la lluvia es un recuerdo maravilloso.

Doy vueltas todo el día, esperando a mañana. No quería hacer nada que me separase de él, he ido al peluquero, a casa de la abuela, y al final del día a casa de Josette con Denise.

Miércoles, 28 de octubre

Volvemos de la Sorbona aquí, a esta habitación. Hemos escuchado los discos de Schumann, exactamente como yo quería.

Jueves, 29 de octubre

Y de repente todo se desgarró. Habla de tal forma de su partida^[57] que he llegado a temerla. Mientras estaba con él, puesto que él creía en eso, yo también lo creía. Me ha dicho: «Quizá sea la última vez que nos vemos». Y aunque estuviera convencida de que ya no comprendería en cuanto me quedase sola, yo lo creía. Llovía a cántaros y pasamos una hora en un pasillo de la Sorbona. Él estaba de mal humor y apenas hablaba. Nos separamos en el metro, en la estación Ségur. Vuelvo aquí y juego con Simón haciendo un rompecabezas.

Jueves, 5 de noviembre

Todo el fin de semana he esperado una llamada telefónica. A partir de la noche del sábado, dejo de temerla. Pero estaba de un humor pésimo.

Si todo iba bien, debíamos vernos el martes.

El lunes, día de los difuntos, fui de todos modos a la biblioteca. No vino nadie. Fue lamentable. Un frío glacial. Caía la oscuridad y él no vino.

Y llega el martes. Por la mañana recibo una carta, la que esperaba todos estos días, y cuya espera era en gran parte la responsable de mi malhumor. Era corta y si no le hubiese visto por la tarde, *there would have been room for deception* [habría cabido la duda].

El miércoles escribo una carta.

Jueves

Voy a la rue de la Banque^[58].

Jueves y viernes, me atormenta la historia de la llamada telefónica que Andrée no había entendido.

Domingo, 8 de noviembre

Día raro, no comprendo nada.

Ayer fue maravilloso. Ni siquiera pensar en su partida, prevista con seguridad para el jueves, pudo oscurecer el día. Fui a la estación a recogerle y volvimos andando por los Campos Elíseos. Yo estrenaba mi abrigo de piel.

Job vino hacia las cinco, había bebido más de la cuenta y estaba muy divertido. Esta noche he soñado con J. M. todo el tiempo. La idea de su marcha termina desvelándome totalmente.

Salgo hacia la rue Vauquelin con un tiempo radiante, un sol dorado, frágil, un cielo intensamente azul y un aire de cristal. Este sol ardiente, mientras escribo, contribuye a la rareza del día.

El otro elemento son las noticias. Todo el mundo parece en efervescencia. Mamá y papá están muy nerviosos. Yo *debería* estarlo y no lo consigo. Mi falta de entusiasmo no procede de un escepticismo exagerado, sino más bien de una incapacidad para adaptarme a esta brusca fanfarria de noticias. Flace demasiado tiempo que ya no estoy acostumbrada a ellas. Sin embargo, es quizá el principio del fin.

Lunes, 9 de noviembre

La biblioteca cerraba cuando Jean surgió en el umbral, fue como un sueño. Yo había deseado tanto verle que ya no lo esperaba; como en un sueño caminamos al anochecer a través del Carrusel, la avenida de l'Opéra hasta la estación. El Louvre era como una gran nave de oscuridad sobre el cielo más claro. Vamos a vernos tres días seguidos.

Martes, 10 de noviembre

Los padres se han ido a Aubergenville. Denise se ha quedado. A las dos treinta y cinco le recojo en la estación. Volvemos andando por el paseo de la Reine. Hacía muy bueno, pero mucho frío. Era la última vez que debíamos vernos completamente solos. Al día siguiente iríamos a casa de Molinié.

Había traído el *Concierto en re* de Beethoven, la *Sinfonía concertante*. Merendamos en el dormitorio, encima de la cama.

Miércoles, 11 de noviembre

Al final no se ha ido. Los acontecimientos permitían preverlo. Lo anuncia, cuando nos encontramos en la estación del Nord, a Molinié, Geneviève Loch y a mí.

Día muy *cosy* [agradable] en casa de Molinié en Enghien, escuchamos a Bach.

Jueves, 12 de noviembre

Primer curso de la Sorbona.

Cazamian, a las once. Sala 1, asfixiante, estaba ahogada y atónita de encontrarme allí después de tantos acontecimientos *exteriores e interiores*.

Delattre a las dos. Anfiteatro lleno.

Sábado, 14 de noviembre

Teníamos que ir juntos a un concierto en la Madeleine. Papá, en el último momento, no ha querido. De todos modos, he ido a buscarle a la estación a las dos y veinticinco. Volvemos aquí después de una caminata. Escuchamos el *Concierto en re*. Estaba Job, merienda en el saloncito, después vamos al despacho.

Domingo, 15 de noviembre

Rue Vauquelin por la mañana.

Job y Annie Boutteville.

Lunes, 16 de noviembre

Biblioteca.

Martes, 17 de noviembre

Las tres, con la señora Jourdan la clase ha durado hora y media. Desciframos la *Primera sonata* de Bach y una parte del *Cuarteto decimotercero*.

Miércoles, 18 de noviembre

Rue de la Bienfaisance por la mañana.

La tarde en Saint-Cloud. Ir allí me tenía tremendamente *excited* [nerviosa]. Él había telefoneado a la una y media para decir que el tren llegaba más pronto. Lévy ha subido a decírmelo y me he reído.

Estaban Nicole, Denise, Molinié, Savarit, Jacques Besse y Max Gaetti (dos compositores).

Se va el lunes. Lo ha dicho delante de todo el mundo; a mí me ha invadido la angustia.

Jueves, 20 de noviembre

Voy a la Sorbona para nada. Cazamian no daba clase. A las tres voy a buscar a J. M. a la estación. Vamos a casa de su sastre. A las cuatro ya pasadas tomamos el metro en Saint-Augustin.

Era la penúltima vez.

Había traído el *Cuarteto decimoquinto*.

Acepta venir a comer el sábado.

Viernes, 21 de noviembre

Corro a la rue de Buzenval. Después a Galignani a comprar un libro para J.

Paso por la rue de la Tour. Ellas ensayan el trío de Ravel.

Sábado, 22 de noviembre

Ultimo día.

La mañana pasa como el viento, había ido a la rue de Téhéran a ver a Katz a propósito de Cécile Lehmann, y a llevarle un paquete. Al volver aquí empiezo a escribir la carta que le daré a Jean esta tarde. No creía en lo que escribía, porque sabía que él estaría aquí pronto. A mediodía yo no estaba vestida.

Y todo lo demás pasa como un sueño. Los padres habían preparado una comida y un recibimiento maravillosos. Después hemos ido a escuchar discos.

Se ha marchado un momento a la rue Montessuy, ha leído mal la hora. Yo creí que eran las tres menos cuarto, pero eran las cuatro, nos han robado una hora. Y cuando Jean-Paul y Nicole irrumpen en el cuarto, introducidos por Louise, la cosa acaba brutalmente, porque después yo había invitado a gente: los Pineau, Françoise, los Digeon, Jean Rogés, Job, era «después» del fin. Yo he sido *reckless* [imprudente (debido a la prohibición de salir)], salgo para acompañarle al metro. Los invitados seguían en casa cuando he vuelto. Lo cual me ha impedido pensar.

Domingo, 23 de noviembre

Rue Vauquelin por la mañana.
Job y Breynaert.

Lunes, 24 de noviembre

Biblioteca.
Veo a Savarit.
Françoise de Brunhoff.

Martes, 25 de noviembre

Pot black Tuesday [martes oscuro como tinta], me quedo aquí toda la tarde a forcejear en el J. M. Murry, hundido.

Miércoles, 26 de noviembre

Carta de Jean. Se ha marchado esta mañana. Podría haber venido a verme el lunes.

Cuando vuelvo de la UGIF, encuentro un magnífico ramo de claveles suyo. Venían de nuestra tienda de la rue Saint-Augustin. El sol brillaba. La alegría me inundaba y ayer me parecía una pesadilla.

Voy a la Sorbona a inscribirme.

Jueves, 27 de noviembre

Voy a ver pasar a Nicole.

Simón viene a comer. Se queda hasta las cinco y media; seguía aquí cuando vuelvo de casa de la señora Jourdan.

Viernes, 27 de noviembre

Al volver de casa de Nadine D.^[59], encuentro una carta de Jean, escrita el miércoles en el tren.

Sábado, 28 de noviembre

Tarde en la biblioteca de la Sorbona, copiando un artículo para Jacques. Trabajo un poco al volver aquí sola.

1943

Miércoles, 25 de agosto 1943

Hace diez meses que dejé de escribir este diario, esta noche lo saco del cajón para que mamá se lo lleve a un lugar seguro. De nuevo, me han comunicado que no me quede en casa el fin de semana.

Casi ha pasado un año y Drancy, las deportaciones, los sufrimientos siguen existiendo. Han ocurrido muchas cosas: Denise se casó; Jean se fue a España sin que yo pudiera volver a verle; todas mis amigas del despacho están detenidas, y sólo un azar extraordinario impidió que yo estuviera allí aquel día; Nicole es la prometida de Jean-Paul; Odile vino; ¡un año ya! Los motivos de esperanza son inmensos. Pero me he vuelto muy seria, y no puedo olvidar los sufrimientos. ¿Qué habrá ocurrido cuando reanude este diario?

* * *

10 de octubre

Reanudo este diario esta noche, después de un año de interrupción. ¿Por qué?

Hoy, al volver de casa de Georges y Robert, me ha embargado una sensación repentina: que tenía que escribir la realidad. Tan sólo el retorno de la rue Marguerite ya era un mundo de hechos y pensamientos, imágenes y reflexiones. Material suficiente para un libro. Y de pronto he comprendido hasta qué punto un libro en el fondo era trivial, quiero decir lo siguiente: ¿qué hay en un libro sino la realidad? Lo que le falta a la gente para poder escribir es el espíritu de observación y la amplitud de miras. Sin esto todo el mundo podría escribir libros; esta noche encuentro, o más bien busco, esta cita de Keats al principio del *Hiperión*:

“ Since every man whose soul is not a clod
Hath visions, and would speak, if he had loved
And been well nurtured in his mother-tongue^[60].

Y, sin embargo, hay mil razones que me impiden escribir y que me importunan incluso en este momento, y que me estorbarán también mañana y los demás días.

Primero, una especie de pereza que será difícil de vencer. Escribir, y escribir como quiero, es decir, con una sinceridad plena, *sin pensar nunca* que otras personas leerán, para no desvirtuar su actitud, escribir toda la realidad y las cosas trágicas que vivimos dándoles toda su gravedad desnuda, sin deformarla mediante palabras, es una tarea muy ardua y que exige un esfuerzo constante.

Hay, en segundo lugar, una repugnancia muy grande a considerarse «alguien que escribe», porque para mí, quizá erróneamente, escribir implica un desdoblamiento de la personalidad, sin duda una pérdida de espontaneidad, una abdicación (pero estas cosas son quizá prejuicios).

Además también hay orgullo. Y eso lo rechazo. Me horroriza la idea de que se pueda escribir para los demás, para recibir los elogios ajenos.

Quizá también haya el sentimiento de que «los demás» no te comprenden a fondo, que te ensucian, te mutilan, y que te dejas envilecer como una mercancía.

¿Inutilidad?

Y por momentos, también, sentir la inutilidad de todo esto me paraliza. A veces dudo y me digo que este sentido de la inutilidad es sólo una forma de inercia y de pereza, porque ante todos estos razonamientos se alza un gran motivo que, si su validez llega a convencerme, se volverá decisivo: tengo un deber que cumplir escribiendo, porque es preciso que los demás sepan. A cada hora del día se repite la dolorosa experiencia que consiste en darse cuenta de que *los demás* no saben, que ni siquiera se imaginan los sufrimientos de los otros hombres y el mal que algunos infligen a otros. Y sigo intentando este penoso esfuerzo de *contar*. Porque es un deber, es quizá el único que pueda cumplir. Hay hombres que saben y que cierran los ojos, a ellos no lograré convencerlos, porque son duros y egoístas, y no tengo autoridad. Pero sí debo actuar sobre los otros, los que no saben y que quizá no tienen coraje suficiente para comprender.

Porque ¿cómo curar a la humanidad sino revelando primero toda su podredumbre, cómo purificar al mundo sino haciéndole comprender la magnitud del mal que comete? Todo es una cuestión de comprensión. Es esta verdad la que me angustia y me atormenta. No será con la guerra como vengamos los sufrimientos: la sangre llama a la sangre, los hombres se aferran a su maldad y su ceguera. ¡Si consiguiéramos que los malvados *comprendieran* el mal que hacen, si llegáramos a darles la visión imparcial y completa que debería ser la gloria del ser humano! Demasiadas veces me he peleado sobre este asunto con quienes me rodean, con mis padres que sin

duda tienen más experiencia que yo. Françoise era la única que compartía mis ideas. Sólo pensar en Françoise me llena el corazón de pena^[61]. Esta noche, al volver, pensaba en ella, en lo bien que nos entendíamos. Con ella me sentía vivir, un mundo de posibilidades maravillosas se me abría en el momento en que me la han arrebatado. Hasta ahora siempre ha sido así: los que me parecían universos, los únicos en los que habría podido desarrollarme, me los quitaron antes de que los disfrutara. Desde entonces me lo he reprochado; he meditado y pensado que quizá fuese porque no sabía conocer a los que tenía cerca, y lo lamentaba cuando se habían ido. Después de esta última aflicción, me he dirigido más hacia mis padres, y hablo más con ellos y creo que ahí también se abre un hermoso campo. Esta noche, cuando he vuelto, he oído en la escalera el eco de un piano; creí que lo tocaba la señora de la planta baja. Pero cuanto más subía más fuerte era el sonido. En el segundo piso se me ocurre una idea: tocaba mamá, quizá acompañada por Auntie Ger. Y entonces he notado una sonrisa en mi cara.

Y cuando llego a nuestro rellano y tengo la *certeza* de que es mamá, siento que mi sonrisa, a mi pesar, se vuelve *beatífica*. Si mamá me hubiera visto habría pensado que yo estaba *beaming over* [radiante], como cuando yo era pequeña y habíamos conseguido hacer con Jacques un *glorious mess* [un feliz desbarajuste]. Me invadía la alegría más completa, más inesperada y más pura al comprobar que mamá había vuelto a tocar el piano, para mí, para tocar conmigo y despertar el silencio de esta casa. He sentido un momento de piedad, porque he pensado que ella quería darme una sorpresa y que si llamaba al timbre ella sabría que la había oído. No me gusta estropear el gozo ajeno. Pero esta compasión no es buen sentimiento. No quiero compadecer a mamá. Por otra parte, ahora sé que no era piedad, sino ternura, y que una ola de gratitud alegre y arrolladora me ha impulsado a tocar sin miedo y recibir a mamá, prevaleciendo sobre todo lo que no era mi placer.

Pero todo esto no impide que eche tanto de menos a Françoise y a Jean.

Me dejo llevar y no era esto lo que quería decir.

Así que debería escribir para más tarde mostrar a los hombres lo que ha sido esta época. Sé que habrá muchos que tendrán lecciones más grandes que dar, y hechos más terribles que revelar. Pienso en todos los deportados, en todos los que yacen en la cárcel, en todos los que habrán intentado la gran experiencia de partir. Pero esto no debe empujarme a cometer una cobardía, cada cual en su pequeña esfera puede hacer algo. Y si puede *debe*.

Salvo que no tengo tiempo de escribir un libro. No tengo tiempo ni la paz de espíritu necesaria. Y tampoco tengo la distancia que hace falta. Lo único

que puedo hacer es anotar aquí los hechos que ayudarán más adelante a mi memoria si quiero contar o si quiero escribir.

Además, en la hora que llevo escribiendo advierto que es un alivio, y estoy decidida a poner en estas páginas todo lo que haya en mi cabeza y mi corazón. Ahora lo dejo para terminar la velada con mamá.

Domingo, 10 de octubre, 21 horas

Paseo. Louvre y mujeres Estrella^[62]. Jean O., Edmond B. Thibault.

Mañana de lunes

11 de octubre

Esta mañana, timbrazo estridente a las siete. Yo pensaba que sería un neumático, y de la señora M. Hélène me lo trae y enciende la luz para dármelo. No había podido reunirse con Anna, pero su carta contenía otra cosa, una noticia que ha soltado las riendas a una oleada de pensamientos tan apremiantes que debo escribir para sosegarlos: el marido y la hija de la señora Lob han sido detenidos en el sur. Ella estaba tan tranquila con respecto a ellos, le había costado tanto separarse de su hija. Ahora es ella la que asiste impotente a la tortura de ambos.

Así que otra vez me sumerjo en estas olas amargas que ya me resultan tan conocidas. Durante casi una hora, acostada en la cama, doy vueltas y más vueltas a las mismas preguntas angustiosas. Pienso en Jacques, en Yvonne y Daniel, en Denise y también en papá, porque temo también por papá, un sudor de angustia me cubría poco a poco.

¿Por qué? Y la inutilidad de todo esto: ¿de qué sirve detener a mujeres y a niños? ¿No es una estupidez monstruosa que un país en guerra tenga que hacer esto? Pero ahora todo el mundo está demasiado ciego para captar siquiera el punto tan simple en que se plantea esta pregunta. Es un engranaje espantoso; y ahora ya sólo vemos los resultados: por un lado, una maldad meditada, organizada, racional (quisiera saber hasta qué punto B. está fanatizado, o si es frío y consciente); por otro, sufrimientos atroces. Nadie piensa ya en la monstruosa inutilidad, nadie ve ya el punto de partida, el primer perno del engranaje infernal.

La cólera de mamá se había vuelto contra la señora Agache. Y más allá, contra la inercia de los católicos. Y tenía toda la razón. Los católicos no tienen ya el libre juicio de su conciencia; hacen lo que les dicen sus sacerdotes. Y los curas sólo son hombres débiles y a menudo cobardes u

obtusos. Si el mundo cristiano se hubiera levantado en masa contra las persecuciones, ¿no las habría impedido? Estoy segura de que sí. Pero habría tenido que levantarse antes contra la guerra, y no pudo hacerlo. ¿Es el Papa digno de tener el gobierno de Dios sobre la tierra, él, que se muestra impotente ante la violación más flagrante de las leyes de Cristo?

¿Merecen los católicos el nombre de cristianos, cuando si aplicasen la palabra de Cristo no debería existir algo que se llama diferencia de religión y hasta de razas?

Y cuando dicen: la diferencia entre nosotros y vosotros es que nosotros creemos en la venida del Mesías y vosotros seguís esperándolo. Pero ellos, ¿qué han hecho con el Mesías? Son tan malvados como antes de su venida. Crucifican a Cristo todos los días. Y si Él volviera, ¿no respondería las mismas palabras? Quién sabe si su suerte no sería la misma.

Releí el sábado el capítulo sobre el gran inquisidor en *Los hermanos Karamazov*. No, ya no querían a Cristo, porque devolvería la libertad de conciencia a los hombres, algo que les resulta muy duro. «Mañana te quemaré», respondió el gran inquisidor.

El sábado leí también el Evangelio según San Mateo: quiero decir aquí toda la verdad, ¿por qué iba a ocultarla? En las palabras de Cristo sólo he encontrado las reglas de conciencia a las que intento obedecer por instinto. Me pareció que el Cristo era más mío que el de algunos buenos católicos. A veces pensaba que estaba más cerca de Él que muchos cristianos, pero de esto he tenido la prueba.

¿Y qué hay de sorprendente en ello? ¿No todo el mundo debería ser discípulo de Cristo? El mundo entero debe ser cristiano, sí, si se quiere a toda costa poner nombres. Pero no católico, no en lo que han convertido los hombres el catolicismo. Sólo hubo un flujo continuo desde el origen. Pero, por desgracia, a cada lado hubo una estrechez mental incomprensible que impidió a la gente verlo. Por una parte, los que rechazaron a Cristo, que sin embargo había venido por todos, y aquéllos no eran los «judíos», porque en aquel momento todos eran judíos, sino los tontos y los malos (hoy podríamos perfectamente llamarles «católicos»). Y sus descendientes perseveraron en su vía estrecha y se ufanaron de su perseverancia: se convirtieron en lo que llaman «los judíos». Por otra parte están los que al principio se apoderaron de Cristo, hombres convencidos, purificados, y que después lo convirtieron en su propiedad privada, aunque se hubieran vuelto tan malos como antes.

Entonces todo era unidad y flujo continuo, evolución.

Al leer el Evangelio me chocó la palabra «convertir». Le hemos dado un sentido preciso que no tenía. El Evangelio dice: «El malo se ha convertido», es decir, ha cambiado, se ha vuelto bueno al escuchar la palabra de Dios.

Para nosotros, ahora, convertirse es acudir a otro culto, otra iglesia. ¿Había cultos distintos en tiempos de Cristo? ¿Había otra cosa que el culto de Dios?

¡Qué mezquinos se han vuelto los hombres creyendo que se volvían inteligentes!

Noche del lunes

Voy a Neuilly esta mañana, y por la tarde decido ordenar los libros de la biblioteca.

La señora Crémieux viene a cenar. ¡Qué angustia pensar en ella! ¡Qué cúmulo de sufrimientos particulares de cada individuo supone la aplicación de estas medidas generales! Es una mujer muy joven, sola en su piso, sin hijos. Desde hace ya dieciocho meses.

Martes

Llevo a cinco niños a Lamarck, los más bonitos y los más amables. Si la gente que me ayuda en el metro supiera lo que son estos pequeños, los niños cuyos recuerdos del tren se refieren siempre al viaje que les llevó o les trajo del campo, que os señalan a un policía en la calle diciendo: «Es uno así el que me trajo de Poitiers». «Dejad que los niños acudan a mí», dijo Cristo.

A las dos y cuarto, entierro de Robert en el cementerio de Montparnasse. Es la segunda vez en poco tiempo que asisto a un entierro. Sobre el féretro habían depositado la toga roja^[63]. Delante, Julien Weill^[64] leía la oración. La última vez que le vi fue en la boda de Denise. En qué tejido de alegrías y desdichas se ha convertido la vida; digo «se ha convertido» porque creo que el despertar del pensamiento a mi edad consiste casi por completo en el descubrimiento de esta indisolubilidad, pienso en las «casas de Keats».

Keats es el poeta, el escritor y el ser humano con el que me identifico más inmediata y plenamente. Estoy segura de que llegaré a comprenderle muy bien.

Esta mañana (miércoles) he copiado frases de Keats que podrían servir de materia de ensayos, páginas en las que me volcaría entera.

Anoche terminé casi *Los Thibault*. Jacques me obsesiona, es tan triste el final y sin embargo tan inevitable. Es un libro hermoso porque tiene la belleza

de la realidad, como Shakespeare; a este respecto quisiera escribir sobre la frase de Keats: «La excelencia de un arte es la intensidad».

Jueves, 14 de octubre

Llevo a los niños y a Anna a que les operen de vegetaciones en el hospital Rothschild. Vuelvo a comer a las dos, sin haber visto a François. Salgo de nuevo a las dos y media, porque había recibido una carta de Sparkenbroke citándome en el Instituto para devolverme *Peacock Pie*.

Una vez más, la Sorbona reabre. Pero este año me cuesta más encontrar la sensación gozosa que me producía ver el regreso de los estudiantes, terminar el período de vacaciones en que después de dos veranos la vida parece haberse detenido a mi alrededor. Ahora ya no formo parte de los alumnos que trabajan.

Hablo con un catedrático nuevo mientras espero a Spark, que estaba con Cazamian. Por un instante vuelvo a sumergirme en este reino mágico. Pero ya no soy mi «yo» completo en este reino. Me parece que traiciono al otro, al nuevo.

Jueves, 14. Continuación

Los Léauté han venido a merendar.

Viernes

Clase de alemán.

Hospicio. Clase de inglés a Simón.

Sábado

Hospital Saint-Louis por la mañana. Efectúo y asisto al tratamiento de la sarna. Una pequeña de 3 años. Lloraba porque quería que yo la llevase en brazos. Pero me ha recompensado la sonrisa angelical que ella me dirigía cada vez que le hablaba en el metro.

Los Blond a merendar, lejos de mí; con ella se experimenta la sensación de estar en un medio pequeñoburgués a lo Balzac o a lo Flaubert. Es bastante pintoresco al principio, pero demasiado insípido después.

Domingo, 17 de octubre

Georges viene a comer.

Rue Raynouard. Voy a tocar a casa de Denise. Breynaert me acompaña al metro. ¡Qué lejos está de nosotros! Vuelve de vacaciones, del lago de Annecy. Ya no envidio a nadie, y mi excesivo orgullo no me permite siquiera señalarles su insensibilidad (lo que, por otra parte, sería una tarea muy difícil), porque no quiero que me compadezcan.

Pero es doloroso ver lo lejos que están de nosotros. En el puente Mirabeau, me dice: «Entonces, ¿no echas de menos no poder salir de noche?» ¡Dios mío! ¡Cree que estamos simplemente en esa etapa! Hace mucho tiempo que la he dejado atrás. Ni siquiera he pensado nunca en detenerme ahí, porque quizá nunca he sido mundana, pero sobre todo porque sabía que había cosas más horribles.

Me indigna su incompreensión. Pero a veces intento ponerme en la piel de algún extraño. ¿Cómo verá la cuestión? Para un Breynaert consiste sólo en verse privado de esparcimientos mundanos. ¡Y eso que hace dos años que nos ve todas las semanas! Creo tener la prueba de que es impermeable, impenetrable, egoísta.

Mañana del martes, 19 de octubre

Me despierto angustiada por este problema de la incompreensión ajena. He llegado a preguntarme si lo que yo quería no era imposible. Ayer, en la Sorbona, hablé con una compañera muy amable, la señora Gibelin. Había, sin embargo, entre nosotras el foso de la ignorancia. Pero creo que si ella supiera estaría tan angustiada como yo. Por eso he cometido mil veces el error de no hacer el esfuerzo de contarle todo, de zarandearla, de obligarla a comprender.

Pero hay muchas cosas en mí que dificultan este esfuerzo: primero la repulsión que me produce despertar la compasión de los demás (y, sin embargo, siempre trato de arrancarles su *comprensión* y de que se avergüencen un poco de sí mismos). Sólo que aquí tropezamos con un grave problema: la naturaleza humana está hecha de tal modo que tu interlocutor sólo comprenderá si le das pruebas inmediatas, pruebas de las que *tú* eres el centro: no le emocionarán tus relatos sobre los demás, sino *tu* propia suerte. No le arrancarás un poco de comprensión contándole las desgracias que te afligen. ¿Pero entonces? Advierto con hastío que voy descaminada: que soy yo la que ha pasado a ser el centro de atención, mientras que lo único que cuenta es la tortura de los demás, es la cuestión de principio, los miles de casos individuales que la constituyen; advierto con horror que el otro da su

compasión (que es mucho más fácil de obtener que su comprensión, porque ésta implica una adhesión de todo su ser, una revisión total de uno mismo).

¿Cómo resolver este dilema?

Hay muy pocas almas lo bastante generosas para afrontar la cuestión en sí misma, para en lugar de considerar un caso individual a la persona que lo cuenta ver a través de ella el sufrimiento ajeno.

Esas almas deben poseer una gran inteligencia y también una gran sensibilidad, no basta con poder ver, hay que poder sentir, sentir la angustia de la madre a la que han arrebatado sus hijos, la tortura de la mujer separada de su marido; la suma inmensa de valentía que todos los deportados deben reunir todos los días, los sufrimientos y las miserias físicas que deben acosarles.

Termino preguntándome si sencillamente no debería limitarme a dividir el mundo en dos partes: la de las personas que no pueden comprender (aunque sepan, aunque yo se lo cuente; sin embargo, todavía creo muchas veces que la culpa es mía, porque no sé cómo convencerlas), y la de los que comprenden. Decidirme a dedicar en adelante mi afecto y mis preferencias a esta última parte. En suma, renunciar a una parte de la humanidad, renunciar a creer que todas las personas son perfectibles.

Y en esta categoría preferida habrá un gran número de gentes sencillas y de gente del pueblo y muy pocos de los que llamamos «amigos nuestros».

El gran descubrimiento que yo habría hecho este año habrá sido el aislamiento. El gran problema: colmar el foso que ahora me separa de todas las personas que veo.

* * *

Cuantos más afectos tienes, más personas que dependen de ti porque las quieres, o simplemente porque las conoces, más se multiplica el dolor. Sufrir uno mismo no es nada, nunca emitiría yo una queja a propósito de mí, porque todo sufrimiento personal, por el momento, es una victoria que lograr sobre mí misma. Pero qué angustia por los demás, por los allegados y por los otros.

Comprendo el tormento de mamá, su dolor se duplica, se multiplica por el número de vidas que dependen de ella.

«Una salud y una alegría sin mezcla sólo son posibles para el egoísta. El hombre que piensa mucho en sus semejantes nunca puede estar alegre».

Keats, carta a Bailey.

Lunes, 25 de octubre de 1943

Leído anoche, en el *Epílogo* de *Los Thibault*:

«[...] acometió un brillante informe de las diversas fases de la guerra desde la invasión de Bélgica. Así elucidados, reducidos a esquemas muy claros, los acontecimientos se encadenaban con una lógica impresionante. Se diría que era el relato de una partida de ajedrez. Antoine, que había librado día tras día aquella guerra, la veía de pronto con la distancia del tiempo y bajo un aspecto histórico. En la boca elocuente del diplomático, la Marne, la Somme, Verdún —estos nombres que hasta entonces le evocaban a Antoine recuerdos concretos, personales y trágicos—, súbitamente despojados de su realidad, se transformaban en los hitos concretos de una disertación técnica, en los temas centrales de un manual para las generaciones futuras».

Es algo que siempre me ha angustiado, esta diferencia entre la actualidad y el pasado, el paso del presente al pretérito, la muerte de tantas cosas vivas. En este momento vivimos la historia. Bien orgullosos podrán estar quienes, como Rumelles, la reduzcan a palabras. ¿Sabrán que una línea de su disertación encubre sufrimientos personales? ¿La vida palpitante, de lágrimas, de sangre, de inquietud, que hubo debajo?

Pensar en el porvenir produce vértigo. Desde pequeña me ha atormentado el problema de la aniquilación del mundo exterior tras la pérdida del yo. Me expreso mal. Sería más claro decir (y es la única manera en que aún puedo encontrar la sensación tan viva de aquel entonces): «Y si me muriese, ¿existiría todo esto?» Esta pregunta produce enseguida una espantosa sensación de aislamiento. De pequeña la sentía muy fuerte. Ha perdido intensidad ahora que estoy más acostumbrada a vivir con los demás.

Pienso en la historia, en el porvenir. *En cuando todos estemos muertos*. Es tan corta la vida, y tan preciosa. Y ahora, a mi alrededor, la veo despilfarrada sin motivo, criminal o inútilmente, ¿en qué basarse? Todo pierde sentido cuando afrontas la muerte a cada instante. Pensaba esto esta noche, al pasar por delante del hotel ocupado de la avenida de La Bourdonnais. Me decía: «Bastaría que alguien lanzase una bomba ahí para que fusilaran a veinte personas, veinte inocentes a los que privarían bruscamente de la vida, quizá

nosotros, una redada en el barrio, como han hecho en Neuilly...» Y ese alguien no habría pensado en ello porque no podía pensarlo, porque la pasión del momento le nublaba el juicio, porque no se puede pensar en todo.

Tengo miedo de no estar ya aquí cuando Jean vuelva. Sólo desde hace poco tiempo. Todavía logro imaginar su regreso y pensar en el futuro. Pero cuando estoy de lleno en la realidad, cuando la percibo claramente, entonces la angustia se apodera de mí.

Pero no es *miedo*, porque no tengo miedo de lo que pudiera sucederme; creo que lo aceptaría, porque he aceptado muchas cosas duras y no tengo un carácter que se rebele ante una penalidad. Pero temo que mi hermoso sueño no pueda completarse, realizarse. No temo por mí, sino por lo bello que habría podido ser.

Y cuando lo pienso veo que no es un miedo vago e irrazonable, que no es una «sofisticación», un temor que encajaría bien en una novela. Hay tantos peligros que me acechan, lo extraño es que hasta ahora los haya eludido. Pienso en Françoise, y tengo siempre ese sentimiento tan vivo como en el momento de la redada: ¿por qué no yo?

Es curioso: esta confirmación de mi temor, que le confiere una base, un motivo, una fuerza, en lugar de aumentar mi angustia la estabiliza, le quita su carácter misterioso y horrible y le presta una certeza amarga y triste.

Miércoles, 27 de octubre

El lunes por la mañana detuvieron a veinticinco familias en el bulevar Beaumarchais, sin el menor «motivo». Han puesto los precintos de inmediato. Si hubiera sido aquí, habría querido salvar mi violín, la carpeta roja donde guardo las cartas de Jean y estas hojas, y los libros de los que no he podido separarme.

A veces me digo que es estúpido guardarlos aquí, pero al instante protesto y digo: «Por lo menos éstos». Pero éstos son muy valiosos por una razón u otra. Uno es *Los hermanos Karamazov*. El pensamiento de las pocas líneas que hay en las guardas es un tesoro infinitamente inapreciable. Sé que están ahí, como una prueba viviente, y que podría mirarlas. A veces recuerdo de golpe su presencia ahí, en la biblioteca, y es un pequeño hogar iluminado y caliente en medio del frío que me rodea.

Hay también algunos libros a los que tengo cariño por su valor indispensable. Los miro en la puerta del medio, *Resurrección*, el *Prometeo* de Shelley, *Jude el oscuro*, y debajo: *The Freeland*s de Galsworthy, *La isla mágica*, con sus vidas de niños tan bien descritas, *El viento de los sauces*, los

dos Morgan, *Adiós a las armas*, *Ha vuelto a la tierra*, la traducción de Pourtalés de tres obras de Shakespeare, los escritos en prosa de Hofmannsthal, los *Cuentos* de Chéjov, *El adolescente* de Dostoievski, los Rilke, mis Shakespeare y, en la chimenea, *Alicia en el país de las maravillas* y los sonetos de Shakespeare que Denise y François me regalaron por sus esponsales.

He escrito: los dos Morgan. Pero me acuerdo con un sobresalto de que *Sparkenbroke*, que yo le había prestado a la señora Schwartz, se había quedado en su escritorio, en el cajón de abajo. No es la pérdida del libro lo que me ha causado esta conmoción, sino de nuevo el recuerdo de Schwartz. El recuerdo de ese escritorio y de mis amigas no me abandona nunca. Pero sucede que un pequeño detalle me sobresalta y me lo recuerda aún más intensamente, o más bien de otra forma, como si de repente viese por otra abertura el aspecto de esta situación. Así, el otro día, pensando al mismo tiempo en su madre y en el pequeño André Kahn, al que yo cogía de la mano —uno de mis niños de Neuilly que adoro, tiene los ojos negros, el pelo dorado y las mejillas rosas—, caigo en la cuenta de pronto de que los nietos de la señora Schwartz estaban exactamente en el mismo caso, que ahora tenían a su padre y a su madre deportados; me ha costado situarlos en el mismo pensamiento.

Y probablemente así se *hará* el *pasado*: la infelicidad de mis niños era un *hecho*, algo aceptado como real, «asimilado», el de Pierre y Danielle no lo estaba todavía. Más tarde, sin duda no veré la diferencia, las dos cosas habrán adquirido el aire de un hecho asimilado.

A menudo, en la calle, el recuerdo de Françoise me atrapa, aunque no paro de pensar en ella y una gran parte de la tristeza que se ha convertido en mi estado de ánimo se debe a su ausencia. Ella, que no estaba preparada para esto, que no lo quería, que tenía tantos lazos aquí, que parecía amar tanto la vida; pienso en ella independientemente de mí, de mi congoja, y me digo que debe de ser desgraciada, que debe de sufrir mucho este desgarramiento. No sé por qué estoy convencida de que se esperaba esto menos que yo, y que se habrá rebelado más que yo.

¿Me rebelaré yo un día contra mi suerte? No es el fatalismo el que me hace soportar[lo], sino más bien la vaga impresión de que cada nueva prueba tiene un sentido, que me está destinada, y que estaré más purificada, más digna que antes frente a mi conciencia y probablemente frente a Dios. Es una sensación que siempre he tenido: siempre me he desviado con una especie de confusión del personaje que yo era *antes*, un año o seis meses *antes*.

Es extraño, el recuerdo de Françoise se divide en dos elementos que predominan por turnos: la idea de su dolor físico y moral, y *mi* congoja, la sensación de haber perdido algo muypreciado, porque realmente di todo mi afecto a Françoise, y yo sabía que ella me apreciaba. Y este mutuo intercambio era algo muy dulce y muy lleno de luz y de vida.

Ahora estoy en el desierto.

Nadie sabrá nunca lo que han sido para mí este verano y este otoño. Nadie lo sabrá porque he seguido viviendo y actuando, pero no ha habido ni uno solo de mis pensamientos profundos, de esos pensamientos en que me sentía realmente yo misma, que no haya sido una fuente de dolor. Todavía no lo he sufrido en mi cuerpo, y sólo Dios sabe si esta prueba me espera. Pero en mi alma, en mis afectos, y desde el punto de vista general, he vivido y vivo en una aflicción perpetua.

Nadie lo sabrá, ni siquiera los que me rodean, porque no hablo de ello, ni a Denise ni a Nicole ni tampoco a mamá.

Hay demasiadas cosas de las que no se *puede* hablar, nadie me hará hablar de mi sufrimiento a causa de Jean, sin duda porque me lo guardo para mí y nadie tiene derecho a inmiscuirse, sin duda también por una especie de timidez que muchas veces me impide hablarme a mí misma al respecto. Voy a intentar explicar mi sentimiento: a veces me niego a ocupar este lugar nuevo en este nuevo grado de mi vida por falta de confianza en mí misma, por repugnancia instintiva al *show off* [tratar de llamar la atención], a aparentar *más* de lo que soy.

Y, sin embargo, esto es sólo una parte de la verdad. La verdad es que sufro desde hace un año la ausencia de Jean, con tal continuidad e intensidad que no me permiten dudar de que en el fondo el cambio que Jean ha operado en mí sea real y que no estoy posando ni sofisticando mis sentimientos.

Tengo muy pocos puntos de apoyo sólidos. Exteriormente no tengo ninguno. Cuando pienso en la realización práctica, me aparto instintivamente. Antes lo hacía porque me parecía que cualquier cosa práctica tenía que estropear mi sueño. Ahora lo hago porque lo sé, porque tengo el recuerdo preciso y candente de la penúltima entrevista con su madre, en la que, aparte de la discusión religiosa que yo ya me esperaba y que no me daba miedo, me hizo un daño que nunca olvidaré al informarme de que yo había ido la antevíspera a Saint-Cloud con toda confianza ignorando que su marido no sabía nada y me consideraba un «flirt» de Jean. ¡Qué dolorosa es esta palabra! No sólo hirió mi orgullo, sino todo lo que yo conocía de mí misma y lo que yo sabía que era quizá lo más digno que tengo, mi pureza siempre mantenida

gracias a un esfuerzo constante de severidad consigo misma. Quizá, y hasta tengo la certeza, no lo hizo queriendo, sobre todo porque hasta entonces me había hablado de una forma que me daba a entender que no me consideraba un simple..., no volveré a escribir la palabra. Creo que se le escapó, porque en aquel momento «comprendió» de repente, comprendió también las luchas que tendría que librar con su marido. Pero entonces, a pesar de toda mi imparcialidad, no tengo más remedio que reconocer que carece de delicadeza, de ese sentido que te hace adivinar la resonancia de lo que vas a decir en el alma ajena, de ese sentido que consiste en «ponerse en el lugar de los otros». Es demasiado impulsiva y quizá voluntariosa para eso. Además tengo otras muestras: esta insistencia suya en arrancarme, en ausencia de Jean, el consentimiento a que los hijos sean católicos (y que considero desleal, con independencia de todas mis convicciones religiosas), ¿no prueba el poco interés que siente por la individualidad ajena? Desde luego, no creo que sea mala, creo incluso que me quiere en cierta medida, pero pienso que le falta tacto. Yo nunca podría hacer proselitismo porque respeto demasiado la conciencia ajena.

Por tanto, exteriormente no tengo apenas apoyo. Con respecto a mamá, aquí, no sé. Nunca hablamos de esto. Mamá y papá nunca hablan de Jean ni de mi porvenir. Sin duda porque yo tampoco hablo, sin duda porque no saben lo que pienso, sin duda es mejor así.

Interiormente (en el templo interior que han construido estos últimos meses en que él estaba allí) me faltan muchas cosas, le conozco muy poco. Y además estará todo lo nuevo que su vida desde entonces habrá aportado y que será seguramente considerable y decisivo. Pero hay un campo mágico donde al entrar encuentro sol y calor, es la idea de nuestra semejanza profunda, de nuestra comunicación. Y en este campo recubro todos los recuerdos de aquellos tres meses del año pasado.

Tampoco puedo hablar de la otra parte de mi sufrimiento, la partida de Françoise, porque es de una naturaleza demasiado rara para que pueda definirla.

Y queda aún una parte inmensa: el dolor de los demás, de los que me rodean, de los que no conozco, el dolor del mundo en general. De él tampoco puedo hablar porque *no me creerían*. No creerían que me ha obsesionado y me obsesiona todo el tiempo, que antepongo el sufrimiento ajeno al mío. Y, sin embargo, ¿no es esto precisamente lo que abre un foso entre mis mejores amigos y yo? ¿Qué otra cosa me causa este malestar terrible, esta terrible escisión cuando hablo con cualquier otra persona? Este malestar, esta

imposibilidad de identificarme plenamente, incluso con mis compañeros, incluso con mis amigos, ¿no es el rescate que paga mi conciencia por la desdicha de los que sufren?

Y Dios sabe cuánto me cuesta este rescate, porque en lo más profundo de mí misma siempre he aspirado a entregarme enteramente a los demás, ¡a mis compañeros, a mis amigos! Y ahora debo reconocer que es imposible, porque la vida ha levantado una barrera entre nosotros.

Hay una tercera parte de mi sufrimiento pero que no lo es, porque acepto el sacrificio con la certeza de que debo hacerlo, aunque tenga perfectamente la conciencia, si quiero reflexionar al respecto, de lo que representa para mí lo que pierdo, que es renunciar a desarrollar toda una parte de mi ser, renunciar a trabajar, a hacer música más a fondo. *But that is nothing* [pero esto no es nada]. No me cuesta soportarlo.

* * *

¿Habrá muchas personas que hayan sido conscientes a los 22 años de que podían perder de golpe todas las posibilidades que sentían en ellas —y no experimento la menor timidez al decir que yo dentro de mí las noto inmensas, puesto que las considero como un don que he recibido, y no como una propiedad—, de que podrían arrebatarles todo y no rebelarse?

* * *

Extraña contradicción.

Cuando razono a la manera de los demás, de los que «pueden» esperar el fin, de las personas «normales», pienso que la guerra terminará pronto, y que quedan aún quizá seis meses. ¿Qué son seis meses, comparados con lo que hemos pasado?

Pero en mi mundo interior todo me parece sombrío y ante mí sólo veo angustia; pienso continuamente en que me aguarda una prueba. Me parece que un inmenso pasaje negro me separa del momento en que de nuevo saldré a la luz, en que Jean habrá vuelto. Porque el regreso de Jean será, además de mi resurrección, el símbolo del renacimiento de la felicidad, o de una dicha para todos. Por mi lado está la deportación, y por el de Jean los peligros que le acechan.

Y cuando de repente me pongo a ver como las personas normales (lo que rara vez me ocurre ahora), tengo la sensación de levantar la cabeza y descubrir la luz, no me atrevo a creerlo y pienso: «¿Es posible esta alegría?»

* * *

* * *

Quizá me siento tan desamparada desde la partida definitiva de Jean. Ahora me parece que puede sucederme cualquier cosa.

* * *

Ayer fui a casa de los Léauté, me investí de mi antiguo yo y padecía un desorden interior, ¡qué malestar!

Sé por qué escribo este diario, sé que quiero que se lo den a Jean si no estoy aquí cuando vuelva. No quiero desaparecer sin que él sepa todo lo que he pensado durante su ausencia, o al menos en parte. Porque «pienso» sin cesar. Es incluso uno de los descubrimientos que he hecho, esta *conciencia* incesante que soy.

Cuando escribo «desaparecer» no pienso en mi muerte, porque quiero vivir; siempre que esté en mi mano. Hasta deportada pensaría constantemente en volver. Si Dios no me quita la vida, y si, lo que sería muy malvado, y la evidencia de una voluntad no ya divina, sino del mal humano, los hombres no me la arrebatan.

Si esto ocurriera, si estas líneas son leídas, se verá claro que esperaba mi destino; no que lo haya aceptado de antemano, porque no sé hasta qué punto puede llegar mi resistencia física y moral bajo el peso de la realidad, sino que me lo esperaba.

Y quizá el que lea estas líneas tendrá también una conmoción en este momento preciso, como siempre la he tenido yo leyendo en un autor muerto hace mucho una alusión a su muerte. Sigo recordando, después de haber leído las páginas de Montaigne sobre la muerte, que pensé con una extraña actualidad: «Y él también está muerto, ya ha sucedido, pensó por adelantado en lo que ocurriría después», y tuve la sensación de que le había hecho una jugarreta al Tiempo.

Como en estos versos impresionantes de Keats:

*This living hand, now warm and capable
Of earnest grasping, would, if it were cold,
And in the icy silence of the tomb,
So haunt thy days and chill the dreaming nights
That thou wouldst wish thine own heart dry of blood
So in my veins red life might stream again,
And thou be conscience — calm'd — see, here it is —
I hold it towards you^[65].*

Pero me dejo arrastrar, porque no soy morbosa como estas líneas. Y no quiero afligir a nadie.

* * *

Daré estas páginas a André^[66]. Y cuando se las entregue estaré obligada a prever que el hecho de que Jean las lea es real y puede ocurrir. Y entonces no puedo evitar sentir que me dirijo a él y dejar de escribir en tercera persona, escribir como cuando le escribía cartas, Jean. Y entonces el tratarle de usted y las demás formas análogas me parecen una mentira, tengo inmediatamente la impresión de que estoy impostando y que no soy la que soy, aunque si él estuviera aquí me parecería completamente natural tratarle de usted. Pero ahora, en el fondo de mi corazón, pienso o, mejor dicho, *siento*, antes incluso de haber formulado palabras, siento a mi Jean y le digo tú, y hacer otra cosa sería mentirme a mí misma.

Ahora que lo he escrito me parece igualmente alejado de la realidad. Lo cierto es que cuando pienso en Jean estoy en el terreno que precede al pensamiento y a las palabras, no sé cómo le llamo o le pienso.

Si escribiese: «Querido Jean», tendría la sensación de representar a la heroína de novela, pensaría en «Querido Jim» de Miss Thriplow en *Marina di Vezza*, y me burlaría de mí misma. ¡Poder reír! A Jean le gusta tanto reírse. Antes yo me reía. Ahora el sentido del humor me parece un sacrilegio.

* * *

Anoto aquí los pasajes de *Los Thibault (Epílogo)* que me han sorprendido, como la mano de Keats.

P. 221. Habla de la guerra y de los sucesos que se desarrollan en el norte: «¿Estaré aún aquí para verlo? La terrible lentitud, a juicio del individuo, de los acontecimientos por los que se hace la historia, es algo que me ha estremecido muchas veces desde hace cuatro años».

P. 239, 1918. «El futuro del mundo, que va a jugarse al final de esta guerra. Todo estaría comprometido, y por cuánto tiempo, si la paz que se avecina no fuese una refundición, una reconstrucción, una unificación de la Europa exangüe. Sí: si la fuerza armada siguiera siendo el principal instrumento de la política entre los Estados; si cada nación, dentro de sus fronteras, siguiera siendo el único árbitro de conducta y se entregara a sus apetitos de expansión; si la federación de los Estados europeos no permitiese una paz *económica*, como quiere Wilson [...]; si la era de la anarquía

internacional no estuviese definitivamente terminada [...]; entonces habría que volver a empezar de cero y toda la sangre se habría vertido en vano.

»¡¡¡Pero todas las esperanzas son posibles!!!»

Si estas líneas fueron escritas en la época (y aunque no lo fueran, pero reflejan fielmente el pensamiento de la época), tuve razón al decirle a Jean Pineau el sábado, cuando me daba el *Epílogo*: «Es desesperante». Lo es doblemente para nosotros, y en esta última frase es una desesperación que sólo sienten los que se ponen en el lugar del personaje que escribe, los que se entregan a él (¿es ingenuidad por mi parte?).

(«Escribo esto como si yo debiera “serlo”...»)

Sé que es sólo una obra de imaginación, que el autor no se veía morir como Antoine, pero lo acepto como una visión del estado de ánimo de otro personaje. Creo que Roger Martin du Gard ha mostrado aquí algo verdadero, que su talento le ha dado una conciencia más aguda que la nuestra y que no ha inventado. Creo en la revelación psicológica en la «novela».

P. 270. A Jean-Paul: «Pero sobre todo quisiera que tú mismo te defendieses de ti. Que te obsesione el temor de equivocarte sobre ti, y de que te engañen las apariencias. Ejerce la sinceridad a tus expensas [...] Comprende, trata de comprender lo siguiente: para los chicos de tu medio social —quiero decir: instruidos, alimentados por lecturas, que han vivido en la intimidad de las personas inteligentes y que se expresan con libertad—, la noción de algunas cosas, de determinados sentimientos, precede a la experiencia. Conocen mentalmente, gracias a la imaginación, una multitud de sensaciones de las que aún no poseen ninguna práctica personal, directa. No se dan cuenta: confunden *saber* y *experimentar* (cf. Keats, “*sensation with and without knowledge*” [sensación que viene o no del conocimiento]). Creen que *experimentan* sentimientos, necesidades que sólo *saben* que se experimentan...»

P. 281: «No temer demasiado las contradicciones. Son incómodas, pero saludables. Ha sido siempre en los instantes en los que me he visto cercado por contradicciones inextricables cuando al mismo tiempo me he sentido más cerca de esta Verdad con mayúscula que se esconde siempre.

»Si tuviera que “revivir”, me gustaría que fuera bajo el signo de la duda». Imparcialidad shakespeariana.

P. 293: «Proteger tu ser. No temer equivocarse. No temer renegar constantemente. Ver las propias faltas para ir más allá en el esclarecimiento de uno mismo y el descubrimiento del deber propio».

Acabo de tener una prueba flagrante de esto. Hélène me molesta ahora mismo para que vaya a ver a una tal señora Sarbor (?) que espera a papá desde hace un buen rato. Despotrico interiormente, mi rencor contra Hélène cristaliza en el recuerdo de la Agatha de Axel Munthe; sé que me equivoco, pero no puedo negar la existencia de mi irritación. Era la señora Sartory, esa buena alsaciana que adora a papá. Al instante, mi irritación cesa (me lo figuraba de antemano) y me avergüenzo de mi «parcialidad». He hablado con ella. Su hermana, que vive en Alsacia desde hace cuarenta años con sus cinco hijos, y cuyo marido está en Saboya, sólo ha sido autorizada a una estancia en París de ocho días, y durante este plazo han tomado a sus hijos de rehenes.

Habría que poder ver las cosas desde el punto de vista de un juez superior a todo y que ve los dos lados de la cuestión.

P. 293: «Diarios. Los ingleses apenas avanzan. Nosotros tampoco, a pesar de algunos pequeños progresos aquí o allá. (Escribo “pequeños progresos” como en el comunicado. Pero yo veo lo que representa para los que “progresan”: cráteres de explosiones, arrastrarse por las trincheras, puestos de socorro invadidos...)»

P. 245: «Nunca he tenido el tiempo ni el gusto (romántico) de llevar un diario. Lo lamento. Si hoy pudiese tener entre mis manos, visible, todo mi pasado desde que tenía 15 años, me parecería que he vivido más; mi vida tendría un volumen, un peso, un contorno, una consistencia histórica; no sería esta cosa fluida, informe, como un sueño olvidado del que no puedes recuperar nada».

Y arriba: «La sensación de haber caído en una trampa abierta... Merecía algo mejor. Merecía (¿orgullo?) este “bello futuro” que me prometían mis maestros, mis condiscípulos. Y de repente, a la vuelta de esta trinchera, la bocanada de gas...»

Y este pasaje, por su belleza:

«Tanto calor que fui, hacia la una, a levantar las persianas. Desde mi cama me zambullí en aquel hermoso cielo de verano. Nocturno, profundo [...] el cielo [...]

»Me he dicho ahora mismo (y estoy seguro de que es cierto) que a un astrónomo, acostumbrado a vivir mentalmente en los espacios interplanetarios, morir debe de costarle mucho menos que a otros.

»He soñado un largo rato con todo esto. Las miradas perdidas en el cielo. Este cielo sin límites, que retrocede siempre a medida que perfeccionamos un poco nuestros

telescopios. Ensueño apaciguador donde los haya. Estos espacios sin fin, donde giran lentamente multitud de astros semejantes a nuestro sol, y donde este sol —que nos parece inmenso, que es, creo, un millón de veces más grande que la tierra— no es nada, nada más que una unidad entre miríadas de otros...

»La Vía Láctea, un polvo de astros, de soles, alrededor de los que gravitan miles de millones de planetas, ¡separados entre sí por centenares de millones de kilómetros! ¡Y todas las nebulosas, de las que saldrán otros enjambres de soles futuros! Y los cálculos de los astrónomos establecen que ese hormigueo de los mundos no es nada aún, tan sólo ocupa un lugar ínfimo en la inmensidad del espacio, en este éter que adivinamos surcado, tembloroso, de radiaciones y de interinfluencias gravitatorias de las que nada sabemos.

»Nada más escribir esto, mi imaginación vacila. Vértigo benéfico. Esta noche, por primera vez, por última quizá, he podido pensar en la muerte con una especie de calma, de indiferencia trascendente. Liberado de angustia, devenido casi ajeno a mi organismo perecedero [...]

»Me he jurado mirar al cielo todas las noches para recuperar esta serenidad».

* * *

Infinita pequeñez del hombre en los descubrimientos de la ciencia moderna, y sin embargo la oración existe.

* * *

Es magnífico, este *Epílogo* de *Los Thibault*, en que la novela apenas ocupa ya un lugar, pero donde el alma de un hombre (la de Antoine o de quien sea, desde el momento en que se trata de un alma) llega a ser el centro de interés tan exclusivo que cualquiera que lo lea se siente afectado íntimamente porque *podría ser él*.

En el tren, cuando iba a buscar a Charles el otro día, descubrí otras dos razones más del aprecio en que tengo a este libro. Primero, este fin desolador de toda una época, esta pintura de los agujeros que la guerra ha abierto en esta familia y grupo humano, es sin duda también lo que nos espera *después*.

Y, segundo, el descubrimiento desgarrador de que Antoine *habría* comprendido a Jacques únicamente después de su desaparición. Esa pesadumbre tan intensa que experimento a menudo de que Yvonne, Jacques, Françoise, Jean, me hayan sido arrebatados en el momento preciso en que nuestra intimidad habría producido algo maravilloso.

* * *

Hay dos partes en este diario, lo advierto al releer el comienzo: está la parte que escribo por deber, para conservar recuerdos de lo que deberá contarse, y está la escrita para Jean, para mí y para él.

Me hace feliz pensar que, si me apresan, Andrée habrá guardado estas páginas, algo de mí, lo que me es más precioso, pues ahora es ya lo único a lo que tengo apego material; lo que hay que preservar es su alma y su memoria.

Pensar que Jean las leerá tal vez. Pero no quiero que sean como la mano de Keats. Volveré, Jean, ¿sabes?, volveré.

Cuando pienso que el sobre donde meto estás páginas sólo lo abrirá Jean, si es que lo abren, y en los momentos tan breves en los que llego a percatarme de lo que escribí aquí, me invade una ola, quisiera poder escribir todo lo que se me ha acumulado dentro para él desde hace meses.

Pero casi no me percato, intentaré atrapar el instante preciso en que suceda.

Noche del jueves, 28 de octubre

Acabo de pasar una tarde maravillosa, porque han venido amigas queridas: la señora Lavenu, M.-S. Mauduit, Jeanine Guillaume, Catherine también ha venido para oír hablar inglés.

Hoy he podido *catch a glimpse* [entrever] de esta atmósfera en la que intuyo que daría libre curso a todas mis posibilidades internas. M.-S. Mauduit —¡cuánto me recuerda a Katherine Mansfield!— me ha traído una reproducción de un grabado de Rockwell Kent para *Beowulf*. Mi instinto no me había engañado cuando me impresionaron las ilustraciones para *Moby Dick* de la American Library. Ahora sé mejor quién es Rockwell Kent, porque ella me ha prestado un relato de viaje a Groenlandia escrito e ilustrado por él.

La señora Lavenu es una gran amiga, una que comprende; mi amistad por ella está sellada desde el día en que vino aquí cuando yo estaba tan trastornada, al día siguiente de la redada.

François también ha venido. Charlo entusiasmada con Jeanine Guillaume. Ha traído una parte de mi trabajo —*La Chasse au Snark, The Wind in the Willows*—: me encanta intercambiar así.

Y ahora pienso en Jean. Cómo le añoro, cuánto disfrutaría con él.

* * *

Extraño día que es *un* símbolo de *mi vida* actual. Esta mañana, a las nueve, estaba en los Enfants-Malades para tener noticias de uno de mis niños, atravieso la sala con sus camitas blancas y todos esos pequeños incorporados sobre sus almohadas. Es él, Doudou (Edouard Wajnryb), el que me ha reconocido; yo le reconozco por la sonrisa radiante que me dirige, porque antes era mucho más guapo, con sus rizos pelirrojos.

Después voy a Saint-Denis a ver a Keber. Al llevar los paquetes, hablo con una mujer del pueblo, me ha hecho mucho daño porque ella no *sabía*. Consideraba que había muchos judíos en París, evidentemente, con esta etiqueta [la estrella amarilla], se les ve, y ella me dice: «Pero no molestan a los franceses, y sólo detienen a los que han hecho algo».

El tipo de encuentro que tanto hace sufrir. Y, sin embargo, no le guardo rencor, ella no sabía.

Después de comer, voy a la rue de la Bienfaisance a hablar con la señora Stern; qué tristeza, los abogados del servicio jurídico se han instalado en nuestro despacho. Nadie me conoce ya. Y me da igual. Ellos no conocen lo que yo he conocido y he conservado intacto el recuerdo de mis amigas. Vuelvo a ver solamente a la señora Dreyfus, siempre la misma, el único pecio del naufragio. Me comunica la detención de Léa y de toda su familia, que había escapado a tantas alertas y a la redada del 30 de julio^[67]. La noticia me ha conmovido.

Hablamos de la señora Samuel. Han acabado deportándola. Se había quedado como medio judía y mujer embarazada. Pero la sacaron de la enfermería y la deportaron en un vagón sanitario; esto me parece una comedia, porque los convoyes de ganado ¿llevan un vagón sanitario? Pero ¿qué mayor prueba de la monstruosa inanidad de la política nazi que deportar a personas en vagones sanitarios?

Pero ¿de qué sirve esto? Me llevo las manos a la cabeza. Respuesta: es un engranaje espantoso que ellos activan sin pensarlo.

Cada vez atrapa y traga a personas más conocidas. En este momento hay un convoy todas las semanas.

La señora Samuel, con la que yo había hablado de la posguerra, la única a la que encontré y a la que le dije que ante todo había que hacer que los alemanes *comprendieran*, para abrirles la mente. Deja a ese bebé de un año que nació cuando su padre estaba en Drancy y al que ella casi no ha conocido porque estuvo seis meses en el hospital, y a su joven marido, liberado gracias a ella.

Hoy he pensado en el metro: ¿muchoa gente se dará cuenta de lo que habrá sido tener 20 años en este horrible tormento, la edad en que estás preparada para recibir la belleza de la vida, en que estás dispuesta a confiar en los humanos? ¿Se dará cuenta del *mérito* (lo digo sin vergüenza, porque soy perfectamente consciente de lo que soy), del mérito que habrá tenido conservar un juicio imparcial y una dulzura de corazón a través de esta pesadilla? Creo que nosotros estamos un poco más cerca de la virtud que muchos otros.

* * *

Sábado, 30 de octubre

Hoy he caminado, he caminado todo el día. Vuelvo andando de mi clase de alemán por la rue Saint-Lazare, la rue de La Boétie, Miromesnil, la avenida Marigny y las orillas del Sena.

He caminado orillando el agua, lo que me ha producido el efecto mágico de calmarme, acunarme sin hacerme olvidar, pero refrescando mi cabeza a menudo sobrecargada. No había nadie. Dos gabarras han pasado lentamente, sin hacer más ruido que el ligero chapoteo de las largas ondas transversales que la estela del barco impulsaba y que venían a morir en la orilla.

Pensaba en Jean. Pensaba que esta noche había soñado con él. Rara vez me sucede; y esos sueños me son muy preciados porque son como visitas. Me parece que cuando vuelva a verle y repase toda esta larga ausencia, me acordaré vagamente de haberle vuelto a ver, como si se tratase de un mundo más allá del de todos los días.

Pero si estos sueños fuesen verdaderas visitas, al despertar me causarían una decepción terrible. En mi sueño subsiste una vaga noción de la realidad, porque *siempre hay algo* que me impide verlo totalmente; es preciso, por tanto, que en el fondo de mi conciencia guarde el recuerdo de la realidad. Esta noche, no sé cómo, yo había salido (por un motivo urgente) y Jean estaba solo en casa. Yo volvía deprisa, con impaciencia, pero sabía que algo me lo impediría porque en el fondo sabía *que no era verdad*. Y entonces el sueño ha

adoptado la forma que esta conciencia le imponía: el ascensor en el que yo entraba subía hasta el sexto y bajaba sin que pudiera pararlo. Después, cuando he llegado, mis invitados subían al mismo tiempo y sabía que en consecuencia ya no le vería. Yo entraba en esta habitación: él estaba de pie delante de la ventana. Se volvía y entonces, durante un instante muy breve, yo le tenía; todavía recuerdo mi sensación cuando él me tenía en sus brazos, sus hombros anchos me enmarcaban y yo sentía calor. Y después hay una laguna, a continuación yo estaba sentada en mi cama, y alrededor de la mesa de juego instalada en medio de la habitación (como para la clase de Simón ayer), estaban también mis invitados (¿por qué tenía invitados? Como el día en que él vino aquí por última vez y tuve la impresión de que yo intentaba retener los minutos desesperadamente). Nicole estaba allí. La cojo del brazo para hacerla salir y le explico que quiero estar a solas con Jean. Pero Jean ya no estaba, el sueño había acabado.

Sin duda soñé con él porque su madre telefoneó ayer; yo no sabía qué decirle al teléfono y su voz era también vacilante. No tenía noticias, empecé diciéndome que ella no me olvidaba. Me equivoqué al dar por perdidas las fotos, porque ella se ha ocupado.

Al llegar al puente de l'Alma seguía mirando el agua.

Y de repente, espontáneamente, pensé en cómo podría ser la vida juntos, en que yo podría hacerle feliz, no había orientado mis pensamientos en esa dirección, era algo nuevo. Pero ¿el abismo negro que franquear antes? Por eso nunca puedo abandonarme en esa dirección, porque me parecía *a fallacy* [una idea falsa].

En la comida estaban la señorita Detraux, Denise y François. Después me he vuelto a escapar para ir a Galignani a comprar un libro para la boda de Annie Digeon. Quería caminar más; y otra vez el Sena me ha atraído. No bajo a la orilla, pero sigo el paseo de la Reine a lo largo del parapeto y camino sobre las fragantes hojas muertas. El sol había salido y el cielo estaba azul. Había un derroche de dorados, las últimas hojas de los castaños eran de cobre, la hierba de los céspedes de un verde esmeralda, el cielo era puro, luminoso, ligero, el perfume tenaz de las hojas arrugadas, y por doquier en el aire el gusto un poco acre y tan otoñal de los fuegos de hojas muertas. El Sena recamado de luz poseía una belleza irreal, frágil, espléndida.

En la plaza de la Concordia, ¡me he cruzado con tantos alemanes! Acompañados de mujeres, y a pesar de toda mi voluntad de ser imparcial, a pesar de mi ideal (que es real y profundo), me ha invadido una oleada no de odio, porque desconozco el odio, sino de rebeldía, de asco, de desprecio.

Estos hombres, sin comprenderlo siquiera, han arrebatado el placer de vivir a toda Europa. Desentonaban tanto con esta belleza luminosa y frágil de París, estos hombres capaces de cometer los horrores que conocemos demasiado bien, hombres surgidos de una raza que ha producido seres como los jefes nazis, que se han dejado embrutecer, desespiritualizar, animalizar hasta convertirse en autómatas sin cerebro, con a lo sumo reacciones de niños de 5 años, es esto lo que hará que algo se erice siempre en mí cuando me hablen de un alemán. Todo mi ser se opone al carácter germánico, se eriza a su contacto, ¿soy quizá de un temperamento esencialmente latino? La excitación de la violencia, el orgullo, el sentimentalismo, la exaltación de toda clase de emociones, el gusto de la melancolía vaga y gratuita son otros tantos elementos del carácter germánico que suscitan la rebeldía de mi temperamento. No puedo evitarlo.

Y en mi repugnancia de aquel momento no había ninguna consideración de mi caso especial, sólo pensaba en las persecuciones.

Pero cuando he entrado bajo los soportales y he sentido qué hondos apegos, qué afinidades esenciales, qué comprensión y qué amor recíproco me unían a las piedras, al cielo, a la historia de París, he tenido un sobresalto de cólera al pensar que aquellos hombres, aquellos *extranjeros* que nunca entenderían París ni Francia, pretendían que yo no era francesa y juzgaban que París era suyo, que esta rue de Rivoli les pertenecía.

En Galignani compro una hermosa edición de *Viaje sentimental y Lord Jim* (para mí). Me quedaría allí horas, si pudiese.

Al salir cruzo el puente de la Concordia y subo a casa de Françoise a ver a Cécile. Cécile me ha dicho que cuando veía las gabarras en el Sena, una hermosa mañana soleada, ¡se acordaba tanto de Françoise! Y esta idea me ha obsesionado durante todos estos paseos. A cada placer que disfruto —y ya no es un placer, sino sólo *la conciencia de que soy testigo de algo hermoso* (porque no va acompañada de ningún gozo)—, pienso en Françoise, que amaba tanto la vida, que amaba tanto París. No dejo de pensar en ella un solo instante.

* * *

¿Quizá estaba yo hecha para la inquietud? Un contento sosegado, un gozo perfecto me han hastiado siempre; cuando era pequeña estaba siempre *discontented* [descontenta]. Pero después de este baño de dolor, ya no me encontraré a gusto, ya no sentiré mi *better self* [lo mejor de mí misma] en un gozo egoísta.

Sin embargo, no me quejo al respecto. No hay una propensión morbosa en mí, no es como la canción de Keats

“ Come then, Sorrow!
Sweetest Sorrow!^[68]

porque nadie puede negar que habrá sido un dolor real.

Lo que quiero decir es que me parece que hay más sinceridad en el dolor que en el gozo.

* * *

Por eso sin duda no me gusta Gide, al contrario que Nicole. Después de *La puerta estrecha*, leo *El inmoralista*. Tanto como me entusiasman *Los Thibault*, me desagrada la filosofía de Gide sobre el disfrute de la vida.

* * *

¡Cómo me asedian los recuerdos del año pasado, la puertecita de las Tullerías, las hojas sobre el agua! Vivo de esos recuerdos, y cada rincón de París me despierta uno nuevo.

* * *

Jean-Paul está aquí. Estuvo aquí ayer cuando yo estaba en la rue Raynouard. Yo estaba emocionada por Nicole.

Seguro que es su regreso el que ha inducido mi sueño de la visita de Jean.

* * *

Thibault - Epílogo, XVI

P. 305: «No habrá seguridad en Europa hasta que se haya extirpado el imperialismo germano. Hasta que el bloque austro-alemán haya realizado su evolución democrática. Hasta que se haya destruido este foco de ideas falsas (falsas porque se oponen a los intereses generales de la humanidad): la mística imperial, la exaltación cínica de la fuerza, la creencia en la superioridad del alemán sobre todos los demás pueblos y en su derecho a dominarlos».

P. 310, a propósito de un discurso de Victor Hugo contra los despotismos: «El hecho de que hace ya cincuenta años se reclamase la supresión de los despotismos y la limitación de los armamentos, ¿es un motivo para desesperar de que la humanidad salga por fin de la barbarie?»

Sí, ¿es un motivo? En 1943, hace falta mucho valor y fe para hacerse la misma pregunta que Antoine en 1918.

P. 313: A Jean-Paul: «¡Es tentador deshacerse del fardo exigente de la personalidad! ¡Es tentador dejarse absorber por un vasto movimiento de entusiasmo colectivo! ¡Es tentador creer, porque es cómodo y porque es supremamente confortable! [...] Cuanto más embrolladas están las huellas, tanto más el hombre, para salir a toda costa de la confusión, tiende a aceptar una doctrina hecha que le tranquiliza y le guía. Toda respuesta más o menos plausible a las preguntas que se hace y que no logra contestarse él solo se le presenta como un refugio; ¡sobre todo si esa respuesta viene acreditada por la adhesión de la mayoría! [...] ¡Resiste, rechaza las consignas! ¡No te dejes reclutar! ¡Más valen las angustias de la incertidumbre que el perezoso bienestar moral que los doctrinarios ofrecen a todo “afiliado”!»

P. 347: Al capellán: «¿Qué espera la Iglesia para condenar la guerra? Vuestros obispos de Francia y los de Alemania bendicen las banderas y cantan *Tedéums* para agradecer a Dios las matanzas [...]»

Domingo, 31 de octubre 7.30 horas

Acabamos de descifrar un cuarteto, el *Séptimo* de Beethoven. Había venido Annick. Por muy mal que lo hayamos tocado, la melodía interior, el andante, me elevaban profunda, completamente. Ahora tengo la impresión de que mi alma se ha vuelto inmensa, estoy llena de ecos y también tengo unas extrañas ganas de llorar. Hacía demasiado tiempo que no los había oído. Llamo a Jean con todo mi corazón. Con él aprendí a conocer los cuartetos, a escucharlos con él.

Lunes, 1 de noviembre

Terminé anoche *El inmoralista*, creo que no comprendo a Gide: no llego a captar el sentido de sus libros porque apenas lo esboza, el problema no se plantea claramente. ¿Por qué Michel hace que muera su mujer? ¿Qué gana con ello? ¿Qué hay de positivo en su doctrina? Ni siquiera está definida.

Por otra parte, la filosofía de Gide se opone a la mía; hay algo de *viejo*, de poco espontáneo, de excesivamente meditado, de egoísmo en su deseo de gozarlo todo.

Esta idea preconcebida está demasiado razonada, se centra en el yo, carece de humildad y de generosidad. No, no me gusta.

Para acabar, el estilo me parece, con o sin razón, rebuscado, pretencioso y arcaico. Hay giros que me sobresaltan a cada instante por su falta de naturalidad.

Mi pensamiento gira sin cesar alrededor de dos polos: el sufrimiento del mundo, que se encuentra condensado de una forma concreta y viva en el hecho de la deportación y las detenciones, y la ausencia de Jean. Estos dos dolores se han fundido ahora en uno solo y seguirán estando asociados.

Es como una cama en la que me removiera sin descanso padeciendo los mismos suplicios.

* * *

Recibo esta mañana una carta de la señora Crémieux que deja escapar esta frase: «Ya no me queda valor». Dios, ¿qué podría hacer por ella? Ahora intuyo más o menos los estragos que dieciocho meses de angustia y de silencio han podido causar en ella.

Françoise decía un día que daban ganas de abrazarla. Me decía: «¿Sabe, Hélène? Es tan desgraciada, sufre tanto». La voz de Françoise, en la que, detrás de la sonrisa siempre alegre, aprendí a distinguir la sinceridad y la emoción resuena aún en mis oídos. Hablábamos de los recursos que algunas de estas mujeres hallaban en sí mismas ante aquel calvario. Hablaba de Crémieux como de una niña a la que le hubiesen quitado todo: es cierto, desde entonces yo también tengo esta sensación. Y ahora también Françoise. La voz tan alegre, con sus notas agudas, y su risa alborozada, que también se ha callado, sólo resuena ya en mi memoria. Ha suscitado asimismo el recuerdo de la señora Schwartz, a la que comparábamos con la señora Crémieux. ¡Qué vacío a mi alrededor! Durante un largo tiempo después de la redada del 30 de julio, tuve la sensación angustiosa de haberme quedado sola tras un naufragio, una frase bailaba en mi cabeza, la aporreaba. Se me había impuesto sin que yo la buscara, me acosaba, era la frase de Job con la que termina *Mohy Dick*:

“ And I alone am escaped to tell thee^[69].

Nadie sabrá nunca la experiencia devastadora que he vivido este verano.

De aquella partida del 27 de marzo del 42 (la del marido de la señora Schwartz) no se ha vuelto a saber nada. Se ha hablado de las primeras líneas en el frente ruso, ¿emplearían a los deportados para hacer estallar las minas?

Se ha hablado también de los gases asfixiantes con los que habrían rociado los convoyes en la frontera polaca. Estos rumores deben de tener un origen verídico.

Y pensar que cada persona que fue detenida ayer, hoy, ahora mismo, está sin duda destinada a sufrir ese horrible destino. Pensar que no se ha *acabado*, que esto continúa todo el tiempo con una regularidad diabólica. Pensar que si me detienen esta noche (lo cual tengo presente desde hace mucho), estaré en la Alta Silesia dentro de ocho días, quizá muerta, que toda mi vida se apagará de golpe, con todo el infinito que siento dentro de mí.

Y que esto es lo que le espera a cada individuo que ha pasado ya por esta prueba, y que es también un mundo.

¿Comprendéis por qué el diario de Antoine Thibault me ha trastornado tanto?

En este momento no tengo miedo de la muerte, porque pienso que cuando la tenga delante *ya no pensaré nada*. Sabré borrar de mi mente la idea de lo que pierdo, al igual que sé muy bien olvidar lo que *quiero*.

Y además muchísimas personas sacrifican su vida todos los días. Los hombres nos han acercado súbitamente la Muerte, ampliado su radio de acción, duplicado su fuerza.

No quiero pensar en la muerte como una personificación, como la muerte de los Durero y de los hombres medievales, como también la de Axel Munthe. No hay que verla como una entidad distinta, sino como una manifestación del poder divino.

Sólo que es difícil cuando veo tantas muertes infligidas por seres humanos. ¡Es como si hubiera dos muertes! La que Dios impone, la muerte «natural», y la que han creado los humanos.

Sólo la primera debería existir. El hombre no tiene derecho a quitar la vida a sus semejantes.

La muerte llueve sobre el mundo. De los que mueren en la guerra se dice que son héroes. ¿Por qué han muerto? Los que estaban en el otro bando se han imaginado que morían por lo mismo. No obstante, cada vida tiene un gran valor en sí misma.

The pity of it, lago! O lago, the pity of it, lago!^[70]

Lo que escribo escandalizaría a mucha gente. Y, sin embargo, si reflexionasen, si examinaran el fondo de su corazón, ¿qué otra cosa encontrarían? Creo que no soy cobarde y por eso me permito escribir estas cosas. Quienes en nombre de la «bravura», de la «valentía», del «patriotismo», vociferasen al oírme, en el fondo están sometidos a pasiones erróneas. Se equivocan, están ciegos.

Además, los que combatieron dos años en el frente, en la última guerra, ¿no conocieron lo que creyeron que era una «desilusión», y que a lo sumo sólo era la desaparición de esas pasiones erróneas? Cuando confiesan que ni siquiera sentían ya odio por los alemanes, que ya no sabían de qué iba aquello. En *La vida de los mártires* de Duhamel, en el *Epílogo* de *Los Thibault*, *La pesca milagrosa* de Pourtalés.

Pero entonces se consideraban superados por una fatalidad demasiado onerosa para sublevarse contra ella. Sin embargo, en su origen esta fatalidad había sido ocasionada por hombres, era una obra humana.

He hablado de *La vida de los mártires*, este regalo de la señora Schwartz por mi santo. El día de mi santo ya estaba incompleto sin Jean, pero aun así había habido dulzura, mis amigas y también sus cartas. Ahora tengo la sensación de estar despojada de todo, desnuda, *naked to the awaited stroke* [inerte ante los golpes que vendrán].

Sí, *La vida de los mártires* es un libro que me ha desesperado porque alcanza esa ecuanimidad que yo aprecio más que nada, pero desde esa altura sólo se ve desolación. ¿Cuál es la solución? Quizá los que son parciales son más felices porque encuentran una solución, por errónea que sea, tienen un objetivo: un objeto de odio *es mucho menos angustioso que no tener odio*.

Ahora creo que esta imparcialidad es el más alto grado de perfección a que la humanidad está en condiciones de aspirar. Después... no lo sé aún; no veo la solución; no puedo hablar de ella, es como la vida futura. Tengo simplemente el presentimiento de que *la* solución se encuentra en esta vía, una vez alcanzado este estadio.

Por eso, a pesar de todo, a pesar de que no pronuncie un juicio, *La vida de los mártires* constituye una lección magnífica. Duhamel no se pronuncia: expone los hechos ecuanimemente, los resultados de esta locura furiosa y ciega que es la guerra, y en todo caso revela en toda su crudeza el error horrible que la ha originado.

Me acuerdo de que esta falta de pasión me asombró y casi me irritó. «¿Dónde quiere ir a parar?», simboliza más o menos mi actitud. Después, a la larga, comprendí que había una lección inmensa implícitamente contenida en aquellas páginas, y que se me reveló.

«Nada se vuelve real hasta haber tenido su experiencia; ni siquiera un proverbio es un proverbio hasta que vuestra vida haya dado de él un ejemplo».

Keats

Escribo esta frase que no tiene la menor relación con la anterior porque me ha impresionado esta mañana, resume el problema principal que afronto: el de la comprensión humana y la simpatía. Me parece que *todo* se deriva de esto.

Porque esta mañana he estudiado a Keats y me he entusiasmado como en otro tiempo.

¡Cuánto mundo puede recorrer en unas horas nuestro pensamiento!

* * *

Paso dos horas con Nicole.

Françoise Woog, siempre la misma gente. Pérez, Eliane Roux.

Martes, 2 de noviembre

He llevado a mamá a Neuilly esta mañana.

Todos querían volver conmigo. En su entusiasmo, Dédé Kahn me dice — veo todavía su cara suplicante, sus ojos negros, tan negros con su pelo dorado, tan a punto de brillar de risa—: «¡Quiero que duermas a mi lado!» Era la expresión suprema de su amor.

Miércoles, 3 de noviembre

Otra mañana tan rica que estoy estupefacta. Estaba libre hoy. Por fin he logrado acostumbrarme a una vida irregular: accedo a tomar las horas de libertad como vienen y a no hacer ya nada según el plan establecido. Habrá hecho falta este trastorno terrible, esta resistencia de los acontecimientos de mi vida, que me impiden llevar desde hace un año una vida normal, para desembocar en este resultado, para obligarme a *ceder*: digo ceder porque no había mayor enemiga de los cambios que yo. Llegaba al extremo de temer los regocijos, las experiencias nuevas, por prometedoras que fuesen (como un viaje o un suceso imprevisto), a causa del desorden que introducirían en mi existencia, porque también *me intimidaban*.

Así que esta mañana trabajo en mi antiguo cuarto. Tomo notas sobre las *Odas* de Keats.

Al cabo de dos horas caigo en la cuenta de la verdad de esta frase de Wolff: la esencia suprema del arte de Keats es su poder de sugerencia. La *Oda al otoño*, por ejemplo, se ha prolongado en mí, *lingered deliciously* [persiste deliciosamente] en mí, mucho después de haberla leído.

Quiero que den también a Jean mi cuaderno de notas, sobre todo el marrón grande en cartón, porque contiene tanto de mí como estas páginas. Aún no he tenido tiempo de escribir lo que yo pensaba de Keats, pero la misma elección de las críticas representa exactamente lo que me gusta o no me gusta de su obra.

* * *

Jueves, 4 de noviembre

Esta mañana he asistido a la primera reunión de alumnos en el curso de Cazamian.

Mi sentimiento antes: tercer año en que «vuelvo» como «aficionada», sin poder mezclarme con los opositores. ¿El retorno va a tener otra vez el mismo encanto este año?

¿Voy a habitarme de nuevo a este elemento normal de mi vida después de un trastorno semejante, después de mi verano solitario?

¿Va a asaltarme el recuerdo del año pasado, cuando estaba en primer curso y sufría porque Jean no hubiera venido (aún estaba en París)?

Ahora, mi impresión: estoy desbordante de proyectos, me embarga un deseo entusiasta de trabajar, de hacer las disertaciones, los dictados. No me he sentido desplazada en absoluto, mucho menos que el año pasado. ¿Quizá la Sorbona forma ahora una parte excesiva de mi vida?

Y, ¡oh, ironía!, tengo tan poco tiempo. ¿Cómo conciliar Neuilly y todo lo demás que ocupaba mi tiempo? ¿Cómo me las voy a arreglar?

De momento supero los obstáculos. He elegido una redacción sobre Shelley para el tercer trimestre. Pero aquí sé que parloteo, me río de mí misma, pero me divierte, es un mojón en el futuro tan sombrío.

* * *

Vuelvo a ver a Savarit. Recuerdo del año pasado en la misma época. Pero veo claro que él no me gusta.

Viernes, 5 de noviembre

Curso de la señora Huchon.

Primer curso en casa de Nadine. Ya ha pasado un año. Nada es más útil para evaluar el tiempo que el retorno regular de estas cosas.

Un año y nada ha cambiado.

Sábado

Viene a comer la señora De la V. Nadine Henriot, música en casa de los Job.

Parece ser que la radio inglesa ha vuelto a dar detalles espantosos sobre la vida en los campos de Polonia.

Domingo, 7 de noviembre

Charles y Simón.

El domingo por la noche, Charles me dijo, cuando estábamos solos en el saloncito, al contarme detalles sobre su detención cuando le habían separado de sus padres: «Estaba tan triste que no podía llorar».

Lo decía ahora sin emoción, con un tono *matter of fact* [neutro]. Pero no se lo ha inventado, es el recuerdo de alguien que *estuvo*.

Lunes, 8 de noviembre

Biblioteca, visita de un alemán que quería libros anglosajones. ¡Si hubiera sabido a quién se dirigía! Extraño también que la única lengua que haya podido unirnos haya sido el inglés, la situación tenía su miga.

Marie-Louise Reuge vuelve de la Creuse, donde parece que los alemanes han llegado *con metralletas* para acorralar a los judíos refugiados. Uno tras otro, todos los departamentos pasarán por esto.

Anna, a la que llevo a Rothschild, me habla de una prima suya, de origen polaco, que ha perdido a sus cuatro hijos en esta guerra. Su marido había muerto de las secuelas del gas de la otra guerra. Su vida está arruinada y lo ha dado todo por Francia: ahora vive escondida, acosada, como una loca.

Al volver encuentro una nueva carta de ese desdichado prisionero de guerra que me pregunta si han dado fruto mis gestiones a propósito de su hijo de 12 años, del que no sabe nada desde hace más de un año. ¿Hay muchas situaciones tan atroces como las de los prisioneros que al volver no encontrarán ni a su mujer ni a sus hijos?

Martes, 9

Esta mañana llevo a los Enfants-Malades a una niña de 2 años y medio que tiene aspecto de una pequeña árabe. Lloraba sin parar en el hospital gritando «Mamá» instintiva, automáticamente. Mamá, el grito que viene a los

labios espontáneamente, cuando sufres o estás triste. Me he estremecido al distinguir esas dos sílabas en el fondo de sus sollozos.

Su madre y su padre han sido deportados, ella estaba con una nodriza, ¡han ido a detenerla! Ha pasado un mes en el campo de Poitiers.

Los gendarmes obedecieron órdenes conminándoles a ir a detener, para internarlo, a un bebé de 2 años al cuidado de una nodriza. Pero es la prueba más desalentadora del estado de embrutecimiento, de la pérdida total de conciencia moral en que hemos caído. Es esto lo desesperante.

¿No lo es darse cuenta de que yo, con mi reacción de rebeldía, soy una excepción, cuando las anormales deberían ser las personas que *pueden* hacer estas cosas?

Es siempre la misma historia del inspector de policía que respondió a la señora Cohén, cuando la noche del 10 de febrero vino al orfanato a detener a trece niños, de los cuales el mayor tenía 13 años y el más pequeño 5 (niños cuyos padres habían sido deportados o habían desaparecido, pero que eran «necesarios» para completar los mil del convoy del día siguiente): «¿Qué quiere usted, señora? ¡Cumpló con mi deber!»

Que se haya llegado a concebir el deber como algo independiente de la conciencia, independiente de la justicia, de la bondad, de la caridad, muestra la inanidad de nuestra supuesta civilización.

Desde hace una generación trabajan en volver a embrutecer a los alemanes (es un retorno periódico). Toda inteligencia está muerta en ellos. Pero cabía esperar que entre nosotros fuera diferente.

* * *

Lo terrible es que en todo esto se ve a muy pocas personas *infraganti*. Porque el sistema está tan bien organizado que los responsables aparecen poco. Es una verdadera lástima, porque de lo contrario la rebelión sería mucho más general.

¿O es porque yo veo las cosas desde el exterior? Es cierto que ha hecho falta un mínimo de hombres para organizar y ejecutar las persecuciones.

* * *

Pensado el otro día en la calle: «No, los alemanes no son un pueblo de artistas si pueden prohibir a un Menuhin, a un Bruno Walter, negarse a escuchar a un violinista porque es de otra religión o incluso, como sostienen ellos, de otra raza. Negarse a leer a Heine..., es imposible conciliar las dos cosas».

Miércoles, 10 de noviembre

Estoy horriblemente inquieta por los demás. Volvía de mi cita con la señora Morawiecki, derrengada por el día, pero apretando contra el pecho el jabón que Jean me ha enviado a través de ella; es de espliego, el perfume que le persistía en las manos cuando se separaba de mí, y dentro había un papel: un recuerdo de otro jabón (el que yo le había enviado el año anterior). Nada podía convencerme más directamente de que había pensado en mí a pesar del silencio que nos separa. Y tengo también la foto que le han sacado.

Papá me ha leído la carta sibilina de Yvonne^[71]. Hablan de traslados. He comprendido al instante. La conversación con Marie-Louise Reuge me ha vuelto demasiado clarividente para no captarlo de inmediato. Los métodos deben continuar, un departamento tras otro. Tengo miedo de que esta seguridad también vaya a romperse.

Aquí, nosotros, que estamos tan acostumbrados, quisiéramos proteger a los demás, deben de estar muy desamparados de repente. ¿Qué hacer si todas las seguridades se derrumban una tras otra?

El pequeño remanso de consuelo donde el paquete y la foto de Jean podrían haberme abrigado un momento, por corto que fuese, no existirá. Estoy demasiado inquieta por la suerte de los demás. No me quejo. No lo lamento. La prueba es sin duda mejor, puesto que es más severa.

¡Vaya día! He ido a la boda de Annie Digeon, en Saint-Germain-des-Prés, y después a la recepción. Estaban los Pineau (y muchos condiscípulos). Como siempre después de haber visto a los Pineau, yo estaba triste. Y las bodas son siempre deprimentes y fatigosas.

Viernes, 12 de noviembre

Después de comer, la señora Agache llega como una loca porque acababa de enterarse de que a la joven Bokanowski, ingresada en el hospital Rothschild con sus dos bebés mientras deportaban a su marido a Drancy, también la habían llevado a este campo. Agache le ha preguntado a mamá: «¿Cómo, deportan a los niños?» Estaba desquiciada.

Es imposible expresar el dolor que he sentido al ver que ella sólo *comprendía* ahora, porque se trataba de una conocida. Mamá le ha respondido, sin duda invadida por el mismo impulso apasionado que yo: «Hace un año que se lo decimos, pero usted no quería creerlo».

No saber, no comprender, incluso cuando lo sabes, porque una puerta en ti permanece cerrada, la puerta que al abrirse te permite *asimilar* al fin lo que

simplemente sabías. Es el drama inmenso de esta época. Nadie sabe nada de la gente que sufre.

Y yo pensaba: ¿pueden hablar de caridad cristiana estas personas que ignoran lo que es exactamente la fraternidad y la simpatía humanas? ¿Tienen derecho a pretender que son los herederos de Cristo, ese Cristo que era el más grande socialista del mundo y cuya doctrina se basaba en la igualdad y la fraternidad de los seres humanos? No saben siquiera lo que es la fraternidad. La compasión sí, la ofrecen como fariseos, porque la piedad implica casi siempre una idea de superioridad y condescendencia. No es la piedad lo que deben ofrecer, sino la *comprensión*, la comprensión que les hará sentir todo el carácter profundo e irreductible del dolor ajeno, la monstruosa injusticia de estos tratos, y les sublevará.

Yo le decía mentalmente a la señora Agache: «¿Comprende ahora por qué estamos tan angustiadas, por qué estamos afligidas? Sufrimos el dolor de los otros, sufrimos por la humanidad, mientras que usted simplemente ofrece su compasión cuando oye hablar de esos sufrimientos».

Pero ¿alguna vez ha visto ella el interior de mi corazón? Me ve siempre normal, siempre ocupada en mil cosas. También es culpa mía. Mi exterior engaña a la gente. Debería acceder a mostrarme tal como soy por dentro, sacrificar este pudor o este orgullo que quiere obligarme a seguir siendo como los demás y también a rechazar su compasión, mostrar mi angustia para servir a la causa que constituye mi objetivo: revelar el dolor humano en todas sus formas.

A menudo tengo la sensación de hacer teatro, que mi deber sería no aparentar normalidad, revelar, cavar el foso real que nos separa de los demás en vez de intentar ignorarlo, o incluso, cosa que me ocurre con frecuencia, apartarme de ellos, para no expresarles mi reproche.

¡Y si la gente supiera qué estragos hay en mi corazón!

* * *

Ayer se llevaron del hospital a cuarenta y cuatro enfermos, entre ellos a un tuberculoso en fase terminal, dos mujeres que tenían aún tubos de drenaje en el vientre, una paralizada de la lengua, una joven a punto de dar a luz y a la señora Bokanowski.

¿Y por qué? ¿Por qué estas deportaciones? No tienen sentido. ¿Para hacerles trabajar? Morirán en el camino.

¡Dios, Dios, qué monstruosidad! Qué oscuro es todo esta noche, no veo salida. Estoy abierta a todos los relatos de horrores, recojo todas las tristezas,

pero no veo solución, es demasiado.

* * *

Ahora ya no encuentro esta sensación porque la he rechazado, como si no tuviera derecho a existir. Pero antes de la cena me he preguntado si estaría mal querer hallarse por fin en un remanso de ternura y amor. Que te mimen, te acaricien, que se funda esta armadura que la soledad ha creado contra la tormenta. No, no hay nada que fundir, pero habrá profundidades inmensas que despertar. ¿Podré algún día no estar sola, *captain of my soul* [dueña de mí misma], y tener derecho a esta ternura maternal que le pediría a Jean, por paradójico que pueda parecer? Quisiera que me acunasen como a un niño. Yo, que me ocupo de otros niños. Quisiera después tanta y tanta ternura. Porque ahora sin duda no tengo derecho.



«Quisiera que me acunasen como a un niño. Yo, que me ocupo de otros niños.

Quisiera después tanta y tanta ternura».

Diario, viernes 12 de noviembre de 1943, p. 216.

© Memorial del Holocausto - Col. Job.

No puedo pedírselo a mamá porque su alma es un lecho de ascuas como el mío. En ella se reflejan mis torturas y mis angustias, aunque es más mi igual que mi madre, el dolor iguala. Cuando me acoge en sus rodillas y me besa con

mucha suavidad sólo sirve para hacerme llorar. Pero no me apacigua porque siento que ya no me puede consolar.

Hace ocho días estaba llena de entusiasmo para trabajar. Pero era sólo un estado pasajero. Sabía bien que era una ilusión. La disipó un hecho nimio, sin gran importancia en sí, pero en el que cristalizaron muchos otros elementos. Al volver ayer de Saint-Denis a las siete y cuarto me perdí el comienzo de la clase de Delattre. Y él asignó a otra estudiante el tema que yo había pedido. Cuando después de clase voy a disculparme y le pido que me lo restituya (cosa que él habría podido hacer, incluso no habiendo tenido la delicadeza de asignármelo en mi ausencia, como Cazamian había hecho por la mañana), se niega diciendo: «Cuando alguien no está, los demás ocupan su puesto». La frustración, la indignación, y también la congoja que siempre me produce que me traten con un poco de dureza, hacen que me afluyan las lágrimas a los ojos; una hora más tarde, estaba todavía indignada. Pensaba en mis esfuerzos por tratar de aferrarme un poco aún a esta vida de la Sorbona que me resulta tan esencial, que él, de todos modos, podía saber cuánto me importaba esta vida intelectual y que yo era más idónea para ella que muchos otros alumnos; pensaba en el sacrificio voluntario que había hecho. Y que Delattre podría haberme concedido esta pequeña compensación.

Y luego, sin gran dificultad además, porque puedo muy bien renunciar a una cosa, y hasta olvidarla, y *hacerme lo que yo quiero* (nunca he logrado explicar esta frase a la señora Schwartz, aun cuando expresa lo esencial de mi carácter), he renunciado a preparar mis oposiciones a cátedra.

Sábado, 13 de noviembre

Anoche leí *El osito Winnie*, que me había traído Jeanine Guillaume. Sonreí hasta el fondo del alma, y hasta me reí en voz alta. Es en verdad el ambiente de los niños ingleses que tanto me gusta, me recuerda muchísimo a Miss Child. Y también la finura de algunos hallazgos, el tono risueño y serio, que se ríe de los niños y al mismo tiempo los admira, comprende que son infinitamente superiores a nosotros. Yo estaba extasiada.

Por la mañana, después de mi clase de alemán, subo por la empinada rue Rodier y a Lamarck bajo un chaparrón que chorreaba sobre las escaleras de Sacré-Coeur.

Vienen a comer Denise y François y la señorita Detraux. Tenía una necesidad absoluta de contarle a alguien *El osito Winnie*. Cuando he empezado he visto que no le interesaba a nadie. Y he continuado, aun a sabiendas de que forzaba la atención ajena, consciente de que les aburría. He

vencido la repugnancia que me producía la sensación de ser aburrida. Pero no comprendía que los demás desprecien *El osito Winnie*. Es el problema eterno: compartir con alguien mi entusiasmo, para mí no existe una alegría si no puedo comunicarla a otro. Ahora estoy privada de todos aquellos con los que podía hacerlo, ante todo Jean.

Aun así, Detraux ha escuchado y admirado los dibujos de Winnie; y, de rodillas cerca de su butaca, yo le contaba la historia. La contaba mal, expresaba mal el encanto del texto, porque es intraducible en francés, y Detraux está mucho más lejos que mamá de este ambiente. Pero yo seguía hablando, me ardían las mejillas. Los demás hablaban a mi alrededor, lo cual me aislaba, nos aislaba. Yo lo olvidaba todo, salvo mi esfuerzo por transmitir el encanto del libro.

Después, mamá, que tenía un poco de sueño, me pregunta sonriendo: «¿Y qué le sucede a Winnie?» Pero yo sabía que me lo preguntaba porque mi entusiasmo le había sorprendido y no porque le interesara *Winnie*. Era yo, y no el libro, la causa de su interés. Seguramente había también un deseo de complacerme. Pero no había la comprensión que yo habría querido para el libro.

Voy a Galignani. En vez de *El osito Winnie*, encuentro *A través del espejo*, la continuación de *Alicia*, y un libro de poemas para niños del mismo autor que *Winnie*, y también maravillosamente ilustrado.

Después he ido a merendar a casa de la señora Crémieux. Ella volvía al mismo tiempo que yo.

Nunca se llegará a comprender la desolación de una vida como la de esta mujer. Sé que sólo puedo tener presentimientos al respecto. Nadie puede saberlo. En un momento dado ella me ha dicho: «Usted no puede saber, Hélène. Hay momentos en que creo que sueño. Abro la puerta y me digo: “Mi marido va a estar ahí”, y me digo que es imposible que no esté». ¡Dios mío, qué pena me ha dado!

Varias veces ha sonado el teléfono, una de ellas para avisar de que habría una deportación el lunes. En esos instantes no podíamos volver a hablar del asunto, algo me impedía reanudar la conversación. Y, sin embargo, era un deber, no valía la pena hacerle pensar en cosas semejantes.

Ha buscado en su cuaderno, el cuaderno que estaba en el cajón de la señora Schwartz. Así pues, todo esto es un fragmento de vida muerto, acabado. El escritorio, la señora Schwartz, sus ojos grises, siempre brillantes de ternura cuando me miraba con una sonrisa indecisa. Françoise que se reía, que entraba y salía con un papel en la mano. La señora de Robert Lévy,

siempre grande, bonita y limpia con su buen humor y su optimismo, la señora Cahen que *whinait* [se quejaba] siempre en medio de sus trifulcas con los recaderos, Jacques Goetschel que entraba a comprobar el archivo, la señora Horwilleur, ya tan nerviosa y abrumada por las tristezas, todo esto se despierta en mí, pero como algo que ya no tiene voz, un *dumb show* [película muda], angustiada porque las voces ya no suenan, sólo quedan las imágenes.

No obstante, aquella catástrofe no era un castigo, pues lo único que hacíamos era intentar aliviar las desgracias ajenas. Sabíamos lo que ocurría; cada nueva medida, cada deportación nos arrancaba un pedazo adicional de dolor. Nos acusaban de colaboradores^[72] porque los que acudían a nosotros acababan de presenciar la detención de un miembro de su familia, y era natural que tuviesen esta reacción al vernos. Oficina de explotación de la miseria ajena. Sí, comprendo que hayan pensado esto. Desde fuera tenía un poco este aspecto. Ir a trabajar allí todas las mañanas, como a una oficina, pero donde nos visitaban personas que venían a saber si tal o cual persona había sido detenida o deportada, donde las fichas y las cartas que se clasificaban eran el nombre de mujeres, de niños, de ancianos, de hombres cuyo destino era tan atroz. ¡Oficina! Aquello tenía algo de siniestro.

Me acuerdo incluso de que una o dos veces, por la fuerza de la rutina, que me inducía a recorrer este camino todas las mañanas a la misma hora, por un momento había considerado esta vida como «oficinesca», como algo normal y corriente, y de haberme alegrado de reunirme con mis amigas. Pero si esta sensación era culpable (y quién no la habría tenido, ya que exteriormente era una vida igual que la de un oficinista), juro que en cuanto ponía el pie en el primer peldaño se desvanecía, que tenía plena conciencia de que la materia con la que iba a trabajar era el dolor humano, que sabía bien que no era una vida de oficinista ordinaria, que los demás se equivocaban al criticarnos. Comprendo muy bien que el aspecto externo de toda esta administración haya suscitado el asco, porque la primera vez que fui a la rue de Téhéran, cuando detuvieron a papá, me acuerdo de la impresión horrible que me produjo. Ver a unos hombres reunidos en una oficina, cuando la materia sobre la que operaban era el sufrimiento infligido adrede por los alemanes a otros seres humanos.

¿Por qué entré a trabajar allí? Para poder hacer algo, para estar muy cerca de la desdicha. Y, al servicio de los internados, hacíamos lo que podíamos. Los que nos conocen bien nos comprendían y nos juzgaban con justicia.

Respecto a los de fuera que pensaban [que] nos habíamos metido allí para protegernos gracias a aquel famoso carné de legitimación, si yo hubiera

podido considerar este asunto desde ese punto de vista me habría negado a entrar. Cuando ingresamos, en julio de 1942, justo después de la redada del 16, todos nuestros amigos abandonaban París enloquecidos, Katz le había dicho a mamá que si insistíamos en quedarnos tendríamos que buscarnos una actividad, entonces se hablaba de recoger a los jóvenes en paro, sin distinción especial. Cuando nos dio las tarjetas era otra cosa más, al margen, y nos había dicho: «Si les detiene en la calle alguien de la Gestapo, enséñenle esto». Pero en aquel momento el carné no tenía el valor que tuvo más adelante (y que ha perdido ahora). Apenas pensábamos en él. Sólo pensábamos en el sacrificio que representaría para nosotras entrar en una asociación semejante. Después he cambiado, he limpiado muchas cosas en mi interior, a costa de pérdidas terribles. Para los que pensaban que estábamos allí para protegernos, la redada del 30 de julio fue un desmentido flagrante.

Por otra parte, nadie conocía mejor que nosotras la inestabilidad e inseguridad de nuestra situación. Me acuerdo de lo que decía la señora Schwartz.

¿Por qué he removido todos estos recuerdos? Ahora que vuelvo a pensarlo, el pasado cobra de nuevo su aspecto de *dumb show*. Todo esto está muerto.

Pero al pensarlo comprendo por qué estaba yo desorientada, *out of joint* [descaminada], por qué todo esto me parecía muerto. Olvido que llevo una vida póstuma, que debería haber muerto con ellos. Si hubiese partido con ellos, la nueva vida me habría parecido una continuación de la otra, no habría tenido esta sensación.

Salgo de casa de la señora Crémieux a las siete, bajo un diluvio; primero hemos aguardado el 92 y hemos acabado cogiendo el metro. Al bajar en Trocadero, en la oscuridad, mientras corro meto los pies al azar en charcos, azotada por la lluvia y el frío.

En la rue Fourcroy, cuando ella me tenía enlazada del brazo y estaba debajo de mi paraguas, dice: «Hélène, ¿qué *harán* con este tiempo?» ¿Qué responderle?

Es terrible no poder consolar.

Domingo
14 de noviembre

He salido muy temprano a ver a la señorita Ch. a causa de Charles. También inquietudes por ese lado y mamá me deja la plena responsabilidad. Es una muestra de estima, sin duda, pero me hace sentirme sola. Antes de

salir, voy a dar los buenos días a Charles; él se me lanza al cuello; y después, mientras me habla, deja los brazos posados en mis hombros. Estas muestras de afecto me causaban estupor, no podía creer que fueran para mí.

De allí me he ido a Neuilly a buscar a la pequeña Odette para llevarla a casa. Una niña de 3 años, con ojos azul claro y el pelo dorado como un bebé inglés. No ha hablado. Visiblemente, lo único que le gustaba era estar en brazos.

La he llevado a las cuatro y después he ido a casa de Denise, adonde llego reventada. Por suerte ella ha tocado el piano. Pero esto me ha hecho revivir de golpe el pasado todavía tan reciente en que ella practicaba el piano y yo la oía al subir la escalera, y más aún la ternura con que ella me envolvía. Y he comprendido que uno de los motivos de mi soledad es su ausencia. Nunca había «asimilado» su matrimonio.

Por la mañana me había retrasado una llamada telefónica a Denise Mantoux, de paso por París; la veré la próxima vez. Pero me ha dicho que su hermano Gérard estaba aquí y estaría encantado de vernos. Los Mantoux pertenecen a un pasado ya lejanísimo que emerge a la superficie, no sé si me hará ilusión.

Anoche, después de la cena, leía *El hombre de buen carácter*, de Goldsmith, cuando llamaron. Era un joven que nos enviaba la señorita Detraux para pedirnos nuestra opinión sobre dos niños a los que él había recogido tras la detención del padre (médico), la madre y otros dos más pequeños, de 12 meses y 2 años. Detenido en la calle, cuando quisieron comprobar sus papeles, el padre tuvo el impulso de huir y a continuación fueron a buscar a su familia, que estaba haciendo las maletas: ¡demasiado tarde, ay! Parece que el alemán que había ido a detener a la mujer le decía: «¿Por qué no dices dónde están los otros dos niños? Una familia tiene que estar reunida...» ¡Sí, cuando separan a las mujeres de sus maridos a partir de Metz!

Porque ahora deportan a las familias; ¿qué se proponen? ¿Crear un Estado judío en Polonia? ¿Piensan por un segundo que esas desventuradas familias afincadas aquí, algunas desde hace cinco siglos, tienen otra idea en mente que no sea volver?

Después no he podido continuar mi lectura. He tenido que acostarme. ¡El problema del mal reaparecía tan inmenso y tan desesperado!

Martes, 16 de noviembre

En el bulevar de la Gare, donde han abierto una sucursal de Lévitán (centro donde los internados de Drancy, «favorecidos» porque son «cónyuges de arios»^[73], clasifican y meten en cajas los objetos robados por los alemanes en los apartamentos judíos y destinados a Alemania), hay actualmente doscientas personas, hombres y mujeres mezclados en la misma sala con un lavabo. Todo lo hacen en común, despojan refinadamente de su pudor a los dos sexos.

Allí están Kohn, Edouard Bloch, gran mutilado, ¿cómo se las arregla? La señora Verne, la mujer del banquero. ¿Y además de qué sirve la clase? Todos sufren, pero las personas intensamente delicadas y finas como el primero deben de sufrir más.

Voy a Neuilly para nada.

Voy a Saint-Denis a las once y media.

Lloro después de cenar.

Miércoles, 17 de noviembre

Vuelvo del hospital de los Enfants-Malades, donde una enfermera me había citado a causa de un niño. Mujer de buen corazón e inteligente, quería salvar a Doudou; le he explicado que no había nada que hacer, que estaba bloqueado^[74]; he captado sus vacilaciones respecto a la UGIF y me he entristecido. La comprendo muy bien; y es difícil explicar a los demás qué es. Oficialmente, por su carácter no clandestino, es una monstruosidad. Pero en principio, sin la asociación, ¿quién se habría ocupado de los internados y de sus familias? ¿Y quién puede decir el bien que muchos de sus miembros han hecho?

Me cuenta que tenía un ayudante de sala que volvía de Polonia y que había presenciado con sus propios ojos el espectáculo siguiente: allí los obreros franceses no están autorizados a circular fuera de un recinto determinado. Este chico una noche había salido en la oscuridad y había sobrepasado el límite prescrito; cuando estaba a la orilla de una especie de lago oyó un ruido. Se escondió y presenció algo que no tiene nombre: vio avanzar a unos alemanes empujando a mujeres, hombres y niños. Había una especie de trampolín sobre el que les obligaban a subir. ¡Y de ahí, plof! Los tiraban al lago, es lo que la mujer ha dicho; yo he sentido que se me helaba la médula de los huesos. Eran judíos polacos.

Así que no lo sé todo, pero cada relato nuevo cae en una atmósfera de conciencia en carne viva.

Ella añade que es muy probable que los alemanes, al retroceder en el frente ruso, vuelvan a aquellos lugares, descubran los cadáveres y proclamen que han sido los bolcheviques, para dar miedo a nuestros buenos burgueses. ¿Quién sabe si Katyn no fue también obra suya?

Este obrero estaba en un campo con rusos. Fue en este campo donde hubo una epidemia terrible de tifus por la que Lemiére se marchó a Alemania (sin hacer nada, dice la mujer). Murieron catorce mil rusos en aquel campo. De noche, los alemanes uncían a cuatro rusos a unas carretas en las que hacinaban los cadáveres desnudos, arrojaban a hombres que aún no habían muerto revueltos con los difuntos.

Respecto a las mujeres rusas, cuando los franceses intentaron darles de comer, las encerraron en un calabozo. Por la tarde las sacaron y les hicieron desfilar desnudas delante de los obreros franceses, que reprendieron de tal manera a los alemanes que éstos amontonaron de nuevo a las mujeres en el calabozo.

Y, sabiendo esto, ¿quieren que yo sea normal, que trabaje regularmente? Sí, esta mañana había decidido trabajar en mi tesis, sabía oscuramente que era imposible, que un nuevo sobresalto me lo impediría. Primero ha llegado la noticia esta mañana de que Yvonne y los demás se habían dispersado a los cuatro vientos a causa de una amenaza.

Después llega esto; ¿cómo es posible mantener la serenidad, que es ante todo *singleness of mind* [retiro del mundo], si cuando te retiras del mal que asuela el mundo, éste viene a recordártelo?

Los únicos felices deben de ser los ignorantes.

Miércoles, 24 de noviembre

Hay en este momento una ola de pesimismo. ¿Es por el invierno, el tercero de estos largos inviernos sin esperanza? ¿Es realmente porque no podemos más? La resistencia humana tiene recursos increíbles. Nunca hubiéramos creído que soportaríamos lo que soportamos. ¿Cómo la señora Weill, por ejemplo, la madre de la señora Schwartz, a la que vi ayer por la mañana, no se vuelve loca? ¿Cómo no se vuelve loca la anciana señora Schwartz, con dos hijos deportados, una nuera deportada, un yerno deportado, una hija internada y un marido chocho?

Parece que en Alemania el partido sigue siendo tan fuerte que la guerra puede durar mucho tiempo. En las ciudades bombardeadas obligan a los hombres a quedarse; a las mujeres las envían a otras fábricas; y a los niños, a partir de los 6 años, los entregan a las escuelas nazis. ¡A los niños! ¿Por qué

empeñarse en creer que los alemanes ven la situación como nosotros, que ven los dos aspectos de la cuestión, que ven la inutilidad de la guerra? No se debe comparar el estado de ánimo de un alemán de ahora con el nuestro. Están intoxicados; ya no piensan; ya no tienen espíritu crítico: «El Führer piensa por nosotros». Temería encontrarme con un alemán, porque estoy segura de que habría una incapacidad total de comprendernos. Su valentía no es apenas más que un instinto animal, el instinto de la fiera. Los que no combaten porque es la consigna y porque ellos forman un rebaño, actúan sin duda con la exaltación de los fanáticos.

No puedo admirarles por nada, porque ya no poseen nada de lo que constituía la nobleza de un ser humano. Por eso la guerra puede durar, por eso el futuro es tan sombrío.

Esta mañana leía a Shelley y su *Defensa de la poesía*; anoche, un diálogo de Platón traducido por él. Qué desesperación pensar que todo esto, todos estos resultados magníficos de perfeccionamiento, de humanización, toda esta inteligencia y amplitud de miras esté muerto hoy. Vivir una época semejante y sentirse atraído por todas estas obras, qué irrisión, es casi incompatible. ¿Qué diría Platón? ¿Qué diría Shelley? Me tildarían de soñadora e inútil. Pero ¿no son los demás, no es la furia del mal que impera actualmente lo que es falso e inútil? Si hubiera nacido en otra época todo esto habría podido desarrollarse.

Hoy hace un año que Jean se fue. Un año desde que al volver a casa encontré el ramo de claveles de colores distintos. Desde el sábado, aniversario de la última vez que vino, y en que reviví desde la mañana todos los detalles de aquel último día, por así decirlo he superado un hábito, he vencido la obsesión de los recuerdos que traía cada aniversario.

Viernes, 26 de noviembre

Mala noche; creí que iba a tener una otitis, de tanto que me dolía el oído, como hace dos años, durante aquel siniestro 12 de diciembre. Debía de tener fiebre. He estado todo el día *funny* [no me sentía a gusto]. De todos modos he ido a casa de Nadine. Adagio del *Trío quinto* de Beethoven. ¡Qué hermosura!

Domingo a mediodía
28 de noviembre

La abuela murió anteanoche de repente, cuando mamá acababa de irse.

Estoy tan cansada que no puedo pensar. Además, no lo asimilo todavía. Lo haré cuando todo haya acabado. Lo que ocurre actualmente, estos velatorios en la habitación, el espectáculo de su cuerpo tendido en la cama, todo esto es una prueba más, que por otra parte no tiene nada de terrible, no es nada que haya penetrado en mi experiencia y ocasionado una rebelión, una rigidez o un sentimiento de miedo (porque era la primera vez que yo veía un muerto). Todo es infinitamente simple, su cara no ha cambiado mucho, parecía que dormía; ha adquirido el tono del marfil viejo. Cuando entré por primera vez, ayer por la mañana, lo que más me impresionó fue esta inmovilidad de mármol. Desde hace tres días, duerme, duerme todo el tiempo, nada puede ya molestarla.

Pero sé muy bien que no es *eso* lo que me apenará de la muerte de la abuela. No consigo asociar *eso* al recuerdo vivo que conservo de ella. Y gracias a ese recuerdo, a las mil evocaciones que surgirán, asimilaré su desaparición.

Por el momento siento simplemente que hemos perdido la última amarra que fijaba nuestro lugar en el tiempo, entre el pasado y el futuro.

Prefiero estar despierta. Esta noche he tenido tales pesadillas que me he obligado a permanecer despierta.

Me llena de ternura este cuerpo de marfil que parece dormido. Es una bendición que haya cambiado tan poco.

Nicole dijo, ayer por la mañana: «Es como una llama que se apaga, estaba al final de la vida». Es cierto, no puede haber rebeldía. Es incluso más suave y apacible que la realidad que nos rodea.

La tía Marianne tiene un aire de crucificada. Ahora es la única que queda de esta generación, y ahí está el gran drama. El tío Emile, la abuela, la tía Laure, todos han muerto. Ella se pasaba horas sentada al lado de la cama, sin decir nada, con la cabeza inclinada hacia un lado, dentro de sus forros de piel, y la cara tan pálida y cansada como la de la abuela. Ninguno de nosotros la ganará en congoja.

Yo nací en la cama en que ha muerto la abuela, y mamá también. Me lo ha dicho ella esta tarde. Me ha reconfortado que la vida y la muerte estén así mezcladas.

He encontrado esta noche la carta de Jean del 27 de junio en la que me hablaba de la abuela cuando ella estaba tan mal. Ahora, seis meses después, cómo ha cambiado todo: a mi alrededor se ha creado un vacío.

Me habría gustado tanto que la abuela le hubiera conocido; me parece que me habrá faltado una bendición. Si le hubiera conocido, el hecho de que ella

le hubiese sonreído, que hubiera hablado con él, habría integrado de golpe a Jean en mi vida interior y mi vida pasada. Me hace sufrir mucho no poder hacerlo, con esta ausencia tan larga acontecida al cabo de un conocimiento tan imperfecto.

Noche del lunes, 29 de noviembre

Vuelvo de casa de la tía Marianne. Qué tristeza. Estaba allí Denise, que habla mirando al aire, está enorme y camina con esfuerzo, y hace continuamente las mismas preguntas. Y de pronto, qué espectáculo que la tía Marianne, tan trastornada por la muerte de la abuela, se ponga a cantar a voz en grito y a bailar pesadamente, a cantar estribillos de café concierto que tiene en unos discos. Y es el único momento en que habla correctamente y con coherencia.

La tía Marianne estaba contentísima de mi visita.

No lo asimilo; sigo sin poder conciliar las dos cosas, la abuela de antes y la de estos últimos días. Es la primera la que va a vivir ahora, y cuyo recuerdo, cuando poco a poco me vaya dando cuenta, me entristecerá. La otra no me ha producido ningún temor, pero me pareció ajena. No entré en la habitación cuando la introducían en el féretro, no porque tuviese miedo (habría podido vencerlo y, además, ella no estaba cambiada), sino *porque para mí no era la abuela*. Me quedé una parte de la tarde al lado del ataúd; esta mañana he comprado claveles y ayer violetas para meter en la caja; y nada de esto me ha emocionado. He colocado las flores en el féretro.

Esta noche, al volver, entre las tarjetas de pésame encuentro dos exquisitas de Nadine Herriot y la señora Crémieux. Lloro al recibir el afecto ajeno. Y de repente caigo en la cuenta de que las dos eran amigas que yo había conocido a través de Françoise. Al pensar en Françoise, el corazón se me encoge.

Mañana tendré que bajar a la estación de metro Père-Lachaise. Fue en esa estación, hará cosa de un año, hacia las cinco, donde hablé por primera vez con la señora Schwartz; pasaban continuamente los vagones de metro y nosotras hablábamos en el banco del andén. Le conté lo de Jean, porque no podía ocultarlo a las personas que aprecio. Ahora ya no tengo que hacer este esfuerzo ni esta confesión, porque todos mis seres queridos han muerto. La oigo todavía, con sus ojos brillantes de ternura (brillaban mucho de amor, siempre, sus ojos): «¡Qué encantador, una niña como usted!»

* * *

La señora Duchemin le ha escrito a mamá algo muy certero al hablarle de la paz que ahora cobija a la abuela. Ellos ya no podrán disfrutarla. Pienso en el hospicio que era nuestro terror por ella, esa casa de miseria donde ya hay tanta gente que sufre. Y además, en el fondo, ¿esta paz no es más hermosa, infinitamente superior a nuestra vida de angustia y tormentos perpetuos? Temer continuamente por los tuyos, no hacer el menor proyecto de futuro, ni siquiera el más próximo. No es retórica, pero siento profundamente la belleza de esta estrofa de *Adonais*, y he tenido la tentación de aprenderla de memoria:

“ *He has outsoared the shadow of our night;
Envy and calumny and hate and pain,
And that unrest which men miscall de light,
Can touch him not and torture not again;
From de contagion of the world's low stain
He is secure, and now can never mourn
A heart grown cold, a head grown grey in vain.*^[75]

Hoy ha habido realmente un momento en que he hecho míos estos versos.

* * *

Comienza la conciencia de la desaparición.

Las visitas a la abuela, aparte de su carácter tradicional, aparte de que representaban la celebración de una especie de religión muy dulce del pasado, se habían convertido en un refugio en esta vida angustiada; porque con ella yo no hablaba de la realidad, seguía siendo un islote verdeante del buen tiempo pasado, un islote de paz.

Y yo extraía también una gran dulzura de la sensación de darle suavidad y ternura. ¿Qué va a ser de mí sin ella ahora?

* * *

¡Pobre señora Basch ayer, que dijo que la abuela era la única dichosa! Estaba deshecha de angustia por su marido, de inquietud por sus padres que tienen 85 años, del esfuerzo que hay que hacer para fingir. Tiene un coraje extraordinario, porque es plenamente consciente y conserva un aspecto sereno y normal. Sólo que ayer estaba descorazonada y sollozaba en la escalera.

Pusieron en el féretro (no digo: de la abuela, porque estas dos cosas van juntas) el ramo de violetas que yo había comprado el domingo, una rama de toronjil de Aubergenville que estaba en mi armario de ropa blanca, el único recuerdo de Bayona que queda aquí, y los claveles que compré de parte de Yvonne y Jacques.

Martes, 30 de noviembre

He escrito a Yvonne esta mañana, a Jacques anoche. Es extraño cómo la muerte de la abuela ha resucitado del pasado a los nietos que fuimos, cómo ha estrechado aún más los lazos que nos unían.

¿Es el cumplimiento del deseo que expresaba en su última carta, que todos sus nietos permanecieran unidos? Me parece una idea maravillosa.

La única experiencia de la inmortalidad del alma que podemos tener con certeza es la que consiste en la persistencia del recuerdo de los muertos entre los vivos.

De la otra nadie puede afirmar nada porque nadie sabe nada. En el caso de muchos, la creencia en la vida futura no es más que un subterfugio para disfrazar el miedo a la muerte, y por desgracia el catolicismo ha explotado estos sentimientos y los ha desarrollado. Quizá haya personas que *saben*, gracias a una iluminación. Pero la mayoría de la gente que cree en el paraíso y en el infierno cree porque se lo han dicho desde que eran pequeños, como los alemanes de hoy creen que los judíos son unos bandidos. En realidad es un misterio insondable, y en este punto me pongo en las manos de Dios. El único ser humano que tuvo razón fue Hamlet en su monólogo *To be or not to be*.

El recuerdo de la abuela es risueño, primero porque murió simplemente debido a que había terminado su vida, y en lo inevitable hay una gran belleza. Nosotros, los humanos, debemos considerar ineluctable el fenómeno de la vida y la muerte. Cuando comprendes aceptas. Lo que no aceptamos es la locura criminal de las personas que propagan la muerte artificialmente, que se matan entre ellas, siendo así que la muerte pertenece a Dios.

El otro motivo es que su recuerdo es sólo una dulzura risueña, no se puede ver a la abuela de otro modo. Sólo dejé recuerdos de felicidad que al evocarlos te embargan el corazón de ternura.

30 de noviembre del 43

Si la muerte pudiese ser como en *Prometeo liberado*, y es lo que debería ser si los hombres no fuesen malos:

“ And death shall be the last embrace of her
Who takes the life she gave, even as a mother,
Folding her child, says, «Leave me not again.»^[76]

Sobrecoge, es lo que yo intentaba expresar hace poco. Acabo de encontrarlo como una luz en la noche, al leer el *Prometeo* de Shelley. Se trata

de la resurrección del mundo después de la liberación de Prometeo. Habla la Tierra:

“ *Flattering the thing they feared, which fear ivas hate,*^[77]

¿Por qué Dios ha implantado en el hombre el poder de hacer el mal y el de esperar siempre una liberación de la humanidad?

“ *The loftiest star of unascended heaven,
Pinnacled dim in the intense inane,*^[78]

como Keats: *Bright Star!*

“ *Hung in love splendour among the night,
As the billows leap in the morning beams.*^[79]

Alegría.

“ *Once the hungry Hours were hounds
Which chased the day like a bleeding deer,
And it limped and stumbled with many wounds
Through the nighty dells of the desert year.*^[80]

Es ahora.

Para mí. Y cuánto más para los deportados, los prisioneros.

No exagera nada Shelley cuando dice que la poesía es la cosa suprema. De todo lo que existe, es lo que está más cerca de la verdad y del alma. (Mal expresado, pero sentido.)

El sueño magnífico del acto IV, ¿no extrae su valor de lo que no existe, de lo que sólo es esperanza, y en lucha contra la realidad? Es la pregunta angustiosa que cabe hacerse siempre con las utopías.

Noche del lunes, 6 de diciembre

Podría bailar, correr, saltar. No sé cómo contener mi alegría: hay noticias de Françoise y de los demás. ¡Uf! Ya está, ya lo he dicho. Al volver he encontrado un neumático de la madre de la señora Schwartz diciéndome que acababa de recibir una carta de su hija fechada el 25 de octubre en Birkenau. Françoise besa a su padre. La señora de Robert Lévy y Lisette Bloch están con ellas. El silencio se ha roto por fin.

Me paro a reflexionar cómo podría comunicárselo a Cécile, Nadine, Monique de Vigan. Todas sus amigas, sin teléfono, *damn it* [¡qué lata!]. No poder salir, son las siete y media de la tarde. Iré a la rue de Lille mañana por

la mañana a primera hora. Desde casa de los Ebrard telefoneo a los Canlorbe. Contesta el marido de Nicole. Por suerte, él podrá dar el recado.

¡Alabado sea Dios! He rezado mucho.

¡Saber dónde están! Tener noticias de ellas desde aquella partida horrible. Es una amarra para el pensamiento ciego errante.

Noche del martes, 7 de diciembre

Jacques acaba de escribir dos cartas a mamá de una ternura exaltada. A su profesor, Collomp, lo han matado salvajemente a tiros de revólver en Clermont-Ferrand, durante aquel ataque contra la Universidad de Estrasburgo del que poco a poco conseguimos reconstruir el relato. Sabíamos que la facultad había sido sitiada, que habían matado a un profesor de griego, que habían alineado en el patio a todos los profesores y estudiantes de la Alsacia-Lorena, con el brazo en alto durante más de diez horas, y que finalmente les habían deportado. Todo el asunto lo había dirigido un estudiante francés, hijo de un oficial del ejército, que indicaba a los alemanes la verdadera identidad de cada alsaciano-loreno. El profesor asesinado era, pues, Collomp^[81].

Comprendo que Jacques esté trastornado. De golpe, brutalmente, ha tenido la revelación de lo que me atormenta desde hace meses. Habla del dolor humano. Quiere hacer una tesis sobre el sufrimiento en los griegos. Hiervo al pensar que experimenta exactamente la misma evolución que yo, que ahora comprenderá el sentido de todas las cartas que le escribía, por qué *Hiperión* me entusiasmaba. Quisiera escribirselo. Quisiera que comprendiese lo que me ha ocurrido a mí, cuánto nos parecemos. Y también quisiera ayudarle, porque sé lo que es.

* * *

Dejo a la señora Lehmann, muy desalentada por la jugarreta que le ha gastado su socia, vendiendo los fondos del negocio de ambas sin decírselo. De golpe, recae sobre ella todo el peso de la angustia que sin duda sólo su trabajo le ayudaba a soportar. Se ha despedido diciéndome: «Descansaremos cuando estemos muertos».

Esta frase la he leído hace algún tiempo en una novela rusa —creo que *El duelo*, de Kuprin—; una cita de Chéjov: «Descansaremos, tío Vania, descansaremos».

Ella me ha dicho: «Por supuesto, la gente me dice: sus hijos son jóvenes, aguantarán, resistirán. Pero les respondo: no resistirán a una bala de

revólver».

¿Qué harán de esos campos el día en que las cosas vayan mal? En Kiev han matado a veinte mil judíos. En Feodisiya, en Crimea, doce mil en una noche.

* * *

He corrido todo el día. Tomo cinco veces el metro esta mañana, para proporcionar a M. B. la alegría de adjuntar una nota a la respuesta de la señora W. Cuando he leído la carta de la señora Schwartz y he visto la firma, la Thérèse característica, he sentido júbilo, he adjuntado abajo de la carta una frase farfullada en alemán. Qué emoción sostener esta carta que llegará quizá a sus manos dentro de dos meses.

* * *

Evasión de Jean C. S. Relato extraordinario. En el calabozo, molido a golpes; balas de revólver apuntándole por el tragaluz, juramento de esos catorce hombres.

* * *

Miércoles, 8 de diciembre

Viene a merendar la señora Morawiecki. Trae las muñecas de trapo que había hecho.

Escucha y se interesa por todo lo que se dice.

Pero sigue siendo igual de indefinible: no sé si la aprecio o no. Creo que hay en ella una falta de dulzura, de ternura, que sólo puedo acercarme a ella hasta cierto punto. Y, sin embargo, ha tenido una idea conmovedora con estas muñecas. Se interesa por nosotras. Pero ¿le gusto? ¿Me ha aceptado como quiero que haga? ¿O mantiene la misma actitud?

Noche del lunes, 13 de diciembre

No sé por qué tengo presentimientos. Desde hace unos quince días han difundido desde varios lugares el rumor de que nos tienen que detener a todos antes del 1 de enero. Hoy, en el Instituto, Lucie Morizet me ha esperado a propósito (yo había bajado con Denise a comprar libros para Jacques) para decirme que un amigo suyo le había dicho que avisara a todos sus amigos

judíos de que les detendrían antes del 31 de diciembre. Ella se ha empeñado en que yo hiciera algo. ¿Hacer qué? Hay que sublevar a un mundo.

No es la primera vez que circulan rumores parecidos. No es la primera vez que vienen a darnos avisos de este tipo. Entonces, ¿por qué estoy tan inquieta?

Objetivamente, hay motivos para estarlo. Porque tengo la impresión de que somos la última hornada, y de que no pasaremos entre las mallas de la red. No quedan ya muchos judíos en París; y como son los alemanes los que ahora hacen las detenciones, hay pocas posibilidades de escapar, porque nadie nos avisará.

Subjetivamente, anteanoche soñé, siempre con la misma nitidez, que por fin había llegado el momento de elegir nuestros lugares de refugio respectivos, que todos teníamos que escondernos y dispersarnos. Me desperté muy angustiada. Aquello se parecía mucho a la realidad.

¿Por qué estoy inquieta? No tengo miedo. Y desde el principio lo estoy esperando. Pero lo espero desde hace tanto que acabo preguntándome si no es estúpido esperar sabiendo a qué te expones. A menos que sea abandono. No lo creo, porque me quedo aquí perfectamente a sabiendas de lo que puede ocurrir, y se trata de una elección voluntaria.

Pero ¿por qué esta elección? No porque es la valiente, sino porque es el deber; esta postura, en principio, estaría demasiado cerca del orgullo, y además, en realidad, no creo que en esto haya un deber. Sería distinto si yo fuera médico y tuviese que abandonar a mis enfermos.

Y, sin embargo, si de repente abandonase mi vida «oficial», tendría la sensación de que desarto. No con respecto a los demás, sino a mí misma. Habría contraído un gusto excesivo por el sufrimiento, la lucha, la desdicha, para poder acostumbrarme de nuevo a otra vida. Porque la prueba conduce a una purificación mayor.

Materialmente hay obstáculos inmensos; con voluntad lograríamos escondernos, pero escondernos todos, los padres, Denise, los S. Cela. Pero sé bien que nadie de la familia aquí tomará una decisión así antes de verse delante del peligro, y quizá entonces sea demasiado tarde.

He dicho que no tenía miedo. Aun así, me pregunto si no es por ignorancia, ignorancia de los sufrimientos que habrá que padecer, ignorancia de mi capacidad de aguante. Si, una vez que esté allá, no diré que fue una locura y una ceguera quedarnos.

Sé muy bien que, si nos detienen, me deportarán separada de mis padres, que esta separación será una angustia atroz para cada uno de nosotros, aparte

de la propia deportación.

¿Me diré entonces: cómo, sabiendo esto, no hiciste nada para evitarlo?

Si alguien lee estas líneas y si *eso* ha ocurrido, se sorprenderá, como con la mano de Keats, y después dirá: sí, ¿cómo, cómo?

Pero mi angustia no me preocupa. Podré soportar mi parte completamente sola. Es la inquietud que me causan los demás: Denise y François. A Denise, en su estado^[82], la separarán de François. Estará este sufrimiento moral y el físico del hambre y los malos tratos, la falta de cuidados médicos.

Estará la pobre Auntie Ger, tan endeble y ya tan deprimida (por otra parte, hay en ella desde el principio una especie de fatalismo que a menudo me subleva), el tío Jules, que no lo soportará, y Nicole, Nicole sobre todo, y Jean-Paul. Ella no sabe lo que será cuando habla de ello fríamente. Todo lo cual echado a perder, tengo la sensación de que veo más claro que los otros.

Y quizá todo esto sólo sea una vez más un rumor alarmante. ¿Abandonarlo todo, tomar una decisión tan grave, cuando quizá no suceda nada?

Y, sin embargo, aunque fuera un rumor como los otros, no cambia el hecho de que miles de personas han sido y son detenidas todos los días, que hoy la cifra de deportados llega casi a cien mil, que, con o sin «alerta», la realidad está ahí, y que debemos al puro azar el que aún no hayamos sufrido ese destino; y que lo único que habrán hecho esas alertas es desgarrar el velo que nos envolvía en todo momento, hacernos conscientes de lo que *deberíamos haber sido conscientes* en todo momento, puesto que existía y nos amenazaba.

* * *

Ayer, después de comer, sucumbí a una llorera. La provocó un incidente sin gravedad, una de esas eternas discusiones sobre el inglés en las que corroboré que no se debe discutir con mamá, porque en cuanto emitías una propuesta, en lugar de aceptarla para hablar de ella, mamá lanzaba agresivamente una contrapropuesta. Por ejemplo, en cuanto dices que la política exterior de los ingleses es egoísta y poco caballeresca (lo que es innegable), ella salta: «No tenemos derecho a decir nada, les hemos traicionado», o «¿Te parecen mejores los alemanes?». (Dos cosas sobre las que nos entendemos.) ¿No se puede salvaguardar la libertad de pensamiento, a pesar de todo? Sobre todo si reconoces tus propios errores. Yo estaba molestísima por no poder obtener la imparcialidad de mamá, por sentir que me rebelaba contra ella, ver que en aquel momento ella estaba enfadada

conmigo y no saber si sacrificar la busca de la verdad a la aceptación de su carácter, tal como es: uno de esos casos en que mi convicción de que hay que aceptar a los demás y comprenderles totalmente, ver su punto de vista y su legitimidad desde el punto de vista ajeno, entra en conflicto con otra cosa. Toda la miseria latente ha aumentado mi nerviosismo y he llorado o intentado llorar durante media hora.

* * *

22 de diciembre

Hace por lo menos ocho días que no he anotado nada en este diario. La última vez fue por los reproches de Lucie Morizet que me anunciaba nuestra inminente detención. Lo cual ha continuado toda la semana, en todas partes, hasta el señor Rouchy el sábado. Pero el sábado otro asunto vino a inquietarnos mucho más, sin duda infundadamente. Ahora soy incapaz de acordarme del ambiente horrible de aquel día, de aquella tarde, que me pareció un cumplimiento de mi angustia constante: Denise recibió por la mañana la visita de un alemán de uniforme que quería ver el apartamento. Después nos tranquilizaron diciendo que era algo continuo. En aquel momento, vi, y todos vieron, a Denise y François obligados a esconderse, vi la mudanza del apartamento, la vida fuera, la vida hasta el final de la guerra para dos personas más, y esta vez de nuestra propia familia. ¡Denise, en su estado! Durante la comida, bajo la conmoción de la visita, hacía esfuerzos visibles para contener los sollozos. Me quedé aquí de guardia toda la mañana, mientras mamá, Denise, Andrée y su marido estaban en el apartamento, François y papá en casa de Robert L. Hubo que aguantar la visita de los Robert Wahl.

Seguí vistiendo maquinalmente a las muñecas. ¡Al día siguiente, estaba tan derrengada como después de una noche de baile!

* * *

Anoche, mamá me dijo que los André Baur habían sido deportados, con sus cuatro hijos pequeños. La noticia me atormenta. No pasa de ser otra historia más. Pero estábamos segurísimos de que no se irían. Y justo en Navidad, cuando preparo árboles, en esta fiesta de los niños. Es eso lo que me ha apenado tanto.

Lunes, 27 de diciembre

Ayer estaba el árbol de Navidad aquí. Así es, pero apenas ha habido discontinuidad entre estos dos días, porque sólo he dormido tres horas por culpa de mi nariz taponada.

Voy a buscar a Pierre y Danielle. Cuando he visto a Danielle, y que cada una de sus expresiones y sus ojos me recordaban de pronto a su madre, con una intensidad sobrecogedora, me ha invadido una congoja aún desconocida, era algo distinto de lo que he experimentado hasta ahora. La imagen de la señora Schwartz se había difuminado y mi recuerdo no era más que un estado de ánimo, la tristeza. Con Danielle, la imagen ha resurgido.

Hoy, a las dos, cuando me disponía a salir para mi clase de alemán, llega Odile. No puedo decir que me haya sorprendido. Enseguida lo he captado y aceptado sin dilación. Además, parece que fue ayer cuando nos separamos. ¿Efecto de la soledad? Tengo la sensación de que hemos reanudado la conversación donde la interrumpimos.

Viernes, 31 de diciembre

Quería consagrar este día al trabajo, sé muy bien que el trabajo sólo puede ser para mí un momento de olvido voluntario y nada más. Sé muy bien que no he resuelto el conflicto entre él y la realidad, entre mi realización y la llamada tiránica de la realidad, que este conflicto renacerá después del mediodía, cuando haya cerrado mi libro. Anoche quería hacerlo pero estaba demasiado cansada. No aproveché unas cuantas horas libres, tan preciosas para mí, en cierto modo robadas, porque cuando volví encontré aquí a Denise, porque estaba demasiado cansada (no he cogido ni un día de vacaciones) y me entró una llorera, como el otro día, cuando llegó mamá; no hay nada que hacer, es como un dique que se rompe.

Esta mañana, por tanto, quería trabajar, a veces todavía pienso en una mañana de trabajo como en una maravillosa perspectiva, pienso en la poesía, en todos los gozos que me ha proporcionado, en lo que podría crear. ¿Pero cómo no he comprendido aún que ya no debía ni podía ser? ¿Cómo no consigo renunciar a ella, reconocer francamente que es imposible? Así que esta mañana debía ponerme a ello, pero sólo hasta las once, porque tengo que ir al hospital a ver a Michèle Varadi. (Otra medida alemana: los judíos ya no tienen derecho a la asistencia médica en los hospitales.) Pero mamá acaba de leer el periódico, bruscamente la poca esperanza, la pequeña provisión de felicidad artificial que yo había reunido con gran dificultad se ha derrumbado porque la realidad ha prevalecido. Dos cosas: Darnand^[83] acaba de ser nombrado comisario de mantenimiento del orden. No sé quién es, sólo que es

uno de esos gángsters protegidos por los nazis que surgen por todas partes. Pero lo que esto quiere decir = una guerra civil segura, más detenciones y muertes. Muertes por doquier. Y la muerte, ¿qué es? Es poner fin a vidas llenas de promesas, a la savia de vidas interiores tan rumorosas e intensas como la mía, por ejemplo. Y hacerlo fríamente. Es matar a un alma al mismo tiempo que a un cuerpo, aunque los asesinos sólo ven un cuerpo. Y cuanto más lejos vayan, más muertos habrá. En cuanto se comienza a verter sangre no existen límites.

¡Qué rápidamente desaparecen la moral y el respeto a la humanidad cuando se sobrepasa un determinado límite! En un salto se vuelve al estadio animal. Hace mucho que los nazis han llegado a ese estadio. Juegan con el revólver, juegan con la muerte como con un pañuelo de bolsillo. Son ellos los que están al frente de este engranaje espantoso que gira ahora con una rapidez acelerada.

Creo que me volveré loca. Pierdo la razón por momentos.

La otra cosa es el discurso del *Gauleiter* Sauckel^[84], dirigido de cabo a rabo contra «los judíos». Se apodera de mí un enorme cansancio cuando lo pienso: ¿no les han torturado, exterminado, perseguido bastante desde hace cuatro años? Ya casi no quedan (y qué padecimientos indecibles representa esto para seres humanos que seguramente tenían más derecho a la vida que monstruos como Sauckel), ¿y para eso han ganado la guerra? ¿Han progresado más por eso?

Me pregunto qué efecto producirá un discurso semejante en gente del exterior. Sin duda, una *parte* del que ha producido en mí: la sensación de estupidez e inutilidad. Pero no la otra parte: la conciencia dolorosa de todos los sufrimientos que hay detrás.

* * *

La otra noche leí una novela corta de Kuprin, *Gambrinus*. Es la historia de un músico judío en Rusia, escrita con dulzura e imparcialidad, al estilo de Duhamel (en *La vida de los mártires*) o Roger Martin du Gard. Las persecuciones están solo esbozadas. Pero para *mi* son de una veracidad sobrecogedora. La frialdad razonada, la crueldad desgarradora de estos métodos está muy bien descrita en el relato. Pero es espantoso. Pensar que siempre ha existido; y siempre sin la menor excusa.

* * *

Cuando escribo «judío» no traduzco mi pensamiento, porque para mí no

existe esa distinción: no me siento diferente de los demás, nunca llegaré a considerarme parte de un grupo humano segregado, quizá por esto sufro tanto, porque ya no comprendo. Sufro al ver la maldad humana. Sufro al ver cómo el mal se abate sobre la humanidad; pero como siento que no formo parte de ningún grupo racial religioso, humano (porque siempre implica orgullo), sólo me sostienen mis luchas y mis reacciones, mi conciencia personal. Me acuerdo de lo que dijo Lefschetz en la rue Claude-Bernard, cuando su alegato en favor del sionismo me había sulfurado: «Ya no sabéis por qué sois perseguidos». Es verdad.

Pero el ideal sionista me parece demasiado estrecho, todo agrupamiento exclusivo, ya sea el sionismo, la horrible exaltación del germanismo que estamos presenciando, o hasta el chovinismo contienen un orgullo desmedido. Nada puedo hacer a este respecto, pero nunca me sentiré a gusto dentro de grupos así.

* * *

1944

Noche del domingo, 10 de enero de 1944

¿Seguiré hasta el final? La pregunta se vuelve angustiosa. ¿Seguiremos hasta el final?

Hay actualmente dos grandes vías que llevan las dos al peligro y quizá a la nada: la deportación que nos amenaza siempre, los acontecimientos que van a producirse desde ahora hasta el final de la guerra. Los que la terminarán, y cuyo pavoroso peligro veo con más claridad desde que Gérard nos habló de él.

Ahora temo por Jean, porque expondrá su vida. Si nos encontramos después de todo esto, si escapo al peligro que nos amenaza desde hace dos años, y si él sale sano y salvo de este huracán de fuego, habremos pagado cara nuestra felicidad. Qué valor extraordinario habrá adquirido.

Pero qué distinto será su regreso de como lo había imaginado. No sonará el timbre de la puerta. No tendré que preguntarme en qué habitación recibirle. ¿Estaré yo aquí? Incluso en el caso de que no me ocurra nada, ¿dónde estaremos, en la gran conmoción que sacudirá a toda Francia?

¿De aquí a tres meses quizá? Tres meses son muy largos para la gente que ha vivido esperando cada día el desembarco sin más fundamento que la esperanza y los rumores falsos. Pero se hacen muy cortos cuando los ves como una cosa segura, cuando de pronto prevés su cumplimiento.

Largos, sí, terriblemente largos para los que sufren, para los que, como ha contado la señora Poncey, están en un campo de concentración cerca de Viena, tan debilitados que se tambalean ante el impacto de los pedazos de pan que les lanzan sus vecinos, los prisioneros franceses. Para los deportados, para los que se mueren de hambre, para los torturados en las cárceles.

Hoy, en casa de Breynaert, François ha contado la historia siguiente, que a su vez le ha contado un compañero suyo, ingeniero de la SNCF en Châlons. Un tren de deportados (refractarios)^[85] se detiene en Châlons. Los presos de un vagón desmontan el fondo y se acuestan encima de los raíles, confiando en salvarse de este modo. El tren se pone en marcha. Pero los alemanes han previsto la treta: todos los vagones están cerrados y precintados con plomo salvo el último, que está abierto y lleno de soldados armados. Cuando el tren parte, ven a los deportados en las vías y les disparan con todas sus armas (son

balas explosivas que despedazan los cuerpos). Dos o tres se levantan e intentan huir, pero los matan a tiros. Disparan hasta alcanzarles a todos. Luego se apean del tren, a culatazos obligan a los heridos a levantarse, vuelven a disparar y por último amontonan los cadáveres revueltos, moribundos y heridos dentro del furgón; el tren vuelve a partir. Y hay doce muertos de los que no se sabrá nada.

Es atroz. La muerte se administra liberalmente por todos lados, distribuida ciegamente por esta raza exasperada, porque todos no han aceptado su concepción de raza dominante.

* * *

Yo ya no podía tocar música porque de golpe presentía agudamente la desgracia que podría sucedernos. Por ejemplo, Denise en un vagón de deportación, esta idea era inaguantable. Estaba casi enfurecida con ella porque me decía a mí misma: no se da cuenta, no es consciente del peligro, es un crimen. Debería esconderse ya mismo. Si aguardamos la alerta quizá sea demasiado tarde. ¿Cómo nos quedamos aquí, con un riesgo semejante?

El viernes, en casa de la señora Milhaud, hablamos de la cuestión. Ella decía: más tarde, si la desgracia ocurre, no comprenderemos cómo hemos podido quedarnos, teníamos la oportunidad de ocultarnos, pensaremos que estábamos locas. Hay sin duda una parte de inconsciencia. Pero yo soy consciente y por eso estoy tan atormentada.

* * *

Noche del martes, 11 de enero de 1944

Esta tarde experimento una vez, pero en todos sus detalles, el proceso que consiste en volver a sumergirse en la realidad atroz.

Ayer creí que me había agarrado a una tabla de salvación: André Boutelleau vino a la biblioteca a charlar durante dos horas y a proponerme la traducción de la *Defensa de la poesía*, de la que yo le había hablado vagamente. La propuesta me daba de pronto un objetivo más próximo y más tangible que mi tesis. Era realmente una tabla de salvación, porque desde hace algún tiempo me ahogo, en el sentido literal de la palabra. Esta conversación me había devuelto un poco la confianza, yo había vuelto a ser un poco la que era hace tres años, en la época en que sentía despertar con entusiasmo mi sensibilidad literaria, en que todo me parecía nuevo y maravilloso, la época

que terminó con la partida de Jean, el momento en que aprobé el examen de literatura inglesa y en que trabajé y me licencié.

Ahora veo claro que había algo forzado en mi placer de ayer, porque ya no puede ser lo que fue. Antes era una efusión espontánea, una ebullición perpetua. Ahora noto que me encuentro en oposición con la realidad; ludo por preservarla, porque es algo sin duda indispensable para no desequilibrarme totalmente. La forma tangible en que se manifiesta este estado de ánimo es, por ejemplo, la certeza que tengo de que para mí hay dos mundos y que no puedo integrar uno en el otro, de que André Boutelleau no puede y no quiere entrar en el mundo de la desdicha y el dolor que yo he descubierto, y que estaría obligada a dar sólo una parte de mí en todo esto. Ahora bien, la esencia de mi ser es la unidad de intención, *single-mindedness*.

De modo que había recuperado un poco de equilibrio, pero a la manera de un enfermo que quiere curarse. La prueba de que este equilibrio era artificial, impuesto, frágil, está en el hecho de que ha bastado un sobresalto para quebrarlo. Al llegar a Neuilly, Jeannie me ha dicho que la señora Schouker acababa de recibir una llamada telefónica anunciándole que su hijo (11 años), al que ella creía a salvo en Burdeos, había sido detenido.

La noticia ha bastado para sumergirme de nuevo en la realidad. Me ha perseguido una sensación de malestar moral.

Paso el fin de la velada en casa de la señora Schwartz. Entre otras cosas, me entero de lo siguiente:

— la detención de una joven a la que había visto en casa de Schwartz: la señora Carcassonne, con su marido y su hijo de 11 años. Un niño frágil (pienso que incluso anormal). Llamaron a la una y media de la madrugada, él intentó huir por la escalera de servicio y le pegaron. Abajo, ella se postró de rodillas para suplicar *que no se lleven* a su hijo (hace falta tener una idea bastante clara de lo que te espera para llegar a suplicar que te permitan *abandonar* a un hijo). Se niegan. Abajo, les hacen esperar una hora en un coche mientras ellos suben a saquear el apartamento y a robarlo todo. Con lo cual abastecen el bulevar de la Gare. Han deportado a los tres.

— la hermana de otra señora vista en casa de la señora Schwartz (y también detenida más tarde), detenida con un bebé de 8 meses y un niño de 4 años. Schwartz me dice: «Qué hacer

con un bebé de 8 meses, aquí ella le paseaba, le acostaba...» Palabras así te lo describen con una precisión de pesadilla.

— en el bulevar de la Gare *hay secciones de todo*, mobiliario, costura, mercería, orfebrería. Sólo cosas robadas en los pisos de personas detenidas y deportadas y que han tenido que meter en cajas las propias víctimas del saqueo. Las cajas se envían de inmediato a Alemania.

Jueves, 13 de enero

Vuelvo esta noche aplastada por la plena conciencia de la realidad. Hay momentos en que cobro una conciencia absoluta, y entonces me parece que me debato en un océano bajo un cielo negro, sin un resplandor. He tenido esta sensación muy a menudo (cuando las redadas de niños el pasado febrero, me acuerdo). Pero ahora se reproduce sin cesar, pienso que es el estado normal, real, es decir, la realidad tal cual es, y el estado en que debería estar constantemente si tuviera una conciencia constante.

¿Y qué ha determinado esta nueva crisis? Un simple acopio de hechos que ha recopilado mi memoria, entre otros miles. Esta mañana, por ejemplo, he ido a la Sorbona; quería hablar con Josette de mi traducción. (Anoche, decir que estaba arrebatada por el entusiasmo de leer a Shelley, ese yo también existe, es tan verdadero y profundo como el otro, pero ¿tiene derecho a existir?) El bedel del Instituto se ha acercado a preguntarme si «no había problemas», siempre lo mismo, le «habían» dicho que avisara a los estudiantes de mi categoría de que tuviesen cuidado. ¿Qué responder? Lo sé de sobra, todo esto; creo que la detención es perfectamente posible; comprendo muy bien incluso que él me prevenga. Pero cansa tanto, ahora, al cabo de dos años.

Después la conversación se ha desviado hacia la actualidad general. Me cuenta que un estudiante italiano había ido el otro día a decirle: «Señor, ¡he visto algo horrible!» «No me extraña, hoy todo es horrible», le contestó A. «He visto un camión alemán lleno de cadáveres que ni siquiera estaban tapados».

Sin duda fusilados de los que nunca se sabrá nada.

Después asisto durante una hora a la clase de Cazamian sobre Walter Scott. Un pequeño respiro. De ahí voy a los Enfants-Malades a visitar a mis tres protegidos. La señora P. me habla de sus proyectos de venganza sanguinaria sobre los personajes cobardes y repugnantes que denuncian y desvalijan los pisos de los detenidos (conoce a una portera que lo hace).

Después de comer voy a Neuilly a buscar a dos niños para llevarles a Julien-Lacroix.

El pequeño Schouker fue detenido en Burdeos durante una redada general: detuvieron a todos los judíos de Burdeos, a la una y media de la madrugada. Aguardan la llegada a Drancy para intentar que le liberen. ¡Once años, completamente solo, detenido a la una de la noche! ¡Era un elemento peligroso para la seguridad del Reich!

Hace quince días fueron a detener al gran rabino de Burdeos. Como no estaba, en represalia arrestaron a todos los ancianos y enfermos del hospicio. La directora de la UGIF, señorita Ferreyra (yo veía siempre su nombre cuando estaba en el servicio de los internados), se suicidó.

Ha llegado a Neuilly un niño de 4 años del que no se sabe más que el nombre, y al que ayer entregaron a una pareja turca «liberada» para el hospicio. Es precioso, brinca por todas partes, pero no puede decir nada de Drancy.

Encuentro a la señora Bayer, que me dice que habían ido a detener cerca de su casa a familias argelinas, y que los gendarmes franceses *habían ido a buscar a los niños a la escuela*, custodiando a las madres y padres mientras iban a buscarlos.

Pienso en la familia del doctor Seidengart: abuelos, nuera y nieta de 4 años, que viven al lado, el padre es prisionero de guerra. Un día vienen a detener a la familia. La joven ha desaparecido, no se sabe nada de ella, el abuelo ha sido deportado. Después la abuela y la nieta. Cuando vuelva el padre, ¿no tendrá motivos para volverse loco?

Deloncle^[86] ha muerto, dicen que asesinado por la Gestapo, que en este momento ajusta las cuentas a todos los que al principio se inmiscuyeron demasiado en sus historias.

* * *

17.I.44

En Neuilly tenemos un niño llegado nadie sabe cómo, confiado a turcos liberados de Drancy: es adorable; no para de besar. Tiene 4 años y parece muy desenvuelto. Está muy bien educado; el otro día, vino a buscar a una de las nodrizas: «Señorita, si no le molesta, ¿quiere hacerme mi habitación?» Parece que llora al acostarse llamando a su madre. ¿Dónde está? ¿En el campo, deportada? No se sabe nada.

¿Cuántos niños habrá que llaman a su madre y que ni siquiera tienen un Neuilly?

Nicole llega descompuesta al Instituto. Jean-Paul le ha escrito que parte una vez más, ella va a pasar días horribles. Noto que para ella era su universo; no hay duda de que es eso lo que la hacía ser un poco inconsciente, en todo caso lo que me empujaba a preguntarme, cuando sufría una de mis crisis de desarraigo, si no me habría vuelto loca, porque todas las demás parecían tranquilas, o si no estaría jugando a la Casandra. Ella dice: «Es la peor catástrofe para él y para mí». Yo también he pasado por esto, pero no de la misma manera: sólo he sabido después de un largo silencio. ¿Qué podría hacer por ellos?

Gérard dice que es mejor quedarse.

Veo a André Bay, muy amable, *introduced* [me presentan] al señor Catin y a Marie-Louise Reuge.

Martes, 18

Tenía una sola mañana libre esta semana: ni siquiera me atrevía a aprovecharla, era demasiado bonito. A las nueve, el correo me trae un SOS de la gente de Burdeos. He corrido todo el día casi para nada. Los padres no quieren que yo vaya allí. Rochefort, Denis, Lamarck, etc.

Detuvieron a Odile Varlot hace dos meses, cuando iba a llevar ropa a sus hijos, escondidos por ella en un convento; denunciada, deportada seguramente con un vestido de verano, en sandalias (en Niza).

Sábado, 22 de enero

Nuevo rumor de redada, las ha habido esta noche. La señora Pesson ha avisado a mamá.

Papá dice que habrá que pensar en el momento de marcharnos de aquí. Siempre tengo miedo de que sea demasiado tarde. Si llaman, ¿qué haremos? No abrir: echarán la puerta abajo.

Abrir y enseñar el carné: una posibilidad sobre cien.

Intentar largarse: ¿y si están detrás de la puerta de servicio? Rehacer las camas a toda velocidad para que no vean que acabamos de irnos; ahí arriba el frío, la reacción y la idea del día después a partir del cual tendremos que vivir una vida de acosados. Yo todavía no he abandonado nunca mi domicilio. Abrimos, nos dan la orden, nos vestimos febrilmente en la noche, nada de *rucksack* [mochila], ¿qué llevar? La sensación de la catástrofe que se avecina,

del cambio total, sin tiempo de reflexionar. Todo lo que abandonamos, el coche que aguarda abajo, el encuentro con todos los demás, a los que ya no reconoces.

¿Ocurrirá esto o no?

* * *

Miércoles, 24 de enero de 1944

Otra avalancha de cosas que hacer y una zambullida amarga en los bajos fondos.

Ayer por la mañana, llevo al pequeño Gérard a casa de la señora Carp. Él no quería separarse de mí: «¿Se quedará conmigo? ¿Comerá conmigo?», con su voz suplicante y tierna. Por suerte, se ha encariñado enseguida con la señora C. (Estas son las personas que conocen la verdadera caridad, la simplicidad. Cuando se lo he dicho esta mañana, me ha respondido: «¡Y que lo diga! Sólo haría falta que hubiese unas cuantas más».) ¡Decir que la mitad de la humanidad *fabrica* el mal y que hay una pequeñísima porción que intenta repararlo!

Esta tarde, de milagro, estaba completamente libre. Quería tocar algo con Denise. (Pero habría sido imposible, porque hemos planteado la cuestión del peligro que ella corría, yo voluntariamente, a sabiendas de que se enfadaría conmigo, o quizá herida por mi intrusión, pero me empujaba algo que me decía que hiciera caso omiso de mis *feelings* [sentimientos]; pero la atmósfera estaba totalmente perturbada.) He dicho, *as a joke* [en broma]: «Seguro que me va a tocar hacer algo».

A las dos llega la hija mayor de los Biéder, están desquiciados, evidentemente, una mujer sola con ocho hijos, para arreglar las cosas quería que se fuesen cuatro, he aquí algo que hacer. He ido a su casa con la hija, que es tonta, y luego a casa de Marie M., siempre dispuesta (otra más de esta élite), y después a ver a la señora B., donde no he encontrado a la señora Milhaud^[87].

Vienen a cenar los Robert Neveux. Hablan de Jean, su hermano, que ha venido de permiso con el rutilante uniforme alemán, ¡que lleva en el ojal la cruz de guerra y la cruz de hierro! ¡Qué trastorno moral! Pierdo la cabeza, porque no logro concebir cómo hombres libres, que tienen un alma y una conciencia, se han convertido en fanáticos y autómatas. Lo que han hecho de Jean Neveux es en pequeño lo que el nazismo ha hecho a los alemanes.

Esta mañana, al levantarme, neumático de la abuela de Danielle. He estado corriendo toda la mañana por esto. Tengo que anotar algunos hechos, de esos que nunca habrá que olvidar. La señora W. me ha dicho: cerca de su casa han ido a detener a una anciana a la que han amputado una pierna y cuya herida no se cierra porque tiene diabetes. La primera vez, el inspector la deja, al ver su estado. Dos días después, vuelven a buscarla con una camilla, para internarla en el hospital Rothschild.

Ahora bien, el hospital está hasta los topes; y como en otros no están autorizados a aceptar enfermos de nuestra especie..., Saint-Joseph tuvo que expulsar hace unos días a una mujer paralítica a la que alojaba, y los «judíos» no tienen derecho a la ambulancia, como tampoco a sentarse en un despacho alemán. A una anciana lisiada, convocada con su enfermera en la Kommandantur, la recibieron con estas palabras: «Usted, siéntese; ¡la judía, quédese de pie!» (durante dos horas).

¿Hay derecho a tratar a los seres humanos como animales? Mira a lo que hemos llegado veinte siglos después de Cristo.

Hasta las clínicas *privadas* deben ahora rechazar a los judíos. Denise se había inscrito en la rue Narcisse-Diaz para el nacimiento del bebé. Ayer, la señora vino a devolverle (llorando) el dinero. ¿Qué hacer? ¿Y quién sabe todas estas cosas? Tengo que contarlo. Pero los que no las hayan vivido, ni siquiera mis amigos, ni siquiera los Léauté, a quienes se lo contaré, no las asimilarán. Nos compadecerán, pero no asimilarán al alcance de este hecho y sus consecuencias.

Otra historia: la señora Biéder me cuenta esta mañana que su hija había perdido un pañuelo estampado al que tenía apego porque era un regalo de su padre. El otro día lo vio en la espalda de alguien del barrio (puerta Saint-Denis). Ella le pregunta si no se lo ha encontrado por casualidad. La otra le dice: «No, me lo ha dado su portera, es de su cuñada que acaba de morir, y como no puede ponérselo porque está de luto, me lo ha regalado». La portera lo recogió en la escalera (y nunca ha estado de luto). ¿Se puede ser ruin hasta el extremo de despojar a una familia de ocho hijos, cuyo padre ha sido deportado, y que vive con grandes estrecheces? He tenido una arcada moral al pensarlo. La pobre señora Biéder está obligada a darle continuamente algo (vino, patatas, y ellos sólo comen patatas hervidas desde hace un mes) para evitar que la portera la denuncie. Está en sus manos.

* * *

Lunes, 31 de enero de 1944

Ayer, Georges vino a comer como de costumbre. Yo me había llevado de Neuilly a Raphaél y a Dédé. Mientras jugaban en el salón, de pronto tuve conciencia (esta conciencia tan conocida ahora) de que Georges comunicaba una mala noticia a los padres. Me acerqué. No me equivocaba:

Suzanne está totalmente sola, sin nada (ni siquiera su bolso); Marianne, Édith, la mujer de François, y la anciana señora de Horace Weill han sido arrestadas; Emmeline, por suerte, no estaba allí, Jean-Paul tampoco; el pequeño Bernard también se salvó.

Me ha dolido el corazón, sólo se reciben noticias así en este momento. Pero cuando se trata de familiares es un dolor diferente. El horrible engranaje gira, gira y apresa sin cesar. Su zarpa aferra por igual a desconocidos y a parientes, creando por todas partes un mundo inextricable de padecimientos e inquietudes.

Esta familia W. R., un caso entre miles. Porque cada cual puede contar casos parecidos: François, muerto en junio de 1940, oficial de carros de combate, herido mortalmente en el pulmón por la metralla cuando daba la orden de quemar los tanques para que no cayeran en manos del enemigo. Nunca he podido asimilarlo; y la herida causada por su muerte no se ha cerrado nunca en su familia. Dejó un bebé de 2 años, Bernard, y a su mujer, a la que nadie conocía mucho, una lituana. La abuela de François se hizo cargo casi totalmente del pequeño.

Agosto de 1941. Maurice, el padre de François, es detenido en la primera redada de abogados. Tras un año internado en Drancy, le deportan en un estado de salud tan lamentable que es casi seguro que no regresará.

Diciembre del 41. Georges y Robert, los dos hermanos de Suzanne, detenidos. Son liberados después de pasar cien días en Compiègne. Robert ha muerto hace tres meses, muy probablemente de las secuelas de Compiègne.

Tras la deportación de Maurice, Suzanne va a reunirse con sus hijos en la zona libre. Y ahora... Marianne, su hija, su suegra y su nuera han sido deportadas.

* * *

No hace mucho yo citaba por gusto literario la frase de una obra de teatro ruso que había encontrado en *El duelo*: «Descansaremos, tío Vania, descansaremos». Se trataba del sueño de la tumba. Pero cada vez más me digo que sólo los muertos escapan a esta persecución agobiante; cuando ahora me entero de la muerte de un israelita, pienso, a mi pesar: «Está fuera del alcance de los alemanes». ¿No es horrible? Ya casi no lloramos a los muertos.

Esta vida es tan abrumadora, y la vida de un hombre tan poca cosa, que no cabe más remedio que preguntarse si no hay otra cosa que la vida. Ninguna doctrina, ningún dogma podrán hacerme creer en la existencia del más allá: quizá lo conseguiría el espectáculo de esta vida.

No me gustaría, porque querría decir que ya he perdido el gusto por la vida. Sin duda existe una vida buena, hay felicidad en otras partes del mundo, y una reserva para el futuro, para mí si vivo, seguramente para los demás. Pero nunca se borrará este sentimiento de poca cosa que es la vida, o por lo menos del mal que existe en el ser humano, de la fuerza enorme que puede adquirir el principio malo en cuanto se despierta.

31 de enero de 1944

Françoise vino ayer a traerme la respuesta para Danielle. Me cuenta que un amigo suyo que trabajaba enfrente de la Gestapo aquí (plaza des Saussaies) se había visto obligado a mudarse porque ya no soportaba los aullidos que oía todo el día. Clavan cosas debajo de las uñas de los acusados para que confiesen, les interrogan durante once horas seguidas, luego les ponen «en reposo» bajo la vigilancia de un enorme perro policía que está preparado para saltarte a la garganta si haces el gesto de sacar el pañuelo del bolsillo.

¿Qué ocurre en las cárceles? Los presos también tendrán cosas que contar.

Martes, 1 de febrero

Ayer por la mañana fui a buscar a Doudou al hospital. Sus enfermeras y los niños no querían dejar que se fuera.

Después, visita a la señora Weill. Tiene los nervios desquiciados. Temor por los pequeños. Preocupaciones de la vida actual.

Retengo lo siguiente: Pierre, en la pensión donde está de momento, tiene a un viejo profesor al que hay que llevar regalos para hacerle la pelota. En plena clase, tras una reprimenda cualquiera, increpa a Pierre: «¡Usted, usted estaría mejor con sus correligionarios en los alrededores del Bourget!»

Estas frases te hieren en lo vivo. Cuando conoces las implicaciones atroces que sugiere el sobreentendido, cuando sabes lo que es Drancy.

Naturalmente, los compañeros le han preguntado de inmediato qué era él. ¿Se puede obligar a mentir a un niño? ¿Cómo sabrá orientarse después dentro de esa red intrincada? A dos compañeros, «bajo secreto», les ha confesado lo que era.

Ahora, y esto es nuevo, cuando veo a un alemán o una alemana me doy cuenta con estupor de que tengo tal arranque de cólera que podría golpearles. Para mí se han convertido en los causantes del mal con el que me codeo a cada minuto. Antes no los veía así, les veía como autómatas ciegos, embrutecidos, bestiales, pero no responsables de sus actos, ¿quizá tenía razón? Ahora les veo con los ojos de una persona simple, con una reacción instintiva, primitiva: ¿conozco el odio?

¿Por qué no debo ceder a esta actitud primitiva? ¿Por qué intentar razonar, ver claramente las causas y los orígenes de la responsabilidad, si ellos no lo hacen? ¿Cabe hacerse esta pregunta? Si con un esfuerzo consciente reprimimos la reacción de odio, ¿llegaremos a reparar todo el mal que se ha hecho? ¿Comprenderemos algo distinto de la ley del talión? Es un problema angustioso.

¡Ayer, undécimo aniversario de la llegada de Hitler al poder! Once años, como sabemos ahora, de un régimen cuyos auxiliares principales son el campo de concentración y la Gestapo. ¿Quién puede admirar eso?

Apenas he dormido esta noche; anoche, cuando volví, papá anunció su decisión de no dormir más aquí. Estoy dividida entre papá, ahora firme en una resolución que cristaliza al cabo de muchos días, y sin duda justificada por los hechos, y mamá, que en su estado de fatiga no podrá sobrellevarla. ¿Quién tendrá razón? ¿Papá, que ve los hechos, o mamá, que siente? ¿Mamá es inconsciente y papá consciente? Quién sabe. La verdad es que toda la zozobra y el cansancio de esta vida van a recaer sobre mamá, siempre sobre la mujer. Ha sucumbido al llanto, como si se hubiera roto bruscamente, antes de cenar; es cierto, desde hace meses ella aguanta lo de todos y no tiene derecho a abandonarse. Está hipertensa. ¡Dios mío! ¿Qué consecuencias tendrá todo esto?

Sacrificar también la poca vida familiar que quedaba. Nuestras veladas juntos. Por otro lado, ¿hay que sopesarlo con la amenaza, si es una amenaza cierta? Papá ha visto ya lo que era: comprendo su decisión. Pero también comprendo la lasitud extrema de mamá.

Noche del viernes, 4 de febrero de 1944

Esta vez va a estallar la tormenta. El absceso se hinchaba desde el principio de la semana. A mediodía recibimos una visita que nos ha dejado «pensativos», una buena mujer enviada por la señorita D. para avisarnos. Había una historia de matrimonio que nos embrollaba y nos inducía a creer en

una impostura. Nos hemos devanado los sesos y he lamentado no tener alma de detective.

Pero era verdad. Al volver aquí encuentro a papá en la escalera. Había recibido la visita de N., que le ha dicho: «Alerta durante tres días».

Yo volvía de casa de Nadine. La clase se ha interrumpido otra vez. El pianista que tocaba con nosotros fue detenido el lunes con su hermana y seguramente ya ha sido deportado. Una denuncia. La señora Jourdan ha tocado con Nadine una sonata de Beethoven. De pronto, durante el adagio, la crueldad, la injusticia insensata de esta nueva detención, entre diez mil, me ha encogido el corazón. Un artista así, capaz de proporcionar al mundo gozos tan puros gracias a su arte, un arte que no conoce las maldades humanas, y frente a él la brutalidad, la materia que desprecia el espíritu. ¿Cuántas almas que valían un precio infinito, depositarías de dones ante los cuales los demás hombres deberían inclinarse, han sido trituradas, destruidas de este modo por la brutalidad nazi? Exactamente como una fuerza brutal, sacrílega, destruye un violín de valor, lleno de posibilidades latentes, capaces de suscitar las emociones más profundas y puras. Todas esas personas a las que los boches han detenido, deportado, fusilado, valían diez mil veces más que ellos. ¡Qué ruina! ¡Qué victoria del mal sobre el bien, de la fealdad sobre la belleza, de la fuerza sobre la armonía, de la materia sobre el espíritu! Almas como la de Françoise, que eran un universo, tan puras y pletóricas de dotes maravillosas, devoradas así por este engranaje del mal.

Cerremos los ojos. Olvidemos lo que es y hagamos la pregunta: «¿Concebís que hombres malvados tengan la potestad de aniquilar a una multitud, a millones de inocentes, como han hecho aquí con los judíos, por ejemplo, y en otras partes con otras poblaciones?» Porque, reducido a estos términos crudos, tal es la pregunta en la conciencia de cualquier hombre honesto, es lo que han hecho, lo que los alemanes han hecho.

Y creo todavía en la superioridad del bien sobre el mal. En este momento todo desmiente mi creencia. Todo se esfuerza en demostrarme que la verdadera superioridad, la real, la concreta, es la de la fuerza. El espíritu, sin embargo, niega los hechos. ¿De dónde viene esta creencia inextirpable? No es, de todos modos, una simple tradición.

El pobre Jean Marx. ¿Cómo va a soportar esto? Intuyo, sin poder aducir las razones, que los artistas sufren cien veces más que los hombres de acción normales. Es un desarraigo absoluto del mundo del ideal en que vivían. Y además su sensibilidad vibra al menor rasguño.

¡Y Jean-Paul que ha llegado hoy!

Esta vez también ha terminado un período. Habrá que adoptar la vida bohemia, nómada. Aquí concluye mi «vida oficial».

Lunes, 14 de febrero de 1944

Schwab, Marianne, Gilbert.

Hace más de ocho días que no escribo este diario, y me pregunto si habré llegado a un hito de mi vida exterior. Aún no ha ocurrido nada. Sigo durmiendo en casa de Andrée, los padres duermen en la de los L. [Loiselet]. Todas las noches, en el momento de salir, hay en el aire un elemento de discusión; harto inútil, porque ya hemos examinado el caso y sobrepasado el punto de litigio. Sabemos que ninguno puede tener la razón absoluta, y no tenemos derecho a oponernos a papá, que ya ha pasado por ello. Es solamente el cansancio, la tentación de pasar la noche en casa, de acostarnos en nuestra propia cama, lo que hace que aflore una resistencia ya examinada y rechazada voluntariamente.

Esta semana hubo un mensaje de Marianne pidiendo ropa de abrigo. Están en Drancy. Hemos hecho un paquete con ropa nuestra; le he confeccionado un pequeño costurero, lo que yo hubiera querido en mi caso. Hay numerosos detalles de la vida de un deportado que alcanzo a imaginar. El jueves partieron mil quinientos. Quizá Marianne estuviese entre ellos.

Han detenido en Grenoble a la madre de Gilbert. Eso pone fin a una vida de sufrimientos: pérdida de la fortuna familiar, muerte repentina de su marido, seguida un año después de la muerte en unas pocas horas de su hijo Yves, a los 18 años. Se había quedado en Grenoble exclusivamente por su anciana suegra, a la que no se han llevado.

Georges contó ayer la historia de una anciana de 80 años detenida con su marido durante las redadas en Troyes. A su hijo le inquietaba la falta de noticias. Hizo que la buscaran en el hospicio, en el hospital. Acabaron diciéndole que estaba en la morgue. Murió en Drancy y la transportaron al depósito *sin una camisa ni una sábana encima*, así que le habían quitado la ropa que llevaba cuando la arrestaron. Mamá exclama: «A pesar de todo, habría que apuntar estas cosas, para recordarlas luego». Sabe que yo lo hago, y que procuro olvidar lo menos posible.

El otro día, durante la alerta, detuvieron a treinta personas con estrella, las trasladaron a Drancy y las deportaron porque estaban en la calle (seguramente para recrearse): el rabino Sachs volvía de un entierro. A otro, sacado del tren en la estación Cité (ciertamente no un «refugio») y que volvía de una ceremonia religiosa en memoria de su hijo muerto en la guerra, lo apresó la

policía alemana. A los «arios» les ponen quince francos de multa, a los demás los deportan.

Martes, 15 de febrero de 1944

262 qu. 1er. -
7^h 1/4 - Jours de recevoir la visite d'un ancien prisonnier du camp du petit tant qui m'avait écrit pour me demander ce qu'il pouvait faire pour lui -
Il avait les yeux crevés et les maigreur des prisonniers étiolés - la visite m'a fait plaisir, car c'est un homme qui a souffert, qui a vu, et qui comprend - Il ne savait pas que les Allemands s'attaquaient aux femmes et aux enfants - Mais il n'y a pas eu de résistance pour lui faire accepter le fait -
Il m'a raconté que près de Hambourg, dans une ferme, il avait vu arriver une vingtaine de femmes juives de toutes de Venne, de tous les milieux, certaines très bien - Je lui ai demandé comment elles étaient traitées - «Avec une brutalité, moi-même - Réveille's à cinq de Crutachu à 5h, envoyés aux champs toute la journée, ne restant que le soir, couchant dans deux chambres minuscules, sur des lits de paille de superposés - Les femmes les brutalisent, la femme avait un peu jéré, et les nourrissait à peu près -
Qui avait juré le droit à ce fermier de traiter comme des bêtes au être humains qui lui s'étaient sièrement sacrifiés dans leur valeur spirituelle ?
Il m'a dit aussi, à propos des fosses de Katyn, qu'il avait assisté à des scènes exactement semblables - En 41, il s'était vu à son retour des milliers de prisonniers russes dans un dénuement effroyable, mourant de faim - de typhus s'est établi là - des centaines mouraient chaque jour - Chaque matin les Allemands allaient acheter à coup de vivres ceux qui ne pouvaient plus se lever - Alors les malades, pour ne pas subir ce sort, se faisaient soutenir sous les bras par leurs camarades valides pour être dans les rangs - Les Allemands donnaient des coups de croix sur les mains de ceux qui les soutenaient - Les malades tombaient, ils les entraient sur des charrettes, en les dépoissant de leurs bottes et de leurs vêtements, les mettaient par une fosse où ils les déchargeaient sur des fourches à fumier et les jetaient dans la fosse pile-mix avec les cadavres - un peu de charbon vive là-dessus - Et c'était fini -
A part ça le récit du gars de salle de Enfants - Malades - Horra ! Horra ! Horra !

Última página del Diario, martes 15 de febrero de 1944, p. 273.

© Memorial del Holocausto - Col. Job.

He visto esta mañana en Neuilly a la señora Kahn, que acaba de pasar ocho días en Drancy. La detuvieron en Orly y, como miembro del personal, la han liberado la víspera de la última deportación. A través de ella he sabido los detalles que ya sólo podremos conocer gracias a los que vuelvan de la

deportación. Ella ha llegado, por así decirlo, hasta el borde del precipicio. Más allá está lo desconocido, es el secreto de los deportados.

En el mismo Drancy la vida es soportable. No ha pasado hambre durante esos ocho días. Lo que yo quería saber eran los detalles de la partida. Conozco Drancy, iba dos veces todos los días del mes el año pasado; me imagino cómo es la vida allí. Vuelvo a ver los ventanales de los edificios y las caras que se pegaban a los cristales, personas enfermas, desocupadas, o que reunían lo poco que tenían para comer y comían encima de la cama, a cualquier hora. Justo enfrente de la PJ^[88] estaba la familia Klotz, una familia detenida en Tours, padre, madre, hijo y dos hijas; la madre era una mujer distinguida de pelo blanco. Quisiera contar esto, pero ¿quién soy para contarlo, al lado de los que han estado allí y lo han sufrido?

He pedido detalles concretos: uno o dos días antes de partir, se organizan en una habitación que reproduce el vagón, sesenta personas, hombres y mujeres mezclados (hasta Metz, sin duda, no separan a las familias). Para sesenta personas, *dieciséis* jergones extendidos sobre el suelo del vagón de ganado precintado con plomo, un cubo higiénico (quizá tres), ¿vacíados cuándo? Como víveres, cada uno recibe al partir un paquete que contiene: cuatro patatas gruesas y una libra de buey hervidos, 125 gramos de margarina, algunos pasteles secos, un gruyere semicremoso, un cuarto de pan. Ración para seis días de viaje.

¿Tienen hambre? En esta atmósfera, que debe de ser sofocante, el olor de los cubos, el olor humano. ¿Sin ventilación? Me figuro. Y los calambres, no todo el mundo puede acostarse ni sentarse cuando hay sesenta personas en un vagón.

Enfermos o viejos allí dentro. Pase todavía si estás con personas decentes. Pero también hay que contar con las promiscuidades desagradables.

Para lavarse, en el campo, hombres y mujeres juntos. La señora Kahn dice: «Consigues lavarte sin que te vean, si es gente bien, y luego cuando una mujer está indispuesta, para su aseo otra se pone delante durante ese tiempo». La señora Kahn es muy valiente, y es enfermera. Dice: «Para los pudorosos, por supuesto, es un fastidio». Pero los hay.

Le pregunto: «¿Quién vacía los cubos en el vagón (la cuestión me inquieta)?» Ella no lo sabe. Le pregunto si ha visto llegar a los detenidos (pensaba que podría haber visto a Marianne y su abuela, pero fue liberada antes de que ellas llegaran). Responde. «Por ejemplo, en mi habitación había una familia de trece miembros, padres e hijos, detenidos en las Ardenas, el padre mutilado y condecorado, once hijos de 15 meses a 20 años. Cuando

Fuidine (uno de los del personal de Orly) vio que les había acogido en mi habitación, me dijo: “¡Vaya hallazgo que has hecho!” Pero le aseguro que eran limpios y estaban bien educados, todos los hijos. Y la madre, ¡ni una palabra, qué dignidad! Se me encogía el corazón al escucharles».

Trece hijos y los padres, ¿qué van a hacer con esos niños? Si deportan para obtener mano de obra, ¿de qué les sirven los niños? ¿Es cierto que los entregan a la asistencia pública alemana? No toman a las mujeres y los hijos de los demás obreros que envían a Alemania. La monstruosa imposibilidad de comprenderlo, lo ilógico de todo esto te tortura. Sin duda no hay que reflexionar. Porque los alemanes no buscan siquiera razones ni utilidad. Tienen un objetivo: exterminar.

¿Por qué, entonces, el soldado alemán con quien me cruzo en la calle no me abofetea, no me injuria? ¿Por qué muchas veces me sujeta la puerta del metro o me dice perdón cuando pasa antes que yo? ¿Por qué? Porque son gente que no sabe, o más bien que ya no *piensa*; están para cumplir el acto inmediato que les ordenan. Pero ni siquiera ven la incomprensible falta de lógica que hay en sujetarme la puerta en el metro, y quizá mañana enviarme a la deportación: y sin embargo yo sería la misma y única persona. Ignoran el principio de la causalidad.

No hay duda de que tampoco lo saben todo. El sello atroz de este régimen es la hipocresía. No conocen todos los detalles horribles de estas persecuciones; porque sólo está implicado un pequeño grupo de verdugos y de la Gestapo.

¿Lo sentirían, si supieran? ¿Sentirían el dolor de esas personas arrancadas de sus hogares, de esas mujeres separadas de su carne y de su sangre? Están demasiado embrutecidos para eso.

Y además no piensan en ello, vuelvo siempre a lo mismo, yo creo que es la base del mal y la fuerza que sustenta al régimen. El primer paso del nazismo consiste en aniquilar el pensamiento personal, la reacción de la conciencia individual.

«He visto llegar a gente de Burdeos, de Niza, de Grenoble (¿la señora Bloch?), de las costas», dice la señora Kahn. Pienso que el padecimiento de esas personas debe de ser aún peor, porque el cambio debe de ser muy brusco. Yo, por ejemplo, nosotros aquí, conocemos eso, sabemos más. Pero para ellos, que llevaban allí una vida casi normal, ¡qué desgarrador! ¡Cuánto tiene que costarles adaptarse!

«No me afectó nada el hecho de entrar en Drancy, la conmoción fue cuando me dijeron que salía». Yo también conozco el «paisaje» de Drancy.

Pero qué sensación experimentaría al sentir que estoy «encerrada para siempre», y que una parte de mi vida se ha acabado definitivamente, quién sabe si quizá toda mi vida, aunque tenga la voluntad de seguir viviendo incluso allá.

¿No tiene todo esto un aire de reportaje? «Vi a fulano..., regreso de... Le hicimos preguntas». Pero ¿en qué periódico hoy leeremos reportajes sobre estos asuntos? «Vuelvo de Drancy». ¿Quién hablará de esto?

¿Y no es incluso un insulto al dolor indecible de todas esas almas individuales, de las que cada una tiene el suyo particular, hablar de esto en forma de reportaje? ¿Quién dirá alguna vez lo que ha sido el sufrimiento de cada cual? El único «reportaje» verídico, y digno de ser escrito, sería el que reuniese los relatos completos de cada deportado.

En todo momento, en segundo plano de mi pensamiento, están las páginas de *Resurrección*, del segundo volumen donde se describe el viaje de los deportados. Me reconforta casi (qué extraño consuelo) saber que otro, y Tolstói, conoció y escribió cosas de este tipo. Porque estamos tan aislados entre los demás, nuestro dolor particular crea incluso entre los demás y nosotros una barrera que hace nuestra experiencia incommunicable, sin precedentes y sin vínculos con el resto de la experiencia del mundo. Después esta sensación se esfumará, porque sabremos. Pero no habrá que olvidar que *durante*, el grupo humano que sufría todas estas torturas estaba totalmente separado de los que no les conocían, que se hizo caso omiso de la gran ley de Cristo que dice que todos los hombres son hermanos y que todos deberían compartir y aliviar el dolor de sus semejantes. Pues no sólo existe la desigualdad social, sino también una desigualdad de sufrimiento (que se corresponde a veces con la primera, sobre todo en tiempos de paz).

El año pasado, por esta época, yo escribía a Jean, a propósito de *Resurrección*, cartas extrañamente exaltadas. Hasta le había transcrito la página en que Tolstói busca las raíces de todo este mal. Ahora ni tan sólo puedo hablarle. El otro día, en casa de Andrée, encontré mi diario entero, empezado este año, que había sido a la vez tan trágico y exaltante, el año en que conocía a Jean y en que hacíamos comidas campestres en Aubergenville.

Ahora lo trágico se ha vuelto uniformemente sombrío, la tensión nerviosa es constante. No hay más que grisura y una inquietud incesante, de una monotonía espantosa, porque es la de la angustia.

... Era hace dos años. Con una sensación de vértigo, constato que han pasado dos años y que esto dura todavía. Clasifico los meses en años, esto se

convierte en pasado, y entonces tengo la sensación interior de que mis hombros van a desplomarse.

La señora Loewe me ha preguntado, cuando estábamos en la enfermería desvistiendo a dos pequeños gemelos de 4 años, recién llegados: «Y bien, ¿qué me dice?» «No es muy agradable». Entonces me dice, para animarme: «Vamos, no se enfade, seremos de la misma hornada, haremos el viaje juntas».

Ella creía que yo lo decía porque temía por mí. Pero se equivocaba. Es por los demás, por todos los que son detenidos cada día, por todos los que ya han pasado por esto. Sufro pensando en el sufrimiento ajeno. Si sólo estuviera yo todo sería muy fácil. Nunca he pensado en mí, y no será ahora cuando empiece a hacerlo. Sufro la cosa en sí misma, esta monstruosa organización de las persecuciones, la propia deportación. ¡Cómo se equivocaba ella!

7.15 horas

Acabo de recibir la visita de un ex prisionero del campo del pequeño Paul, que me había escrito para preguntarme lo que podía hacer por él.

Tenía los ojos hundidos y la flacura de los presos liberados. Su visita me agrada porque es un hombre que ha sufrido, que ha visto y que comprende. No sabía que los alemanes la emprendían contra las mujeres y los niños. Pero aceptó el hecho sin oponer resistencia.

Me cuenta que en una granja, cerca de Hamburgo, había visto llegar a una veintena de mujeres judías deportadas de Viena, de todos los medios sociales, algunas de clase alta. Le he preguntado cómo las trataban. «Con una brutalidad inaudita. Las despertaban a golpes de fusta a las cinco de la mañana, las mandaban a los campos todo el día, no volvían hasta la noche, dormían en dos habitaciones minúsculas, en camas de planchas superpuestas. El granjero las trataba brutalmente, su mujer se apiadaba un poco y las alimentaba más o menos».

¿Quién había autorizado a aquel granjero a tratar como a animales a seres humanos que seguramente le eran superiores en valor espiritual?

Me dice también, hablando de las fosas de Katyá^[89], que había *presenciado* escenas exactamente parecidas. En el año 41, llegaron a su Stalag miles de prisioneros rusos en un estado de indigencia horripilante, muertos de hambre. El tifus se implantó allí dentro; morían centenares todos los días. Cada mañana, los alemanes iban a rematar de un tiro de revólver a los que ya no podían levantarse. Entonces, los enfermos, para no correr la misma suerte, se hacían sostener en brazos por sus camaradas sanos para formar en las filas.

Los alemanes golpeaban con la culata las manos que les sostenían. Los enfermos caían al suelo, los amontonaban sobre carretas, les despojaban de las botas y las ropas, les llevaban hasta una fosa donde los descargaban sobre *bioldos de estiércol*, y los arrojaban dentro, revueltos con los cadáveres, con un poco de cal viva por encima. Y se acabó.

Más o menos el relato del ayudante de sala de los Enfants-Malades.
¡Horror! ¡Horror! ¡Horror!

A mis padres, Denise y François Job, en el corazón de la tormenta, que aceptaron responder a todas mis preguntas, y me transmitieron lo que han vivido. Les expreso todo mi afecto.

A Jean Morawiecki, cuyo compromiso y apoyo moral han sido indispensables.

MARIETTE JOB

Su hermana Nadine, su hermano Didier, sus primos Máxime, Yves e Irene, nacidos durante o justo después del conflicto, marcados toda la vida por la historia y el fin trágico de su tía, así como sus hijos, agradecen calurosamente a Mariette su inestimable trabajo de «transmisora» fiel y apasionada del diario de Hélène Berr.

FAMILIA SCHWARTZ Y JOB

UNA VIDA CONFISCADA

por Mariette Job

Me hace feliz pensar que, si me apresan, Andrée habrá guardado estas páginas, algo de mí, lo que me es más precioso, pues ahora es ya lo único a lo que tengo apego material; lo que hay que preservar es su alma y su memoria.

HÉLÈNE BERR,
Diario, 27 de octubre de 1943

La única experiencia de la inmortalidad del alma que podemos tener con certeza es la que consiste en la persistencia del recuerdo de los muertos entre los vivos.

Diario, 30 de noviembre de 1943

Hélène Berr nació el 27 de marzo de 1921 en París. Sus padres, Antoinette, de soltera Rodrigues-Ély, y Raymond Berr, son ambos de origen judío, de rancio abolengo francés.

El matrimonio tiene cinco hijos. Jacqueline, nacida en 1915 y muerta de escarlatina a la edad de 6 años; Yvonne, nacida en 1917; Denise, en 1919; Hélène, en 1921, y Jacques, en 1922. Tras cursar estudios secundarios en el centro Boutet de Monvel, Hélène aprueba sus dos bachilleratos con la mención «muy bien», el primero en 1937 (opción latín-lenguas) y el segundo en junio de 1938 (opción filosofía).

En 1940 y 1941 obtiene en las mismas condiciones su licenciatura de inglés en la Sorbona, y después, en junio de 1942, su título de enseñanza superior de lengua y literatura inglesas, con una disertación notable sobre «La interpretación de la historia romana en Shakespeare», que recibe la nota de 18/20 y la mención «Muy bien». En octubre de 1942, como no puede preparar las oposiciones a la docencia, de las que le excluye la legislación antijudía de

Vichy, presenta un proyecto de tesis de doctorado de Letras, consagrado a la influencia de la inspiración helénica en Keats.

Desde 1941 trabaja en la Entraide temporal, organización clandestina creada por Denise y Fred Milhaud. Con su hermana Denise y su prima, Hélène participa en la entrega de los niños a nodrizas, sobre todo en Saône-et-Loire. Antoinette, su madre, se encarga de conseguir fondos de particulares y empresas.

Hélène se afirma como el sostén de los niños judíos. Se niega a abandonarles, dispuesta a perder la vida para dar el testimonio al que quiere ser fiel.

El 7 de abril de 1942 empieza a llevar su diario, en el que deja constancia de los acontecimientos cotidianos de su vida. Lo interrumpe desde el 28 de noviembre de 1942 hasta el 25 de agosto de 1943.

Su hermana Yvonne, casada en 1939 con Daniel Schwartz y madre de un niño, Máxime, parte a la zona libre, así como su hermano Jacques. El 12 de agosto de 1943, su hermana Denise contrae matrimonio con François Job. Hélène se encuentra, por tanto, sola en casa de sus padres, el piso familiar en el número 5 de la avenida Elisée-Reclus, en el distrito VII de París.

Hélène confía regularmente las páginas del diario a Andrée Bardiau, al servicio de la familia durante medio siglo, con el encargo de entregárselo a Jean Morawiecki en el caso de que la detuvieran. Hélène conoció a Jean en noviembre de 1941, en el gran anfiteatro de la Sorbona. El 26 de noviembre de 1942, Jean abandona París para llegar al norte de África a través de España y afiliarse a las fuerzas francesas libres.

La persecución se abate sobre la familia Berr desde 1942. El 23 de junio, Raymond Berr es detenido en la sede de Kuhlmann, empresa de la que es vicepresidente-director general^[90]. Le internan en el campo de Drancy. Gracias a la fianza pagada por Kuhlmann, las autoridades alemanas le liberan el 22 de septiembre de 1942, si bien imponiéndole que ejerza sus funciones exclusivamente en su domicilio, sin tener contacto alguno con el público. El cerco se estrecha, sin embargo, y la familia tiene que abandonar su vivienda cada vez más a menudo. El 14 de febrero de 1944, Hélène Berr escribe: «Sigo durmiendo en casa de Andrée, los padres duermen en la de los L. Todas las noches, en el momento de salir, hay en el aire un elemento de discusión [...] Es solamente el cansancio, la tentación de pasar la noche en casa, de acostarnos en nuestra propia cama, lo que hace que aflore una resistencia ya examinada y rechazada voluntariamente». Diferentes personas les acogen entonces. El 7 de marzo de 1944, los Berr deciden volver a dormir en su casa.

Allí les detienen el 8 de marzo, a las 7.30 horas, para ser trasladados a Drancy. Hélène es deportada con sus padres el 27 de marzo de 1944, el día en que cumple 23 años.

A Raymond le destinan al campo de Auschwitz III-Monowitz, donde es asesinado a finales de septiembre de 1944. David Rousset le evoca así en 1947, en *Les Jours de notre mort*:

«El recuerdo de Raymond Berr le ayudaba. Ingresado en el KB por un flemón en la pierna, bien cuidado por el *Blockältester* del 16, un judío alemán comunista, y por el joven *Stubendienst*^[91] polaco Manelli, Raymond Berr no había podido escapar al médico jefe polaco, un antisemita feroz que, después de haberle operado, probablemente debió de envenenarle por orden superior.

»Bernard se acordaba con asombro de la manera clara y cautivadora, incluso para un hombre simple, con que Berr hablaba de matemáticas. Y con el mismo espíritu de desapego singular estudiaba delante de ellos y para ellos su experiencia de los campos. Una fuerza de voluntad semejante, una decisión mantenida con tanta constancia de no perder el dominio de sí mismo, suscitaba en Bernard una emulación ferviente. Tan fuerte era su juventud que aún sentía este tipo de entusiasmos.

»Se creaba figuras ideales a las que admiraba del mismo modo que algunos creen hasta su muerte en los héroes de las leyendas. Quería acabar como Raymond Berr.»^[92]

Antoinette es conducida a la cámara de gas el 30 de abril de 1944.

Sólo Hélène sobrevive más de un año. Evacuada de Auschwitz, a principios de noviembre está internada en Bergen-Belsen^[93]. Enferma de tifus, sucumbe a los malos tratos a comienzos de abril de 1945, unos días antes de la liberación del campo por los ingleses.

Cuando se confirma la noticia de su muerte, su hermano Jacques se la notifica a Jean Morawiecki, al cual entrega el manuscrito que le ha dado Andrée Bardiau. He aquí lo que escribe Jean Morawiecki el 20 de junio de 1946, en una carta dirigida a Denise Job:

«Los seres como Hélène —no estoy seguro de que existan — no sólo son hermosos y fuertes en sí mismos. Propagan el sentido de la belleza y dan la fuerza a los que saben

comprender. Para mí, Hélène era el símbolo de la Fuerza: de la Fuerza radiante, que es magnetismo, belleza, armonía, persuasión, confianza y lealtad. Todo esto se ha hundido. Con ella ha desaparecido la mujer que yo amaba, y más aún este alma tan próxima de la mía (la lectura del diario acaba de mostrármelo de un modo desgarrador). Todo lo que yo le había dado, confianza, amor, impulso, se lo ha llevado con ella; ni siquiera puedo decir: a la tumba; es atroz, ¿verdad? Se ha llevado también el tesoro maravilloso de fuerza que yo sabía que podría extraer de ella en el futuro, y al que yo ya había recurrido un poco: pero ¿qué son seis meses? Sí, seis meses solamente han sido suficientes para unir nuestras dos existencias con un lazo que sólo la muerte podía deshacer, que sólo la muerte ha deshecho. A pesar de la separación, ¡Hélène ocupaba en mi interior un lugar siempre creciente! Se lo reservaba todo a ella. ¿Cómo pude abandonarla sin saberla a salvo?»

Paralelamente, el diario, mecanografiado por un empleado de Kuhlmann, circula entre la familia.

El 9 de noviembre de 1992 decido buscar el original. Pienso inmediatamente en Jean, a quien el diario estaba dedicado. Sabiendo que ha sido consejero de embajada, envió una carta a su nombre al Ministerio de Asuntos Exteriores. En cuanto la recibe, me telefonea y me propone que vaya a verle a su casa. Celebramos una serie de encuentros extraordinarios, en el curso de los cuales él se cuenta y me cuenta, con la presencia de Hélène a nuestro alrededor. El 18 de abril de 1994, me confía el original y me nombra heredera del diario.

Descubro una serie de hojas intactas de cuaderno escolar, guardadas dentro de un sobre de papel de estraza; el largo diario, cuya forma también revela la personalidad de Hélène, está escrito totalmente a mano, párrafo tras párrafo, casi sin tachaduras, sin retoques. El texto es sorprendentemente claro, el pensamiento se desarrolla sin el menor titubeo, brota de un flujo continuo, en un equilibrio perfecto de la inteligencia y la emoción.

En 2002, con el acuerdo de mi familia, dono el original al Memorial del Holocausto. Tengo la suerte de conocer a Karen Taïeb, responsable de los Archivos, a quien entrego los documentos sobre mi familia. Su receptividad apasionada y su notable trabajo de reconstrucción reviven el documento.

En el Memorial hay una vitrina consagrada a la exposición del diario y a la historia de la familia Berr, dentro de una exposición permanente de la vida de los judíos de Francia bajo la Ocupación; un día de visita encontré un enjambre de chicas inclinadas sobre la vitrina, tratando de descifrar la letra manuscrita, mientras otras, sentadas en un banco, aguardaban con formalidad su turno.

A través de aquel período infernal, de la insufrible crueldad de los hechos, permanece para siempre esta presencia fuerte y luminosa de Hélène.

Que este diario, acto de supervivencia, se transmita a lo largo de los años y alimente la memoria de todos aquellos cuya voz aniquilaron.

Octubre de 2007

«LA FOTO ROBADA»

«Miro a menudo esta foto. Era joven, hermosa, inteligente y caritativa. Me dio ropa de abrigo cuando teníamos frío. Charlábamos siempre que nos era posible. Su madre murió en la cámara de gas el 30 de abril de 1944, después de la selección. Yo me la había encontrado quince días antes, sin reconocerla al principio, y le había prometido ir a ver a su hija.

»Esta foto la encontré ya no sé cuándo, en una caja de cartón, y la guardé.

»Murió a los 24 años, unos días antes de la liberación de Bergen-Belsen».

Texto de Louise Alcan, amiga de la familia,
extracto del libro *Le Temps écartelé*, 1980

LA FAMILIA DE HÉLÈNE BERR

Su abuela:

- Berthe Rodrigues-Ély, madre de Antoinette.

Sus padres:

- Raymond Berr (1888-1944), vicepresidente-director general de las fábricas Kuhlmann.
- Antoinette Berr, de soltera Rodrigues-Ély (1891-1944).

Sus hermanos y hermanas:

- Jacqueline Berr (1915-1921).
- Yvonne Schwartz, de soltera Berr (1917-2001), casada con Daniel Schwartz (nacido en 1917).
- Denise Job, de soltera Berr (nacida en 1919), casada con François Job (1918-2006), hermano de las gemelas Nicole y Jacqueline Job.
- Jacques Berr (1922-1998).

Su prometido:

- Jean Morawiecki [J. M.] (nacido en 1921).

LAS LECTURAS DE HÉLÈNE BERR

- Baring, Maurice, *Daphne Adeane*, novela, 1927.
- *Beowulf*, poema épico anglosajón de la Alta Edad Media (edición ilustrada por Rockwell Kent, 1932).
- Bromfield, Louis, *La Mousson (The Rains Came)*, novela, 1937.
- Carroll, Lewis, *Alice's Adventures in Wonderland*, novela, 1865; *Through the Looking-Glass*, novela (continuación de la anterior), 1887; *La Chasse au Snark*, relato poético, 1876.
- Chéjov, Antón, *Oncle Vania*, comedia dramática, 1899; *Tales*, una colección de cuentos cortos, probablemente la traducción inglesa de 1917-1921, de Constance Garnett.
- Conrad, Joseph, *Heart of Darkness*, novela corta, 1899; *Lord Jim*, novela, 1900.
- Dostoievski, Fiodor, *Crime et Châtiment*, novela, 1866; *L'Eternel mari*, novela, 1870; *L'Adolescent*, novela, 1875; *Les Freres Karamazov*, novela, 1880.
- Duhamel, Georges, *Vie des martyrs*, relato, 1917.
- Galsworthy, John, *The Freelanders*, novela, 1915.
- Gide, André, *L'Inmoraliste*, relato, 1902; *La Porte étroite*, relato, 1909.
- Goldsmith, Oliver, *The Good Natured Man*, comedia, 1768.
- Goudge, Elizabeth, *Island Magic*, novela, 1934.

- Grahame, Kenneth, *The Wind in the Willows*, novela, 1908.
- Hardy, Thomas, *Jude L'Obscur (Jude the Obscure)*, novela, 1895.
- Heine, Heinrich, *Poemes*.
- Hemingway, Ernest, *A Farewell to Arms*, novela, 1929.
- Hofmannsthal, Hugo von, *Ecrits en prose*, traducción de 1927.
- Huxley, Aldous, *Marina di Vezza (Those Barren Leaves)*, novela, 1925; *Contrepoint (Point Counter Point)*, novela, 1926.
- Ibsen, Henrik, *Brand*, drama, 1865.
- Keats, John, *Endymion, A Poetic Romance*, 1818; *Hypion. A Fragment*, poema, 1819 (publicado en 1820); *This Living Hand*, poema, 1819 (publicado en 1898); *Odes*, en particular la *Ode a l'automne (To Autumn)*, 1819 (publicada en 1820); *John Keats, selected and edited by Henry Newbolt*, s. l., Thomas Nelson, 1923.
- Kent, Rockwell, *Salamina*, relato de viaje ilustrado, 1935.
- Kipling, Rudyard, *Rikki-Tikki-Tavi*, novela corta publicada en *Le Livre de la Jungle*, 1894; *Un beau dimanche anglais (My Sunday at Home)*, novela corta publicada en *The Day's Work*, 1898.
- Kuprin, Alexander, *Le Duel*, novela, 1904.
- Mare, Walter de La, *Poemes; Peacock Pie*, 1913.
- Martin du Gard, Roger, *Les Thibault*, volumen 8: *Epílogo*, 1940.
- Melville, Hermán, *Moby Dick*, novela, 1851 (edición ilustrada por Rockwell Kent, 1930).
- Milne, Alan Alexander, *Winnie-the-Pooh*, cuento infantil, 1926; una colección de cuentos para niños, ya *When We Were Very Young* (1924), ya *Now We Are Six* (1927).
- Morgan, Charles, *Sparkenbroke*, novela, 1936.

- Munthe, Axel, *The Story of San Michele*, memorias, 1929.
- Pourtalés, Guy de, *La Pêche miraculeuse*, novela, 1937.
- Rilke, Rainer Maria, *La Chanson de l'amour et de la mort du cornette Christophe Rilke*, 1904; *Les Cahiers de Malte Laurids Brigge*, 1910; *La Mousson*.
- Shakespeare, William, *Théâtre complet*, en especial *Othello* (1604) y *Coriolan* (1607); *Sonnets* (1609); *Trilogie shakespearienne*, traducción de *Hamlet*, *Mesure pour Mesure* y *La Tempête*, por Guy de Pourtalés, 1929.
- Shelley, Percy Bysshe, *Prometheus Unbound*, 1820; *Adonais*, elegía por la muerte de John Keats, 1821; *A Defence of Poetry*, ensayo, 1821 (publicada en 1840).
- Sterne, Laurence, *A Sentimental Journey through France and Italy*, novela, 1768.
- Tolstói, Lev, *Résurrection*, novela, 1900.
- Valéry, Paul, *Tel quel*, 1941.
- Webb, Mary, *Gone to Earth*, novela, 1917.

CARTA DE HÉLÈNE BERR A SU HERMANA DENISE, EL DÍA DE SU DETENCIÓN

8 de marzo de 1944
19.20 horas

18-20
Le matin à 14.30, ding! Je voyais
que c'était un peu - ! ! vous savez la suite -
Morture individuelle - Henri visé, son-déjà
à cause de nos nombreuses interventions il y a
12 mois - Petit voyage en auto particulière
14. sa place chez Gaeton - Bobert - Stabon
de l'auto - Et arrivée ici, déjà des types
tout le long Remy, Marcel ce matin était
désagréable (à mon avis) - Ici, ils sont gentils -
Ne attendons - il y a un chat nommé Négus -
N'avons pas encore le je d'affaires - Voudrais cette
testes ab - battues (10 pour maman) - et un tas
pour moi - petite valise pour Daria -
Espère que Denise fera attention à sa santé; le petit
Jésu se sent bien chez mon cousin Paul - Henri visé
qu'un enfant, Hélène, il y vient - Mais si Denise venait
au monde, faites tout pour elle -
que Nickie aille voir sa belle - pour nous
raconter -
J'ai eu le temps de mettre de côté le livre de la prison
pour vous si je suis soigneuse! Qu'on tâche de trouver
suffisamment pour Denise - André on a peut-être
Probable que U.S. fera son possible - En tous cas,
parce qu'il arrive, nous avons bien l'intention de
revenir - Je n'y attends tellement!
Je n'ai pas encore écrit le quodjé d'ici - Papa
dit qu'il est convenable -

Carta de Hélène Berr a su hermana Denise el día de su detención, el 8 de marzo de 1944 (ver transcripción en p. 293).

© Memorial del Holocausto - Col. Job.

Cinco meses antes, Hélène Berr escribe:

«Pensar que si me detienen esta noche (lo cual tengo presente desde hace mucho), estaré en la Alta Silesia dentro de ocho días, quizá muerta, que toda mi vida se apagará de golpe, con todo el infinito que siento dentro de mí.»

Diario, lunes 1 de noviembre de 1943, p. 204.

Esta mañana a las 7.30, ¡ring! ¡Creía que era un correo neumático! Ya conoce usted la continuación. Medida individual. Henri [Raymond Berr] en la lista, supuestamente a causa de intervenciones demasiado numerosas hace dieciocho meses. Pequeño trayecto en un coche particular hasta enfrente, donde Gastón Bébert [la comisaría]. Estación en el auto. Y, al llegar aquí, ¡cochera del VIII debajo del circo Raincy! Marcel [la policía francesa] esta mañana estaba desagradable (en mi opinión). Aquí son amables. Compás de espera. ¡Hay un gato que se llama Négus! No hemos traído muchas pertenencias. Quisiera pantalón de esquí y botines (para mamá) y *Rucksack* para mí. Maleta pequeña para mamá.

Espero que Denden [Denise] tenga cuidado con su salud; el pequeño Jito [de Jitomir, ciudad de Rusia, sobrenombre puesto por Denise al hijo que espera] estaría bien en casa de mi primo Paul [comadrona de Hargeville]. Henri [Raymond Berr] sólo tiene [con él] a una hija, Hélène, y se aferra a ella. Pero si Denise viniera al mundo [diera a luz], hacedlo todo por ella.

Que Nickie vaya a ver a su suegra para contárselo. He tenido tiempo de poner aparte los libros de la Sorbona. ¡Ya ve qué cuidadosa soy! Que intenten encontrar Supponeryl [somnífero] para Minnie [Antoinette Berr]. Quizá Andrée [Bardiau] tenga. Probable que UG [UGIF] haga lo posible. En todo caso, pase lo que pase, tenemos la firme intención de volver. ¡Me lo esperaba tanto! Aún no he visitado el Gospodje [aseos, recuerdo de un viaje a Yugoslavia] de aquí. Papá dice que son decentes.

Denden no debe ir a visitar Elisée [Reclus]. Minnie se opone categóricamente. Philippe D. hará lo necesario para Auber[genville], como él sabe. Y habla con Charles y con Lucie [Jacques e Yvonne Berr], en los que pensamos de todo corazón. Piensan que conservo mi sentido del humor (¡lo demuestra mi historia de Gospodje!). Todo va bien, querida. Hasta pronto. Diez mil besos.

Linlin



Hélène Berr (1921-1945) nació en París. Era miembro de una familia judía, que vivía en Francia desde hacía muchas generaciones. Estudiaba literatura rusa e inglesa en la Universidad de la Sorbona. Además aprendió a tocar el violín.

No pudo concluir su carrera dada la introducción de las leyes antisemitas por el régimen de Vichy. Participó activamente en la organización francesa de israelitas (*Union générale des israélites de France*, UGIF). El 8 de marzo de 1944 fue capturada por los nazis y deportada a Auschwitz. Enferma y maltratada, murió en abril de 1945 en el campo de Bergen-Belsen, cinco días antes de que los ingleses liberasen dicho lugar de la destrucción. De ese año no dejó testimonio.

Hélène Berr empezó las notas de su *Diario* el 7 de abril de 1942. En ese momento tenía 21 años. Muy al principio, en su *Diario* no aparecen los horrores del antisemitismo y de la guerra; habla del paisaje parisino, de sus amores y amigos, así como de la vida en la Sorbona. Pero de pronto se hace consciente de su situación extrema de la ocupación alemana y sus leyes genocidas: habla de la estrella amarilla que los judíos deben llevar (ella lo llevará por valentía) y de las expulsiones de los parques y las persecuciones de familiares y amigos, hasta la detención de su padre. Oye rumores de las

cámaras de gas y empieza a tener miedo por su futuro. Describe la vida semioculta, mientras sigue leyendo y visitando bibliotecas.

El diario (lleno de expresiones inglesas) se interrumpe en noviembre de 1942, durante nueve meses; lo retoma definitivamente en agosto de ese año 1943, para «escribir la realidad». Y lo cierra a los pocos meses, en febrero de 1944, con una cita de Shakespeare: *Macbeth*: «Horror! Horror! Horror!», ante lo que le cuentan de los campos de concentración. Un mes después fue detenida y deportada con sus padres, con los que vivía; éstos dos fueron asesinados en una cámara de gas; sus dos hermanas, que se casaron, y su hermano habían huido de París, y escaparon a la persecución.

Berr ordenó sus notas (262 pp. sin tachaduras, muy claras) y las hizo llegar a su novio Jean Morawiecki, que pasó a la Francia libre luchó en la liberación y luego hizo una carrera diplomática. Éste entregó el diario a su sobrina, Mariette Job, que lo guardó hasta entregarlo en 2002 al importante Memorial de la Shoah.

El libro apareció, al fin, en Francia, en enero de 2008, gracias al amparo de esta institución.

Notas

[1] Odile Neuburger y Gérard Lyon-Caen <<

[2] Una prima de Hélène y su cuñada. Véase p. 287. <<

[3] La expoliación o «arianización económica» es la confiscación de las propiedades, los inmuebles, las empresas pertenecientes a judíos. Una serie de medidas adoptadas conjuntamente por el ocupante alemán y el gobierno de Vichy a partir del otoño de 1940 privan gradualmente a los judíos de sus bienes, en lo sucesivo gestionados por administradores provisionales. <<

[4] Hélène Berr da a sus amigos el nombre de héroes de novela. Aquí, André Bay es Sparkenbroke, como el héroe de la novela de Charles Morgan. Jean Morawiecki, por su parte, es Lanzarote del Lago. <<

[5] Hélène Berr es bibliotecaria voluntaria en el Instituto de inglés de la Sorbona. Para sus lecturas, véase p. 289. <<

[6] La academia Boutet de Monvel, donde Hélène Berr hizo sus estudios secundarios. <<

[7] Léon-Maurice Nordmann, abogado, resistente, fusilado en el monte Valérien el 23 de febrero de 1942. <<

[8] El 29 de mayo de 1942, la octava ordenanza alemana «relativa a las medidas contra los judíos» les impone llevar la estrella amarilla en público desde la edad de 6 años: «La estrella judía es una estrella de seis puntas que tiene las dimensiones de la palma de una mano y los contornos negros. Es de tela amarilla y lleva, en caracteres negros, la inscripción JUDÍO. Deberán llevarla bien visible en el lado izquierdo del pecho y sólidamente cosida a la ropa.» <<

[9] Hélène Jourdan-Morhange, profesora de violín de Hélène Berr y amiga íntima de Maurice Ravel. <<

[10] La estrella amarilla. <<

[11] El gobierno de Vichy decretó a partir de octubre de 1941 el internamiento de los judíos extranjeros en campos de concentración. Al lado de los campos de la zona llamada libre, cuatro campos principales abren en 1941 en el norte, en la zona ocupada: Beaune-la-Rolande y Pithiviers, en el Loiret, y después Drancy y Compiègne. Los judíos detenidos son primero extranjeros y después franceses, hombres, adultos que sobreviven con dificultad en los campos y padecen hambre. Los primeros convoyes hacia Auschwitz salen de Compiègne el 27 de marzo y el 5 de junio, y de Drancy el 22 de junio. <<

[12] El campo de internamiento de Royallieu en Compiègne. <<

[13] El 7 de junio de 1942, a petición de las autoridades alemanas, el prefecto del Sena impone a los judíos que viajen en metro sólo en segunda clase y en el último vagón del tren. Para evitar cualquier escándalo, el prefecto precisa al respecto que no se instalará ningún anuncio «ni se hará ningún comunicado al público». <<

[14] La insignia, es decir, la estrella amarilla. <<

[15] *Idem.* <<

[16] Sede social de la empresa Kuhlmann, de la que Raymond Berr es vicepresidente-director general. <<

[17] A partir del verano de 1942, la casi totalidad de los judíos internados son conducidos a Drancy antes de la partida hacia Auschwitz. <<

[18] Ofensiva alemana. <<

[19] Mercado negro. <<

[20] También internado en Drancy. <<

[21] El cuartel de Tourelles, bulevar Mortier en París. <<

[22] El jardinero de Aubergenville. <<

[23] En principio prevista para los días 13 y 14 de julio, la redada llamada del Vél d'Hiv fue aplazada al 16 y 17 de julio. A petición de los alemanes, el gobierno francés acepta organizar una vasta redada tanto en la zona ocupada como en la zona libre. La policía francesa debe detener a los judíos extranjeros, no a los franceses. Filtraciones procedentes de la administración hacen que en París las asociaciones judías estén informadas de la inminencia de la redada. <<

[24] Fernand de Brinon, político francés. Partidario de la colaboración, de 1940 a 1942 es el representante del gobierno de Vichy ante las autoridades alemanas en París. <<

[25] Olivier Debré, estudiante de la facultad de Letras y de Bellas Artes, llegará a ser un pintor célebre. Es hijo del profesor Robert Debré y hermano del futuro primer ministro Michel Debré, ambos miembros de la Resistencia.
<<

[26] El SS Theodor Dannecker es, hasta julio de 1942, el jefe del servicio de los Asuntos Judíos de la Gestapo en Francia. <<

[27] Sede de la UGIF, Unión General de Israelitas de Francia. Ver Michael LAFFITE, *Juif dans la France allemande*, pref. de Annette WIEVIORKA, Tallandier, 2006. <<

[28] Creada por Vichy en noviembre de 1941, a instancias del ocupante, la UGIF debe federar las obras judías de asistencia, con fines de localización. Armand Katz es el secretario general para la zona ocupada. Hélène Berr se presenta como asistente social voluntaria. Todos los miembros de la UGIF son titulares de un certificado o carné (llamado «de legitimación» en la zona norte) que en teoría les garantiza una protección ilusoria. <<

[29] La novena ordenanza alemana del 9 de julio de 1942 prohíbe a los judíos frecuentar los locales de espectáculo, teatros, cines, museos, pero también las bibliotecas, los estadios, las piscinas, los jardines públicos, los restaurantes, los salones de té. Por último, sólo entre las tres y las cuatro pueden entrar en las tiendas y comercios. <<

[30] El hermano de Hélène, Jacques, y su hermana Yvonne, cuyo marido ha sido nombrado en zona libre, se encuentran ya al sur de la línea de demarcación. <<

[31] En dos días, el 16 y el 17 de julio de 1942, la policía francesa detiene a 12.884 personas: 3.031 hombres, 5.802 mujeres, 4.051 niños. Los solteros o las parejas sin hijos son conducidos a Drancy, las familias al Vélodrome d'Hiver, en el distrito XV. <<

[32] Una amiga de Jean Morawiecki, Tamara Isserlis, fue detenida porque, aun siendo judía, se había negado a montar en el último vagón del metro. Jean Morawiecki intenta averiguar si la han internado en Drancy. Fue deportada a Auschwitz el 22 de junio de 1942. <<

[33] El gobierno de Vichy se opone a la deportación de los antiguos combatientes, así como a la de las mujeres de prisioneros de guerra. <<

[34] En el Vél d'Hiv, los deportados no son vigilados por alemanes, tal como cree Hélène Berr, sino por la policía francesa. <<

[35] La Escuela Normal Superior. <<

[36] Centro 19 de la UGIF, hogar de jóvenes y de preaprendizaje, en la rue Claude-Bernard, del distrito V. <<

[37] Sin duda a la zona libre. <<

[38] Los trenes no parten directamente de Drancy, sino de la estación de Bourget y, más adelante, a partir de julio de 1943, de la de Bobigny. A los deportados los trasladan hasta allí en autobús. <<

[39] Los convoys que salían de Drancy para Auschwitz comprendían en general mil deportados al principio, elegidos entre los judíos extranjeros. Cuando la lista confeccionada era un poco inferior a mil, a veces los SS añadían algunos deportados escogidos al azar, sobre todo entre los judíos franceses. Precisamente es a esta situación temible a la que Raymond Berr llama «añada a falta de una». <<

[40] Al llegar a Drancy, registran a los internados y les despojan de los objetos que llevan encima. Les confiscan el dinero, las acciones y las joyas que, una vez inventariados meticulosamente, vuelven a la caja del campo tras la deportación de las personas afectadas. <<

[41] Emmanuel Lefschetz es el director del hogar de la UGIF, en la rue Claude-Bernard. Después de la redada del Vél d'Hiv, organiza una red de jóvenes a los que envía por toda la región parisina para recuperar y proteger a niños cuyos padres han sido deportados o corren el riesgo de serlo. <<

[42] Vicepresidente de la UGIF. <<

[43] Hélène Berr se ocupa de un patronato de la UGIF. <<

[44] Raymond Berr será liberado mediante el pago de una fianza por los establecimientos Kuhlmann. <<

[45] Jean Morawiecki. <<

[46] Jefes de sexteto, grupo de seis lobeznos. <<

[47] Madeleine Boudot-Lamotte es la secretaria de Gastón Gallimard. <<

[48] Jacques Boutelleau, Jacques Chardonne en la literatura, es antes de la guerra un autor de éxito, en particular con su novela *Les Destinées sentimentales*. En 1940 toma partido en favor de la colaboración con Alemania, lo que le costará ser condenado y encarcelado después de la Liberación. <<

[49] Roger Pironneau, resistente de 19 años, fusilado en el monte Valérien el 29 de julio de 1942. <<

[50] En octubre de 1941, espoleados por los alemanes, los doriotistas, partidarios de Jacques Doriot, colaboracionista ultra, cometieron varios atentados contra sinagogas parisinas. <<

[51] Pierre Masse, abogado, detenido el 21 de agosto de 1941 junto con otros seis colegas, todos judíos y entre los más célebres del Colegio de París (Jean Weill, Théodore Valensi, Maurice Azoulay, Albert Ulmo, Gastón Crémieux, Edouard Bloch). <<

[52] Entre el 17 de julio y el 30 de septiembre de 1942, 34.000 personas fueron deportadas de Drancy a Auschwitz. <<

[53] Rene Paul Duchemin, presidente de los establecimientos Kuhlmann, que ayudó a la liberación de Raymond Berr. <<

[54] Residencia de chicas de la UGIF. <<

[55] Orfelinato Rothschild, rué Lamblardie, en el distrito XII. <<

[56] Desde diciembre de 1941, el prefecto de policía ha impuesto a los judíos un control periódico; tienen que ir a la prefectura para que les visen su carné de identidad, que obligatoriamente tiene que llevar escrita en letras rojas la mención JUDÍO o JUDÍA. <<

[57] Jean Morawiecki ha decidido unirse a la Francia libre. Logrará abandonar Francia y pasar a España. De allí llega al norte de África y se enrola en las Fuerzas Francesas libres. Participará en el desembarco en Provenza el 15 de agosto de 1944 y en la ocupación de Alemania en la primavera de 1945. <<

[58] Sede de uno de los servicios de la Comisaría general de Asuntos judíos.
<<

[59] Nadine Destouches, profesora de piano y alumna de Nadia Boulanger. <<

[60] «Pues todo hombre cuya alma no sea un pedazo de tierra / tiene visiones que evocaría, si tuviera amor / y el pleno conocimiento de su lengua materna», John Keats, *La caída de Hiperión*. Un sueño, 1. 13-15, 1819. <<

[61] Françoise Bernheim fue detenida y deportada el 30 de julio de 1943. <<

[62] Exploradores «lobeznos» y mujeres que llevan la estrella amarilla. <<

[63] Robert Dreyfus, pariente de Hélène Berr, era magistrado. <<

[64] Julien Weill, gran rabino de París. <<

[65] «Esta mano viva, ahora caliente y apta / para apretar con fuerza, si se enfriase / en el glacial silencio de la tumba, / acosaría tus días y helaría tus sueños nocturnos hasta el punto / de que quisieras que tu corazón se vaciase de sangre para que por mis venas aún circulase vida roja, / y que se apaciguase tu conciencia — mira, aquí está - / la tiendo hacia ti», John Keats, *Esta mano viva*, 1819. <<

[66] Andrée Bardiau, cocinera de la familia Berr. <<

[67] A partir de 1943, la persecución golpea sin distinción a los judíos franceses y extranjeros. El 30 de julio de 1943, el SS Alois Brunner ordena la detención del conjunto de empleados de la UGIF, en la rué de la Bienfaisance.
<<

[68] «¡Ven, pues, tristeza! / ¡Dulcísima tristeza!», John Keats, *Endymion*, IV, 279-280, 1817. <<

[69] La cita exacta es: «*And I only am escaped alone to tell thee*», «Y sólo yo escapé para contártelo», Herman Melville, *Moby Dick*, *Epílogo*, 1851 / Libro de Job 1: 19. <<

[70] «¡[...] qué pena, Yago! ¡Oh, Yago, qué pena!», Shakespeare, *Otelo*, IV, 1, 191-192, 1604. <<

[71] Desde noviembre de 1942, ya no existe zona libre. Los alemanes ocupan toda Francia. La persecución se intensifica en el sur, donde se encuentran Jacques Berr e Yvonne Schwartz, hermano y hermana de Hélène Berr. <<

[72] La UGIF desempeña el papel de intermediario legal entre el ocupante alemán, el gobierno de Vichy y la población judía. De ahí las numerosísimas críticas contra el organismo. <<

[73] Los judíos casados con no judíos son considerados por el ocupante «cónyuges de arios». En teoría, no son deportables. <<

[74] Los niños bloqueados son los niños cuyos padres han sido deportados y a los que los alemanes han entregado a los orfanatos de la UGIF con la prohibición de que salgan de ellos. La mayoría de estos niños serán ulteriormente deportados. <<

[75] «Ha sobrepasado la sombra de nuestra noche; / la envidia, la calumnia, el odio, el dolor, / y este desasosiego por los hombres mal llamado placer, / no volverán a afectarle, a torturarlo; / del lento contagio de la mancha del mundo / ya está a salvo, y ahora nunca más llorará / un corazón que se ha vuelto frío, una cabeza que se ha vuelto gris en vano», P. B. Shelley, *Adonais, una elegía a la muerte de John Keats, autor de Endimión, Hiperión, etc.*, 1. 352-358, 1821. <<

[76] «Y la muerte será el último abrazo de la que / retoma la vida que ha dado, como una madre / aprieta contra ella a su hijo y dice: “No me dejes otra vez”», P. B. Shelley, *Prometeo liberado*, III, III, 105-107, 1820. <<

[77] «Halagando a lo que temen, con un temor que es sólo odio...», P. B. Shelley, *Prometeo liberado*, III, IV, 188, 1820. <<

[78] «La estrella más elevada del cielo inviolado, / fulgor en la cima del vacío infinito», P. B. Shelley, *Prometeo liberado*, III, IV, 203-204, 1820. <<

[79] «Brillante estrella / cuelgas con el esplendor del amor en la noche». La cita exacta es: «*Bright Star! [Would I were as steadfast as thou art -] / N o t in lone splendour hung aloft the night*», «¡Brillante estrella! [cómo envidio tu constancia -] / no por destellar solitaria en la cima de la noche». Para la última línea: «¡Como las olas que brincan en los rayos matutinos!», P. B. Shelley, *Prometeo liberado*, IV, 67-68, 1820. <<

[80] «Antaño las horas famélicas eran una jauría / que perseguían al día como a un ciervo ensangrentado / y él renqueaba y tropezaba bajo sus múltiples heridas / por los vallejos nocturnos del año desierto », P. B. Shelley, *Prometeo liberado*, IV, 73-76, 1820. <<

[81] La Universidad de Estrasburgo se trasladó en septiembre de 1939 a Clermont-Ferrand, donde los cursos se reanudaron a la vuelta del verano de 1940, debido a la anexión por parte del Reich de Alsacia-Lorena. Se convierte en un centro activo de resistencia. La Gestapo organiza una gran redada dentro de la universidad el 25 de noviembre de 1943. Abaten a balazos al papirólogo Paul Collomp y detienen a mil doscientas personas, de las cuales ciento diez son encarceladas. <<

[82] Denise, hermana de H       Berr, est   embarazada. <<

[83] Joseph Darnand, ultra de la colaboración, creó en 1943 la Milicia Francesa para luchar contra los maquis y la Resistencia. En diciembre de 1943 entra en el gobierno de Vichy como secretario general del mantenimiento del orden. A partir de entonces la Milicia intensifica su acción contra los resistentes y los judíos. <<

[84] Fritz Sauckel, dirigente nazi, encargado por Hitler de reclutar en toda Europa la mano de obra disponible. <<

[85] Refractarios al STO, el servicio de trabajo obligatorio en Alemania, impuesto por el ocupante y Vichy a todos los jóvenes franceses de 20 a 22 años a partir de febrero de 1943. <<

[86] Eugène Deloncle, político francés de extrema derecha, cofundador de la Cagoule. Fue asesinado por la Gestapo el 17 de enero de 1944, a causa de sus vínculos con los miembros de la Abwehr que se oponían a Hitler. <<

[87] Denise Milhaud y su marido, Fred, crearon una asociación de salvamento de niños judíos, la Entraide temporal, que permitiría salvar, entre los once mil deportados, de los cuales dos mil no habían cumplido aún los 6 años, a cerca de quinientos niños en la región parisina. <<

[88] PJ por PQJ: la policía de asuntos judíos, servicio especializado de la policía de Vichy, creado en octubre de 1941. <<

[89] En abril de 1940, por orden de Stalin, cuatro mil quinientos oficiales polacos son deliberadamente asesinados en el bosque de Katyn. En abril de 1943, tras el descubrimiento de las víctimas, Goebbels hace de esta carnicería uno de los temas principales de la propaganda nazi contra la Unión Soviética.
<<

[90] Desempeñó un papel crucial en el auge de la química industrial en Francia en el período de entreguerras. <<

[91] El *Krankenbau* (KB), literalmente «hospital», es el nombre oficial de la enfermería del campo o *Revier*. El *Blockältester* es el decano del bloque (barracón de los detenidos), responsable del mismo y de sus reclusos ante los SS. El *Stubendienst* es el encargado de mantenimiento. <<

[92] David Rousset, *Les Jours de notre mort*, París, Éd. du Pavois, 1947, p. 512 (reedición Hachette, col. «Pluriel», 2005). <<

[93] Testimonio de Mylène Weil, enero de 2008. <<